

ERIN HUNTER

LOS GATOS GUERREROS

EL AUGURIO DE LAS ESTRELLAS

EL
AUGURIO
DE LAS
ESTRELLAS
V

EL GUERRERO OLVIDADO



salamandra

ERIN HUNTER

LOS GATOS GUERREROS

EL AUGURIO DE LAS ESTRELLAS

EL GUERRERO OLVIDADO

Traducción del inglés de
Begoña Hernández Sala



El viajero llegó al bosque y miró a su alrededor buscando un sitio donde preparar un lecho provisional. Pero sentía un hormigueo de inquietud en las zarpas, y ninguno de los huecos o los espacios de debajo de las raíces le parecía apropiado.

Poco después el día empezó a desvanecerse, el gato dejó atrás los árboles y llegó a la cima de una colina cubierta por la áspera hierba del páramo. Abajo, un rojo sol poniente se reflejaba en el lago dándole al agua el color de la sangre. Por encima de su cabeza, los primeros guerreros del Clan Estelar empezaron a titilar en el cielo.

El viajero respiró hondo. «He vuelto. Que empiece la venganza.»

*Un agradecimiento especial
para Cherith Baldry*

Filiaciones



CLAN DEL TRUENO

Líder

ESTRELLA DE FUEGO: gato de un intenso color rojizo.

Lugarteniente

ZARZOSO: gato atigrado marrón oscuro de ojos ámbar.

Curandero

GLAYO: gato atigrado de color gris y ojos azules (es ciego).

Guerreros

(gatos y gatas sin crías)

LÁTIGO GRIS: gato gris de pelo largo.

MANTO POLVOROSO: gato atigrado marrón oscuro.

TORMENTA DE ARENA: gata de color melado claro y ojos verdes.

FRONDE DORADO: gato atigrado marrón dorado.

ACEDERA: gata parda y blanca de ojos ámbar.

NIMBO BLANCO: gato blanco de pelo largo y ojos azules.

CENTELLA: gata blanca con manchas canela.

MILI: gata atigrada de color gris y ojos azules.

ESPINARDO: gato atigrado marrón dorado.

ESQUIRUELA: gata de color rojizo oscuro y ojos verdes.

HOJARASCA ACUÁTICA: gata atigrada de color marrón claro y de ojos ámbar,
antigua curandera del clan.

ZANCUDO: gato negro de largas patas, con la barriga marrón y los ojos
ámbar.

BETULÓN: gato atigrado marrón claro.

CANDEAL: gata blanca de ojos verdes.

BAYO: gato de color tostado.

PINTA: pequeña gata gris y blanca.

RATONERO: gato gris y blanco.

CARBONERA: gata atigrada de color gris.

LEONADO: gato atigrado dorado de ojos ámbar.

RAPOSO: gato atigrado rojizo.

NUBE ALBINA: gata blanca.

TORDO: gato blanco y negro.

ROSADA: gata de color tostado oscuro.

GABARDA: gata de color marrón oscuro.

FLORESTA: gata parda y blanca.

ABEJORRO NEGRO: gato de color gris muy claro con rayas negras.

ALA DE TÓRTOLA: gata de color gris claro y ojos verdes.

ESPINELA: gata atigrada de color plateado y blanco y ojos azul oscuro.

Reinas

(gatas embarazadas o al cuidado de crías pequeñas)

FRONDA: gata gris claro con motas más oscuras, de ojos verde claro.

DALIA: gata de pelo largo y color tostado procedente del cercado de los caballos.

ROSELLA: gata parda, madre de dos cachorros hijos de Bayo: Grosellita (gatita de color rojizo) y Jerbillo (gatito marrón y tostado).

Veteranos

(antiguos guerreros y reinas, ya retirados)

MUSARAÑA: pequeña gata marrón oscuro.

PUMA: gato viejo, rechoncho y de hocico gris. En otro tiempo, un solitario.



CLAN DE LA SOMBRA

Líder

ESTRELLA NEGRA: gran gato blanco con enormes patas negras como el azabache.

Lugarteniente

SERBAL: gato rojizo.

Curandero

CIRRO: gato atigrado muy pequeño.

Guerreros

ROBLEDO: pequeño gato marrón.

Aprendiz: ZARPA DE HURÓN (gato tostado y gris).

CHAMUSCADO: gato negro.

SAPERO: gato marrón oscuro.

POMA: gata de color marrón moteado.

GRAJO: gato negro y blanco.

LOMO RAJADO: gato marrón con una larga cicatriz en el lomo.

Aprendiza: PINOSA (gata negra).

AGUZANIEVES: gata de un blanco inmaculado.

TRIGUEÑA: gata parda de ojos verdes.

Aprendiz: CHIRLERO (gato rojizo).

OLIVA: gata parda.

RAPAZ: gato atigrado de color marrón claro.

TOPERA: gata gris de zarpas negras.

CARBÓN: gato gris oscuro.

MANTO RUANO: gato moteado de color marrón y rojizo.

CORAZÓN DE TIGRE: gato atigrado marrón oscuro.

CANELA: gata de color marrón claro.

Reinas

PELOSA: gata atigrada de pelo largo que apunta en todas direcciones.

YEDRA: gata blanca, negra y parda.

Veteranos

CEDRO: gato gris oscuro.

AMAPOLA: gata atigrada marrón claro de patas muy largas.

CRÓTALO: gato marrón oscuro de cola rayada.

ESPUMOSA: gata blanca de pelo largo, ciega de un ojo.



CLAN DEL VIENTO

Líder

ESTRELLA DE BIGOTES: gato atigrado de color marrón.

Lugarteniente

PERLADA: gata gris.

Curandero

AZOR: gato gris moteado.

Guerreros

CORVINO PLUMOSO: gato gris oscuro.

CÁRABO: gato atigrado de color marrón claro.

COLA BLANCA: pequeña gata blanca.

NUBE NEGRA: gata negra.

GENISTA: gata de color blanco y gris muy claro, de ojos azules.

TURÓN: gato rojizo de patas blancas.

LEBRÓN: gato marrón y blanco.

HOJOSO: gato atigrado oscuro de ojos ámbar.

HORMIGUERO: gato marrón con una oreja negra.

RESCOLDO: gato gris con dos patas oscuras.

COLA BRECINA: gata atigrada de color marrón claro y ojos azules.

Aprendiza: ZARPA DE RETAMA (gata blanca y gris).

VENTOLERO: gato negro de ojos ámbar.

Aprendiz: PLOMIZO (gato grande de color gris claro).

CAÑAMERA: gata atigrada de color marrón claro.

FOSCA: gata de color gris oscuro.

CARA SOLEADA: gata parda con una gran mancha blanca en la frente.

PARDERO: gato de color marrón claro.

Veteranos

MANTO TRENZADO: gato atigrado gris oscuro.

OREJA PARTIDA: gato atigrado.



CLAN DEL RÍO

Líder

ESTRELLA VAHARINA: gata gris de ojos azules.

Lugarteniente

JUNCAL: gato negro.

Aprendiz: LOBEZNO (gato atigrado de color marrón oscuro).

Curandera

ALA DE MARIPOSA: gata atigrada de color dorado y ojos ámbar.

Aprendiza: BLIMA (gata atigrada de color gris).

Guerreros

BOIRA: gata atigrada gris claro.

AJENJO: gato atigrado de color gris claro.

NÍVEA: gata blanca de ojos azules.

PALOMERA: gata de color gris oscuro.

Aprendiza: ZARPA PICAZA (gata blanca y marrón).

GUIJO: gato gris moteado.

MALVOSO: gato atigrado marrón claro.

PARDAL: gato pardo y blanco.

BICHERO: gato atigrado marrón y blanco.

PÉTALO: gata blanca y gris.

MATOJO: gato de color marrón claro.

NEBLINOSA: gata atigrada de color gris claro.

CARRIZO: gato atigrado de color marrón claro.

Reinas

VESPERTINA: gata atigrada marrón.

MUSGOSA: gata parda de ojos azules.

Veteranos

ROANA: gata gris moteada.

SALTÓN: gato blanco y canela.

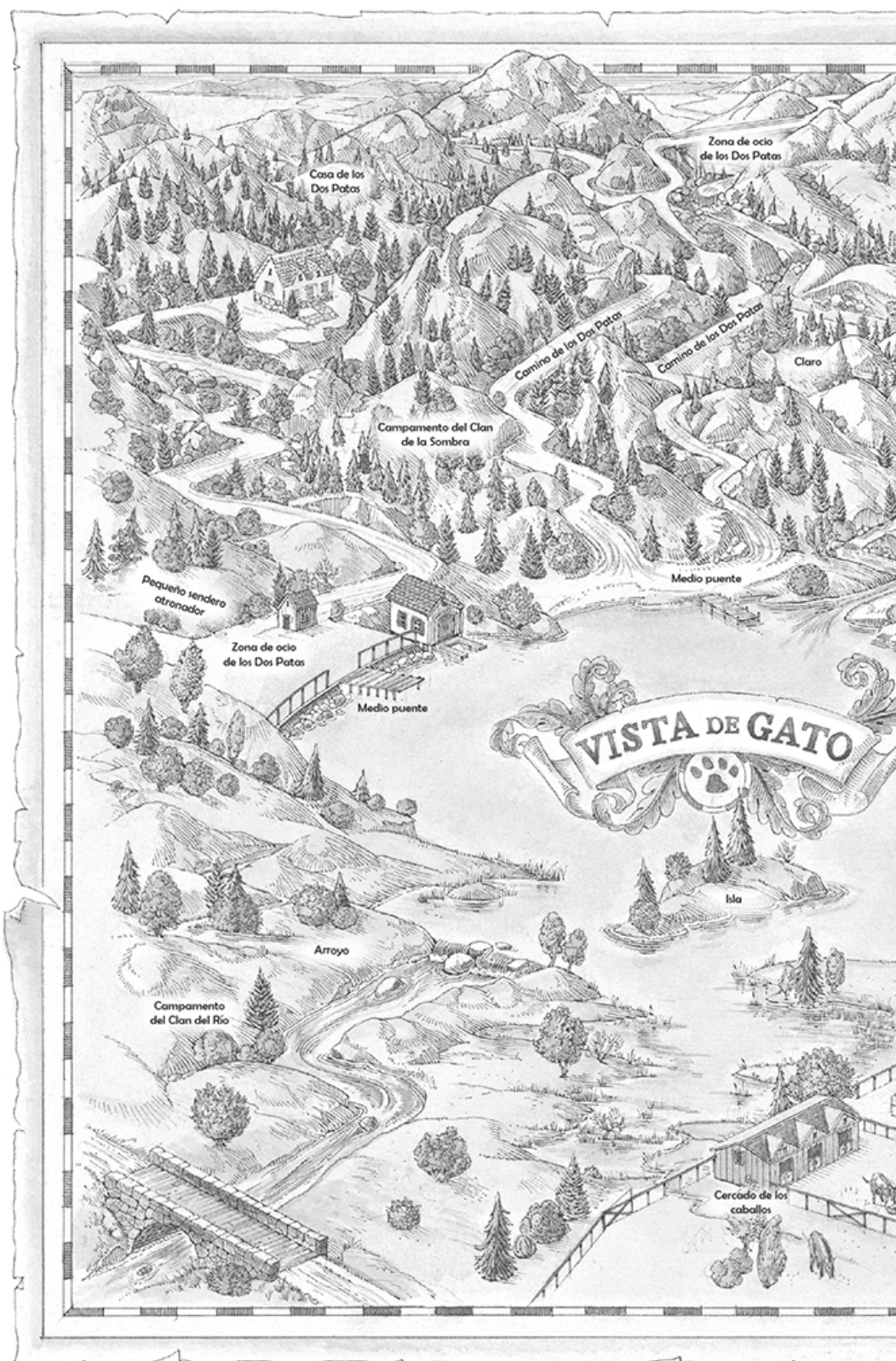
GATOS DESVINCULADOS DE LOS CLANES

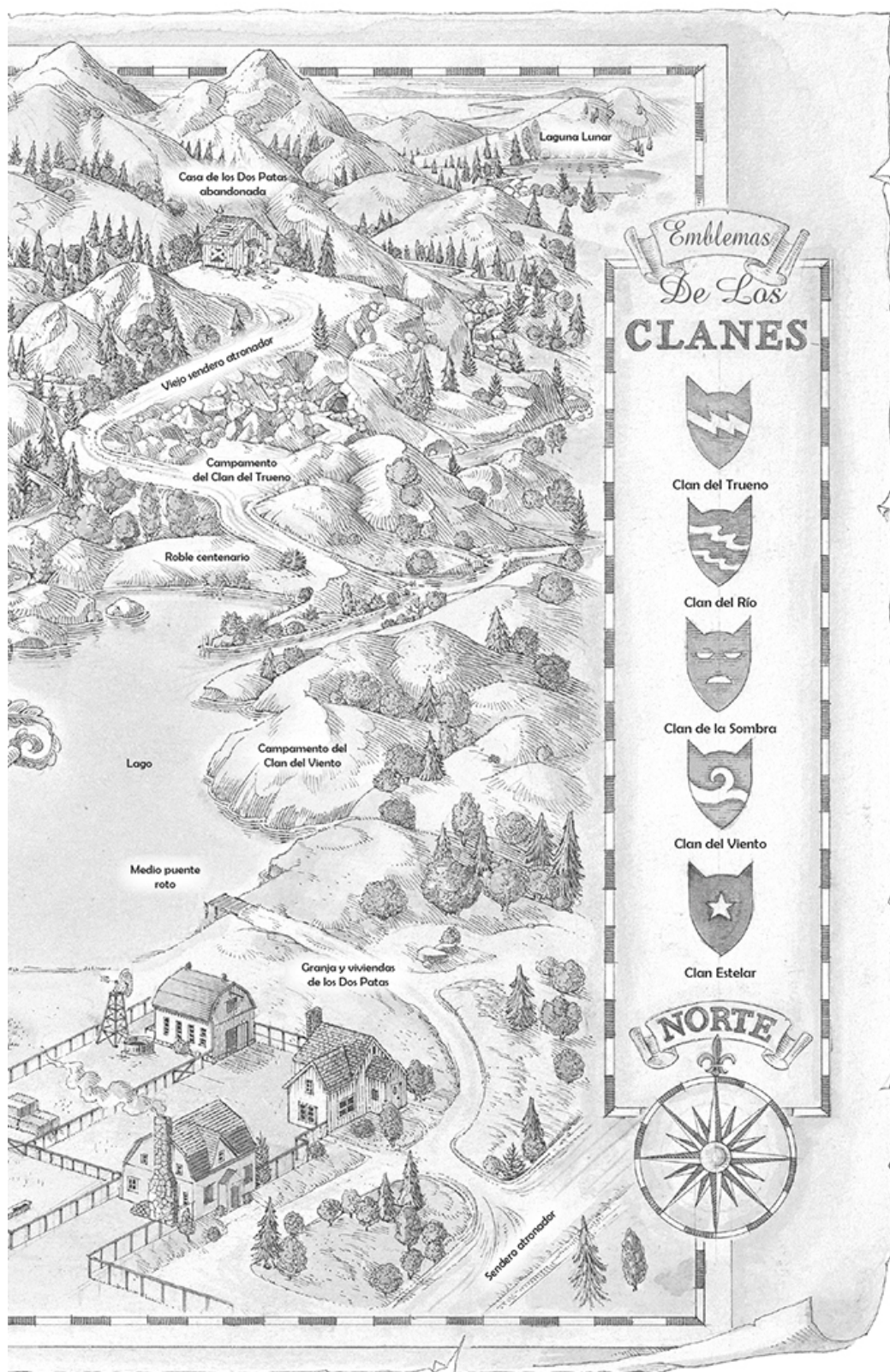
HUMAZO: gato musculoso de color blanco y gris que vive en un granero junto al cercado de los caballos.

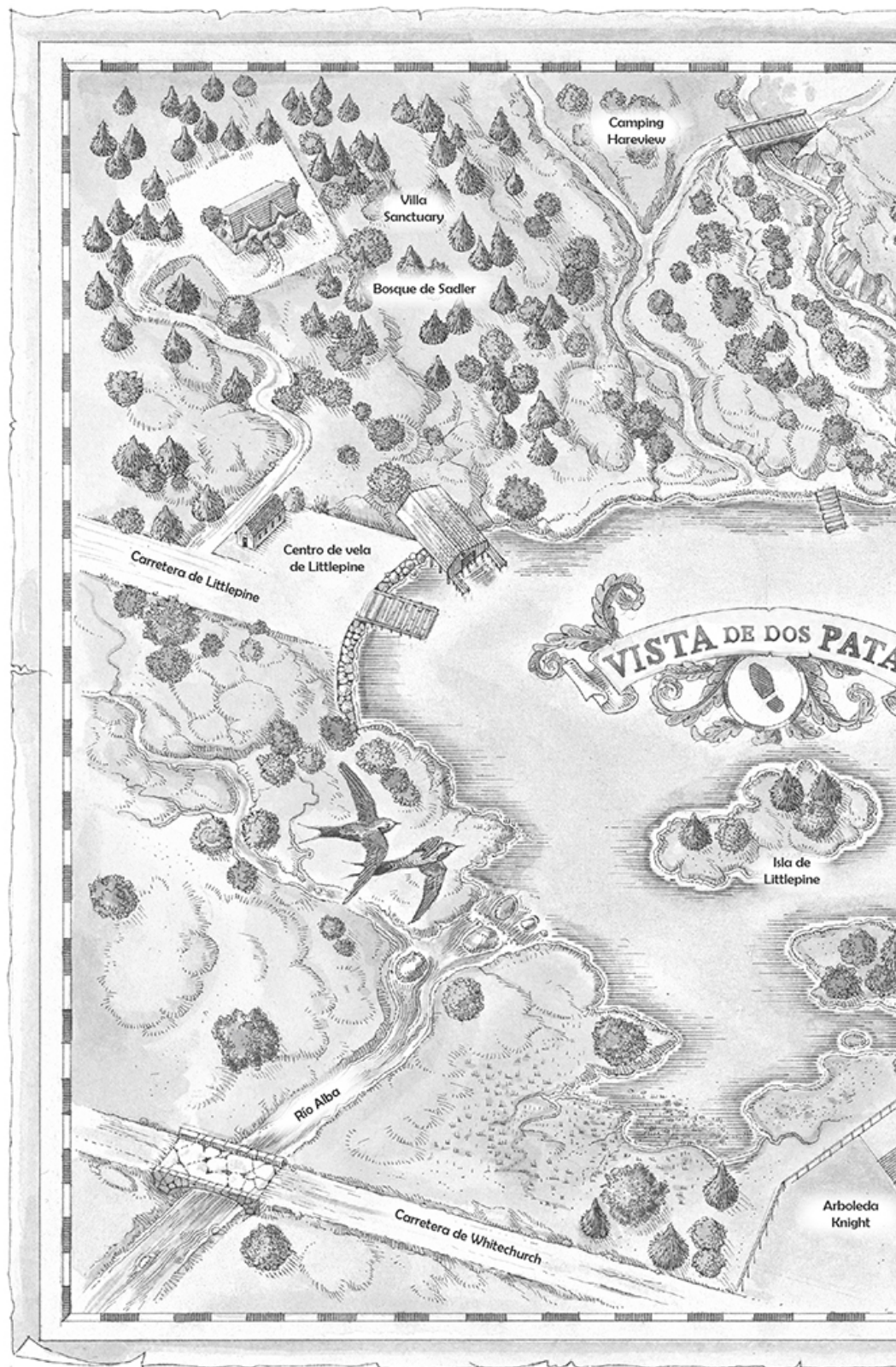
PELUSA: pequeña gata blanca y gris que vive en el cercado de los caballos.

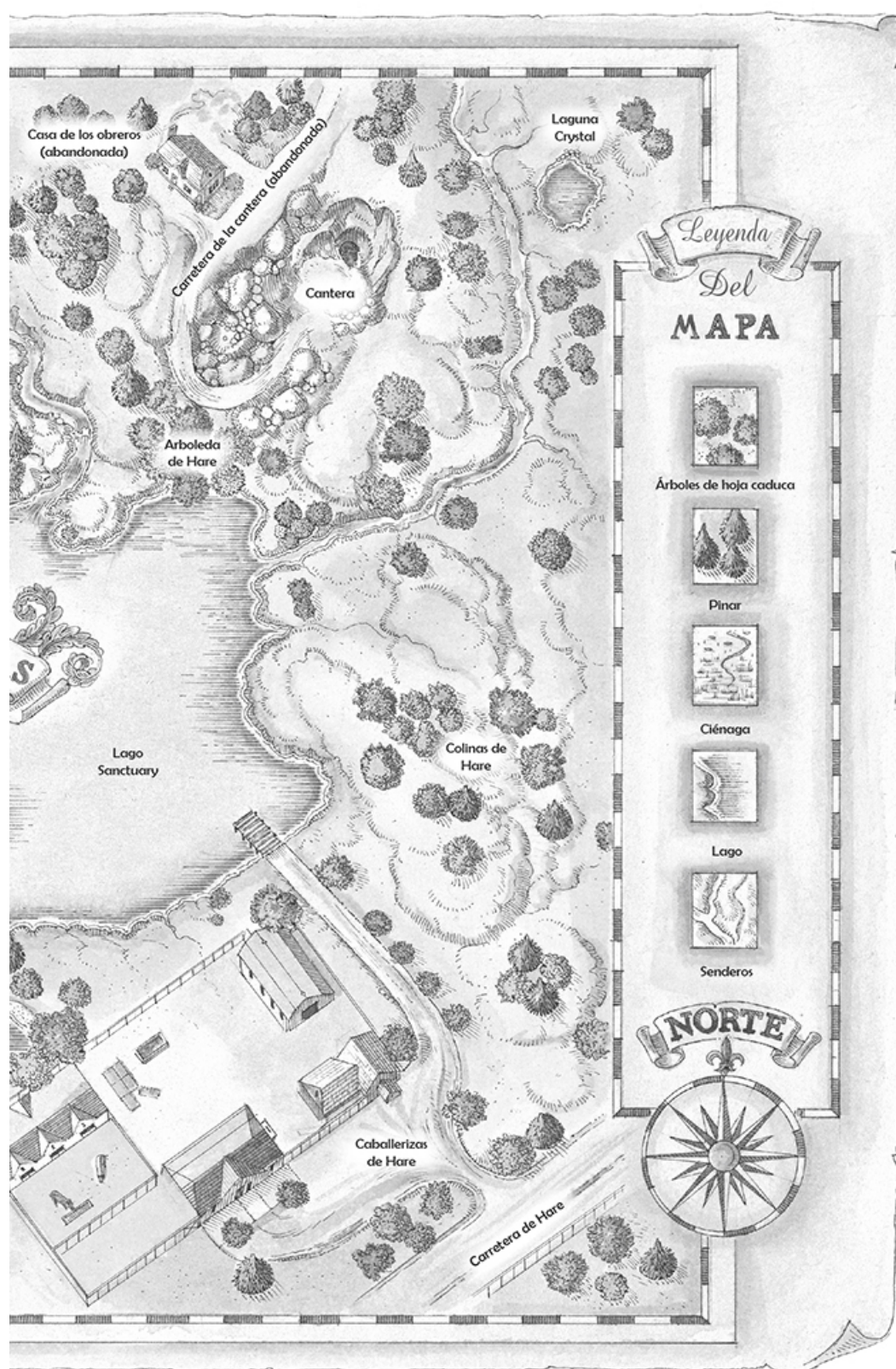
OTROS ANIMALES

MEDIANOCHE: tejona observadora de las estrellas que vive junto al mar.











Prólogo

Las zarzas del lindero del bosque susurraron cuando un gato apareció en el claro. Con ojos vigilantes, miró a uno y otro lado y luego atravesó un extenso prado cubierto de hierba encaminándose hacia otra hilera de árboles en la distancia. El brillante sol de la estación de la hoja nueva relucía sobre un paisaje salpicado de campos y setos, y, junto a un sendero atronador, se apiñaban viviendas de los Dos Patas.

Aunque la estación acababa de empezar, el sol calentaba mucho, y el gato agitó las orejas con irritación mientras las moscas zumbaban a su alrededor. «Se estará más fresco debajo de los árboles —pensó el viajero deteniéndose un instante para flexionar sus cansadas patas—. Y ya no falta mucho. Es justo después de esa hilera de colinas...»

Pero antes de que consiguiese alcanzar la tentadora sombra del bosque, se oyó un sonoro bufido, y otro gato saltó desde debajo de un seto cercano; era rudo, fibroso, de pelaje gris y con una oreja mordida.

—¿Qué crees que estás haciendo aquí? —quiso saber el gato—. Si estás buscando un sitio donde descansar, ya puedes seguir buscando. Este lugar es mío. Y las presas de los alrededores también lo son.

El viajero se detuvo para mirarlo de arriba abajo con los ojos entornados.

—¿Este lugar es tuyo? ¿Quieres decir que vives en este seto?

—No. Vivo en esa granja de ahí. —El gato ondeó la cola hacia una enorme vivienda de los Dos Patas, apenas visible por encima de los espinos—. Y no me gustan los forasteros. Sigue adelante, o me encargaré de ti.

Le mostró los colmillos y sacó las garras erizando su roñoso pelaje gris con rabia.

El viajero balanceó las ancas. «Hace mucho que no empleo mis habilidades de combate..., pero no voy a permitir que este gato sarnoso me intimide.»

—Sólo estoy de paso —maulló—. No soy ninguna amenaza para tus preciadas presas.

El gato de granja soltó un resoplido de incredulidad y ladeó la cabeza.

—¿Eres uno de esos gatos del lago?

—¿Por qué lo preguntas? —respondió el viajero con cautela.

—Porque los he visto pasar por aquí muy a menudo. Oh, ellos no me han visto; ya me he asegurado yo de eso, pero los he oído hablar de las montañas. —Puso los ojos en blanco—. ¿Quién querría ir hasta allí? ¿Es que no tienen bastante comida en su territorio?

—Quizá no estuvieran buscando comida —replicó el otro en tono burlón—. Hay más cosas en la vida, ¿sabes?

El felino de granja se sentó para rascarse una oreja.

—¿Como qué? —maulló desdeñoso—. ¿Como contemplar las estrellas e imaginarse que tus antepasados te contemplan a su vez? —Al ver que el viajero se sorprendía, añadió—: He oído muchas historias sobre lo que sucede al otro lado de esas colinas. Siempre y cuando no me molesten a mí, me tiene sin cuidado lo que hagan o dejen de hacer esos gatos. Mientras no...

—Vale, vale —lo interrumpió el viajero poniéndose en marcha de nuevo—. Siempre y cuando no roben tus presas.

El gato gris se levantó de un salto y lo siguió.

—Tú eres uno de ellos, ¿verdad? —le preguntó al alcanzarlo—. Creo que ya te he visto antes.

—Tal vez. —El viajero agitó los bigotes—. Pero de eso hace ya mucho tiempo.

—¿Dónde has estado? —le preguntó el gato de granja con curiosidad—. ¿Te habías perdido?

—Oh, no, nada de eso. —El viajero sonó levemente divertido—. Siempre he sabido dónde estaba.

El gato de granja se detuvo y se quedó mirando cómo el desconocido iba hacia los árboles. Al cabo de unos segundos, sacudió la cabeza y emprendió el regreso hacia la casa, desapareciendo por debajo del seto con un movimiento de la cola.

El viajero llegó al bosque y miró a su alrededor buscando un sitio donde preparar un lecho provisional. Pero sentía un hormigueo de inquietud en las zarpas, y ninguno de los huecos o los espacios bajo las raíces le parecía apropiado. De pronto, un ratón salió a la carrera de un arbusto, se detuvo y empezó a mordisquear unas semillas caídas. Recordando lecciones olvidadas hacía mucho, el viajero se agazapó y adoptó la postura de acecho, y un instante después saltó y mató al ratón de un veloz zarpazo. Pero el cuerpo inerte ya no resultaba tan apetitoso privado de vida, así que le tiró unos puñados de tierra por encima y lo dejó atrás.

Cuando retomó la marcha, ascendiendo al trote por la colina entre los larguiruchos árboles, el sol se ocultaba ya tras las montañas.

«Ha pasado mucho tiempo. ¿Seguirán ahí los gatos que mejor recuerdo?»

Poco después el día empezó a desvanecerse, y el viajero dejó atrás los árboles y llegó a la cima de una colina cubierta por la áspera hierba del páramo. Abajo, un rojo sol poniente se reflejaba en el lago dándole al agua

el color de la sangre. Por encima de la cabeza del forastero, los primeros guerreros del Clan Estelar empezaron a titilar en el cielo.

El viajero respiró hondo. «He vuelto. Que empiece la venganza.»



1

El sueño de Glayo se disolvió en la oscuridad al despertarse. El curandero bostezó con ganas, notando que le pesaba todo el cuerpo. Al incorporarse en su lecho, sintió como si lo envolvieran zarcillos de hiedra que tiraban de él hacia el suelo. El aire era más cálido de lo habitual a finales de la estación de la hoja nueva y estaba cargado del aroma de las presas y de la frondosa vegetación que los rodeaba. A través de la cortina de zarzas que separaba la guarida del curandero del resto de la hondonada rocosa se filtraban un sinfín de sonidos: pasos y murmullos entusiasmados de muchos gatos que se reunían para las primeras patrullas del día.

Pero Glayo no podía compartir el entusiasmo de sus compañeros de clan. Aunque ya había transcurrido una luna desde que sus compañeros y él habían vuelto de visitar a la Tribu de las Aguas Rápidas, se sentía frío y desolado por dentro. Tenía la cabeza llena de imágenes de las montañas y de las interminables cumbres nevadas que se extendían en la distancia, silueteadas nítidamente contra un cielo azul hielo. Se le encogió el estómago al recordar una imagen en particular: una gata blanca de ojos verdes, que le dedicaba una mirada larga y tristísima antes de dar media vuelta para alejarse por la cima de un precipicio que daba a una estruendosa cascada.

Glayo sacudió la cabeza. «¿Qué es lo que me pasa? Todo eso sucedió hace mucho tiempo, mucho más del que un gato puede recordar. Mi vida siempre ha estado aquí, con los clanes, así que ¿por qué me siento como si hubiera perdido algo?»

—Hola, Glayo.

La voz de Gabarda sonaba amortiguada y con eco, y el curandero supuso que tenía la cabeza metida dentro del hueco en el que almacenaban las hierbas.

—Por fin te despiertas —añadió la joven.

Glayo respondió con un gruñido. Gabarda era otro de sus problemas. No podía olvidar lo que Leonado le había contado tras regresar de las montañas: que la joven guerrera estaba tan frustrada por verse confinada en el campamento, atrapada por sus patas traseras sin movilidad, que había convencido a su hermano Abejorro Negro para que la sacara al bosque a buscar hierbas.

—Había un perro suelto deambulando por la zona —le había explicado Leonado—. Un gato sin problemas habría tenido serias dificultades para escapar corriendo. Si Tordo y yo no hubiéramos estado allí para obligarlo a alejarse, Gabarda habría terminado hecha pedazos.

—¡Esa gata es una cabeza de chorlito! —saltó Glayo—. ¿Por qué se puso en peligro de esa forma?

—Porque está convencida de que no sirve para nada —le explicó Leonado—. ¿No puedes darle más cosas que hacer? Carbonera y yo le prometimos que la ayudarías a encontrar un papel adecuado en la vida del clan.

—No teníais ningún derecho a prometerle nada sin hablar antes conmigo. ¿Acaso estás insinuando que la tome como aprendiz? ¡Porque yo no quiero aprendices!

—No, no quería decir eso... —replicó su hermano agitando la punta de la cola con irritación—. Pero podrías encargarle tareas más interesantes, ¿no crees?

No muy convencido, Glayo había hecho lo que su hermano le pedía. Tenía que admitir que no era nada difícil enseñar a Gabarda. Llevaba metida en la guarida del curandero tanto tiempo que ya había aprendido un montón de cosas.

«La verdad es que me resulta muy útil —pensó Glayo—. Selecciona las hierbas sin mezclarlas ni ensuciarlas, y además lo hace con rapidez. Y se le da muy bien empapar las hojas secas en el charco sin que se le hagan pedazos...»

—¿Glayo?

La voz de Gabarda lo sacó de sus pensamientos. La oyó retorcerse, y luego su voz le llegó con más claridad, como si hubiera sacado la cabeza del hueco.

—¿Te encuentras bien? Te has pasado toda la noche dando vueltas en la cama.

—Estoy bien —masculló él sin querer volver a pensar en los sueños que lo habían atormentado.

—Nos estamos quedando sin caléndula —continuó la gata—. Usamos mucha para los arañazos de Ala de Tórtola a vuestro regreso de las montañas. ¿Debería pedirle a Centella que recolecte más?

—No. Prefiero ir yo.

—Vale. —La voz de Gabarda sonaba resueltamente alegre—. Yo seguiré revisando las hierbas. Ah, una cosa más...

Glayo la oyó arrastrarse por el suelo de la guarida, llegar hasta su lecho y empujar algo hacia él.

—¿Podrías tirar esto al pasar junto al aliviadero? —le preguntó—. Estaba en el fondo del almacén...

El curandero estiró el cuello hasta que tocó con la nariz un mechón de pelo con unos trocitos de hojas secas pegados. Se puso rígido al reconocer el leve olor que aún desprendía.

—¿Quién pondría un viejo mechón de pelo entre las hierbas? —continuó Gabarda—. Debe de llevar lunas ahí dentro. No reconozco ni el olor ni el color.

Glayo no dijo nada. Aspiró el aroma de su hermana perdida, abrumado por la nostalgia del tiempo en que Carrasca, Leonado y él jugaban y entrenaban juntos antes de saber nada sobre la profecía.

Antes de descubrir que Esquiruela y Hojarasca Acuática les habían mentido.

«Aún no sé cómo llegó el pelo de Carrasca al almacén —pensó—, pero debería haberlo tirado cuando lo encontré en vez de dejarlo ahí y arriesgarme a que lo encontrara otro gato...»

—Me pregunto de dónde procederá —maulló Gabarda—. Quizá un gato de otro clan se coló aquí para robar hierbas... —Reprimió un resoplido de risa—. O quizá lo encontraron los cachorros y lo escondieron...

—¿Y cómo quieres que lo sepa? —le soltó Glayo, molesto al verse sacado de sus recuerdos—. No deberías dejarte llevar de esa forma por tu imaginación.

Girándose para que la guerrera no viese lo que hacía, escondió el mechón entre el musgo de su lecho y luego se levantó.

—Me voy a recoger caléndula.

Y, dicho esto, salió de la guarida en dirección al claro.

No había dado ni una docena de pasos por la hondonada cuando lo envolvió el olor de Abejorro Negro.

—Justo iba a verte en este momento —le dijo el joven guerrero—. Estoy muy preocupado por Ala de Tórtola.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre? Los arañazos se le han curado, ¿verdad?

—Sí, sí, no se trata de eso. Sigue teniendo pesadillas... anoche tuvo otra. Se despertó chillando y mascullando cosas sobre pájaros gigantes y nieve.

Glayo hizo un esfuerzo por no impacientarse. «Me imagino lo horrible que debió de ser presenciar cómo el águila se llevaba a Rapiña... Pero Ala de Tórtola tiene que ser más fuerte, no puede seguir así.»

—¿Y tú cómo lo sabes? —le preguntó a Abejorro Negro.

—En la guarida de los guerreros hay una gotera, justo encima de mi lecho —respondió el joven—. Y allí ya no queda más sitio, así que pensé en pasar unas cuantas noches en la guarida de los aprendices con Ala de Tórtola y Espinela. Y Ala de Tórtola tiene unas pesadillas espantosas todas las noches. ¿Hay alguna hierba que pueda ayudarla?

Glayo percibió una profunda inquietud en el guerrero.

—No hay ninguna hierba que pueda borrar los recuerdos —contestó—. Uno tiene que aprender a vivir con ellos. —«¿No es lo que hacemos todos, al fin y al cabo?», añadió para sus adentros.

—Pero... —empezó Abejorro Negro.

La voz de Zarzoso resonó por el claro, cortando la protesta del joven guerrero.

—¡Eh, Abejorro Negro! —lo llamó el lugarteniente—. Se supone que tienes que salir en una patrulla de caza. Acedera te está esperando.

—¡Voy enseguida! —exclamó el joven—. ¡Hasta pronto, Glayo!

Y se alejó a toda prisa.

El curandero se encaminó hacia la guarida de los aprendices, donde dormían Ala de Tórtola y Espinela porque la guarida de los guerreros estaba atestada, pero se detuvo al advertir que Zarzoso había llegado antes que él.

—¡Espinela, Ala de Tórtola, despertad! —bramó el lugarteniente metiendo la cabeza en la guarida—. Os habéis vuelto a quedar dormidas.

Glayo oyó unos maullidos de protesta amortiguados y, al cabo de dos segundos, las hermanas salieron al claro trastabillando.

—¡Tenéis un aspecto horrible! —exclamó Zarzoso con irritación—. ¡Jamás había visto un pelo tan despeinado! ¿Es que habéis vuelto a cazar por la noche?

Aunque Glayo no podía verlas, captó el olor a pelo alborotado y polvoriento y percibió ecos de miedo en ambas gatas. Él sabía de sobra qué perturbaba sus sueños. Abejorro Negro acababa de contarle lo de las pesadillas de Ala de Tórtola, mientras que Espinela visitaba todas las noches el Bosque Oscuro para entrenar con los gatos que habían sido rechazados por el Clan Estelar.

«Ojalá Espinela me contara más cosas de lo que sucede allí —pensó el curandero—. Pero no... Se limita a decir que, cuando haya algo importante, me lo comunicará.»

—¿Por qué no las examino en mi guarida? —le propuso a Zarzoso con la esperanza de poder obtener alguna información de las hermanas en privado—. Quizá estén incubando alguna enfermedad y...

Mientras hablaba, unas veloces pisadas anunciaron la llegada de Candeal, y Glayo enmudeció al darse cuenta de que ninguno de los tres le estaba prestando atención.

—¡No te enfades con ellas, Zarzoso! —exclamó la gata—. Están trabajando muy duro ahora que no tenemos aprendices... —Y, tras hacer una pausa, añadió—: Hoy las ayudaré con sus tareas.

—Necesito que salgas con una patrulla fronteriza —indicó el lugarteniente.

—Y yo necesito quedarme aquí con mis hijas —respondió Candéal—. Cualquier otro gato puede sustituirme en la patrulla fronteriza.

Zarzoso arrugó la nariz con desaprobación.

—Está bien —masculló finalmente alejándose de ellas.

Candéal se acercó a sus hijas y empezó a pasarle la lengua por las orejas a Espinela.

—Ahora ha llegado el momento de asearos un poco... —maulló.

—¡Eh! —protestó la joven—. ¡Que ya no soy una cachorrita!

—Vosotras siempre seréis mis cachorritas... —replicó Candéal girándose a lamer a Ala de Tórtola, que se apartó de un salto.

—¡Para! ¡Ya soy una guerrera! ¡Puedo lavarme sola!

—Entonces, demostradlo. Necesitamos musgo para los lechos de los veteranos —continuó la gata blanca mientras sus hijas se aseaban a toda prisa—. Y, por el Clan Estelar, aseguraos de que no haya espinas en el de Puma, o no parará de darnos la tabarra. ¡Vamos!

Las empujó hacia el túnel de espinos, pero, antes de que llegaran, apareció Estrella de Fuego a la cabeza de la patrulla del alba. Zarzoso atravesó el claro para reunirse con el líder, seguido de Manto Polvoroso, Nimbo Blanco y Centella. Raposo levantó la cabeza del montón de la carne fresca, con un ratón colgándole de la boca, mientras Bayo se acercaba a la patrulla dándose aires, seguido más despacio por Hojarasca Acuática y Esquiruela.

Jerbillo y Grosellita salieron disparados de la maternidad y cruzaron el claro a la carrera para abalanzarse sobre Bayo, que estuvo a punto de tropezar.

—¡Cuidado! —murmuró el guerrero recuperando el equilibrio y rodeando con la cola a los entusiasmados cachorros.

«Bayo puede ser un auténtico dolor de cabeza —reflexionó Glayo—. ¿Cómo es posible que sea tan buen padre?»

—¿Nos ataca el Clan de la Sombra? —chilló Jerbillo—. ¿Podemos ir a luchar?

—¡Yo he aprendido un movimiento buenísimo! —exclamó Grosellita saltando sobre una hoja y despedazándola con sus garritas.

—¡Por supuesto que no podéis luchar! —respondió Rosella sin aliento, tratando de que sus hijos no se le escaparan—. ¡Ni siquiera sois aprendices todavía!

Zarzoso esquivó a los cachorros y se detuvo delante del líder del clan.

—¿Alguna novedad? —preguntó.

—No, todo está tranquilo —respondió Estrella de Fuego mientras Glayo se acercaba a escuchar—. Parece como si todos los clanes estuvieran en paz unos con otros.

—Cierto —coincidió Espinardo, que había seguido al líder hasta el campamento—. No hay pruebas de que el Clan del Viento ni el Clan de la Sombra se hayan acercado a las fronteras, excepto para renovar sus marcas olorosas.

—¡Eso son buenas noticias! —exclamó Centella.

Glayo no estaba tan seguro. Sabía que los clanes estaban guardando las distancias a causa de las profundas divisiones en el seno del Clan Estelar sobre las fronteras. Todos los antepasados guerreros estaban aconsejando a los suyos que se mantuviesen separados de los demás clanes, que sólo confiaran en sus compañeros de clan y que se prepararan para algo espantoso en un futuro próximo. Un futuro que se cernía sobre los territorios del lago como nubes de tormenta en el horizonte.

«Al menos el Clan del Trueno cuenta con los tres gatos mencionados en la profecía —pensó Glayo—. “Habrá tres, sangre de tu sangre, que tendrán

el poder de las estrellas en sus manos...” Leonado, Ala de Tórtola y yo; todos del mismo clan. Eso hará que estemos más a salvo, ¿no?»

Flexionó las patas. Tras una noche de insomnio, no las sentía especialmente poderosas, pero al menos lo llevarían hasta las matas de caléndula que crecían en lo alto de la hondonada. Luego recordó la otra profecía, la de la Tribu de la Caza Interminable, de apenas una luna atrás. Por un instante, el curandero regresó a aquella cumbre oscura y azotada por el viento, rodeado de gatos muertos que fijaban en él sus luminosos ojos, y volvió a oír de nuevo los susurros de Narrarrocas, que parecían dilatarse en el tiempo:

«El final de las estrellas está cerca. Los tres deben convertirse en cuatro para desafiar a la oscuridad que dura eternamente.»

Al salir del trance, Glayo volvió a ser consciente de los sonidos circundantes y de los olores del campamento.

«¿Cómo vamos a reconocer al número cuatro? Ya tuvimos bastantes problemas para encontrar a los tres primeros, y esta nueva profecía no dice nada sobre gatos emparentados con Estrella de Fuego. —Glayo se tragó un bufido de frustración—. ¡Podría tratarse de cualquier miembro de los clanes!»



2

Espinela siguió a Candeal hasta un arroyo minúsculo, no muy lejos del campamento. Los árboles estaban llenos de hojas, la hierba de la estación de la hoja nueva era larga y abundante, y la joven guerrera notó el frescor de los tallos bajo sus cansadas zarpas. «¡Gracias, Clan Estelar! —pensó soltando un suspiro de alivio—. Me duele hasta el último pelo del cuerpo.»

La noche anterior, había participado en una sesión de entrenamiento muy dura con Cara Soleada y Manto Ruano, y Alcotán, que los supervisaba, no los había dejado parar hasta que todos terminaron con arañazos de sus oponentes. Ahora Espinela se sentía como si su cuerpo no fuese más que una enorme magulladura, y todavía le pitaba un oído por un golpe certero.

Mirando de reojo a su hermana, vio que parecía igual de agotada que ella. «Glayo no debería haberse llevado a Ala de Tórtola a las montañas —pensó con una punzada de rabia—. Podría haber terminado entre las garras de un águila, y ella es demasiado importante para el clan como para arriesgarnos a perderla.»

—Descansemos un rato —sugirió Candeal en un tono más comprensivo—. Podéis beber un poco y terminar de asearos.

Espinela percibió cierta ansiedad en la voz de su madre. «Sé que se preocupa por nosotras, pero también le inquieta que no estemos a la altura

de nuestras responsabilidades.»

—No. Estamos bien —maulló Ala de Tórtola cuadrándose y alzando la cabeza, en un intento de parecer alerta—. Deberíamos continuar. Hay un buen sitio con musgo fresco un poco más adelante.

—No estáis bien en absoluto —replicó Candeal. Y, al cabo de unos segundos de vacilación, añadió—: Sé que hay algo que os perturba. No voy a preguntaros de qué se trata si no queréis contármelo, pero recordad que soy vuestra madre. Nada de lo que podáis decirme me escandalizará ni hará que os quiera menos.

Espinela agitó las orejas. «Seguro que yo podría demostrarte lo contrario...»

Pero guardó silencio, contenta de poder relajarse entre la alta y fresca hierba mientras su madre la ayudaba a atusarse con largos y rítmicos lengüetazos. Era estupendo que cuidaran de ella por una vez después de sus visitas al Bosque Oscuro, donde no podía confiar en nadie y siempre tenía que estar en guardia.

—Anoche tuve una pesadilla —confesó Ala de Tórtola retorciendo el cuello para alcanzar un mechón de pelo enmarañado del lomo—. Soñé que estaba de nuevo en las montañas. Y vi cómo el águila se llevaba a Rapiña...

—Deberías intentar no pensar en eso —maulló Candeal dulcemente girándose hacia Ala de Tórtola para ayudarla a base de lametazos con el mechón enredado—. Ya sabes que las águilas no vienen nunca al lago.

«Y, si vinieran —pensó Espinela—, Ala de Tórtola las oiría antes que ningún otro gato.»

Candeal terminó de acicalar a Ala de Tórtola y se levantó para estirarse arqueando el lomo. Espinela también se incorporó, lista para ponerse en marcha, pero entonces se dio cuenta de que su hermana seguía sentada junto

al arroyo sacudiendo la cabeza y tocándose una oreja como si se le hubiera metido algo allí.

Tras echar un vistazo a Candeal, que estaba mirando en dirección contraria, Espinela se inclinó hacia Ala de Tórtola:

—¿Te encuentras bien? —dijo en un susurro—. ¿Tus sentidos no funcionan todavía?

—No... ¡Todavía no puedo oír bien! —Sus ojos azules la miraron desolados—. Es decir, puedo oírlos a Candeal y a ti, puedo oír los sonidos que nos rodean, pero nada más. Sólo percibo un ruido confuso, los chillidos y el sonido del viento.

Espinela la acarició con el hocico.

—Debe de ser porque oíste demasiadas cosas cuando fuiste a las montañas. Dijiste que todo era mucho más ruidoso al traspasar las colinas del Clan del Viento. Quizá la cosa mejore pronto.

—Es lo que más deseo —masculló Ala de Tórtola—. Pero ya ha pasado una luna. Me siento como si ya no fuera útil para el clan.

—¡De eso nada! —Espinela negó con la cabeza—. ¡No digas eso!

Ala de Tórtola suspiró.

—Pero... es como estar sorda.

—No, es como ser normal. Tú...

Enmudeció cuando Candeal se volvió hacia ellas.

—Ya es hora de que nos pongamos en marcha —anunció la gata—. Tenemos que recoger un poco de musgo y luego cazaremos algo para los veteranos.

Echó a andar hacia el lago, y las dos hermanas intercambiaron una mirada antes de seguir a su madre. Justo cuando acababan de llegar al roble retorcido cuyas raíces estaban cubiertas de espeso musgo verde, Espinela captó un movimiento entre los árboles cercanos. Se le empezó a erizar el

pelo del cuello y tensó los músculos preparándose para atacar a un intruso, pero se relajó al descubrir que se trataba de Glayo. Aún le sorprendía la seguridad con la que el curandero ciego se manejaba entre la vegetación.

Candeal se había detenido y estaba mirando fijamente a Glayo.

—No debería salir solo —murmuró—. Espinela, ve a ver si necesita ayuda.

La joven titubeó. No quería quedarse a solas con el curandero; sabía que él estaba esperando la oportunidad de interrogarla sobre el Bosque Oscuro.

—¡Venga! —Candeal señaló con la cola a Glayo—. Puede que sea un poco gruñón, pero seguro que se alegrará de contar con tu ayuda.

«¡Claro, y los erizos vuelan!», pensó Espinela mientras iba hacia el curandero.

—¡Buena suerte! —le susurró Ala de Tórtola.

La joven atigrada apretó el paso para acercarse a la flaca figura de Glayo, que estaba bordeando una extensión de ortigas.

—Hola —lo saludó al alcanzarlo—. Candeal me ha dicho que venga a ver si necesitas ayuda.

Glayo agitó una oreja, como si se le hubiera posado una mosca.

—No —respondió sin más.

«¡Genial, ya puedo volver a recoger musgo!» Pero Espinela comprendió enseguida que Candeal no iba a permitir que se librara tan fácilmente.

—Por lo menos, deja que vaya contigo —insistió—. O mi madre me enviará otra vez detrás de ti.

Glayo se encogió de hombros.

—Vale. Pero ni se te ocurra intentar guiarme. Yo ya deambulaba por este bosque antes de que tú nacieras. Sólo voy a recolectar unas pocas hojas de caléndula en lo alto de la hondonada —añadió mientras la guerrera se unía a

él—. Hay unas cuantas matas estupendas en la ladera de la parte superior del precipicio, donde no hay tantos árboles y el sol calienta el suelo.

A Espinela le sorprendió que el curandero le describiese tan bien el lugar teniendo en cuenta que no lo había visto nunca. Caminó a su lado por el áspero suelo de lo alto de la hondonada, donde asomaban rocas de la tierra y las raíces se enroscaban como si intentaran ponerles la zancadilla. No tardaron en llegar al borde, y la guerrera miró hacia abajo para contemplar el campamento. Se estremeció al recordar su visión de sangre y de gatos combatiendo y se preguntó de nuevo si habría sido una profecía sobre la destrucción de su propio clan.

Entonces Glayo se separó del borde y tomó una senda más empinada que discurría entre espesos zarzales. Espinela casi tenía que pegarse al suelo para evitar los zarcillos que crecían por encima del camino. Estaba tan concentrada en eso que a punto estuvo de chocar con las ancas de Glayo, que se había detenido con un bufido de rabia.

La joven se dio cuenta de que el curandero se había enganchado en un zarcillo y de que las espinas le tiraban del pelo. Alargó una zarpa para desengancharlo, pero se detuvo en el último momento. «Si intento ayudarlo, ¡me hará más daño él que los pinchos de las zarzas!»

Con cierta torpeza, Glayo levantó una pata para buscar a tientas el final del zarcillo, mascullando entre dientes. No le costó mucho liberarse, aunque se dejó un mechón de pelo entre las espinas. Cuando siguió adelante y otro zarcillo le arañó el costado, ni siquiera se paró; se limitó a separarse de un tirón y a continuar.

Espinela se alegró de salir por fin a un pequeño claro. Flexionó los músculos, dejando que el calor del sol se colara bajo la piel, y se le hizo la boca agua al detectar un intenso olor a conejo.

—Éste es el sitio... —maulló Glayo—, ¡pero no puedo oler la caléndula con esta peste a conejo!

Espinela miró a su alrededor y se internó más en el claro. Buscaba las plantas, pero sólo vio tallos mordisqueados y hojas desperdigadas que ya se estaban marchitando bajo el sol.

—¡Oh, no! —exclamó.

—¿Qué pasa? —quiso saber Glayo.

—Aquí ya no queda caléndula. Se la han comido toda. Deben de haber sido los conejos... Veo sus cagarrutas.

Glayo ya estaba yendo a grandes pasos hacia las plantas arrasadas. Metió el hocico entre los restos de las matas y luego olfateó las duras y oscuras cagarrutas.

—Esto es un desastre —bufó—. He intentado cultivar caléndula con mis otras plantas en la vieja vivienda de los Dos Patas, pero sólo crece bien aquí arriba, bajo el sol.

Espinela recorrió lentamente todo el claro por si quedaba alguna planta que los conejos no hubieran destrozado. No vio ninguna, pero de repente captó el aroma de la caléndula, fuerte y dulce, y la guerrera se detuvo, desconcertada.

«Huele a muchas plantas. ¿Cómo es posible que no pueda verlas?»

Con la boca abierta para saborear el aire, la guerrera siguió el olor. El rastro la llevó hasta un haya que crecía en el lindero del claro; el olor procedía de entre las ramas.

—¿Plantas que crecen en un árbol? —murmuró—. ¡Eso no tiene sentido!

Pero no podía negar lo que le decía su olfato. Todavía confundida, trepó por el tronco hasta la primera rama y, una vez allí, hundiendo las garras en la corteza para no caerse, descubrió un pequeño hueco en la horcadura del

tronco. Estaba lleno de agua de lluvia y repleto de plantas de caléndula con las raíces sumergidas, de modo que permanecían frescas y vivas.

—¡Glayo! —exclamó entusiasmada—. ¡He encontrado caléndula!

El curandero miró a su alrededor, como si no supiera de dónde procedía la voz, y finalmente se acercó al pie del haya.

—¿Plantas en lo alto de un árbol? —maulló con voz irritada—. Si es una broma, te...

—No es una broma —le aseguró Espinela describiéndole el hueco con agua y con la caléndula perfectamente encajada en él—. Te la iré pasando.

—Esto es lo más raro que me he encontrado en mi vida —continuó Glayo mientras la joven iba recolectando los tallos uno a uno y dejándolos caer al suelo—. En el nombre del Clan Estelar, ¿cómo habrán llegado hasta ahí arriba?

—Tal vez las hayan subido los conejos para comérselas más tarde.

—¿Cuándo has visto a un conejo trepando a un árbol? —replicó Glayo con tono mordaz mientras formaba un ramo con las plantas—. Aunque las ardillas acumulan frutos secos... —añadió pensativo—. Quizá esto sea uno de sus almacenes.

«¿Y tú cuándo has visto a una ardilla comiendo caléndula?», pensó Espinela, aunque no lo dijo en voz alta.

—Es un misterio —respondió tirando el último tallo antes de bajar del árbol.

Glayo distribuyó la caléndula en dos ramos para poder llevarlos al campamento entre ambos. Luego cruzaron el claro para olfatear por última vez las plantas destrozadas.

—Deberíamos encontrar una forma de proteger las plantas para que vuelvan a crecer —masculló con la boca llena.

Espinela se preguntó cómo iban a hacer algo así. Construir una barrera de espinos alrededor del claro sería un trabajo descomunal, y además eso no mantendría a raya a los conejos. Esos bichos no dejaban de moverse libremente por el bosque, por mucho que hubiese zarzales en el camino.

—Quizá podríamos traer hasta aquí el olor a zorro... —sugirió la joven—. Eso ahuyentaría a los conejos.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo vas a hacer eso? —preguntó Glayo dando a entender que le parecía una idea descabellada.

La guerrera atigrada se paró a pensar un momento.

—Podríamos emplear excrementos de zorro... Sería un asco traerlos hasta aquí, pero es posible que funcione.

—¿Y cómo piensas conseguirlos? Supongo que no irás directamente hasta un zorro para decirle: «Por favor, ¿podría hacer un poco de caca para mí?».

Espinela puso los ojos en blanco. «Puede que Glayo sea nuestro curandero, pero a veces parece tener el cerebro de un ratón.»

—Excrementos secos —aclaró—. No creerás que voy a meterme en una madriguera de zorro para conseguirlos frescos, ¿verdad? —La última parte la dijo casi para sí misma. Era inútil intentar discutir con Glayo; de algún modo, él siempre ganaba.

Pero el curandero estaba asintiendo.

—Quizá no sea una mala idea... Ocúpate de eso, ¿quieres?, en cuanto llevemos estas plantas a la hondonada.

Espinela suspiró. «Genial —pensó siguiendo a Glayo sendero abajo—. ¿Por qué no puedo mantener la boca cerrada?»

Cuando entraron en la hondonada rocosa, Espinela siguió a Glayo hasta la guarida del curandero para dejar su fardo.

—¡Habéis encontrado caléndula! —exclamó Gabarda arrastrándose por el suelo para hundir el hocico en los aromáticos tallos—. Ahora mismo la reviso y la guardo.

—Gracias, Espinela —le dijo Glayo a la joven atigrada—. Ahora ya puedes ir a por esos excrementos de zorro.

Arrugando la nariz con repugnancia sólo de pensarlo, Espinela regresó al claro y miró a su alrededor. Tenía que encontrar a otro guerrero para que la acompañara. Si se ponía a buscar excrementos de zorro, podía tropezarse con un zorro, y si corría ese riesgo sola se ganaría una buena reprimenda.

Justo en ese momento vio aparecer a Floresta por el túnel de espinos, que se dirigió al montón de la carne fresca con un campañol en la boca.

—Hola, Floresta —la saludó Espinela—. ¿Puedes venir conmigo a buscar cagarrutas de zorro?

Floresta se la quedó mirando como si le hubiera brotado una segunda cabeza. «No puedo culparla», pensó Espinela.

—Es para mantener a los conejos alejados de la caléndula de Glayo —le explicó.

—Yo... lo siento, Espinela, pero no puedo —respondió la gata al cabo de un instante de vacilación—. Les he prometido a Puma y a Musaraña que los ayudaría con sus garrapatas. —Y se fue a toda prisa a la guarida de los veteranos.

«¡Vaya! —pensó Espinela—. ¿Y por qué no vas a pedirle a Glayo que te dé bilis de ratón para las garrapatas?»

Al principio supuso que Floresta sólo pretendía librarse de aquella tarea tan desagradable y peligrosa.

«Pero ella no suele ser así... No, eso es que todavía se siente incómoda conmigo porque nos vemos en el Bosque Oscuro. A lo mejor ha empezado a darse cuenta de lo horrible que es ese sitio y por eso no quiere hablar conmigo.»

Dio un respingo al oír los pasos de otro gato que se acercaba por detrás. Al girarse, vio a su padre, Betulón, que había ido a depositar una ardilla en el montón de la carne fresca.

—¡Me has dado un susto de muerte! —exclamó ella sin aliento.

Betulón agitó las orejas.

—Yo creía que a ti no te asustaba nada, Espinela.

A la joven le pareció un comentario un poco raro, pero no tenía tiempo para detenerse a pensar en eso.

—Necesito encontrar excrementos de zorro para proteger las plantas de Glayo; se las han comido los conejos. ¿Tú vendrías conmigo?

—Claro.

Betulón se atusó el pecho con un par de veloces lametazos y se encaminó hacia el túnel de espinos con su hija.

Una vez fuera del campamento, la joven guerrera se puso en cabeza para dirigirse a la frontera entre el Clan del Trueno y el bosque que se extendía más allá del territorio de los clanes.

—No es muy probable que encontremos zorros por aquí —explicó—. Todos los clanes son muy efectivos a la hora de echarlos de sus tierras.

Betulón asintió.

—Te vi hace tres noches —maulló al cabo de un momento—. Entrenando con Alcotán en el Bosque Oscuro.

La joven gata frenó en seco y miró horrorizada a su padre confiando en que él no pudiese oír los fuertes latidos de su corazón. Era muy duro pensar que algún gato del Clan del Trueno pudiera unirse a Estrella de Tigre y a los

demás guerreros oscuros, pero resultaba más duro aún cuando se trataba de alguien de tu propia familia. «¿Es que no puedo fiarme de ninguno de mis compañeros de clan? —se preguntó Espinela—. Excepto Leonado, Ala de Tórtola y Glayo, ¡todos pueden estar visitando el Bosque Oscuro!»

—Era mi primera visita —continuó Betulón—. Te vi entre los árboles.

—Yo no te vi a ti —respondió la joven procurando que él no notara su desconcierto.

Al guerrero le centellearon los ojos, risueño.

—No; parecías estar bastante ocupada.

—Allí he aprendido algunas cosas útiles... —maulló la gata con prudencia.

Su padre asintió, y el brillo risueño de su mirada dio paso a una expresión de seguridad.

—El entrenamiento que nos proporcionan nos viene muy bien. Nos da la oportunidad de hacer al clan más fuerte todavía. Yo pensaba que ya había aprendido todo lo que se puede aprender, pero ahora he descubierto que puedo convertirme en un guerrero aún más poderoso a la hora de luchar por mi clan.

Espinela no quería seguir hablando del Bosque Oscuro.

—Eso debería ayudarnos a lidiar con los zorros —admitió—. ¿Hueles algún rastro o todavía no?

Betulón la miró a los ojos un momento, y ella notó un hormigueo en la piel bajo su mirada ámbar.

Finalmente, su padre levantó la cabeza y abrió la boca para saborear el aire.

—No —maulló—. Tenemos que acercarnos más a la frontera.

Espinela se sintió más incómoda aún cuando traspasaron las marcas olorosas del Clan del Trueno y se internaron en el desconocido bosque. Allí

el suelo era desigual, y los hoyos estaban llenos de hojas húmedas y putrefactas. Asomaban rocas entre las matas de hierba, los árboles crecían muy juntos, y las ramas se arqueaban por encima de sus cabezas, bloqueando la luz. Espinela se estremeció. Algo le decía que alguien los estaba vigilando. Aun así, cuando giró en redondo no vio ningún destello de ojos entre la vegetación y las ramas.

—¡Zorro! —exclamó Betulón con satisfacción—. Y no muy lejos, diría yo. Por ahí.

Espinela lo siguió, y los dos bordearon una gran mata de helechos. No podía librarse de la sensación de que alguna criatura los estaba observando y no paraba de mirar por encima del hombro inspeccionando las sombras en vano.

—¡Ay!

Soltó un alarido de sorpresa. Estaba rodeada de zarzas, y las espinas se le clavaron en la piel. Durante unos segundos se debatió desesperadamente, imaginándose a un montón de zorros esperando a que se diese por vencida y se convirtiera en una presa fácil.

—Estate quieta —le dijo Betulón a sus espaldas—. En serio, hija, pareces una cachorrita en su primera salida del campamento, mirando a todos lados menos donde deberías. ¿Es que no has visto el zarzal que tenías delante?

—Oh, claro —masculló ella—. Sólo me he metido en él por diversión... —Y, levantando la voz, añadió—: ¡Sácame de aquí, no quiero verme atrapada entre las zarzas si aparece un zorro!

Su padre empezó a desengancharla de los espinosos tallos, y la joven no tardó en poder salir del arbusto. Aún tenía espinas clavadas en el pelo, y en los zarcillos se habían quedado prendidos varios mechones blancos y plateados.

—Parece como si hubiera nevado —se mofó Betulón—. ¿Seguro que estás bien, hija?

—Estoy bien, gracias.

—Entonces, sigamos adelante, y, por el Clan Estelar, esta vez vigila dónde pones las patas.

Espinela lo siguió, temblando de rabia. «Me habla como si yo no supiera nada. Tendré que recordarle que ya no soy una cachorrita...»

Al otro lado de la maleza, la joven guerrera vio un agujero oscuro entre dos rocas, casi oculto tras unos helechos arqueados. El olor a zorro era muy intenso.

—Ahí está la madriguera. —Betulón la señaló con un movimiento de la cola.

—Pero el olor es rancio —replicó Espinela, ansiosa por demostrar sus dotes olfativas—. No creo que el zorro esté ahí dentro.

Betulón asintió.

—Muy bien, entonces será mejor que busquemos esos excrementos y nos larguemos de aquí antes de que regrese.

Espinela localizó un montoncito de cagarrutas de zorro cerca de la entrada de la madriguera y reprimiendo una arcada de asco cogió un palito, metió un extremo en los excrementos y le dio vueltas hasta que quedó untado por completo.

—¡Por el gran Clan Estelar, cómo apesta! —exclamó Betulón—. No puedo creer que estemos haciendo esto...

—Te alegrarás de poder contar con caléndula si resultas herido —respondió Espinela apretando el palo entre los dientes.

El guerrero puso los ojos en blanco.

—¿Y no hay una forma más fácil de lograrlo?

Haciendo caso omiso de la pregunta, Espinela levantó el palo y se dirigió de nuevo hacia la frontera del Clan del Trueno. Para su alivio, la sensación de estar siendo observada desapareció en cuanto volvió a encontrarse en su propio territorio.

«Me pregunto si sería el zorro quien nos estaba vigilando. Pero, en ese caso, ¿por qué no nos ha atacado?»

No resultaba sencillo cargar con el palo, pero Espinela y Betulón se las arreglaron para llevarlo por turnos hasta el claro de lo alto de la hondonada en el que crecían las plantas de caléndula. La joven guerrera trazó un círculo alrededor de las matas dañadas restregando en la hierba el extremo del palo untado de excrementos.

—Esto debería mantener alejados a los conejos —maulló Betulón, satisfecho.

Tras soltar el palo, Espinela sintió una leve punzada de inquietud.

—Espero que hayamos hecho lo correcto... ¿Y si otros zorros captan este olor a zorro? ¡Pensarán que este territorio es suyo!

Betulón se encogió de hombros.

—Si lo piensan es que son unos descerebrados. Pero será mejor que les contemos a las patrullas lo que hemos hecho, o volverán al campamento para informar de una invasión de zorros.

Espinela asintió.

—Iré a buscar a Zarzoso para contárselo.

«Espero que esto haya sido una buena idea —pensó sintiendo unas dudas tan punzantes como una espina clavada en la almohadilla—. Acabamos de traer el olor de nuestro peor enemigo al corazón de nuestro territorio.»

Se encaminó de nuevo hacia el campamento, con Betulón siguiéndola de cerca.

—Volvamos por la ruta larga —sugirió el guerrero—. En el arroyo que bordea la frontera del Clan del Viento podremos lavarnos bien las patas y deshacernos del tufo a zorro.

De camino a la frontera, atravesaron matas de helechos verdes y húmedos, y el refrescante aroma de la vegetación empezó a enmascarar el olor a zorro de su pelaje. En aquel entorno tan familiar, Espinela empezó a relajarse... Pero mientras descendía por la ladera hacia el arroyo no se fijó en una rama tendida entre la hierba y acabó tropezando con ella. Sintió un dolor lacerante en la pata, justo donde se había herido en el entrenamiento de la noche anterior.

—¡Cagarrutas de ratón! —masculló con una mueca de dolor.

—Tendrás que ser más hábil la próxima vez —observó Betulón. Era obvio que sabía exactamente cómo se había herido—. Y deberías vigilar dónde pones las patas. Sería una lástima que no pudieras seguir luchando por un estúpido accidente. Sin duda ya sabes lo duro que es el entrenamiento.

Espinela le lanzó una mirada fugaz.

—Sí, claro.

Sintió un hormigueo en las zarpas; se le hacía muy raro compartir su vida nocturna con un compañero de clan, especialmente cuando ese compañero era su padre. «Betulón debe de creer que quiero formar parte de los planes de Estrella de Tigre —se dijo desazonada—. Él no sabe que estoy espiando para el Clan del Trueno. Y tampoco debe descubrirlo», añadió para sí misma, cada vez más incómoda.

Espinela sabía que los gatos del Bosque Oscuro pretendían destruir a los clanes, pero le costaba creer que Betulón y Floresta fueran enemigos del Clan del Trueno. «Deben de haberlos engañado. Sé que Betulón sólo quiere hacer las cosas lo mejor posible para su clan...» Aun así, no logró acallar

sus dudas por completo, como si un pequeño gusano de desasosiego la royera por dentro.

Intentando alejar esos pensamientos tan perturbadores, Espinela llegó a la ribera del arroyo y se quedó mirando el agua al lado de su padre.

—¿De verdad tenemos que meternos ahí? —preguntó.

—O eso, o regresar al campamento apestando a zorro —replicó el guerrero—. La verdad es que no tenemos elección.

De mala gana, Betulón se deslizó orilla abajo hasta que sus zarpas tocaron el agua. Espinela lo siguió metiéndose un poco más en el arroyo y estremeciéndose cuando la fría corriente fluyó entre sus patas. Se restregó una zarpa contra la otra para librarse del persistente olor. A sus espaldas, oyó a Betulón chapoteando. De repente, el ruido cesó.

—Oh, oh —musitó el guerrero—. Nos han visto.

Cuatro gatos los miraban desde el lado del arroyo del Clan del Viento. Entornando los ojos contra la luz, Espinela reconoció a Ventolero y a su aprendiz, Plomizo, que estaban junto a Cola Brecina y su discípula, Zarpa de Retama. Ni Ventolero ni Plomizo mostraban señales de agotamiento tras la sesión de entrenamiento de la noche anterior en el Bosque Oscuro, cuando Espinela se había enfrentado a ellos en un largo simulacro de batalla.

—¿Qué estáis haciendo en nuestro arroyo? —quiso saber Ventolero—. ¡Fuera de ahí!

Betulón no hizo ni ademán de moverse.

—No es vuestro arroyo —replicó—. Nosotros tenemos tanto derecho a estar aquí como vosotros.

—Vuestro territorio termina en la orilla —le espetó Cola Brecina—. Ahí es donde dejáis las marcas olorosas.

—Y vosotros las dejáis en vuestra propia orilla —repuso Betulón—. ¡Como si alguien pudiera dejar marcas olorosas en una corriente de agua!

Espinela se sentía completamente ridícula con el agua hasta la barriga. Miró a los gatos de la ribera con la cabeza ladeada y luego se acercó a Betulón y le tocó el lomo con la cola.

—Vámonos de aquí —murmuró.

Su padre no se movió.

—El arroyo no pertenece a ninguno de los dos clanes —insistió él—. Podemos lavarnos las patas aquí si queremos.

Ventolero puso los ojos en blanco y se acercó más al borde del agua para poder hablar con los gatos del Clan del Trueno sin que Cola Brecina lo oyera.

—Mirad, no quiero pelear con vosotros por esto —susurró—, pero tendré que hacerlo si insistes en discutir. Así que largaos, ¿vale?

Dio la impresión de que Betulón iba a aceptar, pero justo entonces Cola Brecina se adelantó.

—¿Por qué pierdes el tiempo hablando con ellos, Ventolero? —bufó la gata—. Si no se marchan, deberíamos echarlos a zarpazos y ya está. Zarpa de Retama, ¿por qué te quedas ahí detrás?

—¡Yo lucharé contra ellos! —exclamó Plomizo.

—No, Plomizo —le dijo Ventolero a su aprendiz—. No vale la pena pelear por esto. No son más que un par de piojosos del Clan del Trueno.

Con una punzada de angustia, Espinela se dio cuenta de que los guerreros del Clan del Viento y ahora del Bosque Oscuro se estaban aliando con Betulón y con ella en vez de con sus propios compañeros de clan. «¡Esto no está bien!»

Cola Brecina se acercó un poco más al arroyo.

—Son piojosos que están traspasando nuestra frontera —maulló mirando a los gatos del Clan del Trueno con ojos destellantes de furia—. Marchaos ahora mismo o pelead.

—Venga —maulló Espinela mirando a Betulón—. No queremos tener más problemas.

—Desde luego que no —coincidió el guerrero—, pero no somos nosotros quienes los estamos provocando. —Erizó el pelo del cuello con rabia, sosteniéndole la mirada a Cola Brecina—. No voy a retirarme cuando no estamos haciendo nada malo.

Abatida, Espinela vio que su padre cruzaba el arroyo para saltar a la orilla del Clan del Viento. Ventolero soltó un gruñido y corrió a plantarse frente a él.

—¡Eres un cabeza de chorlito! —le bufó a Betulón—. ¡Ahora tendré que pelear contigo! Espera a que te vea en el Bosque Oscuro. Necesitas que te enseñen de qué lado estás.

—¡Sí! ¡Y allí también os daremos una paliza! —se sumó Zarpa de Retama arrancando la hierba mientras se preparaba para saltar.

Para alivio de Espinela, Cola Brecina estaba tan concentrada en Betulón que no prestaba atención a sus compañeros de clan, los cuales, además, hablaban tan bajito que difícilmente habría podido oírlos.

Muy a su pesar, Espinela se obligó a cruzar el arroyo. «¡No tengo más remedio que apoyar a mi compañero de clan! ¿Es que voy a pasarme el resto de mi vida peleando, tanto dormida como despierta?»

Pero, antes de que pudiera saltar a la orilla opuesta, oyó un sonido de pisadas sobre las hojas secas del territorio del Clan del Trueno. Acedera apareció por detrás de un avellano, seguida de su patrulla: Abejorro Negro, Pinta y Bayo. Los cuatro iban cargados con presas.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Acedera mientras dejaba su campañol en el suelo.

«¡Gracias, Clan Estelar!» Espinela se giró hacia la guerrera parda.

—Betulón y yo estábamos lavándonos las patas en el arroyo —le explicó—. Entonces ha llegado esta patrulla del Clan del Viento y nos ha dicho que saliéramos del agua...

—Así que estabais a punto de pelear sólo porque queríais lavaros las patas... —Acedera suspiró—. ¡Nunca había oído nada tan ridículo! Espinela, Betulón, venid aquí ahora mismo.

La joven obedeció, aliviada. Salió del agua y se sacudió una pata tras otra. A Betulón le costó más y, antes de meterse en el arroyo para regresar a su propio territorio, dirigió una mirada torva a Ventolero y Cola Brecina.

Espinela sintió un zarpazo de terror en el estómago. «Antes, mi padre no iba por ahí buscando pelea —pensó—. ¡El Bosque Oscuro lo está cambiando!»

—Ya arreglaremos esto luego —maulló Betulón por encima del hombro.

—¡Que no te quepa la menor duda! —replicó Ventolero sacudiendo la cola de un lado a otro.

Una oleada de inquietud recorrió el lomo de Espinela mientras seguía a Acedera y a los demás al campamento. «Más problemas para esta noche —pensó desconsolada—. Por si no fuera ya bastante malo entrenar en el Bosque Oscuro, ahora encima tenemos que resolver un conflicto con Ventolero. ¿Cuándo acabará esto?»



3

Ala de Tórtola clavó las garras en el musgo y arrancó grandes trozos de entre las raíces del roble.

—Es estupendo y está seco —comentó Candeal—. Seguro que a Puma y a Musaraña les encantará.

La guerrera hizo una pausa y se quedó mirando a su hija.

—Ala de Tórtola, me preocupan esas pesadillas que tienes —maulló—. Yo no sé...

—No tienes por qué preocuparte, en serio —la interrumpió la joven, deseando no haber dicho nada sobre los sueños en los que veía a Rapiña, una y otra vez, arrastrada por el águila mientras oía sus desgarradores gritos atravesando el aire. Evitando la mirada de su madre, se inclinó sobre el creciente montón de musgo en busca de espinas—. Las pesadillas acabarán desapareciendo, ya lo verás.

Candeal negó con la cabeza.

—Ha pasado una luna entera desde tu regreso y las sigues teniendo. —Arrancó otro pedazo de musgo arañando las raíces del roble—. Y no puedo dejar de culparme a mí misma por dejarte ir a las montañas. Eres demasiado joven, y aún no tenías la suficiente experiencia como guerrera para viajar tan lejos...

—¡No digas eso! —protestó Ala de Tórtola levantando la vista del musgo—. Además, tú no me dejaste ir. Me escogió Estrella de Fuego.

—Sí, y yo habría esperado más sentido común de un líder de clan.

«Ojalá pudiera contarte por qué Estrella de Fuego tomó esa decisión, pero no puedo», pensó la joven guerrera.

—No olvides que fui yo quien encabezó la expedición para encontrar a los castores —le recordó a su madre—. Ahí adquirí mucha experiencia.

—Sí, ya sé... —Candeal aún parecía intranquila—. El Clan Estelar no debería haber enviado el sueño sobre los castores a una aprendiz. Era una responsabilidad demasiado grande.

«Sólo que el Clan Estelar no me envió ningún sueño... —Ala de Tórtola volvió a inclinarse afanosamente sobre el musgo para esconder la cara—. Candeal no volvería a pegar ojo si supiera que ya nací con una gran responsabilidad, gracias a la profecía.»

—Lo superaré, te lo aseguro —insistió la joven guerrera—. Y no todo es malo. Soy afortunada por haber viajado tan lejos del clan. ¡Hay muchas cosas que ver ahí fuera!

Candeal se puso tensa.

—También hay muchas cosas que ver aquí, junto al lago.

—Sí, sí, ya sé que... ¡Oh, aquí hay una espina enorme! —exclamó la gata sacándola y apartándola a un lado—. Menos mal que no ha terminado en el pelo de Musaraña.

Durante unos segundos, las dos guerreras trabajaron codo con codo arrancando más musgo de las raíces del roble. Tras depositar en el suelo un pedazo especialmente grueso, Candeal hizo una pausa.

—He estado hablando con Abejorro Negro —maulló—. Es un joven guerrero de lo más agradable... ¡y qué educado! Le gustas mucho, ¿sabes?

Ala de Tórtola empezó a sentirse acalorada e incómoda en su propia piel.

—Lo sé —masculló retorciéndose azorada.

—Algún día tendrás que buscar una pareja para que el clan prospere...

—Hay tiempo de sobra para eso —maulló Ala de Tórtola.

«¿La profecía me permitirá emparejarme? ¿Cómo voy a tener hijos si en cualquier momento puedo ser reclamada para salvar al clan? —Una imagen de Corazón de Tigre parpadeó en su mente; los ojos del guerrero centelleaban como si fuera a saltar sobre ella para hacerla rodar por el suelo en una pelea fingida—. Corazón de Tigre lo entendería...»

Apartó esos pensamientos de su mente.

—Ya tenemos mucho musgo —observó—. Vamos a llevarlo al campamento.

Candeal formó dos bolas con el musgo y las cargaron de vuelta a la hondonada rocosa. Ahora que su madre ya se había tranquilizado, Ala de Tórtola estaba disfrutando de su compañía. No tenían muchas ocasiones de trabajar juntas sin la presencia de otros gatos.

Pero sus oídos seguían llenos de extraños zumbidos, y todavía tenía los sentidos embotados.

«¿Y si mis poderes han desaparecido para siempre? —se preguntó sintiendo un escalofrío de miedo de las orejas a la punta de la cola—. No —se dijo a sí misma—. No voy a pensar en eso...»

Al pasar por una frondosa franja de helechos no muy lejos de la entrada del campamento, vio un destello de pelaje blanco y gris, y Ratonero emergió de pronto entre la vegetación. La joven retrocedió con un chillido de sorpresa y soltó la bola de musgo.

—¡Te pillé! —exclamó Ratonero con un ronroneo risueño—. Nunca te había visto saltar así. ¿Es que tienes musgo en las orejas, Ala de Tórtola? Habitualmente, nadie puede sorprenderte así.

La joven le dio un manotazo intentando no sentirse molesta. «Si tuviera mis sentidos en forma, ¡te habría oído a diez colas de distancia mientras te abrías paso como un zorro a punto de atacar!»

—¿Quieres venir a cazar conmigo? —le preguntó Ratonero—. La patrulla fronteriza ha oído a unas ardillas peleando en el claro herboso que linda con la frontera del Clan de la Sombra. ¡Y las ardillas cansadas y heridas son presas fáciles!

Nube Albina y Tordo salieron de entre los helechos detrás de Ratonero.

—Sí, ven con nosotros —le dijo Nube Albina—. ¡Será divertido!

Ala de Tórtola miró a su madre.

—Se supone que tengo que llevar este musgo al campamento...

—Ya lo haré yo —maulló alegremente Candeal—. Tú vete a cazar con ellos.

—¡Gracias!

Mientras Candeal juntaba todo el musgo, Ala de Tórtola se unió a Ratonero y a los demás de camino al bosque. Ratonero apretó el paso hasta que todos empezaron a correr a la máxima velocidad entre los árboles. La joven guerrera sintió que sus miedos nocturnos y su agotamiento se esfumaban mientras tensaba y estiraba los músculos; sus patas se movían sin apenas rozar el suelo.

—¡Seguro que yo puedo saltar más alto que nadie! —exclamó Tordo.

—¡Seguro que no! —replicó Nube Albina saltando por encima de un árbol caído para exhibir sus habilidades.

Tordo saltó detrás de la gata y aterrizó bruscamente sobre ella.

—¡Uf! ¡Apártate! —resopló Nube Albina quitándoselo de encima de un empujón para ponerse en pie—. Pesas tanto como un tejón.

—Echemos una carrera —propuso Ratonero—. ¡El último en llegar al árbol muerto es un ratón!

Y salió disparado antes de terminar de hablar mientras los otros tres se lanzaban a perseguirlo. Ala de Tórtola corrió con la barriga rozando el suelo y con la cola ondeando a sus espaldas. Tordo la adelantó y luego adelantó a Ratonero, pero la joven fue ampliando poco a poco la distancia entre ella y Nube Albina.

«Es más fácil correr muy rápido y zigzaguear entre los árboles cuando no oigo sonidos que vienen de lejos. —Descubrió sorprendida—. No hay nada que me distraiga. ¡Así es como deben de ser las cosas para los demás gatos!»

Alcanzó y superó a Ratonero mientras bordeaban un zarzal, de modo que ya sólo Tordo iba por delante de ella. Ala de Tórtola podía ver su silueta blanca y negra avanzando ágilmente entre los árboles. Haciendo acopio de todas sus energías, la joven guerrera aceleró en un esfuerzo final. Sus patas apenas tocaban el suelo con cada salto, y el árbol muerto ya estaba a la vista cuando alcanzó a su compañero, que le lanzó una mirada atónita cuando lo adelantó en el último momento para abalanzarse sobre el árbol y clavar las uñas en el tronco.

—¡He ganado! —aulló la joven guerrera.

Tordo llegó corriendo, seguido de Ratonero. Nube Albina llegó la última, jadeando sin resuello.

—Vale, soy un ratón. —La gata blanca se dejó caer al suelo—. Ala de Tórtola, ¡has hecho una carrera estupenda!

—Sí, y has superado incluso a Tordo... —maulló Ratonero—. ¡Y mira que es rápido!

Tordo miró con aprobación a la joven.

—Bien hecho.

Cuando todos recuperaron el aliento, Ratonero se puso en pie.

—Ya es hora de empezar a buscar a esas ardillas. Será mejor que avancemos en silencio a partir de aquí; estamos bastante cerca del claro.

El propio Ratonero encabezó la marcha. Ala de Tórtola y los demás lo siguieron avanzando entre la vegetación con pasos sigilosos. En el lindero del claro, la joven guerrera se asomó entre una mata de alta hierba y vio que los Dos Patas ya habían empezado a instalar sus endebles guaridas de manto verde.

—¡Cagarrutas de ratón! —masculló cuando tres cachorros de Dos Patas cruzaron a la carrera el espacio abierto, chillando y lanzándose unos a otros algo de color rojo—. Espantarán a todas las presas de aquí hasta el lago.

Ratonero guió a su patrulla alrededor del lindero del claro deslizándose entre las sombras para que los Dos Patas no repararan en ellos. Ala de Tórtola se estremeció hasta la punta de las garras al traspasar la antigua frontera del Clan de la Sombra. Aún perduraba el rastro de las rancias marcas olorosas, y casi esperó oír el grito desafiante de una patrulla del clan vecino.

«Éste es el arbusto donde me reuní por primera vez con Corazón de Tigre —pensó al pasar junto a él—. Todo era tan distinto entonces...»

La patrulla se dispersó en el otro extremo del claro saboreando el aire para captar el olor a ardilla.

—Aquí —anunció Nube Albina en voz baja. Se había detenido al pie de un árbol y estaba mirando hacia las ramas—. Ahí arriba hay una ardilla. Creo que está herida.

Ratonero se acercó.

—Tienes razón. Tú trepa por ese lado, y yo iré por el otro.

Ala de Tórtola y Tordo se quedaron mirando mientras sus compañeros subían por el tronco. Antes de llegar a las ramas más bajas, sin embargo, se oyó un susurro entre las hojas y apareció la ardilla. El animalillo rozó la

cabeza de Nube Albina, bajó de un salto al suelo y pasó a toda velocidad por delante de Ala de Tórtola y Tordo. La joven guerrera giró en redondo y fue tras ella junto con su compañero. La ardilla corrió veloz hacia el claro.

«No estará tan malherida si puede correr de esa forma», pensó Ala de Tórtola mientras la perseguía a la carrera.

Ella y Tordo fueron acercándose a la ardilla a través del claro. Dejaron atrás las guaridas verdes de los Dos Patas y chapotearon brevemente en el arroyo. Ala de Tórtola se puso en cabeza; tenía la ardilla tan cerca que comenzó a tensar los músculos para saltar, pero entonces detectó el olor del Clan de la Sombra y frenó en seco.

«¡Por el gran Clan Estelar, he estado a punto de traspasar la frontera!»

La ardilla siguió adelante y desapareció en un abedul cercano sacudiendo la cola. La joven guerrera miró a su alrededor mientras resollaba en el límite de su territorio, pero no logró ver a Tordo ni al resto de la patrulla.

—Esta vez te has detenido.

A Ala de Tórtola se le desbocó el corazón al oír aquella voz. Se giró de golpe y vio a Corazón de Tigre saliendo de entre un zarzal.

El guerrero se acercó a su propio lado de la frontera e inclinó la cabeza.

—¡No he puesto ni una zarpa en tu territorio! —exclamó Ala de Tórtola a la defensiva, notando que el pelo del cuello se le erizaba de rabia. «Ojalá estuvieran los demás aquí», pensó.

—Relájate. Estoy solo —respondió Corazón de Tigre—. No has hecho nada malo. En realidad, tenía la esperanza de verte por aquí.

La joven entornó los ojos.

—Ya te dije que no podemos seguir encontrándonos así. Todo... ha terminado, Corazón de Tigre.

El guerrero parpadeó.

—No... No te buscaba por eso. Hay algo más... —Vaciló un instante y luego, a regañadientes, añadió—: Se trata de Canela.

A Ala de Tórtola se le fue alisando el pelo a medida que la curiosidad superaba a su nerviosismo.

—Canela se comporta de un modo muy extraño desde la muerte de Rosero —continuó el atigrado—. Ella... ella cree que Glayo tuvo la culpa de que nuestro hermano se ahogara.

—¡Eso no es cierto! —bufó Ala de Tórtola—. Glayo intentó salvarlo.

Corazón de Tigre suspiró.

—Probablemente. Pero supongo que eso no lo sabremos nunca, aunque sea verdad, y Canela quiere vengarse.

La joven se lo quedó mirando rememorando aquel espantoso día en que el joven curandero del Clan de la Sombra, el hermano de Corazón de Tigre y Canela, se ahogó en el lago congelado al romperse el hielo.

—Ya sabes que los curanderos están actuando de un modo muy extraño —prosiguió el guerrero—. Ya no van a la Laguna Lunar en la media luna y esa clase de cosas. Canela está convencida de que Glayo tuvo una pelea con Rosero y aprovechó para matarlo cuando se cayó al lago helado.

—¡Eso es una tontería! —Ala de Tórtola arrancó la hierba que tenía delante—. Canela tiene que madurar. Glayo jamás haría algo así... ¡Estaba destrozado por no haber podido salvar a Rosero! No puedo creer que hayas prestado oídos a esa clase de rumores.

—No te lo cuento por que crea que sea verdad. —Corazón de Tigre elevó un poco la voz—. Sólo intento prevenirte. Temo que Canela pueda hacer algo para perjudicar al Clan del Trueno. —Y, sacudiendo la cabeza, volvió a bajar la voz antes de añadir—: Quiere vengarse y se está comportando de una manera realmente extraña.

Ala de Tórtola no se sintió muy comprensiva.

—Creo que podremos soportar que Canela pierda los estribos —le espetó—. Por favor, no vuelvas a buscarme para hablar conmigo. Los dos tendremos problemas si nos sorprenden.

Y dicho esto dio media vuelta disponiéndose a correr hacia el bosque del otro lado del claro.

—Yo sólo intentaba ayudar —dijo Corazón de Tigre con rabia y tristeza en la voz—. Quiero demostrarte que no tenemos por qué ser enemigos.

—Ya es demasiado tarde para eso —replicó Ala de Tórtola.

Y, sin volver a mirar a Corazón de Tigre, se encaminó hacia los árboles. Antes de que llegara, la ardilla pasó disparada por su lado, y la joven soltó un bufido de irritación. «Sé que Corazón de Tigre la ha ahuyentado para que viniera a nuestro territorio. ¿Acaso cree que no sé cazar por mi cuenta?»

Pero, al mismo tiempo, y sin poder evitarlo, sus patas la llevaron veloces tras la presa, a la que despachó con un rápido zarpazo en la columna vertebral. Luego se internó con ella entre los árboles, donde vio a Ratonero y al resto de la patrulla a unas pocas colas de distancia.

—¡Qué buena caza! —exclamó Tordo al verla llegar.

—Sí, eres realmente rápida —añadió Ratonero mientras Nube Albina olfateaba la ardilla con admiración.

Cuando la patrulla echó a andar en dirección al campamento, Ala de Tórtola lanzó una última mirada al otro lado del claro. Corazón de Tigre había desaparecido. «¿Será verdad lo que me ha contado? —se preguntó—. ¿Canela está planeando vengarse de un asesinato que nunca ocurrió?»



4

Leonado entró en el campamento a través del túnel de espinos y se detuvo a estirar sus doloridos músculos.

—Ha sido una sesión de entrenamiento estupenda —le dijo a Floresta cuando ella apareció tras él—. La verdad es que me has pillado con ese salto y giro hacia atrás.

—Sí, ¿me enseñarás a hacerlo, Floresta? —le preguntó Raposo, que apareció por el túnel en último lugar.

A la guerrera le brillaron los ojos ante los elogios de sus compañeros de clan y se dio un par de lametazos en el pecho, un tanto azorada.

—No es muy difícil —murmuró—. Lamento haberte hecho daño, Leonado.

—No pasa nada. —El guerrero le dio un toque amistoso en la oreja con la punta de la cola—. Debería haber sido un poco más rápido.

Se les acercó Carbonera, que se quedó mirando el pelo alborotado de Leonado con un brillo risueño en los ojos.

—¡Parece como si hubieras salido de un zarzal a contrapelo! —maulló.

—Me siento exactamente así —respondió él mientras se dirigían al montón de la carne fresca—. Floresta y Raposo no me han dado ni una sola

oportunidad para recuperar el aliento. Se están convirtiendo en unos guerreros magníficos...

Justo en ese momento, sonó un alarido a sus espaldas.

—¡Estrella de Fuego! ¡Estrella de Fuego!

Leonado giró en redondo y vio que Acedera irrumpía en el claro seguida de Abejorro Negro, Bayo y Pinta. Betulón y Espinela entraron tras ellos, más despacio.

—¡Por el gran Clan Estelar! —exclamó el joven guerrero erizando el pelo del cuello—. ¿Nos están atacando?

Mientras Acedera trataba de recuperar el aliento, Estrella de Fuego apareció en la Cornisa Alta y bajó ágilmente por las rocas desprendidas hasta el suelo de la hondonada. Tormenta de Arena lo siguió desde la cornisa, y Manto Polvoroso y Fronde Dorado se aproximaron desde el montón de la carne fresca.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Estrella de Fuego deteniéndose frente a la patrulla de Acedera.

—Problemas en la frontera del Clan del Viento —le explicó la guerrera parda—. Betulón y Espinela han tenido una discusión con unos gatos del Clan del Viento. Creo que habría terminado en pelea si no llegamos a aparecer nosotros.

—¿Es eso cierto? —preguntó el líder del clan clavando sus ojos verdes en Betulón y Espinela.

Fue entonces cuando Leonado reparó en que Betulón parecía enfurruñado, mientras que Espinela agitaba la punta de la cola con irritación.

—Han empezado ellos —maulló Betulón a la defensiva—. No querían que nos laváramos las patas en el arroyo.

—No estábamos en su territorio —intervino Espinela—. No hemos hecho nada malo.

—¡Por el Clan Estelar! —exclamó Manto Polvoroso antes de que Estrella de Fuego pudiera decir nada—. ¿Es que la tensión no es ya bastante grande entre ambos clanes como para ir buscando problemas?

—¡No estábamos buscando problemas! —replicó Espinela.

Cuando Estrella de Fuego levantó la cola para exigir silencio, Fronde Dorado se acercó a Acedera y le tocó levemente la oreja con la nariz.

—Espero que no te hayas metido en ninguna pelea —dijo en un susurro.

Ella le dedicó un guiño cariñoso.

—No. Pero no ha sido gracias a estos dos descerebrados.

—¡Descerebrada serás tú! —retrucó Betulón.

—Mantengamos la calma —ordenó Estrella de Fuego colocándose en medio de los bandos enfrentados—. Nadie está diciendo que hayáis quebrantado el código guerrero —les dijo a Betulón y Espinela—, pero lavaros las patas en la frontera del Clan del Viento no ha sido muy sensato que digamos.

—Sí, ¿qué tiene de malo el lago? —intervino Tormenta de Arena.

Espinela abrió la boca para responder, pero justo entonces sonaron unos chillidos entusiasmados desde la maternidad, de donde salieron disparados Jerbillo y Grosellita.

—¿Qué está pasando? —preguntó Grosellita plantando la cola de emoción—. ¿Podemos ayudar?

Jerbillo hinchaba el pecho dándose importancia.

—¿Qué tenemos que hacer? ¿Con quién tenemos que luchar?

A Leonado le reconfortó el entusiasmo de los cachorros. Ya casi tenían seis lunas, edad suficiente para ser aprendices, y su madre, Rosella, estaba

lista para retomar sus obligaciones como guerrera. El joven gato se inclinó para entrechocar la nariz con los pequeños, uno detrás de otro.

—Eh, tranquilos, tranquilos... —ronroneó—. El Clan del Viento no va a atacarnos por ahora. Podéis envainar las garras.

Al incorporarse, sus ojos se encontraron con los azules de Carbonera, en los que captó un leve fogonazo de dolor. Sabía perfectamente lo que estaba sintiendo la guerrera. «Podríamos tener nuestros propios hijos si tú quisieras... Y si pudieses olvidarte de la profecía... —Leonado reprimió un gruñido de frustración. El hecho de que Carbonera considerara que su destino era un obstáculo insalvable era lo único que los separaba—. ¡Yo no pedí ser elegido por el Clan Estelar antes incluso de nacer!»

Centella se acercó a él con su pareja, Nimbo Blanco.

—Te llevas muy bien con los cachorros, Leonado —comentó la gata—. Algún día serás un gran padre.

«Eso tampoco ayuda mucho», pensó el joven guerrero con un hormigueo de incomodidad en la piel.

Aparecieron más gatos por el túnel de espinos. Ratonero iba en cabeza, delante de Nube Albina, Tordo y Ala de Tórtola. La joven guerrera llevaba una ardilla en la boca, mientras que Nube Albina arrastraba un mirlo. La patrulla de caza se dirigió al centro del claro lanzando miradas de curiosidad a los gatos que rodeaban a Estrella de Fuego, y una vez allí depositaron sus presas en el montón de la carne fresca. La mayor parte de los gatos centraron su atención en la comida abandonando los comentarios sobre el encuentro con el Clan del Viento.

En cuanto Ala de Tórtola dejó su ardilla, Puma llegó desde la guarida de los veteranos.

—Oye, jovencita —empezó—. Esta mañana has estado recogiendo musgo, ¿verdad?

Ala de Tórtola ladeó la cabeza.

—Sí. Lo hemos recogido Candeal y yo. ¿Hay algún problema?

—Está muy seco y pica mucho... —maulló Puma parpadeando a modo de disculpa—. No quiero molestar, pero es que Musaraña no consigue sentirse cómoda.

Leonado se giró hacia la guarida de los veteranos y vio a Musaraña encogida en la entrada, cabizbaja, y sintió un arrebato de compasión desgarrador. La anciana, que siempre había hablado sin pelos en la lengua, ya no era la misma desde que su compañero Rabo Largo había muerto tras la caída del haya en el campamento. El joven guerrero habría dado lo que fuese por oír cómo Musaraña se quejaba personalmente por su musgo reseco.

—Lo siento —maulló Ala de Tórtola—. Creía que había sacado todas las espinas... Volveré a revisarlo todo si quieres.

—No, eso costaría una eternidad —intervino Látigo Gris, que estaba compartiendo un campañol con Mili junto al montón de la carne fresca—. Abejorro Negro y Floresta pueden salir a buscar algunas plumas. Con eso será más que suficiente.

—No es justo —protestó Floresta levantando la vista de una de las piezas de carne.

—Sí, los trabajos aburridos siempre nos tocan a nosotros —se sumó Abejorro Negro acercándose a su hermana—. ¡Y todo porque no hay aprendices en el clan! ¿Cuándo hará las tareas de los aprendices algún guerrero mayor, para variar?

Látigo Gris entornó los ojos.

—Quizá cuando aprendas a no replicarle a un guerrero experimentado —le soltó sin tapujos.

Abejorro Negro y Floresta intercambiaron una mirada de rebeldía, pero, antes de que ninguno pudiera responder, Tormenta de Arena se acercó a Látigo Gris y le dio un golpe en el costado.

—Venga, Látigo Gris —maulló la gata—. Siempre eres más duro con tus hijos que con el resto del clan. Tienen razón. Son guerreros, pero están ocupándose constantemente de las tareas de los aprendices. Yo iré con vosotros —les dijo a los jóvenes.

—No, tengo una idea mejor —maulló Estrella de Fuego, y acto seguido saltó a una de las rocas desprendidas que llevaban a su guarida—. ¡Que todos los gatos lo bastante mayores para cazar sus propias presas se reúnan aquí, debajo de la Cornisa Alta, para una reunión del clan! —llamó.

La mayor parte de los gatos ya estaban en el claro y se reunieron alrededor del líder entre murmullos de sorpresa. Leonado fue a sentarse al lado de Carbonera y reparó en que Glayo había salido de su guarida con Gabarda, que se había arrastrado hasta la cortina de zarzas. Dalia, Rosella y Fronda aparecieron desde la maternidad y se sentaron juntas en la última fila.

—Raposo, Rosada, venid aquí conmigo —continuó Estrella de Fuego.

Intercambiando miradas de perplejidad, los dos guerreros se levantaron para unirse al líder del clan al pie del muro rocoso.

—Como el clan está teniendo problemas por la falta de aprendices, creo que la mejor solución es nombrar algunos —anunció Estrella de Fuego—. Jerbillo y Grosellita...

—¿Qué? —exclamó Jerbillo levantándose de un brinco, con el pelo tan alborotado que parecía el doble de grande.

—¿Nosotros? —Grosellita se puso a dar saltos de emoción—. ¡Oh, genial!

—¡Estrella de Fuego, no puedes hacer eso! —Rosella se levantó para acercarse a sus hijos a la carrera—. ¡No nos habías avisado! Están hechos un desastre... ¡Jerbillo, mira qué pelo llevas!

Se abalanzó sobre el pequeño para lamerlo frenéticamente mientras Bayo corría a acicalar a Grosellita. A Leonado le pareció que el guerrero tostado estaba tan orgulloso como si fuese su propia ceremonia de nombramiento.

Estrella de Fuego se los quedó mirando un momento con un ronroneo risueño, y al cabo llamó a los dos cachorros con un movimiento de la cola.

—Ya están bien —maulló—. Venga, venid a poneros delante de mí.

Los pequeños obedecieron, con el pelo todavía algo revuelto y despeinado. El líder alargó la cola para posarla en el hombro de Grosellita.

—A partir de este momento —anunció—, esta cachorrita será conocida como Grosellina. Raposo, has demostrado valor y perseverancia a la hora de servir a tu clan, y confío en que transmitirás esas cualidades a tu aprendiz.

A Raposo le brillaron los ojos de orgullo al adelantarse para entrechocar la nariz con la de Grosellina. Ella permaneció a su lado mientras volvían con los demás.

Estrella de Fuego se giró entonces hacia Jerbillo, pero, para sorpresa de todos, el pequeño dio un salto hacia atrás poniéndose fuera del alcance del líder.

—¡Yo no quiero ser aprendiz! —chilló—. ¡Tú sólo quieres que nos encarguemos de todos los trabajos desagradables!

Los gatos congregados en el claro soltaron murmullos de asombro. Grosellina se quedó mirando a su hermano con expresión horrorizada, y Bayo sacudió la cola mientras Rosella cerraba los ojos y clavaba las garras en el suelo, como si deseara estar en cualquier otro sitio.

Sin embargo, Estrella de Fuego, lejos de enfadarse, estaba reprimiendo un ronroneo de risa.

—Sí, hay tareas que hacer —coincidió—. Pero todos los guerreros que hay aquí las han hecho. Y el entrenamiento es igual de importante. Por esa razón he escogido a Rosada como tu mentora. Es una luchadora hábil y veloz, y sé que ella te transmitirá sus conocimientos.

Volvió a llamarlo con un gesto de la cola para que se acercara, pero Jerbillo se quedó donde estaba, entornando los ojos con recelo.

—¿Puedo hacer algo de entrenamiento primero? —quiso saber—. ¿Antes de ponerme a quitarle las garrapatas a nadie?

—Eso debe decidirlo Rosada —ronroneó Estrella de Fuego.

A Rosada le centelleaban los ojos de la risa.

—Haremos algo aún mejor que entrenar —le prometió a su aprendiz—. Hoy exploraremos todo el territorio. Empezaremos con las tareas mañana.

—¡Más vale! —gruñó Jerbillo.

Por fin se acercó a Estrella de Fuego, que posó su cola en el hombro del aprendiz.

—A partir de este momento, este cachorro será conocido como Jerbito —declaró el líder—. Ahora, ve a entrechocar la nariz con Rosada.

El joven obedeció con los ojos relucientes de satisfacción.

—La reunión del clan ha terminado —maulló Estrella de Fuego.

Pero, antes de que nadie pudiera moverse, Fronde Dorado se acercó al líder.

—Sólo un momento, Estrella de Fuego. Tengo que compartir una noticia con el clan.

El líder ondeó la cola dándole permiso para hablar.

—Acedera va a tener cachorros de nuevo —anunció Fronde Dorado.

El clan estalló en aullidos de felicitación. Carbonera y Rosella, ambas pertenecientes a la primera camada de Acedera, intercambiaron una mirada de alegría.

Acedera alzó la voz por encima del ruido:

—¡Nacerán en menos de una luna!

Dalia se acercó para lamerle una oreja, y Fronda hundió el hocico en su pelaje.

—Es estupendo que te traslades a la maternidad con nosotras —maulló.

Al oírlas, Leonado miró de reojo a Carbonera sin poder evitarlo, pero ella se había separado de su lado y hablaba emocionada con Rosella.

Raposo y Rosada se dirigían ya al túnel de espinos acompañados de sus aprendices. Jerbito parecía haberse olvidado de sus recelos y se mostraba tan entusiasmado como su hermana.

—Son tan pequeños... —murmuró Rosella cuando pasaron por su lado—. Espero que no se cansen demasiado recorriendo todas las fronteras...

—Estarán bien —la tranquilizó Carbonera.

—Por supuesto que sí —se sumó Bayo tocando la oreja de su pareja con la nariz—. Nuestros hijos serán los mejores aprendices que el clan haya visto jamás.

Leonado les dio la espalda tratando de reprimir su envidia. Al ver que los gatos del clan se dispersaban, corrió hacia Espinela para interceptarla.

—¿Qué ha sido eso del Clan del Viento? —le preguntó—. ¿Qué guerreros estaban allí?

La joven hizo una pausa, como si prefiriera no dar detalles de lo ocurrido.

—Cola Brecina y Ventolero con sus aprendices —dijo finalmente.

«Cómo no», pensó Leonado.

—¿Os han desafiado? ¿Habéis llegado a pelear?

Espinela negó con la cabeza.

—No ha pasado nada —le respondió Betulón, que se había acercado al oírlo—. Nunca hemos llegado a estar en peligro. Ventolero no quería meterse en una pelea. Acedera ha exagerado, eso es todo.

Leonado se quedó mirando a Betulón un instante, sorprendido por la seguridad que exhibía. Habitualmente, cualquier gato del Clan del Trueno que volviera de un encontronazo con Ventolero lo haría irritado y bufando. ¿Por qué en esta ocasión había sido distinto? Entornó los ojos. ¿Sería porque Betulón y Ventolero compartían una conexión que iba más allá de una frontera común?

—Cuéntame mejor lo que ha sucedido —le exigió a Espinela en cuanto Betulón los dejó solos—. ¿Hay algo entre tu padre y Ventolero? ¿Lo has visto en el Bosque Oscuro?

—N-no —contestó ella.

Su titubeo hizo desconfiar a Leonado.

—Pero sabes que va allí, ¿verdad? —Y, un tanto frustrado, añadió—: ¡Se supone que tienes que contárnoslo todo sobre el Bosque Oscuro, aunque eso involucre a tu propio padre! Creo que debes reconsiderar de qué lado está tu lealtad.

Los ojos de Espinela llamearon, llenos de furia.

—¿Cómo te atreves a cuestionar mi lealtad? —gruñó—. ¡Arriesgo la vida por mi clan cada vez que me voy a dormir!

—¿Qué está pasando? —preguntó Ala de Tórtola a espaldas de Leonado. La joven se acercó a la carrera—. ¿Qué le estás diciendo a Espinela?

—Nada —se defendió él.

—Entonces, acusarme de deslealtad no es nada, ¿verdad? —le espetó la atigrada desafiante, con los ojos llameando todavía de rabia.

—¡Eso no es justo! —protestó Ala de Tórtola—. Déjala en paz, Leonado. Si no podemos confiar en nuestros compañeros de clan, ¿en quién podemos

entonces?

El guerrero soltó un resoplido.

—No lo sé. Pero confiaría más en Espinela si me diera respuestas directas.

Espinela no contestó; se limitó a darse la vuelta y a marcharse a grandes zancadas. Ala de Tórtola estaba a punto de seguirla cuando Leonado le cortó el paso con la cola.

—Asegúrate de escuchar con atención todo lo que sucede en la frontera del Clan del Viento —maulló.

Para su sorpresa, la joven agachó la cabeza y masculló algo que no logró entender.

—¿Qué? —le preguntó.

Ala de Tórtola levantó la cabeza, y Leonado sintió un hormigueo de aprensión al ver auténtico miedo en sus ojos.

—Aún no he recuperado mis sentidos especiales después del viaje a las montañas —confesó la gata gris—. ¿Y si he perdido mis poderes?

El guerrero se la quedó mirando.

—Pero tú... eres una de los Tres.

Ella negó con la cabeza.

—No sé si es porque oí y vi demasiadas cosas cuando estaba al otro lado de las colinas o si me he vuelto demasiado diestra en bloquear sonidos lejanos. Tuve que hacerlo cuando viajaba... Si no lo hacía, me sentía desbordada.

—Estoy seguro de que te pondrás bien —la tranquilizó Leonado instintivamente, recordando los días en que era su aprendiz—. Sólo necesitas tiempo. Tus sentidos regresarán.

Aun así, aunque intentó sonar seguro y confiado, en realidad no estaba tan convencido. Sintió un burbujeo de ansiedad en el estómago. «Si Ala de

Tórtola pierde su poder, ¿significará eso que la profecía quedará reducida a dos?»



5

—Hola, Glayo —dijo la voz de Tormenta de Arena desde la entrada de la guarida del curandero—. Tenemos unas cuantas telarañas para ti.

Glayo se giró al captar el olor de las telarañas y, por debajo, el más tenue de Grosellina y Jerbito. Había transcurrido un cuarto de luna desde la ceremonia de nombramiento de los aprendices, y el curandero tenía que admitir que estaban realizando muy bien sus tareas.

Cuando los dos jóvenes entraron en la guarida, Gabarda se echó a reír.

—Oh, Glayo, ojalá pudieras ver a estos dos. ¡Son telarañas andantes! ¡Están cubiertos de la nariz a la cola!

—Hemos encontrado muchísimas —anunció Jerbito con orgullo—. Tormenta de Arena ha levantado un tronco para nosotros.

—Será mejor que los desenrede —maulló Gabarda—. Venid aquí, pareja, y cuidado con ese montón de raíces de bardana.

Los dos aprendices cruzaron la guarida mientras Gabarda se arrastraba por el suelo para ir hacia ellos.

—¿Te duelen las patas? —le preguntó Grosellina—. ¿Es duro no poder moverlas?

—Sí, es duro —respondió la guerrera con calma—. Pero estoy acostumbrada. Y no, no me duelen.

—Abejorro Negro dice que eres la más valiente de todo el clan —comentó Jerbito.

Glayo percibió la incomodidad de Gabarda.

—No sé nada de eso... —murmuró la gata—. Ahora estaos quietos para que pueda quitaros todas las telarañas de encima.

El curandero pasó junto a los hermanos y se reunió con Tormenta de Arena en el claro.

—Gracias por llevártelos al bosque. Esas telarañas nos vendrán muy bien.

—De nada —respondió Tormenta de Arena, que al cabo de un instante añadió—: Parece que tienes mucho trabajo. Quizá deberías empezar a buscar un aprendiz.

«Todavía tengo planeado seguir por aquí un tiempo», pensó el curandero.

—Gabarda me está ayudando mucho —replicó.

Para su alivio, Tormenta de Arena no insistió.

—Muy bien, nos vemos más tarde —murmuró la gata.

—¿Podrías buscar a Acedera por mí? —le pidió Glayo cuando ya se alejaba—. Dile que me gustaría verla.

—Claro —respondió la guerrera.

Glayo se disponía ya a regresar a su guarida cuando captó el olor de más gatos que se acercaban. Se detuvo para escuchar el sonido de los pasos.

«Centella... Raposo... Rosada... ¿Qué quieren estos tres?»

—¿Habéis venido a recoger a vuestros aprendices? —les preguntó—. Están dentro, librándose de las telarañas.

—Sí, vamos a salir para una sesión de entrenamiento —contestó Rosada—. Centella va a enseñarles algunos de sus movimientos de combate.

—Estrella de Fuego quiere que todos los aprendices los dominen —dijo Centella con la voz rebosante de un orgullo contenido—. De ese modo, si

resultan heridos en un ojo en la batalla o si tienen que luchar de noche, cuando es difícil ver, sabrán cómo actuar.

Unos pasos presurosos le indicaron a Glayo que Jerbito y Grosellina habían salido de la guarida.

—¿Vamos a entrenar ahora? —preguntó el joven aprendiz, impaciente—. ¡Hemos recogido montones de telarañas!

—Sí —le respondió Centella—. Hoy vais a entrenar conmigo. Voy a enseñaros algunos movimientos que ningún otro clan conoce.

—¡Genial! —exclamó Grosellina.

—Tendréis que estar bien atentos —los avisó Centella—. Vamos a ir a la ladera de la parte superior de la hondonada, y allí los zarzales son muy densos.

—¡Estupendo! ¡Vamos allá! —chilló Jerbito.

Glayo se quedó oyendo cómo se marchaban, disfrutando del sol que le calentaba la piel y de la brisa que mantenía el aire fresco. A su alrededor, el campamento bullía de actividad. Acababa de salir una patrulla de caza, que se había cruzado en la entrada con Espinardo, de regreso con su patrulla fronteriza. Cuando Zarzoso salió de la guarida de los guerreros, Glayo se acercó a oír el informe que iba a darle Espinardo.

—El Clan del Viento parece muy nervioso —maulló el guerrero.

Zarzoso puso los ojos en blanco.

—¿Y qué tiene eso de nuevo? —preguntó.

—Más nervioso de lo habitual, quiero decir —matizó Espinardo—. Hemos encontrado a una patrulla en la frontera; estaban convencidos de haber visto a uno de nuestros gatos entrando en su territorio.

—Ah —maulló Zarzoso con voz más cortante—. ¿Han dicho qué gato era?

—No, no lo habían visto bien, así que les he contestado que era imposible que se tratase de un guerrero del Clan del Trueno. Debía de ser un solitario..., si es que de verdad ha pasado un gato por allí, claro.

—Hmmm... —Zarzoso se paró un momento a pensar—. ¿Y te han creído?

—No tengo ni idea —admitió Espinardo—. ¡Esos gatos se sobresaltan con su propia sombra! Pero la patrulla iba encabezada por Cañamera, que es una gata decente, así que tal vez se hayan quedado satisfechos.

—Será mejor que se lo contemos a Estrella de Fuego —decidió el lugarteniente—. Si el Clan del Viento empieza a lanzarnos acusaciones, nuestro líder debe saberlo. Ven conmigo, Espinardo.

Los dos se encaminaron hacia las rocas desprendidas, y Glayo regresó a su guarida. Acedera estaba esperándolo en la entrada.

—Hola, Glayo. Tormenta de Arena me ha dicho que querías verme.

—Sí, pasa. Necesito examinarte.

—Estoy bien, en serio —le dijo Acedera mientras lo seguía al interior de la guarida—. Ya he pasado por esto antes, como bien sabes.

—Sí, pero eso fue hace muchas estaciones. Las gatas mayores necesitan que su curandero las vigile cuando van a tener cachorros...

—¿A quién estás llamando mayor? —se sulfuró la guerrera, aunque Glayo notó que en realidad no estaba enfadada.

Le indicó que se tumbara sobre los helechos y le palpó la barriga delicadamente. Luego se inclinó sobre ella para escuchar los latidos de su corazón. Gabarda se acercó arrastrándose para observarlo, y Glayo notó su aliento en la nuca.

—¿Acedera estará bien? —susurró Gabarda.

El curandero asintió.

—Todo parece correcto. —Y, dirigiéndose a Acedera, añadió—: He notado cierta rigidez en las articulaciones de la cadera. Quizá necesites semillas de adormidera para mitigar el dolor cuando des a luz.

—Estaré bien, Glayo. Hojarasca Acuática ya me ha enseñado unos ejercicios que me ayudarán a mantener flexibles las articulaciones.

Glayo se puso tenso.

—Hojarasca Acuática no es tu curandera —bufó con los dientes apretados.

—Sigue siendo mi amiga —señaló Acedera—, y escucharé lo que me diga, aunque a algunos no les guste.

El curandero reprimió un suspiro. «No voy a discutir con ella...»

Con un movimiento de las orejas, le indicó a Acedera que podía irse y la siguió hasta el claro. Luego se sentó en un sitio soleado a escuchar lo que sucedía en el campamento. Ala de Tórtola acababa de regresar con una patrulla de caza y se había acomodado junto al montón de la carne fresca para comer con Pinta y Látigo Gris. Manto Polvoroso se disponía a salir al frente de otra patrulla de caza. Hojarasca Acuática, Espinela y Rosella lo siguieron. Glayo detectó la alegría de Rosella por haber retomado sus obligaciones como guerrera.

Sin embargo, antes de que la patrulla hubiera salido del claro se oyó un alboroto tremendo en lo alto de la hondonada. Glayo se levantó de un salto, con todo el pelo erizado. Arriba sonaron gritos, gruñidos y alaridos de gatos, y en el campamento se oyeron maullidos de alarma.

—¡Son Jerbito y Grosellina! —chilló Bayo saliendo de la guarida de los guerreros para cruzar el claro a la carrera—. ¡Y eso suena a zorro!

Se abalanzó hacia el túnel de espinos, seguido de Estrella de Fuego, Nimbo Blanco, Látigo Gris y Fronde Dorado. Glayo corrió a su guarida.

Gabarda estaba arrastrándose hacia la entrada, y el curandero percibió su conmoción.

—¿Qué está pasando? —preguntó la guerrera—. ¿Qué es ese ruido tan espantoso?

—Un zorro —respondió Glayo secamente—. Prepara las hierbas para las heridas.

Cuando Gabarda se dirigía al almacén, el curandero oyó a Ala de Tórtola a sus espaldas, junto a la cortina de zarzas.

—¿Un zorro? —maulló la joven con la voz estrangulada—. Pero... ¡eso no es posible! ¡No he oído nada!

Glayo quiso preguntarle a qué se refería, pero los alaridos y gritos que seguían llegando de lo alto de la hondonada se lo impidieron.

—¡Suenan muy mal! —exclamó Gabarda con voz temblorosa—. Habrá heridas horribles...

—Nos ocuparemos de eso cuando llegue el momento. —Glayo se obligó a parecer tranquilo, pero le preocupaba lo que Ala de Tórtola acababa de decir.

«¿Cómo era posible que no hubiera detectado al zorro?»

Poco a poco, el ruido de la batalla se fue apagando. Al cabo de unos instantes, Glayo oyó los pasos y las voces de sus compañeros, que regresaban a través del túnel. Salió a recibirlos preparándose para oler las heridas y percibir espasmos de dolor.

Sin embargo, en cuanto llegó al claro se dio cuenta de que las cosas no eran tan malas como se había temido. Detectó que Centella y Rosada cojeaban y captó el olor de la sangre en Raposo, pero sus heridas no eran, ni de lejos, tan graves como las que infligiría un zorro furioso.

—Id a mi guarida —les ordenó—. Estaré con vosotros enseguida. ¿Dónde están los aprendices?

—¡Aquí! —Grosellita se acercó saltando—. Jerbito y yo estamos bien.

—Sí, el zorro ha estado a punto de devorarnos. —Jerbito irradiaba olas burbujeantes de emoción—. ¡Pero ha aparecido un gato y lo ha espantado!

Estrella de Fuego se abrió paso entre los gatos que se apiñaban alrededor de Glayo.

—¿Qué gato? —le preguntó el líder a Jerbito—. ¿Te refieres a Centella o a vuestros mentores?

—No —respondió Grosellita—. Ellos han perseguido al zorro, pero el zorro ha vuelto, y entonces, cuando ya creíamos que íbamos a ser su comida del día, ¡ha aparecido otro gato! Se ha enfrentado al zorro, ¡y el zorro se ha marchado corriendo!

Estrella de Fuego negó con la cabeza con una expresión de desconcierto en sus ojos verdes.

—Yo no he visto a nadie más ahí arriba.

—A mí me suena muy improbable —murmuró Fronde Dorado.

—Sí —coincidió Bayo—. Mirad, hijos, no es divertido inventarse historias sobre algo tan peligroso...

—Os habéis llevado un buen susto —maulló Tormenta de Arena, más comprensiva que los demás—. Pero no tenéis por qué inventaros que un gato misterioso ha acudido a rescataros. Centella y vuestros mentores han hecho un gran trabajo ahuyentando al zorro.

—Pero... ¡no nos lo estamos inventando! —protestó Grosellita.

—¡Claro que no! —insistió Jerbito apretándose contra su hermana—. ¡Había otro gato!

Glayo percibió que los dos jóvenes estaban diciendo la verdad, o al menos se creían lo que estaban diciendo. Y se dio cuenta de que Estrella de Fuego también se estaba tomando en serio su historia.

—¿Y nos podéis contar cómo era ese gato? —preguntó el líder del clan.

—No hemos llegado a verlo con claridad... —confesó Jerbito—. Estábamos escondidos en un zarzal, y tampoco hemos podido olerlo... ¡Ese zorro apestaba!

—Ni siquiera estamos seguros de que fuese un guerrero del Clan del Trueno —añadió Grosellina.

Estrella de Fuego guardó silencio unos instantes.

—Les preguntaré a los demás guerreros si han visto algo —maulló finalmente—. Lo único que importa es que todos estamos a salvo y sin heridas de importancia.

Los gatos comenzaron a dispersarse, y Glayo rodeó con la cola a los dos aprendices.

—Vosotros no. Os quiero en mi guarida para poder examinaros.

—Pero... si estamos bien... —repuso Grosellina.

—Yo soy vuestro curandero, y no estaréis bien hasta que yo lo diga. Adentro.

Guió a los dos hermanos hasta su guarida, donde se encontró con que Gabarda ya estaba tratando las heridas de los guerreros.

—Centella tenía las zarpas llenas de espinas de zarzal —le explicó la guerrera a Glayo—. Se las he arrancado y le he dado hojas de romaza para que se las frote.

—Ya empiezo a sentir cierto alivio —dijo Centella—. Gabarda ha hecho un trabajo estupendo. Me quitaré de en medio, Glayo, así puedes ocuparte de los demás.

El curandero le olfateó las zarpas para asegurarse de que todo estaba bien y luego le indicó que podía salir con un gesto de la cola.

—Raposo tiene un mordisco de zorro y unos zarpazos en el bíceps —le informó Gabarda—. Se los he limpiado a fondo, pero no sé cuáles son las mejores hierbas para las mordeduras.

Glayo olfateó cuidadosamente las heridas. Los arañazos ya habían dejado de sangrar, pero la dentellada era profunda.

—Le aplicaremos un emplasto de raíz de bardana —decidió—. Máscala hasta formar una pasta fina, Gabarda, y luego ponle por encima una telaraña. Tendrás que descansar un día o dos —le dijo a Raposo.

—Pero ¿quién será mi mentor? —preguntó Grosellina, un poco alterada—. No quiero quedarme metida en el campamento mientras Jerbito está aprendiendo cosas.

—Puedes encargarte de las garrapatas de los veteranos... —le dijo su hermano, que acto seguido soltó un grito—. ¡Ay! ¡Guárdate tus garras para ti!

—Ya basta —los riñó Raposo—. Por supuesto que tendrás un mentor, Grosellina. Ya se lo he pedido a Nimbo Blanco. Me ha asegurado que se ocupará de tu entrenamiento durante un par de días.

—Genial. —La aprendiz parecía satisfecha.

—Yo sólo tengo algún arañazo —le comentó Rosada a Glayo—. Y he perdido algo de pelo de un costado, pero no creo que tenga nada grave.

El curandero la examinó y vio que los arañazos eran bastante superficiales. Como Gabarda estaba preparando el emplasto de bardana para Raposo, él se fue al almacén a por caléndula y aplicó su jugo sobre las heridas de Rosada.

—Vuelve mañana para que te ponga un poco más —le ordenó al terminar—. Tendrás que tomarte las cosas con calma al principio, pero creo que puedes retomar tus obligaciones sin problemas. Si el dolor aumenta, ven a verme.

—De acuerdo, gracias —maulló la guerrera.

Cuando ella y Raposo se marcharon, Glayo envió a Gabarda fuera de la guarida.

—Lo has hecho muy bien. Ve a hacer tus ejercicios y a tomar un poco de aire fresco.

Esperó hasta que ella salió y entonces se volvió hacia los aprendices. Estaba seguro de que no habían sufrido heridas, pero quería aprovechar la excusa de examinarlos para averiguar qué había pasado.

—Contadme más cosas sobre el gato que habéis visto —les pidió mientras olfateaba el pelaje de Grosellina.

—No quiero —masculló Jerbito, enfurruñado—. Sólo vas a decir que estamos mintiendo...

—Sí, o que estábamos asustados y nos lo hemos imaginado —se sumó Grosellina.

Glayo ladeó la cabeza.

—Ponedme a prueba.

Jerbito vaciló unos segundos, pero finalmente se decidió:

—Bueno, la verdad es que tampoco hemos visto mucho... Centella nos ha enviado a lo más hondo de las zarzas, y desde allí sólo se distinguían retazos y sombras. Pero hemos oído a ese otro gato con toda claridad.

Glayo soltó un gruñido de asentimiento. Fingiendo examinarlo en busca de heridas, posó las zarpas en el lomo de Jerbito y dejó que su mente se colara en sus recuerdos.

Lo deslumbró el sol que brillaba en lo alto de la hondonada. En una despejada extensión de hierba rodeada de helechos y zarzales, Centella les estaba enseñando un movimiento a los dos aprendices mientras Raposo y Rosada los observaban a poca distancia. A Glayo se le empezó a erizar el pelo del pescuezo, a la espera de lo que sabía que iba a suceder.

—Eso está muy bien, Jerbito, pero intenta...

Un sonoro gruñido interrumpió a Centella, y el zorro apareció tras una mata de helechos. Raposo y Rosada se levantaron de un salto y corrieron

para interponerse entre los aprendices y el depredador.

—¡Escondeos! —les gritó Raposo mientras corría hacia el intruso.

Rosada soltó un alarido al abalanzarse contra el zorro, lanzándole un arañazo en el costado. Centella giró en redondo y empujó a los dos hermanos hacia el zarzal más cercano.

—¡Meteos ahí debajo y no os mováis!

Jerbito y Grosellina se acurrucaron entre las zarzas. Glayo percibió su miedo en oleadas. Una vez debajo del zarzal, el curandero ya no pudo ver gran cosa de la pelea, pero oyó los chillidos y los gruñidos del zorro, un aullido de dolor de Raposo y gritos furiosos de Centella y Rosada. A través de un hueco entre los zarcillos, Glayo vio cómo los tres guerreros echaban al zorro del claro, persiguiéndolo en su huida.

El olor a zorro se fue dispersando, y todo quedó en silencio.

—¿Crees que ya podemos salir? —susurró Grosellina—. Las espinas se me están clavando en la piel.

—Será mejor que no... —respondió Jerbito—. Centella nos ha dicho que no nos movamos de aquí.

Esperaron un rato más y poco a poco se les fue pasando el miedo. Glayo se puso tenso al percibir que el olor a zorro se intensificaba de nuevo, y Jerbito masculló:

—Creo que ha vuelto...

Miró a través de un hueco entre las zarzas y localizó al zorro olisqueando el suelo a un par de colas de distancia.

—¡Nos está buscando! —susurró el aprendiz con voz temblorosa.

—¿Y si nos encuentra? —preguntó Grosellina—. ¿Dónde se han metido los demás?

El zorro se fue acercando, y Glayo supuso que había detectado el olor de los aprendices. Entonces se oyó un sonoro bufido y un gruñido desde las

sombras de un arbusto cercano... El zorro levantó la cabeza... El bufido se oyó de nuevo y, tras un segundo de vacilación, el zorro giró en redondo y se marchó con el rabo entre las patas.

—¡Qué poco ha faltado! —maulló Jerbito.

Glayo se dio cuenta de que era cierto: había otro gato debajo del arbusto. Pero las zarzas le impedían verlo y en las sombras no logró distinguir más que una forma difusa. Aguzó el olfato para detectar algún olor.

—¡Ay! —se quejó Jerbito—. ¡Estás apretando demasiado!

La visión de Glayo se desvaneció dejándolo sumido una vez más en la oscuridad.

—Lo siento —masculló, frustrado al verse expulsado de los recuerdos del joven justo cuando creía que iba a averiguar algo—. Está bien, ya podéis iros.

Cuando los dos aprendices se marcharon, Glayo salió al claro y se encontró con que las patrullas habían regresado. Rosella estaba en mitad de la hondonada con Jerbito y Grosellina. Otros se habían reunido a su alrededor escuchando cómo los hermanos volvían a relatar su historia.

—¿Qué? —chilló Rosella—. ¿Cómo que un zorro ha estado a punto de comerlos? ¡Eso es horrible! Zarzoso, ¿qué vas a hacer al respecto?

—Cálmate, Rosella —respondió el lugarteniente—. No han resultado heridos...

—¡No me digas que me calme! —retrucó la gata—. ¡Podrían haber devorado a mis hijos!

—Sé que es preocupante —maulló Zarzoso en tono conciliador—, pero me sorprende que haya un zorro en nuestro territorio. No hace mucho que echamos al último, y no esperaba que volvieran tan pronto.

Glayo se acercó con la idea de hablar sobre el gato misterioso que había salvado a los aprendices, pero en el tumulto que rodeaba a Rosella nadie

quería escucharlo.

El curandero se abrió paso entre los congregados y notó que Espinela estaba a su lado encogiéndose bajo una oleada de culpabilidad.

—¿Y a ti qué te pasa? —le soltó Glayo.

—Creo que todo esto es culpa mía... —respondió la guerrera, abatida. Y, levantando la voz para que la oyeran, añadió—: Creo que soy yo quien ha atraído al zorro a nuestro territorio.

—¿Cómo? —quiso saber Estrella de Fuego.

El líder estaba bajando de la Cornisa Alta por las rocas desprendidas, y todos enmudecieron mientras se encaraba a Espinela.

La joven comenzó por describir cómo Glayo y ella habían encontrado las plantas de caléndula destrozadas por los conejos.

—Así que me fui a buscar excrementos de zorro y unté con ellos un palo —continuó con voz temblorosa— y luego restregué el palo alrededor de las plantas para asustar a los conejos. El zorro debió de olerlo y sin duda siguió el rastro más allá de la frontera. Lo lamento muchísimo —concluyó.

—¡Serás cabeza de chorlito! —exclamó Nimbo Blanco.

—Sí, ¡por poco matas a mis hijos! —bufó Rosella.

—Eh, eso no es justo. —Leonado se adelantó para plantarse junto a Glayo y la joven guerrera—. ¿Cómo iba a saber Espinela que pasaría eso? Habitualmente no entrenamos ahí arriba.

—Eso es cierto —intervino Acedera—. Y nos alegraremos de tener caléndula cuando vuelva a crecer.

Sonaron más voces, hablando todas a la vez, de modo que Glayo no lograba distinguir los pros y los contras de los razonamientos. Al final, un aullido de Estrella de Fuego resonó en el claro.

—Ya basta —dijo el líder—. Lo hecho hecho está. —Y, cuando el ruido comenzó a apagarse, añadió—: Ahora tenemos que concentrarnos en

organizar las patrullas necesarias para asegurarnos de que el zorro no vuelve. —Soltó un resoplido—. ¡Y estad ojo avizor por si hay gatos desconocidos ocultos en los arbustos!

Glayo se dio cuenta de que su líder sólo estaba bromeando a medias. Estaban sucediendo cosas extrañas, y el clan debía estar doblemente vigilante. En su mente seguía fresco el recuerdo de Jerbito, y ahora sabía que hubo en verdad un gato en lo alto de la hondonada.

—Eh, Ala de Tórtola —maulló al captar el olor de la gata cuando los demás se dispersaban—. ¿Qué es eso que has dicho antes? ¿No has podido oír lo que pasaba?

Percibió que la joven guerrera se ponía a la defensiva al detenerse frente a él.

—No, no he podido oír nada —respondió.

—¿Ni el primer ataque?

—No.

—¿Y qué me dices de después? ¿Había rastros de algún gato que no esperabas encontrar?

—¡No! —le soltó ella—. No he oído nada de nada, ¿vale? ¡Deja de esperar que cuide de todo el clan!

Y, dicho eso, Ala de Tórtola le dio la espalda y se alejó. Al cabo de un instante, Glayo detectó el olor de Leonado.

—¿Qué está pasando? —le preguntó su hermano.

—Creo que los aprendices tienen razón —respondió el curandero—. Hay un intruso.

A Leonado se le erizó el pelo del cuello, alarmado.

—Tengo que organizar una patrulla para localizarlo.

—No, espera... —Glayo enroscó la cola alrededor de una de las patas delanteras de su hermano—. Si ese gato ha salvado a los aprendices, no

creo que suponga ninguna amenaza. De hecho, creo que nunca ha supuesto una amenaza... y también creo que es una gata.

Leonado no dijo nada durante unos segundos. Glayo casi podía oír sus pensamientos zumbando en su cabeza como abejas en un tronco hueco. Sabía que su hermano llegaría a la misma conclusión que él.

—¿En serio? ¿Tú crees? —maulló el guerrero al cabo. En su voz había un deje de esperanza, además de nerviosismo.

—No encontramos su cuerpo en el túnel —señaló Glayo.

—¿De verdad volvería aquí?

Glayo tomó una larga bocanada de aire.

—Hace mucho descubrimos que no la conocíamos tan bien como pensábamos. Quizá haya vuelto.



6

—¡Trepad más alto! ¡Más alto todavía!

Las ramitas golpeaban la cara de Espinela y la arañaban mientras subía por el tronco del árbol.

—¡Más deprisa! ¡Más arriba...! —Los insistentes maullidos llegaban del suelo—. ¡Ahora saltad!

—¡Por el gran Clan Estelar! —masculló Espinela clavando las garras en la corteza del tronco—. Si salto desde esta altura, me romperé el cuello.

Junto con los gatos que la acompañaban, había subido tan alto que el árbol estaba empezando a doblarse bajo su peso. No había espacio suficiente para que los cuatro treparan con seguridad.

La joven se arriesgó a mirar hacia abajo, a través de la penumbra del Bosque Oscuro. Oía el sonido de los gatos que entrenaban en los alrededores, hasta que el ruido de la lucha quedó casi ahogado por el viscoso susurro de las hojas. «¿Betulón estará aquí? ¿Y cuántos miembros más del Clan del Trueno habrá?»

En el suelo distinguió a duras penas a Desmochado, que se encargaba del ejercicio de entrenamiento sentado sobre un árbol caído. Hormiguero estaba con él. Había sido aprendiz de Desmochado al llegar al Bosque Oscuro,

pero ahora ya era un guerrero de pleno derecho; era él quien estaba dándoles voces.

—A ese sarnoso le encanta mandonear —bufó Ventolero, que se aferraba al tronco junto a Espinela—. ¡Sólo porque se haya muerto no significa que sea más importante!

Lobezno, del Clan del Río, intentaba mantener el equilibrio sobre una fina rama, justo por debajo de Espinela, y soltó un quedo maullido de pavor con los ojos cerrados. Su compañera de clan, Palomera, lo adelantó para dirigirse a la copa del árbol, y a punto estuvo de derribar a Espinela de su precaria rama.

—¡Eh, ten cuidado! —gruñó la joven atigrada envidiando el fibroso y ligero cuerpo de los gatos del Clan del Río y la seguridad de sus movimientos.

—¡Palomera, has ganado! —aulló Desmochado desde el suelo—. Tú no tienes que saltar. Los demás, ¡quiero ver cómo saltáis ya mismo!

Espinela respiró hondo. «No tengo elección...» Vio un montón de hojas muertas al pie del árbol y se lanzó por el aire...

Se quedó sin aliento al chocar contra el suelo y, antes de que pudiera ponerse en pie, Hormiguero estaba sobre ella inmovilizándola. Sus ojos ámbar la miraron iracundos.

—¡Demasiado lenta, cabeza de chorlito!

Espinela se revolvió y le pateó la barriga.

—No puedo creer que te hayas olvidado de cómo te ayudé —resolló—. Garra de Cardo te dejó tan malherido en el montón de troncos que acabaste muriendo, ¿recuerdas?

—¿Y a quién le importa el pasado? ¡Ahora éste es mi clan! —bufó Hormiguero apoyando una de sus zarpas en la garganta de la joven—. Me merezco estar aquí.

Espinela dobló el cuello y le dio un mordisco en la zarpa extendida. «Sí —pensó desolada—. Te lo mereces...» El guerrero soltó un alarido de rabia y retiró la pata. Reuniendo todas sus fuerzas, la joven guerrera se lo quitó de encima de un empujón, a tiempo de ver cómo Palomera saltaba elegantemente del árbol y aterrizaba sobre una mata de helechos.

—Bien hecho —maulló Desmochado al verla salir de entre las frondas, muy pagada de sí misma—. Es una pena que no haya más gatos como tú. — Se dio la vuelta para fulminar con la mirada a Espinela, Ventolero y Lobezno antes de continuar

—Muy bien, ahora entrenamiento de combate. Quiero ver el salto hacia atrás que practicamos la última vez.

Espinela se emparejó con Lobezno, y Ventolero con Palomera. La gata del Clan del Viento ya no era la misma aprendiz nerviosa a la que Espinela intentó ayudar a su llegada al Bosque Oscuro, apenas una luna atrás. Lobezno había aprendido mucho desde entonces, y sus movimientos eran fuertes y seguros. A Espinela le impresionó la potencia de sus golpes cuando saltó sobre ella, y también le impresionó su propia destreza cuando salió de debajo de la aprendiz y le arañó las orejas.

Era consciente de cómo ella y los demás repetían los movimientos aprendidos sin dudarlo ni un instante, como una patrulla disciplinada cuyos miembros hubiesen entrenado juntos desde cachorros. «Nadie pensaría que pertenecemos a clanes distintos —reflexionó esquivando un golpe de Lobezno y saltando de nuevo hacia ella para darle un manotazo en la oreja—. Nuestras técnicas de combate encajan a la perfección. Ésta es una fuerza que va más allá de cualquier cosa que los clanes hayan visto en su vida. Y yo soy parte de ella...»

Espinela se sintió aliviada cuando Desmochado ordenó que pararan.

—¡Muy bien, ya es suficiente!

—¿Lo hemos hecho bien? —quiso saber Palomera dando un salto para que Ventolero pudiera ponerse en pie.

—No estáis aquí para recibir elogios —gruñó Desmochado—, sino para pelear y luchar de verdad. Si sobrevivís, podéis consideraros afortunados. Esa tontería de los elogios es cosa de vuestros adorados compañeros de clan... —Sacudió la cola con desprecio—. La sesión de entrenamiento ha terminado. Ahora, largo.

Espinela y los demás se retiraron por el sendero que serpenteaba entre los oscuros árboles. Ventolero cojeaba, y Lobezero sangraba por unos cortes en el costado. Incluso a Palomera le faltaba algún que otro mechón de pelo en las ancas.

Ninguno de ellos dijo nada. Espinela vio a Floresta a través de la maleza caminando en la misma dirección que ellos y con un aspecto igualmente maltrecho. Sabía que ella también la había visto, pero parecía demasiado agotada para saludarla. Espinela reparó en que había más gatos a su alrededor, caminando cabizbajos, cansados y sin aliento.

«Pero todos regresaremos aquí cuando volvamos a cerrar los ojos —pensó la joven—. El Bosque Oscuro nos tiene atrapados como moscas en una telaraña.»

Una luna llena flotaba sobre el lago transformando el agua en plata mientras Estrella de Fuego guiaba a su clan fuera del bosque. Espinela caminaba junto a su hermana. Aunque estaba exhausta, se alegraba de asistir a la Asamblea.

«Esta noche no tendré que ir al Bosque Oscuro porque estaré despierta demasiado tiempo.»

Mientras seguían a Estrella de Fuego a lo largo de la orilla, Espinela reparó en que Ala de Tórtola no dejaba de sacudir la cabeza, como si acabara de salir del agua. Su hermana iba soltando bufidos de frustración.

—¿Todavía no has recuperado tus sentidos? —le susurró.

Ala de Tórtola se giró hacia ella; sus grandes ojos azules estaban llenos de angustia.

—No —respondió—. ¡Es peor que estar sorda! ¿Cómo se supone que voy a cuidar del clan?

—No te preocupes por eso —intentó tranquilizarla Espinela—. Estamos rodeadas de guerreros. —Sintió un zarpazo de rabia al ver que no la había convencido—. Pero ellos no cuentan, ¿verdad? Porque no son parte de la profecía, claro... —añadió con sarcasmo.

—Tú no puedes entenderlo —le soltó su hermana.

—¿Eso crees? —bufó la atigrada—. ¡Pues yo no veo que vayas al Bosque Oscuro todas las noches!

Estaba tan enrabiada que no se dio cuenta de que había levantado demasiado la voz hasta que Fronde Dorado redujo el paso para caminar junto a ellas.

—Parad ya, las dos —maulló el guerrero—. Por lo menos podríais presentar un frente unido en la Asamblea. ¿Queréis que los demás clanes vean a los miembros del Clan del Trueno enfurruñados? Eso por no mencionar que el Clan Estelar se enfadará si reñís en la luna llena.

Espinela asintió de mala gana, y Ala de Tórtola masculló:

—Lo siento.

Fronde Dorado las miró con dureza, entornando sus ojos verdes, y luego apretó el paso para alcanzar a Nimbo Blanco.

«¡El Clan Estelar! —pensó Espinela—. A veces me pregunto si tiene algún poder realmente... —Y, reprimiendo un estremecimiento, recordó

todo lo que había visto en el Bosque Oscuro—. Yo sé lo que esos gatos pueden hacer. ¿Cómo podremos defendernos de ellos?»

Cuando Estrella de Fuego llegó con su clan al árbol puente, los gatos del Clan del Río salieron de entre la vegetación que rodeaba el arroyo, con Estrella Vaharina en cabeza. Por unos instantes, todos se arremolinaron, mezclándose entre sí. Espinela captó algunas miradas hostiles en el clan rival.

«¡Espero que ahora no vayamos a pelearnos para ver cuál de los clanes cruza el puente primero!»

Justo en ese momento, Estrella Vaharina dio un paso atrás e inclinó la cabeza cortésmente ante Estrella de Fuego.

—Por favor, pasad delante —maulló la líder del Clan del Río ondeando la cola para que su clan retrocediera unos pasos.

—Gracias —respondió Estrella de Fuego.

Y esperó en la orilla junto a Estrella Vaharina mientras Zarzoso guiaba al Clan del Trueno por el árbol caído. Espinela estaba esperando su turno cuando su mirada se cruzó con la de Palomera. Por un instante, fue incapaz de apartar sus ojos de los de ella, como si el recuerdo de sus entrenamientos en el Bosque Oscuro la vinculara de alguna forma a la guerrera del Clan del Río. Finalmente, Palomera giró la cabeza y el instante pasó. Espinela se dio cuenta de que estaba temblando.

—¡Vamos! —Ala de Tórtola le clavó una zarpa en el costado—. ¿Vas a cruzar o te vas a quedar aquí plantada toda la noche?

—Perdón... —Espinela subió al tronco de un salto y echó a correr para cruzarlo.

Al bajar a la orilla pedregosa de la isla, vio que en el aire no había olores de otros gatos, lo que significaba que el Clan del Trueno había sido el primero en llegar. El claro parecía muy silencioso cuando la joven guerrera traspasó los arbustos que lo bordeaban y se acercó al Gran Roble. Ala de Tórtola y Fronde Dorado, que la seguían, avanzaban con cautela, como si no quisieran perturbar el silencio que los rodeaba.

Luego se oyó un retumbo de pasos al otro lado de los arbustos, y Espinela pegó un brinco cuando unos chillidos emocionados se elevaron por el aire.

—¡Por aquí! ¡Te echo una carrera hasta el Gran Roble!

—¡Yo llegaré antes que tú! ¡No podrías ganarle ni a un erizo!

Fronde Dorado soltó un ronroneo de risa.

—Nuestros aprendices han llegado a su primera Asamblea.

Grosellina y Jerbito aparecieron retorciéndose a través de los arbustos, con Rosada a la zaga.

—Ya basta —les ordenó la guerrera—. ¡Ni se os ocurra poneros a correr por el claro! Tenemos que esperar a los líderes y escucharlos en silencio mientras hablan. —Hizo un gesto con la cola—. Sentaos aquí.

Los dos aprendices la obedecieron, pero sus cuerpecitos rebullían de ilusión e intercambiaban miradas centelleantes mientras lo observaban todo.

—¡Guau! ¡El Gran Roble es enorme! —exclamó Grosellina.

El resto de los miembros del Clan del Trueno fueron llegando por entre los arbustos, seguidos de cerca por el Clan del Río y el Clan del Viento. Al cabo de unos instantes, se les unió el Clan de la Sombra. Cuando el claro estuvo lleno y los olores de los distintos clanes se mezclaron, Espinela se sentó en medio de sus compañeros, sin querer ver a los gatos que le eran familiares del Bosque Oscuro.

«Siento como si casi fuera parte de ellos... —pensó con incomodidad—, pero ya los estoy traicionando. Ojalá pudiera contarles a los demás clanes qué está pasando exactamente. Quizá entonces podríamos trazar un plan para combatir al Bosque Oscuro desde el interior.»

Estrella de Fuego fue el primer líder en subir a las ramas del Gran Roble, seguido de Estrella de Bigotes, Estrella Vaharina y Estrella Negra. Zarzoso y los demás lugartenientes ocuparon su lugar entre las raíces del árbol. Los demás gatos enmudecieron al instante. Espinela reparó en que la mayoría de ellos estaba con sus propios clanes en vez de mezclarse para intercambiar noticias, como solía hacerse en las asambleas.

Estrella Vaharina se quedó en una rama baja, desde donde soltó un aullido paseando su mirada azul por el claro. La luz de la luna relucía en su pelaje gris azulado.

—Empezaré yo —anunció la líder—. El Clan del Río está prosperando. El tiempo seco no ha afectado al nivel del agua del lago ni al arroyo, de modo que la pesca es buena.

Del Clan del Trueno brotó un murmullo de aprobación, pero los demás gatos permanecieron en silencio.

—Además —continuó Estrella Vaharina—, tenemos dos nuevos guerreros. Zarpa Picaza y Lobezno son ahora Picaza y Lobuno.

—¡Picaza y Lobuno! ¡Picaza y Lobuno!

Asomándose por detrás de Leonado, Espinela distinguió a los dos nuevos guerreros con la cabeza alta mientras los demás coreaban su nombre. Reparó en que la mayoría de los vítores procedían de su propio clan; los otros no eran ni de lejos tan entusiastas. Cuando los gritos se apagaron, Estrella Vaharina inclinó la cabeza hacia los otros líderes y se sentó en su rama, con la cola colgando.

Estrella de Fuego se puso en pie y avanzó hasta el extremo de su rama.

—Las presas abundan en el Clan del Trueno —informó—. Hace unos días, apareció un zorro en nuestro territorio, pero nuestros guerreros lo ahuyentaron.

Espinela soltó un suspiro de alivio; su líder no había mencionado nada de lo que ella había hecho con los excrementos de zorro, que al fin y al cabo era lo que había atraído al depredador al territorio del Clan del Trueno. «Tampoco ha hablado de los heridos. No querrá que nuestro clan parezca débil...»

—Y tenemos dos nuevos aprendices —continuó Estrella de Fuego—: Grosellina y Jerbito.

Los dos jóvenes se irguieron con ojos relucientes mientras sus compañeros de clan los aclamaban. Espinela pensó que los hermanos corrían el peligro de estallar de satisfacción, aunque pocos gatos de los otros clanes se unieron a los vítores.

Manto Ruano, del Clan de la Sombra, estaba contemplando a los aprendices con expresión pensativa, aunque permaneció en silencio. «¡Aleja tus zarpas de ellos! —deseó gritarle Espinela—. ¡No vas a llevártelos al Bosque Oscuro!»

Estrella de Fuego esperó hasta que el claro volvió a quedar en silencio, y luego comenzó a retroceder... Pero, antes de que pudiera volver a sentarse, Estrella de Bigotes se levantó de un salto, entre un susurro de hojas, y se plantó en su rama.

—Veo que has evitado mencionar la forma en que tus guerreros se pasean alrededor de la frontera del Clan del Viento —dijo con voz ronca—. ¿Acaso estás planeando una invasión?

A Espinela se le aceleró el corazón y tragó saliva con nerviosismo. «¿Eso es porque nos sorprendieron a Betulón y a mí lavándonos en el arroyo?»

Estrella de Fuego dio un paso adelante para encararse con el líder del Clan del Viento. Sus ojos destellaban como llamas verdes.

—¡Cómo puedes decir algo así! —exclamó—. ¡Eso es ridículo!

—¿Me estás llamando ridículo a mí? —bufó Estrella de Bigotes—. Entonces ¿por qué han visto mis guerreros a un miembro del Clan del Trueno explorando nuestro territorio?

—¡Sí! —aulló Corvino Plumoso desde el claro, levantándose de un brinco y erizando el pelo—. ¡Yo lo he visto!

—¡Y yo! —coincidió Cola Blanca.

Espinela notó que Leonado, a su lado, estaba claramente indignado por la falsa acusación, pero se sintió aliviada al ver que aquello no parecía tener ninguna relación con lo que había pasado con ella y su padre.

—¿Puedes identificar a ese intruso? —preguntó Estrella de Fuego con voz glacial señalando con la cola a los miembros del Clan del Trueno que estaban en el claro—. ¿Está aquí esta noche?

—No... —respondió Estrella de Bigotes—. Mis guerreros no llegaron a verlo bien, y el olor no era nítido.

—¿Oh, en serio? —Estrella de Fuego entornó sus ojos verdes—. De modo que no tienes ninguna prueba de que se tratase de un gato del Clan del Trueno. Podría haber sido un solitario de paso... A menos que fuera un mero jirón de niebla o un perro escuálido de los Dos Patas.

—Bueno, eso es lo que tú dices... —fanfarroneó Estrella de Bigotes.

—Sí —lo interrumpió el líder del Clan del Trueno—, siempre defenderé a mi clan contra una acusación sin fundamento, ¿acaso tú no harías lo mismo, Estrella de Bigotes? Creo que es mejor que nos informes de las noticias de tu clan y te sientes antes de que acabes cayendo en el agujero que tú mismo has cavado.

Hubo murmullos de aprobación entre los gatos del claro... y no sólo por parte de los miembros del Clan del Trueno.

La mayoría de los gatos del Clan del Viento parecían azorados, excepto unos pocos como Corvino Plumoso y Ventolero, que seguían furiosos.

—El Clan del Viento tiene dos nuevos aprendices —anunció Estrella de Bigotes bruscamente—. Flavino y Zarpa Terrera. —Y, dicho eso, se sentó de nuevo.

En esta ocasión, el Clan del Viento fue el único que coreó los nombres de los nuevos aprendices. Espinela lo sintió por los dos jóvenes. «¡Su líder es tan descerebrado que les ha echado a perder su momento especial!»

Estrella de Fuego también se sentó indicándole con la cola a Estrella Negra que podía hablar.

—Los guerreros del Clan de la Sombra pelearon contra los dos mininos de la casa de los Dos Patas. —El enorme gato blanco de largas patas negras sacudió la cola con satisfacción—. Esos dos no volverán a darnos problemas en una buena temporada.

Sonaron alaridos de aprobación entre los miembros del Clan de la Sombra. Espinela vio a Trigueña y Sapero con expresión satisfecha, aunque Sapero tenía el ojo hinchado por un zarpazo, lo que sugería que los mininos les habían plantado cara.

—Además —continuó Estrella Negra—, tenemos tres nuevos guerreros: Pinaza, Hurón y Chirlo. El Clan de la Sombra es más fuerte.

El líder se sentó mientras los gatos del claro aclamaban a los nuevos guerreros. Espinela no fue capaz de unirse a ellos. «¿Fuerte? Eso ha sonado a amenaza. ¿Significa que el Clan de la Sombra va a causar más problemas?»

Cuando los líderes de clan bajaron del Gran Roble, los gatos empezaron por fin a mezclarse y a compartir lenguas antes de abandonar la isla.

Espinela vio a Corazón de Tigre mirándola a ella y a Ala de Tórtola, y enseguida desvió la mirada. Su hermana también parecía estar ninguneando al guerrero del Clan de la Sombra.

Poco después, la joven atigrada reparó en que Corazón de Tigre se había separado de sus compañeros de clan y se dirigía hacia Ala de Tórtola. Espinela se giró para avisarla, pero en ese momento Lobuno se interpuso entre ambas.

—Hola, Espinela —la saludó.

—Hola. Felicidades por haberte convertido en guerrero —le respondió ella intentando ver qué estaba haciendo su hermana.

—Gracias. —Lobuno hinchó el pecho con orgullo—. Eh, el ejercicio de la otra noche de trepar al árbol fue genial, ¿verdad?

«Sí, claro —pensó Espinela—. ¡Pero si tú estabas tan asustado como un campañol!»

—No podemos hablar de eso aquí —susurró.

Lobuno no le hizo ni caso.

—Es de lo más extraño estar en el Bosque Oscuro... —continuó, aunque por lo menos tuvo la sensatez de bajar la voz—. ¡La mitad de esos gatos están muertos!

—Sí, es extraño... —coincidió la joven guerrera, intentando todavía localizar a Corazón de Tigre y Ala de Tórtola.

Para su alivio, el lugarteniente del Clan del Río, Juncal, exclamó:

—¡Eh, Lobuno! ¡Es hora de irse!

—Te veo mañana por la noche —ronroneó Lobuno antes de abrirse paso entre la multitud para seguir a su lugarteniente.

En cuanto el guerrero del Clan del Río se marchó, Espinela giró en redondo y buscó a su hermana. Pero no había ni rastro de ella ni de Corazón de Tigre. «¿Se habrán ido juntos a algún sitio?»

Entonces vio a Ala de Tórtola saliendo del claro detrás de un grupo de gatos del Clan del Trueno. Espinela corrió tras ella, se coló por debajo de los arbustos y bajó hasta la orilla para alcanzarla antes de que cruzara el árbol puente.

—¿Qué quería Corazón de Tigre? —le preguntó en voz baja.

Ala de Tórtola parecía agobiada y hundió las garras en el suelo arenoso.

—Nada —le contestó con un gruñido—. Sólo intenta provocar problemas por la muerte de Rosero.

Espinela sintió un escalofrío de las orejas a la punta de la cola. «¿Acaso Corazón de Tigre le ha contado lo que me vio hacer en el Bosque Oscuro?» Le dio un vuelco el estómago al recordar el momento en que Estrella Rota quiso que ella matara a Rosero, después de que él llegara al Bosque Oscuro procedente del Clan Estelar.

—¿Qué clase de problemas? —siguió preguntando, incapaz de soportar la incertidumbre—. Sabes que no debes creerte todo lo que te diga Corazón de Tigre, ¿no?

—¡Claro que lo sé! —exclamó Ala de Tórtola, pero volvió a bajar la voz mirando a su alrededor para ver si algún guerrero estaba escuchando—. Está intentando que crea que Canela tiene algo en contra de Glayo por no haber salvado a Rosero. Canela está convencida de que Glayo mató a su hermano. Según Corazón de Tigre, planea algo realmente malo para el Clan del Trueno. —Agitó los bigotes—. ¿Es que cree que va a asustarme con eso?

Espinela se relajó, pero procuró que su hermana no viera lo aliviada que se sentía.

—Quizá deberías contárselo a Zarzoso —le sugirió—. A lo mejor él querría organizar patrullas extra en las fronteras del Clan de la Sombra.

—¿Y meterme en un lío por haber hablado con Corazón de Tigre? —replicó Ala de Tórtola—. No, me parece que no... —Subió de un salto al extremo del árbol puente, desde donde miró a su hermana—. Honestamente, Espinela, ¿qué daño puede hacer Canela? Es todo mentira, y ella lo sabe.



7

A la mañana siguiente, después de la Asamblea, Leonado regresó de la patrulla del alba y fue directo a la guarida de Estrella de Fuego. El sol brillaba en la hondonada, y volutas de nubes blancas cruzaban un cielo azul radiante. En el campamento resonaban los sonidos de una actividad pacífica, pero Leonado presentía que se avecinaban problemas, como si una creciente nube de tormenta se cerniera sobre ellos.

Al subir hasta lo alto de las rocas desprendidas, oyó la voz de Zarzoso en la guarida del líder.

—¿Tú crees que Estrella de Bigotes se lo estaba inventando todo? —maulló el lugarteniente—. ¿Está buscando pelea?

—Espero que no —respondió Estrella de Fuego—. Pero no cabe duda de que el Clan del Viento se muestra más hostil.

—¿Estrella de Fuego? —Leonado asomó la cabeza por la entrada de la guarida—. ¿Puedo hablar contigo?

El líder estaba sentado en su lecho, al fondo de la cueva, con Zarzoso a su lado.

—Puedes pasar —lo invitó Estrella de Fuego ondeando la cola—. Sólo estábamos hablando del arrebato de Estrella de Bigotes en la Asamblea.

Leonado entró inclinando la cabeza ante Zarzoso.

—Sí, he oído lo que estabais comentando —empezó—. Yo quería hablaros precisamente de eso. ¿Y si el Clan del Viento tiene razón?

—¿Qué? —Zarzoso agitó la punta de la cola—. ¿Tú crees que algún gato del Clan del Trueno...?

—No —lo interrumpió Leonado—. Sé que eso no es cierto. Pero suponed que han visto a un gato rondando por la zona. Recordad lo que Grosellina y Jerbito dicen que vieron. Es posible que haya un gato descarriado merodeando por los territorios del lago.

Estrella de Fuego asintió.

—Eso tiene sentido.

—Yo puedo seguir su rastro, si quieres —se ofreció el joven guerrero—. Y echarlo de nuestro territorio si lo creéis conveniente.

Y mientras esperaba la respuesta de su líder, un tanto tenso, Leonado añadió para sí mismo: «Así podré averiguar si es verdad lo que Glayo y yo sospechamos...»

—Eso no es necesario —maulló Zarzoso—. Podemos organizar patrullas extra...

—No —decidió Estrella de Fuego tras un momento de reflexión—. Leonado puede ir solo si quiere. No hay por qué ser agresivos con este asunto. Sólo necesitamos descubrir si hay pruebas de la existencia de un intruso.

Zarzoso se mostró levemente desconcertado, pero inclinó la cabeza ante su líder.

—Bien, si tú crees que eso es lo mejor...

Leonado se despidió de los dos a toda prisa y bajó corriendo al claro. De camino al túnel de espinos, vio a Glayo delante de su guarida olfateando a Raposo para examinar la mordedura del zorro. El joven guerrero se acercó a ellos.

—Esto huele bien... —le estaba diciendo Glayo a Raposo cuando Leonado llegó donde estaban—. Vuelve a verme mañana. Si sigue mejorando así, creo que podrás retomar tus obligaciones como guerrero en unos pocos días.

—¡Genial, gracias! —contestó Raposo encaminándose a la guarida de los guerreros.

El curandero se volvió hacia su hermano.

—¿Y bien? ¿Qué te tiene tan emocionado?

Leonado guardó silencio unos instantes; después de tanto tiempo, aún le resultaba raro que Glayo pudiera percibir sus sentimientos tan atinadamente sin poder verlo.

—Estrella de Fuego me ha dado permiso para ir en busca del intruso —le explicó.

Glayo agitó las orejas.

—¿En serio? Pues será mejor que tengas cuidado... —Hizo una pausa, y unos segundos después añadió—: ¿Qué harás si tenemos razón?

—No lo sé —admitió Leonado sintiendo un hormigueo en las zarpas—. Pero no quiero que lo descubra otro gato antes que nosotros.

—En eso tienes razón.

Glayo asintió y regresó a su guarida, y Leonado atravesó el túnel de espinos y se encaminó a la ladera que llevaba a lo alto de la hondonada. La brisa le acarició la cara y le pegó el pelo a los costados cuando se detuvo a contemplar el lago. Parecía muy tranquilo, con el agua centelleando bajo el sol, rodeado de susurrantes hojas verdes. Aun así, Leonado tuvo la sensación de que la imagen se ensombrecía como el Bosque Oscuro sabiendo lo que se avecinaba.

El rancio olor a zorro se coló en su nariz, y el guerrero siguió el rastro hasta llegar al claro donde Grosellina y Jerbito habían estado entrenando.

«¡Puaj, qué mal huele aquí! Desde luego, Espinela hizo un buen trabajo.»

Rebuscó a lo largo de los zarzales hasta encontrar huellas y mechones de pelo enganchados en las espinas, que indicaban dónde se habían escondido los aprendices para protegerse del zorro. Retorciéndose por debajo de las zarzas, Leonado intentó averiguar qué podrían haber visto los dos hermanos desde su escondrijo. Los zarcillos le tapaban la vista en casi todas las direcciones, pero había un hueco prácticamente a ras de suelo, al nivel de la visión de un aprendiz asustado. A través de él vio un avellano a pocas colas de distancia; parecía un sitio donde podría haberse agazapado su misterioso rescatador.

Leonado salió retorciéndose de debajo de las zarzas bufando irritado cuando las espinas le arañaron la piel. El suelo sobre el que crecía el avellano estaba revuelto, como si un gato hubiese estado allí, y había unos cuantos tallos rotos, pero ninguna huella clara.

«Ese gato debía de ser más pequeño que yo para colarse ahí debajo... — pensó Leonado—. Qué pena que no haya dejado atrás ningún mechón de pelo... Y no consigo oler nada por encima de ese asqueroso olor a zorro.»

No había nada más que ver en aquel claro. Tras un momento de reflexión, el guerrero se dirigió a la frontera de la parte del bosque sin dueño, pero luego giró hacia el territorio del Clan del Viento, que era donde habían visto al intruso la última vez. Inspeccionando el suelo meticulosamente mientras avanzaba, encontró un sitio donde la alfombra de hojas estaba revuelta, como si allí se hubiera producido una pequeña refriega de caza.

Olfateó la zona con cuidado y buscó señales de que se hubieran comido la presa donde la habían cazado, pero no dio con ninguna. Entonces vio unas leves marcas de arrastre hacia la frontera del bosque, y todo su cuerpo se puso tenso. Siguiéndolas paso a paso, casi perdiendo a veces el rastro entre la hierba y las hojas, acabó llegando por fin a la frontera. Las marcas

continuaban más allá de los límites olorosos del Clan del Trueno, y finalmente encontró unas plumas desperdigadas a pocas colas de distancia, en el bosque sin dueño.

«De modo que este gato atrapó a una presa, pero fue lo bastante listo para llevársela al otro lado de la frontera para comérsela... —A Leonado se le aceleró el corazón—. ¡Está claro que conoce los territorios! Caza y se mueve por aquí con seguridad y confianza, pero no quiere que lo encuentren.»

Se sentó junto a las plumas, enroscó la cola alrededor de las patas e intentó pensar con calma. Si el intruso vivía en aquella área, contaba con agua y comida, pero también necesitaría un refugio.

«Y no muy lejos de aquí, si es que quiere mantener vigilado al Clan del Trueno, pero no tan cerca como para que su olor traspase la frontera mientras está descansando...»

Tras ponerse de nuevo en pie, Leonado se aventuró un poco más entre los árboles del bosque desconocido. No tardó en llegar a un zarzal que parecía un refugio posible para un solitario.

«No —pensó tras examinarlo cuidadosamente—. Yo no viviría ahí. Sería demasiado difícil escapar, y un gato podría estar encima de mí antes de que pudiera oírlo.»

Aventurándose un poco más lejos, con un hormigueo en el lomo al sentir que estaba muy cerca de su objetivo, llegó a un claro donde el suelo era irregular y se veía salpicado de rocas cubiertas de musgo. Al pie de una de las rocas más grandes había un agujero, como la entrada de un túnel. Leonado avanzó tan sigilosamente como si acechara a un ratón. Al llegar al agujero, estiró el cuello para olfatear. Sus glándulas olfativas se inundaron del olor de la tierra y la humedad, pero también captó el leve rastro de un

gato, aunque no fue capaz de identificarlo con claridad entre todos los demás olores.

Estaba agazapándose para entrar cuando se le ocurrió otra cosa. «Un momento... Yo no me refugiaría aquí a menos que supiese que hay otra salida...»

Pisando con cautela, bordeó las peñas y escudriñó la zona en busca de otro agujero. Y entonces lo vio: era más pequeño que el primero y estaba bien oculto en una mata de helechos.

«¡Sí!»

Tras pensarlo unos instantes, Leonado buscó una rama caída y la llevó a rastras hasta el segundo agujero para encasquetarla firmemente en él.

«No sé si el intruso está ahí dentro, pero no pienso correr ningún riesgo.»

Regresó a la primera entrada, se agachó y aguzó la vista. Era muy difícil distinguir nada en la impenetrable oscuridad del interior.

«No hay otra opción. Tendré que arriesgarme a entrar...»

Vaciló durante unos segundos. Lo cierto era que no le apetecía nada colarse por ese agujero oscuro. Era demasiado pequeño para él, y sintió que apenas podría respirar en aquel espacio tan estrecho. «Ahí dentro podría haber cualquier cosa...; serpientes..., zorros...»

Finalmente, se dio una sacudida.

«¿Qué eres, un guerrero o un ratón?»

Pegándose al suelo, comenzó a meter la cabeza en el angosto hueco y a arrastrarse hacia delante...

Y, justo en ese momento, oyó una voz a sus espaldas:

—Hola, Leonado.

Al guerrero le dio un vuelco el corazón. Giró en redondo y se golpeó la cabeza con la piedra que protegía el agujero.

Luego se quedó boquiabierto de asombro.

Delante de él se alzaba un gato al que jamás había esperado volver a ver.

—¡Solo!

Solo inclinó la cabeza y miró a Leonado arqueando los bigotes de forma risueña. Su pelaje moteado centelleaba a la luz del sol.

—Qué apropiado que seas tú el primer gato al que veo a mi regreso —maulló dándose un par de lametones en el pecho—. Después de todo, fuiste el último al que vi antes de irme.

El guerrero sintió una oleada de culpabilidad al recordar cómo había ayudado a Solo a escapar del campamento del Clan del Trueno, genuinamente convencido de que no se merecía estar prisionero.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le soltó con la mente acelerada.

Solo agitó las orejas, asombrado.

—¿No hay una bienvenida cálida para un antiguo compañero de clan?

—Tú nunca has sido mi compañero de clan —replicó Leonado esforzándose por mantener la calma y furioso consigo mismo por el hecho de que Solo lo hubiera pillado in fraganti, con el pelo cubierto de tierra y abrojos—. Y te equivocas si esperas que alguno de nosotros te dé la bienvenida —añadió—. Sabemos lo que les hiciste a Estrella Negra y al Clan de la Sombra.

Solo abrió mucho los ojos con expresión dolida.

—Yo sólo les sugerí otra forma de vivir. El mundo no empieza y termina en el código guerrero, ¿sabes? —En su voz apareció un deje un tanto perverso—. Pero también sé que el código guerrero insiste en que tratéis con cortesía a los visitantes. No tiene nada de malo que quiera visitar a unos viejos amigos, ¿verdad?

Leonado apretó los dientes. «¡Este gato me deja en una situación incómoda con cada cosa que le digo!»

—Nunca fuimos tus amigos —masculló.

—Oh, yo creo que tú sí lo fuiste —replicó Solo—. Al fin y al cabo, me ayudaste a escapar, ¿no? —Y, guiñando un ojo ante la expresión de disgusto de Leonado, añadió—: Ah, ya veo que eso no es un dato conocido por todos. No puedo decir que me sorprenda. No fue tu mejor momento, ¿eh? Liberar a un prisionero no se ajusta del todo a tu código guerrero... Aunque debo decir que nunca estuve completamente seguro de por qué me mantenían cautivo. —Se examinó las uñas de una zarpa—. Bueno, ¿vas a llevarme ante Estrella de Fuego o no?

Leonado se quedó pasmado.

—¿Hablas en serio?

Solo asintió.

—¿Por qué no? No tengo nada contra él, aunque me tuvo prisionero sin ninguna razón. Podemos compartir historias sobre los viejos días junto al lago. La desaparición del sol... ¿Te acuerdas de eso?

El joven guerrero se estremeció, alzando la vista al cielo, y recordó con absoluta claridad la oscuridad antinatural, el frío y el silencio.

—Tranquilo —ronroneó Solo—. No voy a hacer que desaparezca de nuevo. Siempre que se me trate con justicia, claro.

Leonado llegó al claro por el túnel de espinos con Solo a la zaga. A esas alturas, la mayor parte de las patrullas ya habían regresado, y el campamento estaba lleno de gatos que tomaban el sol, compartían lenguas o charlaban junto al montón de la carne fresca. Manto Polvoroso estaba cruzando el claro hacia el túnel del aliviadero y frenó en seco al ver a Solo.

—¡No puedo creerlo! —exclamó—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Nimbo Blanco y Centella, ovillados en una zona soleada, levantaron la cabeza y se quedaron pasmados.

—¡Solo! ¡No puede ser! —aulló Nimbo Blanco, atónito.

Alertados por el ruido, dos o tres guerreros se asomaron desde su guarida y finalmente salieron al claro. Fronde Dorado, que estaba compartiendo lenguas con Acedera, echó un vistazo, se levantó de un brinco y subió corriendo a la guarida de Estrella de Fuego.

—¡Solo! —masculló Esquiruela con la voz estrangulada, alzando la vista del montón de la carne fresca con un campañol en la boca—. ¡Oh, no!

Grosellina y Jerbito atravesaron el claro a la carrera y se detuvieron delante del visitante, mirándolo con los ojos desorbitados de asombro.

—¿De verdad eres Solo? —le preguntó Grosellina—. ¡Justo ahora Musaraña nos estaba hablando de ti!

—Sí, ¡eres el gato que robó el sol! —añadió Jerbito.

Solo inclinó la cabeza.

—Sí, pero luego lo devolví.

—¡Guau!

Leonado no se movió mientras los miembros del clan cruzaban el claro para rodearlos. Miró alrededor en busca de Glayo y Ala de Tórtola, pero no los vio por ningún lado.

—¿Qué has venido a hacer aquí? —gruñó Látigo Gris abriéndose paso hasta la primera fila—. Cada vez que pisas nuestro territorio, hay problemas.

—Cierto. —Manto Polvoroso se situó al lado de Látigo Gris erizando el pelo del cuello—. Si yo fuera tú, Solo, daría media vuelta y me marcharía por donde sea que hubiera llegado.

—Cómo me alegro de reencontrarme con viejos amigos... —ronroneó Solo levantando una zarpa para darle un lametazo—. Siempre recibo una cálida bienvenida en el Clan del Trueno.

Antes de que nadie pudiera responder, Estrella de Fuego atravesó la multitud de gatos apiñados y se detuvo frente a Solo mirándolo de arriba abajo con recelo en sus ojos verdes.

—¿Por qué estás aquí, Solo? —le preguntó erizando levemente su pelaje rojizo.

El solitario parpadeó.

—Tan sólo estoy de paso. No podía irme sin pararme a saludar a mis amigos del Clan del Trueno.

«De paso... ¡ja! —pensó Leonado—. Lleva merodeando por aquí varios días como mínimo.»

Estrella de Fuego pareció sopesar un instante la respuesta de Solo moviendo levemente la punta de la cola.

—El Clan del Trueno no tiene nada contra ti —maulló al cabo—. Pero no puedo decir lo mismo de Estrella de Bigotes. Y ya has provocado bastantes problemas al rondar por la frontera del Clan del Viento... Así que lo mejor es que te marches cuanto antes.

La única respuesta de Solo fue agitar una oreja.

—Podemos obligarlo a irse, Estrella de Fuego —gruñó Nimbo Blanco dando un paso adelante—. Sólo tienes que decirlo...

Justo en ese momento, se oyó un grito desde la guarida de los guerreros:

—¡Solo! ¡Solo!

Rosella atravesó el campamento a la carrera y se coló entre los gatos apelotonados que rodeaban al visitante.

—Solo, tú salvaste a mis hijos, ¿verdad? —maulló la guerrera mirándolo con los ojos abiertos de par en par—. En lo alto de la hondonada, cuando el zorro los acorraló, ¿a que sí? —continuó con insistencia al ver que él no contestaba—. Ellos no lograron verte bien, pero, si hubiera sido un miembro del Clan del Trueno, lo sabrían.

A Leonado se le cayó el alma a los pies, aunque comprender que Solo era el gato de debajo del avellano que había ahuyentado al zorro no cambiaba la opinión que tenía de él. Igualmente quería que se marchara.

—¿Y qué estaba haciendo Solo merodeando por el territorio del Clan del Trueno? —masculló Manto Polvoroso.

—Sí —se sumó Nimbo Blanco mirando ceñudo al recién llegado—. ¿Por qué no vino directamente aquí si quería hacernos una visita o por qué no se presentó ante alguna patrulla?

Rosella se volvió hacia Nimbo Blanco, tan ceñuda como él.

—Probablemente no estaba seguro de qué clase de bienvenida iba a tener —le espetó antes de girarse hacia Solo con un ronroneo profundo—. Oh, Solo, ¡muchísimas gracias! Aquí siempre serás bien recibido.

—Gracias, Rosella —repuso él—. Pero, en serio, no fue nada...

—Ahuyentar a un zorro es algo más que nada —maulló Bayo acercándose a Rosella e inclinando la cabeza respetuosamente ante el visitante—. Estrella de Fuego, Solo puede quedarse a pasar la noche, ¿verdad?

El líder pareció desconcertado. Leonado vio que no le gustaba nada que Solo volviera a estar en el campamento, pero difícilmente podía despacharlo en esos momentos.

—De acuerdo —aceptó con un leve asentimiento.

—Ven a tomar lo que quieras del montón de la carne fresca —lo invitó Bayo.

Y lo escoltó a través del claro, seguido por la mayor parte de los gatos. Grosellina y Jerbito ya le estaban preguntando entusiasmados sobre sus viajes.

—Primero dejadlo comer y descansar —les dijo Rosella—. Luego ya os contará sus aventuras.

Leonado se quedó donde estaba, cerca de la entrada del campamento. «¡No puedo creerlo! ¡Solo está de vuelta en el Clan del Trueno como un respetado huésped!»

Justo en ese instante, consiguió distinguir a Glayo, que había estado escuchando en la última fila, y fue a reunirse con él.

—Estábamos equivocados —maulló.

Glayo asintió con la cabeza girada hacia el montón de la carne fresca, como si pudiera ver a sus compañeros de clan reunidos alrededor de Solo.

—Estaba tan convencido... —murmuró.

—A mí no me importa a cuántos aprendices haya salvado Solo —comentó Leonado—. No me fío de él y no creo que Estrella de Fuego se fíe tampoco.

—Ni yo. —El curandero bufó con desdén—. No creo que esté simplemente de paso. Solo está aquí por una razón, y esa razón seguro que conlleva problemas.



8

Ala de Tórtola siguió a Zarzoso a través del túnel de espinos con una ardilla entre los dientes. Los seguían Pinta y Espinardo, también cargados con presas. Había sido una buena partida de caza.

Al final del estrecho túnel, la joven guerrera estuvo a punto de chocar contra Zarzoso, que había frenado en seco justo al llegar al claro.

—Perdón —masculló el lugarteniente apartándose.

Cuando la joven salió del túnel, vio que Zarzoso estaba mirando a un desconocido sentado junto al montón de la carne fresca mientras se comía una pieza y charlaba con los guerreros del Clan del Trueno que lo rodeaban. Se le veía lustroso y bien alimentado, y su pelaje era largo y multicolor.

—¿Quién es ése? —le preguntó a Zarzoso, que seguía mirando fijamente al recién llegado mientras se le empezaba a erizar el pelo del cuello.

—Solo —respondió el lugarteniente tras dejar en el suelo el conejo que llevaba en la boca—. Estuvo aquí antes de que tú nacieras y...

—¡Sí, Musaraña me habló de él hace lunas! —lo interrumpió Ala de Tórtola con un cosquilleo de emoción en las zarpas—. ¿No es el que hizo desaparecer el sol? Yo creía que no era más que un cuento...

—No, no es un cuento —contestó Zarzoso.

—¿Crees que volverá a hacerlo?

—Espero que no —gruñó Espinardo plantándose junto al lugarteniente—. Ese gato siempre trae problemas con él. No entiendo por qué Estrella de Fuego ha permitido que se quede.

Zarzoso recogió su conejo y se dirigió al montón de la carne fresca. El resto de la patrulla lo siguió para dejar sus presas, serpenteando entre los gatos que hablaban con Solo.

—¡Ven a conocer a Solo! —maulló Ratonero entusiasmado cuando Ala de Tórtola añadió su ardilla al montón de la carne fresca—. Es él quien ahuyentó al zorro y salvó a los aprendices.

—Sí, ¿no es genial que haya regresado? —se sumó Candéal—. ¡No quiero ni pensar en lo que les habría sucedido a esos pobres aprendices si no llega a aparecer!

Ala de Tórtola, sin embargo, se dio cuenta de que no todos los que rodeaban a Solo estaban contentos de verlo. Estrella de Fuego se había sentado con Tormenta de Arena, Látigo Gris y Mili y parecía claramente incómodo con la presencia del visitante, mientras que Manto Polvoroso, Fronda y Esquiruela estaban susurrando con las cabezas muy juntas, lanzando miradas recelosas hacia el gato viajero.

Puma y Musaraña salieron lentamente de la guarida de los veteranos, con expresión de curiosidad. El viejo atigrado parpadeó sorprendido al ver a Solo.

—¡Bueno, qué será lo próximo! —exclamó—. ¡Solo! Jamás imaginé que volvería a verte.

El visitante inclinó la cabeza.

—Puma. Tienes muy buen aspecto. Musaraña, yo...

La pequeña gata marrón sacudió la cola cuando Solo se volvió hacia ella y dio un paso atrás, bufando.

—Ni se te ocurra acercarte a mí —gruñó.

Durante un segundo, Ala de Tórtola creyó detectar un destello de ira en los ojos ámbar del visitante, que enseguida inclinó de nuevo la cabeza.

—Ya veo, la misma vieja gruñona de siempre... —maulló con voz suave—. Me alegro mucho de verte de nuevo.

Musaraña giró en redondo y regresó a su guarida a grandes zancadas. Puma le lanzó una mirada de impotencia al recién llegado y luego siguió a su compañera. Mientras miraba absorta al excéntrico anciano, Ala de Tórtola no reparó en que su hermana estaba a su lado hasta que ella le clavó una zarpa.

—Qué raro es todo esto, ¿no? —maulló Espinela. Y, al ver que Ala de Tórtola no le respondía, añadió en un susurro—: ¿Has visto algo en la frontera del Clan de la Sombra?

La joven de pelo gris supuso que su hermana se refería a la amenaza de Canela.

—¿Acaso vas a tomarte en serio a esa estúpida gata? —contestó poniendo los ojos en blanco— No. No he visto nada. Ningún gato va a prestar oídos a las mentiras de Canela. Hay cosas más importantes en las que pensar.

Estrella de Fuego ordenó patrullas de caza extra para tener más presas, y mientras el sol se ponía el clan se dio un festín alrededor del montón de la carne fresca. Ala de Tórtola estaba mordisqueando un ratón pensando en la aparición de Solo y tratando de averiguar qué significaría todo aquello para el Clan del Trueno. Los más jóvenes se habían reunido alrededor del recién llegado y lo escuchaban con los ojos abiertos de par en par y las orejas plantadas para degustar hasta la última de sus palabras.

—... Una vez peleé contra un tejón usando una sola pata —estaba contando Solo—. Era una bestia enorme y muy fea. Me tropecé con él inesperadamente mientras cazaba en un bosque a mucha distancia de aquí... —Se lamió una zarpa y se la pasó despacio por la oreja—. Pero los tejones no son peligrosos si sabes cómo manejarlos. En cuanto le lancé un zarpazo en la nariz, se marchó por donde había venido.

«Espero que Grosellina y Jerbito no crean que ésa es la manera correcta de enfrentarse a un tejón», pensó Ala de Tórtola. Los dos aprendices estaban en primera fila, se habían olvidado de comer y contemplaban boquiabiertos al invitado.

—¡Cuéntanos más cosas, Solo! —le suplicó Grosellina—. ¿Alguna vez has peleado con algún perro?

—He peleado con más perros que ratones has comido tú —respondió él—. En una ocasión...

—No, ya basta —intervino Rosella tocando a Grosellina con la cola—. Lo lamento, Solo, pero es hora de que estos dos se vayan a dormir.

—¡De eso nada! —protestó Jerbito—. Ya no somos cachorros.

—Aun así, necesitáis descansar —le dijo Rosella.

Bayo se inclinó sobre su pareja y le tocó la oreja con la nariz.

—Déjalos trasnochar un poco por una vez —murmuró—. No todos los días tienen la oportunidad de oír historias de lo que ocurre más allá de estas colinas.

—¡Sí! —Jerbito dio un saltito, ilusionado—. Sigue con lo del perro, por favor, Solo...

—Está bien, está bien... El perro estaba con una pareja de Dos Patas y sus cachorros —empezó el invitado—. Iban paseando por el bosque en el que yo vivía entonces, y esas estúpidas criaturas liberaron a su perro de esa especie de zarcillo largo que usan para sujetarlos. El animal detectó mi olor

y atravesó los helechos lanzándose hacia mi guarida y ladrando sin parar... Y entonces... ¿sabéis qué hice yo?

—¡No! —exclamó Grosellina sin aliento—. ¡Cuéntanoslo!

—Trepé a un árbol, esperé a que el perro llegara corriendo... ¡y me dejé caer directamente encima de él!

Ala de Tórtola oyó que varios gatos soltaban murmullos de emoción. «¿De verdad se creen esa tontería?»

—Aquel chucho sarnoso y pulgoso empezó a aullar como un loco —continuó Solo—, y luego volvió gimoteando hacia sus Dos Patas con el rabo entre las piernas y conmigo aferrado al cuello.

—¿Y los Dos Patas no te atraparon? —le preguntó Floresta sin aliento.

El visitante negó con la cabeza.

—Justo antes de que el perro llegara a su lado, lo solté y me escondí entre unos helechos. Sus dueños le gritaron por haberse escapado y lo ataron de nuevo con el zarcillo. Y ésa fue la última vez que lo vi.

Tratando de ignorar los comentarios llenos de admiración de sus compañeros de clan, Ala de Tórtola clavó la mirada en Solo y rebuscó en sus recuerdos más recientes intentando rescatar algún leve sonido que revelara el momento en que había entrado en el territorio del Clan del Trueno. Pero no consiguió nada y la joven guerrera sacudió la cabeza, frustrada.

«Ojalá pudiera usar mis sentidos especiales... ¿Es que no voy a recuperarlos nunca?»

La joven pegó un brinco al notar que alguien la tocaba con la cola; al girarse, vio a Carbonera.

—Anímate —le dijo la guerrera—. Sea lo que sea lo que te preocupa, estoy segura de que todo irá bien.

—Pues yo no —murmuró Ala de Tórtola—. Ese gato... no me gusta, y tampoco me gusta que esté aquí.

Carbonera asintió y le dedicó una mirada llena de comprensión con sus ojos azules.

—A mí tampoco me convence demasiado —confesó—, pero, si es cierto que salvó a nuestros aprendices, el clan le debe, como mínimo, una comida decente y un poco de hospitalidad.

Mientras estaba pensando en eso, Ala de Tórtola reparó en que Abejorro Negro, sentado junto a Floresta, se levantaba y se desperezaba antes de ir hacia ella.

—Hola, Ala de Tórtola —maulló el guerrero—. Me apetece ir a dar un paseo por el bosque. ¿Quieres venir conmigo?

—Ahora mismo no —respondió la joven—. Creo que hoy me acostaré pronto.

Abejorro Negro parpadeó con expresión dolida.

—Oh, vale...

Y, dicho esto, el joven guerrero dio media vuelta y se marchó por el túnel de espinos.

—Eso no ha sido muy amable por tu parte —murmuró Carbonera—. No deberías pisotear así el corazón de Abejorro Negro. Parece que le gustas mucho.

Ala de Tórtola se retorció sintiendo que ardía de vergüenza.

—No, él no... —empezó.

—Por supuesto que sí. —Carbonera sonaba convencida—. ¿Sabes una cosa? —añadió, más seria—. Si no hay ningún obstáculo que le impida conocer mejor a un gato, una gata debe aprovechar la oportunidad.

—¿Significa eso que Leonado y tú...?

La joven se interrumpió al ver que Carbonera negaba con la cabeza mientras sus ojos azules se ensombrecían de tristeza.

—No —respondió Carbonera—. Para eso sí que hay un obstáculo, pero tú jamás lo entenderías...

Ala de Tórtola se la quedó mirando sin pestañear. «¿Acaso Carbonera sabe lo del poder especial de Leonado? ¿Es ése el obstáculo?»

Abrió la boca para preguntárselo, pero la guerrera no le dio ocasión.

—Vete a buscar a Abejorro Negro —la animó—. No es demasiado tarde. Seguro que se alegrará de verte.

Aunque todavía tenía dudas, Ala de Tórtola no protestó. Cruzó el túnel de espinos y salió al oscuro bosque, fresco y húmedo. La luz de la luna brillaba a través de las hojas de los árboles convirtiendo el suelo en un dibujo de sombras plateadas. Una suave brisa movía la hierba y hacía susurrar las copas por encima de la joven.

—¡Abejorro Negro! —llamó.

No hubo respuesta. Ala de Tórtola intentó proyectar sus sentidos aguzando el oído. Al cabo de un instante, captó un sonido de pasos y la imagen de un gato que se sentaba junto al lago.

Sintió un cosquilleo de emoción de las orejas a la punta de la cola.

«¡A lo mejor estoy empezando a recuperar mis poderes especiales!», se dijo.

Echó a correr a través del bosque en dirección al gato que había visto. Así era más difícil mantenerse concentrada y la imagen era menos nítida que antes, pero, en cuanto traspasó la vegetación de la orilla, se puso muy contenta al ver a Abejorro Negro sentado al borde del agua, con la cabeza alzada hacia las estrellas.

Las rayas de su pelaje gris resaltaban mucho bajo la luz plateada de la luna.

—¡Eh, Abejorro Negro! —lo llamó con la voz aguda por la emoción de no haber perdido sus poderes para siempre.

El guerrero se levantó de un salto y se dio la vuelta.

—¡Ala de Tórtola! —exclamó corriendo a su encuentro—. Has venido —añadió ronroneando tan sonoramente que apenas podía hablar—. Ven a sentarte conmigo. El lago está precioso.

De repente, la joven gata se sintió un poco cohibida.

—¿Te importa si en vez de eso damos un paseo? —le preguntó.

—No, claro que no.

Los dos echaron a andar por la orilla, uno al lado del otro. Abejorro Negro caminaba tan cerca de Ala de Tórtola que sus pelajes se rozaban, y la joven guerrera buscó desesperadamente algo de lo que poder hablar.

—¿Recuerdas a Solo de la primera vez que estuvo aquí? —le preguntó cuando el silencio empezaba ya a prolongarse demasiado.

—Más o menos —respondió el guerrero—. Lo he reconocido al verlo hoy, pero la primera vez yo no era más que un cachorro.

—¿Y qué opinas de él?

Abejorro Negro se encogió de hombros.

—Creo que tiene una gran opinión de sí mismo, ¿no?

A Ala de Tórtola le entró la risa.

—¡Sí! ¡Todas esas historias que cuenta! Lo de saltar encima de un perro... ¡por favor! Ya sé que nosotros saltábamos de los árboles cuando luchamos contra el Clan de la Sombra, pero tienes que ser un absoluto descerebrado para intentarlo con un perro.

—Por supuesto, pero ya estoy harto de tanto Solo —maulló Abejorro Negro—. Por hoy ya he tenido suficiente, no hablemos también de él ahora que estamos aquí. Tordo me ha contado que el otro día lo ganaste corriendo. ¿Quieres echar una carrera conmigo?

—¡Genial! —respondió la joven—. ¿Adónde?

—¿Qué te parece hasta ese tocón de allí? —Señaló con las orejas el tocón de un árbol caído que estaba orilla abajo.

Ala de Tórtola asintió y salió disparada desperdigando guijarros a su paso. Durante unos segundos, Abejorro Negro corrió a su lado, pero ella no tardó en adelantarse. «Caramba, ¡sí que puedo correr deprisa...!», se dijo, pero entonces empezaron a llegarle los sonidos de los demás clanes al otro lado del lago. Un gato del Clan del Río estaba pescando en el arroyo, junto a su campamento; un poco más allá, en el Clan de la Sombra, un guerrero de hocico gris estaba enseñando a su aprendiz a cazar de noche...

Ala de Tórtola tenía la sensación de que sus sentidos iban y venían, como una ola en el lago. A veces lo captaba todo claramente, a veces las imágenes se volvían borrosas, pero se sintió embargada por la emoción y el alivio al comprender que se estaba recuperando.

«Sólo necesitaba tiempo —pensó—. ¡Leonado tenía razón! Mis sentidos estaban sobrepasados por el viaje a las montañas, eso era todo...»

Se sentía tan contenta de haber recobrado sus sentidos, y se estaba concentrando tanto, que no se fijó en dónde pisaba mientras corría. De pronto, algo se le enroscó en una de las patas delanteras y cayó de bruces sobre los guijarros, soltando un alarido de sorpresa que terminó en un respingo al quedarse sin aire por el golpe.

Abejorro Negro la adelantó a la carrera. Al intentar levantarse, Ala de Tórtola se dio cuenta de que un zarcillo de hiedra que salía serpenteando desde los árboles la había hecho tropezar. Mientras se liberaba, el joven guerrero volvió a su lado.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó él resollando.

—Sí, estoy bien... —respondió ella tratando de recuperar el aliento.

Aunque estaba contusionada por la caída, sentía que una corriente de felicidad la recorría de arriba abajo, como un arroyo desbordado. «No he perdido mis sentidos. ¡Todo está como tiene que estar!», pensó.

—Estoy más que bien —repitió.

Abejorro Negro dejó que se apoyara en él mientras se levantaba trastabillando y la acarició delicadamente con la cola para retirarles la arena del pelo. Los ojos del guerrero resplandecían.

—Si no hubieras tropezado, habrías ganado la carrera —aseguró.

—Tal vez... —Ala de Tórtola ya casi se había olvidado de la carrera; volver a tener sus sentidos era muchísimo más importante—. Tú también eres bastante rápido.

Echó a andar a lo largo de la orilla, y Abejorro Negro se mantuvo muy cerca de ella.

—Ala de Tórtola... —empezó sonando un poco tímido—. ¿Puedo enseñarte una cosa?

—Claro —accedió ella, escuchándolo sólo a medias, mientras se centraba en una gata del Clan del Viento que reñía a sus cachorros por meterle un escarabajo en el lecho.

—Es por aquí.

El guerrero se desvió hacia los árboles, y la joven lo siguió mientras los helechos la rozaban por ambos lados.

Sin tomar ninguna senda que Ala de Tórtola pudiera ver, llegaron a un claro minúsculo donde un jazmín silvestre trepaba por un roble retorcido formando un arco con un espacio diminuto debajo. En las ramas ya habían aparecido unas cuantas florecillas blancas. Abejorro Negro se coló en aquel espacio y le hizo una señal con la cola a Ala de Tórtola. Ella lo siguió sintiendo la calidez del guerrero en su costado y disfrutando del dulce aroma de las flores de jazmín.

—Siempre me ha encantado este sitio —le confesó Abejorro Negro—. Es incluso mejor en la estación de la hoja verde, cuando han salido todas las flores.

La miró nervioso, y la joven guerrera comprendió que temía que pudiera reírse de él.

—Es adorable —afirmó.

Abejorro Negro se relajó un poco y miró hacia arriba. Ala de Tórtola vio un hueco entre las ramas, a través del cual se veían las estrellas.

—Me gusta contemplar a nuestros antepasados —maulló el joven guerrero—. A veces me pregunto cuáles son los míos. —Y, tras dudar un poco, añadió—: Estoy seguro de que tus antepasados brillan con gran esplendor, Ala de Tórtola.

—Eso no lo sé —respondió ella—. Yo creo que mis antepasados ahora mismo se estarán escondiendo detrás de una nube, ¡porque siempre estaban metiéndose en problemas!

Abejorro Negro soltó un ronroneo risueño.

—Me parece que ese de ahí arriba es uno de los míos —murmuró apuntando con la cola—. ¡Ese que da la impresión de que está clavado en las ramas!

—Me pregunto si nos estarán observando —musitó Ala de Tórtola—. ¿Pueden ver todo lo que hacemos desde ahí arriba?

—Yo creo que sí —contestó el guerrero, muy serio—. Nos miran ceñudos y ven todas las cosas que estamos haciendo mal. ¡Seguro que ése sabe que, en una ocasión, metí hormigas coloradas en el lecho de Floresta!

—¡No serías capaz! —exclamó Ala de Tórtola, medio divertida y medio escandalizada.

—Sí que lo fui... —El guerrero bajó la cabeza, un tanto avergonzado—. Cuando éramos aprendices. Pero ella me la devolvió: me empujó al arroyo

cuando estaba distraído.

La joven soltó un resoplido.

—Entonces debe de haber una estrella mirándola ceñuda también a ella. Quizá sea ésa. —La señaló—. Y la de al lado está molesta conmigo porque una vez me olvidé de renovar el lecho de los veteranos.

—¡Oh, no! —Abejorro Negro se inclinó a tocarle una oreja con la nariz—. Seguro que Musaraña te echó un buen rapapolvo.

Ala de Tórtola hizo una mueca.

—¡Creo que debieron de oírla hasta en el Clan del Río!

Se quedaron en silencio. «Esto está muy bien —pensó Ala de Tórtola disfrutando de la hierba fresca y del perfume que la rodeaba—. Estar aquí sentada sin más, charlando con un compañero de clan, contemplando las estrellas...»

No era exactamente como las noches que había compartido con Corazón de Tigre —el corazón no le latía tan fuerte como para salirse del pecho, y no sentía un cosquilleo en las zarpas al internarse en territorio prohibido—, pero en ese preciso instante se sintió feliz de estar debajo del jazmín con Abejorro Negro y no hubiera querido estar en ningún otro sitio.

—De acuerdo —maulló Carbonera—. Veamos vuestra posición de caza.

Ala de Tórtola observó cómo su hermana se agazapaba en el lindero del claro de entrenamiento mientras Carbonera daba una vuelta a su alrededor comprobando que estuviera bien.

—Recoge la cola un poco más —la instruyó—. Sí, así está genial. Ahora salta, a ver si puedes llegar a la prímula de debajo de ese árbol.

Espinela tensó los músculos y dio un salto enorme, surcando el aire con las zarpas estiradas, y cayó sobre la prímula, que quedó aplastada en el

suelo.

—Bien hecho —maulló Leonado—. Ahora veamos cómo lo haces tú, Ala de Tórtola.

Mientras se agazapaba, intentando asegurarse de que tenía bien colocadas las zarpas y la cola, Ala de Tórtola pensó que en cualquier otro momento le habría ofendido retomar esa clase de entrenamiento básico con su antiguo mentor. Pero ese día se sentía demasiado feliz para ofenderse por nada. Había dormido bien después de su paseo con Abejorro Negro y tenía los sentidos más aguzados todavía.

Sintió un zarpazo de miedo al darse cuenta de lo frágiles que eran sus sentidos especiales. Pero luego se sacudió de encima ese pensamiento. «Tengo que protegerlos, eso es todo, al igual que protejo mis zarpas sobre suelo pedregoso o las partes más vulnerables de mi barriga en una batalla.»

Mientras Leonado comprobaba la posición de su antigua aprendiz, ella aprovechó para proyectar sus sentidos. El Clan del Viento tenía una nueva camada de cachorros. «¡Qué criaturitas tan ruidosas!», pensó Ala de Tórtola mientras los pequeños se apretujaban contra el vientre de su madre para mamar. En el Clan del Río, los guerreros recién nombrados rebosaban emoción al salir en una patrulla, mientras que en el Clan de la Sombra Corazón de Tigre estaba enseñándole a una pareja de aprendices cómo acechar a una ardilla. La joven soltó un ronroneo de risa cuando algo alertó a la ardilla, que salió corriendo en una dirección y luego giró en redondo para pasar a toda velocidad por delante de Corazón de Tigre antes de trepar a la seguridad de un árbol.

—Hoy estás de muy buen humor —comentó Leonado.

—Mmm —coincidió Carbonera moviendo los bigotes—. ¡El paseo de anoche debió de ser realmente bueno!

—¿Qué paseo? —preguntó Leonado.

Carbonera lo miró con ojos relucientes.

—Eso no puedo contártelo.

Él sacudió las orejas.

—Vale, vale, como quieras... Bueno, Ala de Tórtola, adelanta un poco más las patas traseras, a ver si puedes saltar sobre esa prímula.

—Si Espinela no ha acabado ya con ella —masculló la joven.

Recogiendo un poco más las patas para darle más potencia al salto, se lanzó a través del claro para aterrizar junto a su hermana y destrozó con las garras lo poco que quedaba de la prímula amarilla.

—¡Bien! —aprobó Leonado—. Hoy estáis en forma las dos.

—¿A qué se refería Carbonera con eso del paseo de anoche? —susurró Espinela—. La verdad es que llegaste muy tarde a la guarida.

Ala de Tórtola no quería hablar de su velada con Abejorro Negro, pero sabía que su hermana se disgustaría si se negaba a contárselo.

—No es nada. Bajé al lago con Abejorro Negro, eso es todo.

A Espinela se le desorbitaron los ojos de la sorpresa.

—¡Oh, eso es genial! —exclamó—. Es un gato muy majo. ¿Vais a emparejaros?

Ala de Tórtola sacudió la cola, irritada.

—¡Eso es lo último que se me pasaría por la cabeza! No fue más que un paseo. Fue divertido, pero nada del otro mundo.

Su hermana le clavó una zarpa en el costado.

—¡Vosotros dos juntos tendríais unos cachorros monísimos!

La guerrera gris puso los ojos en blanco. Para evadirse de las bromas de Espinela, volvió a proyectar sus sentidos al interior del bosque. Casi de inmediato, captó la imagen de un gato que se encaminaba hacia la frontera del Clan del Viento. Tardó un instante en identificar su olor y su apariencia y se puso tensa al darse cuenta de que se trataba de Solo.

«¿Se marcha ya? —se preguntó—. ¿O sólo ha salido a dar una vuelta? Es un gato muy extraño, eso sin duda.»

—¿Por qué no vamos a cazar antes de volver al campamento? —le propuso a los otros apartando a Solo de su mente. Quería demostrarle a Leonado que sus sentidos habían regresado.

—Me sorprende que te quede energía después de la sesión de entrenamiento —replicó el guerrero.

Ala de Tórtola se levantó de un brinco.

—¡Siento como si pudiera dar la vuelta al lago corriendo sin parar! —ronroneó, pero entonces vio a Carbonera guiñándole un ojo, complacida. «¡Oh, no! ¡Cree que es por Abejorro Negro!»

—De acuerdo, vayamos a cazar algo —aceptó Leonado—. Y, para que sea un poco más interesante, haremos una competición. Empezaremos todos desde aquí, y el primero en volver con una presa gana.

Espinela plantó las orejas.

—¿Qué gana?

—Oh... ¿Qué tal elegir en primer lugar una pieza del montón de la carne fresca? —sugirió Carbonera.

Ala de Tórtola esperó agazapada lanzando sus sentidos por el aire tan delicadamente como las semillas de un diente de león. No tardó en detectar a un ave junto al lago, una gallineta que iba picoteando a lo largo de la orilla. Concentrándose al máximo, la enfocó mientras Carbonera y Espinela se iban en distintas direcciones con la cabeza alta para olfatear el aire.

Leonado seguía observando a Ala de Tórtola. La joven localizó exactamente la ubicación de la gallineta, que seguía picoteando entre los guijarros de la orilla, y luego se levantó de un brinco. Se encaminó hacia el lago zigzagueando entre los árboles y saltando sobre ramas muertas y arroyuelos.

«¡No me había dado cuenta de lo lejos que estábamos del lago!»

Deteniéndose junto a un avellano, comprobó que la gallineta no se había marchado y después continuó adelante. Cuando salió a la carrera de entre los arbustos, el ave echó a volar, pero la guerrera la atrapó en el aire con un potente golpe y luego le lanzó una dentellada en el cuello. Con la presa entre los dientes, regresó al claro. Teniendo en cuenta lo lejos que se había ido para obtener su pieza, no le extrañó que los otros tres hubieran llegado antes que ella.

—Mala suerte —maulló una compasiva Espinela con un rollizo ratón a sus pies.

Carbonera había cazado una ardilla, y Leonado, un mirlo.

—Espinela ha sido la primera, así que gana ella —anunció Carbonera.

Ala de Tórtola inclinó la cabeza hacia su hermana.

—Bien hecho.

Tras recoger su presa, Carbonera encabezó la marcha con Espinela a su lado. Encogiéndose de hombros, Ala de Tórtola las siguió. En su fuero interno, no se sentía decepcionada por haber sido la última. Había hecho lo que se proponía hacer. Leonado la observaba atentamente y asintió con firmeza cuando ella le devolvió la mirada. Su compañero de clan tampoco estaba decepcionado. Sabía que la joven guerrera había recuperado su poder.



9

Glayo se estremeció cuando un viento frío le tiró del pelo con garras heladas. Se hallaba en lo alto de una montaña; a su alrededor, un grupo de pinos inclinaban sus copas bajo el vendaval entrechocando las ramas, y por encima de los árboles el cielo se agitaba entre nubes grises.

—Ya estoy harto de esto —masculló el curandero contemplando el desolado paisaje—. Me marchó.

Pero, antes de que pudiera despertar de su sueño, oyó los resuellos de un gato que ascendía la ladera de la montaña y poco después entrevió una escuálida figura gris que avanzaba penosamente entre la espinosa vegetación.

—Fauces Amarillas —susurró al verla salir a un espacio abierto—. ¿De verdad tenemos que reunirnos aquí? Este viento me está arrancando la piel.

La vieja gata se detuvo delante de él mirándolo con los ojos entornados. Glayo pensó que parecía más desaliñada de lo normal. Tenía el pelo alborotado por el viento, le apestaba el aliento, y sus ojos de color ámbar se veían legañosos, como si no se hubiera lavado en lunas.

—He escogido este lugar precisamente porque no puedo correr el riesgo de que alguien nos oiga —le informó la anciana resollando.

—Entonces ¿sigue habiendo desconfianza entre los miembros del Clan Estelar? —preguntó Glayo.

—¡Sí! —bufó la vieja gata—. ¡Y tú no debes fiarte de nadie!

El curandero hundió las garras en el frío suelo. Se sentía helado hasta los huesos y lo único que deseaba era despertarse en su cálido lecho.

—¿Qué quieres? —maulló con impaciencia.

—Decirte qué debes hacer —respondió Fauces Amarillas—. Necesitas reclutar a otro curandero. No me refiero a un aprendiz. Me refiero al otro miembro completamente experimentado que vive en el Clan del Trueno.

Glayo sintió un hormigueo de sorpresa.

—Pero... Hojarasca Acuática ya no es curandera —señaló—. Eso está fuera de mi control... y del tuyo.

Los ojos de la anciana se empañaron de tristeza.

—Lo sé —maulló apenada—. No me refería a Hojarasca Acuática. Lo que ella hizo estaba absolutamente en contra del código de los curanderos; es como si su entrenamiento no hubiera existido jamás. No subestimes la profundidad de su castigo, Glayo. Hojarasca Acuática no sólo ha renunciado a su puesto como curandera, también tiene prohibido usar sus conocimientos, aunque trabajó muy duro para adquirirlos.

Glayo sintió un fogonazo de frustración. «¡Como si tú misma no hubieras tenido un hijo también, Fauces Amarillas, aunque tu clan nunca llegó a saber la verdad!»

—¡Eso es como castigar a todo el clan por el error de uno solo de sus miembros! —bufó.

—Fue un error gravísimo —dijo la anciana con voz sombría.

—Entonces ¿a qué te refieres con lo del otro curandero? No hablarás de Gabarda o de Centella, ¿verdad? Ellas saben más que los demás, pero no

han recibido ninguna instrucción como tal. Centella ni siquiera ha estado en la Laguna Lunar...

Fauces Amarillas sacudió su huesuda cola.

—Ya deberías saber a quién me refiero, cabeza de chorlito —le espetó con voz ronca—. El Clan del Trueno tiene un tercer curandero: Carbonera. Quizá sea tiempo de contarle quién es en realidad.

Glayo hizo una mueca.

—¿En serio? ¿Y ella me creerá?

—Te creerá si te paseas por sus sueños —maulló Fauces Amarillas—. Llévala de vuelta a la vida que tenía antes. Todo el conocimiento está allí, Carbonera sólo necesita tomarlo.

Desconcertado por la ardiente intensidad de los ojos ámbar de Fauces Amarillas, Glayo retrocedió un paso.

—Espera... Carbonilla fue tu aprendiz; no tiene por qué ser la mía. ¿Cómo voy a entrenar a una nueva curandera con todo lo que está pasando?

La anciana puso los ojos en blanco.

—¡No te hará falta entrenarla! —bufó—. Ella ya sabe más que tú. Sólo necesita recordar quién es.

Glayo se sulfuró, pero sabía que no podía oponerse.

—Lo pensaré —se limitó a decir.

—Pues más te vale hacerlo pronto —maulló la anciana—. O quizá sea yo quien se pasee por los sueños de Carbonera.

«Eso le daría un susto de muerte a la pobre», pensó el curandero, incapaz de imaginarse algo más perturbador para la joven guerrera.

—De acuerdo, lo haré... —gruñó.

Fauces Amarillas dio media vuelta para irse, pero luego se giró a mirarlo por encima del hombro.

—Tienes que estar preparado para la peor batalla que jamás conocerán los clanes —le recordó—. ¡Un solo curandero no será suficiente!

Glayo despertó de nuevo en la oscuridad. Estaba ovillado confortablemente entre el musgo y las frondas de su lecho, en la guarida del curandero. El aire que lo rodeaba era cálido y estaba lleno de los aromas frescos del inicio de la estación de la hoja verde. Pero, aunque su cuerpo estaba cómodo, su mente estaba intranquila, como si apenas hubiera descansado.

En el claro había gatos atareados. Desde su lecho, Glayo pudo oír a Zarzoso organizando las patrullas. Luego sonaron pisadas presurosas cerca de su guarida, y la voz de Grosellina se elevó por encima del murmullo de fondo:

—¡Solo, ven a vernos entrenar, por favor!

—Sí —añadió Jerbito—. Yo he aprendido un movimiento de combate genial y quiero enseñártelo.

Glayo sacó la cabeza del lecho para saborear el aire y detectó el olor de los aprendices, junto con el de Solo, al otro lado de la cortina de zarzas. Rosada y Nimbo Blanco, que seguía haciendo de mentor de Grosellina en sustitución de Raposo, se hallaban a un par de colas más allá.

—Eso no es muy buena idea —maulló Rosada—. Nuestro invitado tiene mejores cosas que hacer que mirar cómo entrenan un par de aprendices.

—Además, queremos que os concentréis en vuestra sesión de entrenamiento —añadió Nimbo Blanco en un tono que revelaba su desagrado hacia Solo—. No en alardear delante de un visitante.

—Es muy amable por vuestra parte —les dijo Solo a los dos jóvenes—, pero ahora mismo tengo otras cosas que hacer. Cuando vuelva, quiero que me contéis con pelos y señales todo lo que habéis aprendido.

Glayo oyó un bufido contenido de Nimbo Blanco y percibió una oleada de irritación procedente del guerrero. Entendía perfectamente sus sentimientos. «¡Ese tal Solo está hablando como si fuera el líder de nuestro clan!»

—¿Glayo?

Concentrado en lo que sucedía fuera de la guarida, el curandero no había reparado en que Gabarda se estaba arrastrando hacia él.

—Glayo, ¿puedo hablar con Solo? —le preguntó la gata.

La ilusión que traslucía el tono de la joven irritó al curandero.

—Él no va a arreglarte la columna vertebral, si es eso lo que estás pensando —le soltó.

—¡No... No esperaba nada de eso! —bufó la guerrera—. Es que siento curiosidad por él, nada más...

—Bueno, pues no la sientas —replicó el curandero—. Solo no tiene nada de especial.

—Pero... salvó a los aprendices del ataque de ese zorro, ¿no? —le recordó Gabarda.

Glayo soltó un bufido.

—Es posible.

«No puedo creer que Leonado y yo estuviéramos tan equivocados —pensó—. Solo era el último gato al que esperábamos ver aparecer por aquí.»

Los aprendices y sus mentores se marcharon. Solo remoloneó unos instantes delante de la guarida del curandero y, finalmente, también se fue en dirección al túnel de espinos.

Glayo salió de su lecho y comenzó a retirarse del pelo los trocitos de musgo y de frondas que se le habían pegado.

—¡Glayo! —exclamó la voz de Dalia desde el otro lado de la cortina de zarzas—. ¿Puedes venir a echarle un vistazo a Acedera?

Dejando su aseo a medias, el curandero salió al claro. Dalia lo esperaba a una cola de distancia.

—¿Ocurre algo? —le preguntó.

—No estoy segura —admitió la reina yendo con él hacia la guarida de los guerreros—. Tú eres el curandero, pero he visto a muchas gatas encintas y no me gusta el aspecto de Acedera.

Glayo se limitó a responder con un gruñido. Al colarse por entre las ramas exteriores de la guarida de los guerreros, notó el olor rancio del musgo y los helechos secos. La mayor parte de los gatos ya habían salido de patrulla. Localizó a Acedera, tumbada al fondo de la guarida, y se acercó zigzagueando entre los lechos.

—Hola, Glayo —lo saludó la guerrera parda—. No hacía falta que vinieras. Estoy bien.

—Yo no estoy tan seguro de eso —musitó él.

Acedera sonaba cansada y, al examinarla, el curandero captó su ansiedad y agotamiento.

—Estás intentando hacer demasiadas cosas —le dijo—. Te falta menos de media luna para dar a luz, y seguir con tus obligaciones como guerrera está consumiendo tus fuerzas.

—Pero la otra vez... —empezó Acedera.

—Ahora es muy distinto —la interrumpió Glayo—. Te guste o no, eres mayor que en tu primer parto. Tienes que bajar el ritmo para conservar la salud. El momento de dar a luz es muy difícil.

La gata suspiró.

—Lo sé.

Cuando los dos guardaron silencio, el curandero notó que el costado de la guerrera se estremecía bajo sus zarpas y se vio engullido por un espantoso torbellino de recuerdos. Sintió el sufrimiento de Acedera al parir...

Compartió su pavor cuando un tejón logró meterse en la maternidad... Vio a Carbonilla interponerse valerosamente entre ellos para proteger a la gata... Y oyó cómo sus gritos cesaban de golpe cuando la enorme criatura la agarró del cuello y la sacudió. En ese mismo instante, sonó el débil quejido de una cachorrita gris, que nació mientras la curandera perdía la vida.

Glayo sintió un escalofrío. «En ese momento, Carbonilla se convirtió en Carbonera. Y ahora Fauces Amarillas dice que debo encargarme de que vuelva a su antigua vida por el bien del clan...»

Con un sobresalto, se vio expulsado del recuerdo cuando Acedera habló de nuevo. Su voz sonaba cansada:

—Sé que tienes razón, Glayo. Estos cachorros deben tener el mejor comienzo posible. Y, si eso supone pasarme sentada esta última media luna..., bueno, ¡que así sea!

—Gracias, Acedera. Has tomado la decisión correcta...

«¡Y has facilitado muchísimo mi trabajo!», añadió para sí mismo.

—Venga, Acedera —maulló Dalia acercándose para ayudarla a ponerse en pie—. Fronda y yo te hemos preparado un lecho de lo más cómodo en la maternidad.

El nerviosismo de Glayo se desvaneció al salir de la guarida de los guerreros. «¡Está claro que Acedera va a estar absolutamente cuidada y atendida antes de que lleguen sus cachorros!»

Cuando volvió a salir al claro, Glayo aguzó el oído buscando los pasos de Carbonera y se preguntó si aquél sería el momento oportuno para hablar con ella. «En el nombre del Clan Estelar, ¿qué le voy a decir?»

Agitó las orejas al oír unas pisadas que se dirigían hacia él, pero el olor que captó fue el de Betulón.

—¿Ahora estás ocupado? —le preguntó al guerrero.

—No. ¿Quieres algo, Glayo?

—Sí... Carbonera —respondió él—. Si la ves, ¿le dirás que quiero hablar con ella?

—Claro —contestó Betulón, y se marchó hacia el túnel de espinos.

El curandero se alejó un poco más de la guarida de los guerreros, pero cuando se detuvo a saborear el aire no encontró ni rastro de Carbonera entre los olores del claro. Sacudió la cola con frustración. «Debe de estar fuera con una patrulla», se dijo.

Entonces oyó una voz prácticamente junto a su oído:

—¿Estás buscando a Carbonera?

Glayo se puso tenso al verse rodeado por el olor de Hojarasca Acuática. «¿Y ella cómo lo sabe?»

—Sí —respondió él, receloso—. ¿La has visto?

—Sí, pero primero necesito hablar contigo.

Glayo vaciló, no tenía ningunas ganas de hablar con su madre, ni de Carbonera ni de cualquier otra cosa, pero podía percibir su determinación y sabía que no podría quitársela de encima tan fácilmente.

—De acuerdo —suspiró—. Di lo que tengas que decir.

—Aquí no —replicó la gata—. Vámonos a dar un paseo por el bosque. Creo que lo que voy a contarte no debe oírlo nadie.

Tragándose un suspiro, Glayo la siguió fuera del campamento. Mientras caminaba a su lado, volvió a preguntarse cómo era posible que Hojarasca Acuática fuera su madre. A veces la sentía más lejana incluso que si fuera una gata de otro clan.

La gata se detuvo debajo de un ancho árbol de susurrantes hojas. Glayo oyó el gorgoteo de un arroyo cerca de allí.

—¿Y bien? —preguntó.

—Anoche tuve un sueño... —susurró Hojarasca Acuática, y Glayo tuvo que inclinarse hacia ella para oírla—. Jaspeada acudió a mí para decirme que Fauces Amarillas quiere contarle a Carbonera... quién era antes. ¿Es eso cierto?

—Sí —respondió Glayo.

—¡Bueno, pues no puede hacerlo! —exclamó la gata, y Glayo hizo una mueca al percibir el estallido de sus emociones—. A Carbonera le han dado la oportunidad de vivir una vida diferente, como guerrera y como madre. Si le hablas de su vida anterior, le arrebatarás esa oportunidad.

Hojarasca Acuática estaba arrancando la hierba con las garras. Glayo intentó interrumpirla, pero ella no se lo permitió:

—Yo fui la aprendiz de Carbonilla —continuó—. La conocía bien. Sabía que había deseado convertirse en guerrera, emparejarse y ser madre, pero el accidente en el Sendero Atronador la privó de todo eso. Y, aun así, fue una buena curandera, una de las mejores que el Clan del Trueno tendrá jamás. ¡No permitiré que vuelvan a arrebatarle su vida una vez más!

—Pero el clan tiene que ser lo primero para cualquiera de nosotros... —protestó Glayo—. Y muy pronto necesitaremos más curanderos.

Hojarasca Acuática guardó silencio un instante. Los dos sabían que ella era una curandera completamente entrenada y experimentada, más que capaz de cuidar a su clan. Ojalá no hubiera quebrantado el código de los curanderos, además del código guerrero, al emparejarse con un gato de otro clan. Pero ni Glayo ni ella mencionaron nada de todo aquello. El silencio se prolongó hasta que empezó a crepitar entre los dos, como si estuviera a punto de estallar una tormenta.

—Los gatos también son importantes por sí mismos, de forma individual... —continuó Hojarasca Acuática poco después—. Podrías tomar un aprendiz. Gabarda ya está haciendo un gran trabajo...

—¡Oh, claro! —Glayo sacudió la cola—. Eso sería genial, ¿verdad? Un curandero que no puede ver y una curandera que no puede andar. ¡El Clan del Trueno sería invencible!

—Yo sé que ves mucho más que el resto de nosotros —dijo la gata con calma—. No puedes utilizar eso como una excusa. Lo único que te digo es que Carbonera se merece una vida distinta esta vez. El Clan Estelar le dio una segunda oportunidad por esa razón. Eso es lo que me dijo Jaspeada en mi sueño. No permitiré que volváis a arruinarle la vida a Carbonera.

Y, sin darle a Glayo la ocasión de responder, su madre se puso en pie y se marchó.

Glayo se quedó debajo del árbol con un torbellino de pensamientos revoloteando en su cabeza. Debía admitir que lo que decía Hojarasca Acuática tenía sentido; si el Clan Estelar había interferido tanto como para que Carbonera disfrutara de otra vida, seguro que debía de haber una buena razón para eso. «Y en estos momentos Fauces Amarillas no piensa con claridad —se recordó a sí mismo—. Está demasiado afectada por las rivalidades en el seno del Clan Estelar y por su miedo al Bosque Oscuro...»

El curandero regresó lentamente al campamento, todavía indeciso sobre qué debía hacer. Antes siquiera de llegar a su guarida, captó el olor de Carbonera y oyó sus pasos acercándose.

—Betulón me ha dicho que me buscabas —maulló la guerrera con voz alegre—. ¿Necesitas que haga algo?

Tan claramente como si pudiera ver, Glayo notó la mirada de Hojarasca Acuática clavada en él. Respiró hondo.

—No es nada importante —le dijo a Carbonera—. Puede esperar hasta otro día.



10

Espinela se deslizaba con cautela por el Bosque Oscuro. Ahora parecía verdaderamente concurrido, tan bullicioso como un hormiguero revuelto, con grupos de gatos entrenando en todos los claros, recorriendo todos los senderos y chapoteando a través del fangoso río.

Nerviosa por si la llamaban para alguna sesión de entrenamiento, la joven atigrada se pegó a las sombras con los sentidos alerta en busca de un gato en concreto. Al oír voces, se escondió en una mata de helechos y luego se asomó poco a poco; Corazón de Tigre y Hoja de Arce se encontraban a unas pocas colas de distancia.

Espinela sintió que el corazón se le desbocaba. La vieja y arisca Hoja de Arce la había aterrorizado desde que estuvo a punto de ahogarla en el río durante un supuesto ejercicio de entrenamiento. Pero ahora la anciana parecía más difuminada que nunca. A la joven se le salieron los ojos de las órbitas al descubrir que podía ver los árboles a través de la gata.

Pero los ojos de Hoja de Arce seguían llameando cuando se inclinó hacia Corazón de Tigre.

—El Bosque Oscuro se alzaré y aniquilará a los clanes —le dijo al guerrero bufando de rabia—. El Clan Estelar se doblegará ante nosotros, y

los guerreros que elijan no unirse a nuestra causa serán castigados más allá del fin de sus vidas.

Horrorizada, Espinela se encogió entre los helechos. Corazón de Tigre escuchaba a la anciana con atención, asintiendo a sus palabras.

—Todos los gatos que han existido sabrán... —De repente, Hoja de Arce enmudeció y se puso a olfatear el aire—. Huelo a miedo —gruñó.

A Espinela casi se le paró el corazón cuando la gata deslizó su torva mirada por los helechos en los que se había agazapado y se echó a temblar.

—¿Quién ha venido aquí sin el suficiente valor para enfrentarse a sus compañeros de clan?

La anciana movió de un lado a otro su enorme cabeza llena de cicatrices, sin dejar de olisquear. Luego se puso en pie y fue en dirección opuesta a la de Espinela internándose en unos zarzales muertos y pegajosos. Espinela permaneció inmóvil procurando que su respiración no moviese los helechos que la rodeaban.

—¡Nevado! —gruñó Hoja de Arce—. ¡Debería haberlo imaginado, sarnoso montón de cagarrutas! ¡Vuelve a la lucha y muestra un poco de coraje!

Espinela hizo una mueca al oír un potente golpe y un estridente alarido de dolor.

Pasaron varios segundos, y finalmente la joven se dio cuenta de que la anciana se había ido. Tragándose su miedo, salió de entre los helechos y se acercó a Corazón de Tigre. El guerrero del Clan de la Sombra se estaba lavando, pasándose una zarpa por las orejas, y levantó la vista al verla.

—¿Merodeando por los alrededores, Espinela?

—Sólo te estaba buscando —respondió ella con cautela. Corazón de Tigre parecía disfrutar con lo que Hoja de Arce le estaba contando; si de verdad coincidía con ella en lo de destruir a todos los clanes, era un

enemigo peligroso—. ¿Qué es eso que me han contado de Canela? —le preguntó—. Ala de Tórtola me dijo que intentaste advertirla sobre tu hermana en la Asamblea.

El guerrero la miró de arriba abajo con desprecio.

—¿Te preocupa que le haya dicho lo que sucedió con Rosero aquí, en el Bosque Oscuro? Pues no deberías. No le he contado nada a Ala de Tórtola..., pero no por ti, sino porque no quiero que sepa lo que hiciste.

—¡Yo no hice nada! —bufó la joven erizando el pelo del cuello.

—Sólo porque yo te detuve —gruñó él.

Espinela hundió las garras en la hierba fría y oscura.

—¡Era una prueba! ¿Qué podía hacer?

—Nada podría justificar que acabaras con el espíritu de mi hermano —replicó Corazón de Tigre.

Espinela sabía que él tenía razón. «Pero no puedo explicarle por qué estuve a punto de hacerlo. Tengo que ocultar que estoy espiando para el Clan del Trueno.»

—Bueno, ¿vas a contarme qué es todo eso de Canela o no? —le soltó.

Corazón de Tigre pareció vacilar.

—Canela culpa a Glayo de la muerte de Rosero en el lago —maulló al cabo.

—Pero... ¡eso es ridículo! —exclamó la joven.

El guerrero negó con la cabeza; la tristeza había engullido su hostilidad.

—Tú no sabes lo que es perder a un hermano... Quieres culpar a quien sea, a lo que sea. No te conformas con una simple grieta en el hielo.

Espinela sintió un zarpazo de compasión. «Yo no soportaría perder a Ala de Tórtola...»

Pero entonces recordó que Corazón de Tigre había estado escuchando con sumo interés el discurso de Hoja de Arce. No podía fiarse de él.

«¡Y no se merece mi compasión!»

—No sé qué cree Canela que puede hacer en contra del Clan del Trueno... —maulló—. ¿O es que estás pensando en traerla aquí?

—Eso no está en mis manos —replicó Corazón de Tigre.

—Estoy segura de que podrías interceder por ella —sugirió Espinela, burlona.

El atigrado no se inmutó, pero, antes de que la joven pudiera añadir algo más, los helechos se separaron y apareció Alcotán.

—¡Ah, estás aquí, Espinela! —bufó el guerrero oscuro—. Ven conmigo. Tienes a los demás aprendices sin hacer nada.

Y, sin esperar una respuesta, dio media vuelta y se marchó. Espinela hizo una mueca al verse incluida entre los aprendices.

«Pero ¿por qué tendría que importarme? —se preguntó a sí misma—. ¿Acaso desearía ser una guerrera del Bosque Oscuro?»

Mientras echaba a andar tras Alcotán, la joven se preguntó si el Bosque Oscuro tendría algo que ver con la llegada de Solo. «Hay algo en ese gato que me hace desconfiar. ¡Sobre todo por las historias que cuentan los veteranos sobre el día en que el sol desapareció! Quizá el Bosque Oscuro esté conspirando para ocultar el sol de nuevo...»

Haciendo acopio de todo su valor, Espinela apretó el paso hasta alcanzar a Alcotán.

—¿Tú conoces a Solo? —le preguntó procurando sonar despreocupada.

Alcotán agitó una oreja.

—¿A quién?

—A Solo —repitió la joven—. El gato que llegó al Clan del Trueno hace cinco días. Ya había estado en el lago cuando el sol desapareció.

—Ah. Eso fue después de mi tiempo en el Clan del Río, pero sé lo que ocurrió. ¿Qué pasa con él?

—Sólo me preguntaba si había..., hmmm..., estado aquí alguna vez.

Alcotán se detuvo y la miró entornando sus ojos azul hielo.

—Entonces ¿lo que quieres saber es si Solo es un auténtico compañero de clan?

—Sí —maulló Espinela tratando de no encogerse ante su gélida mirada—. Algo así.

El atigrado oscuro vaciló, como sopesando cuánto revelar.

—Solo es una presencia grata en el Clan del Trueno —dijo finalmente.

«Eso significa que Solo es una mala noticia para nosotros», comprendió Espinela. Demasiado asustada para hacer más preguntas, siguió a Alcotán hasta que se detuvo al borde de una ciénaga. Allí aguardaban cuatro gatos, metidos hasta la barriga en barro y hierba áspera. Todos se giraron como si fueran uno solo mientras Espinela y el guerrero oscuro se acercaban.

—Muy bien —empezó Alcotán—. Combate en terreno complicado...

A la mañana siguiente, el cielo estaba teñido de rosa cuando la patrulla del alba se puso en camino. Gotas de rocío relucían en todas las briznas de hierba, y entre los zarzales se extendían telarañas centelleantes. Espinela arrastraba las patas obligándose a avanzar por el bosque. Se sentía agotada por el entrenamiento nocturno y estaba convencida de que todo su pelaje aún olía al apestoso barro de la ciénaga.

—Deja de hacer esos ruiditos con la nariz —masculló Tordo—. ¡Son de lo más irritantes! ¿Crees que tienes tos verde?

—No. Sólo necesito lavarme el pelo —respondió Espinela.

—Tu pelo está bien. —Mili, que dirigía la patrulla, la miró por encima del hombro—. Concéntrate en lo que estás haciendo, por favor.

Pinta, que iba explorando el terreno a pocas colas de distancia, frenó de repente. Al cabo de un instante, regresó a hurtadillas a través de la alta hierba.

—He oído a un gato andando cerca de la frontera —susurró.

Mili asintió con la cabeza.

—Espinela, ve por ahí —le ordenó señalando con la cola una estrecha senda que bordeaba unos arbustos de saúco—. Yo iré por aquí.

La guerrera obedeció, pisando con todo el sigilo que había aprendido en el Bosque Oscuro, mientras rodeaba los saúcos y se agachaba luego para evitar las zarzas que atravesaban el camino. No tardó en detectar el olor del gato y en oír sus pasos. Se encaminaba a la frontera con total seguridad, sin que pareciera importarle mucho si alguien lo veía o no. Espinela reconoció su olor de inmediato.

«¡Solo!»

La joven avanzó en silencio hasta que lo vio andando entre la vegetación. El gato se detuvo cuando Mili apareció por el otro lado.

—¿Va todo bien? —le preguntó la guerrera.

Durante un segundo, Solo pareció confundido, pero se recuperó enseguida.

—¿Es que me estáis siguiendo? —maulló—. No voy a robar ninguna presa. Anoche me alimentasteis demasiado bien.

—Entonces ¿adónde vas? —quiso saber Mili.

Solo arqueó el lomo y se relajó.

—Había pensado en ir a visitar al Clan de la Sombra —explicó—. Para ponerme al día, por los viejos tiempos.

—Allí no serás bien recibido —le advirtió la gata.

—¿Eso crees? —replicó Solo con ojos destellantes—. Allí tenía amigos. Y lo que pasó sucedió hace mucho tiempo. ¡He venido en son de paz!

Espinela sintió que ardía de desconfianza, pero ni ella ni Mili podían impedirle que se fuera. Mientras el gato se alejaba, la joven guerrera dio un paso adelante y masculló:

—Entonces, quizá podrías comer de su montón de la carne fresca en vez del nuestro.

Tordo y Pinta llegaron a tiempo de oírla.

—Eso es un poco injusto —protestó Tordo.

—Sí —coincidió Pinta—. No te olvides de que Solo salvó a los aprendices del zorro. Debe de haber cambiado.

Mili resopló con desdén.

—Los atigrados no cambian las rayas —gruñó.

Espinela se quedó mirando al solitario mientras desaparecía entre los arbustos preguntándose cuánto sabría ese gato sobre el Bosque Oscuro. «¿Lo habrán enviado aquí para provocar problemas?»

Cuando regresaron al campamento, Espinela vio a Estrella de Fuego y a Zarzoso junto al montón de la carne fresca. Mili cruzó el claro directamente para hablar con ellos, seguida del resto de la patrulla.

—Nos hemos encontrado con Solo ahí fuera —informó la guerrera—. Ha dicho que iba a visitar al Clan de la Sombra.

—¿Qué? —Zarzoso se levantó de un salto, erizando el pelo con expresión furiosa—. ¡Ese sarnoso traicionero...! ¿Qué va a contarles del Clan del Trueno?

Estrella de Fuego se terminó tranquilamente su bocado de campañol y le hizo un gesto con las orejas a su lugarteniente.

—Cálmate, Zarzoso. No tenemos ninguna prueba de que vaya a traicionarnos. Además, ¿qué puede contarles? Nosotros no tenemos ningún

secreto.

—Ya, pero sigue sin gustarme —masculló Zarzoso—. Cada vez que veo a Solo, me muero de ganas de arrancarle el pellejo.

El líder parpadeó, sorprendido.

—Yo no quiero animar a Solo a quedarse en el Clan del Trueno —maulló—, pero, si lo acosamos sin razón, podría irse a los otros clanes y fomentar la discordia.

—Yo no le tengo miedo ni a Solo ni a los demás clanes —gruñó el lugarteniente.

—Y yo tampoco —declaró Estrella de Fuego—. Pero, si tenemos la oportunidad de tener cerca a nuestros enemigos, es mejor no desaprovecharla.

Algunos gatos se habían acercado a escuchar. Ala de Tórtola llegó junto a Espinela y le dio un empujoncito.

—¿De qué va todo esto?

Espinela le contó a su hermana lo que había dicho Solo al encontrarlo cerca de la frontera.

—La presencia de ese gato en los territorios del lago es una mala noticia para todos nosotros —bufó Ala de Tórtola—. ¿Tú sabes si está conectado con el Bosque Oscuro?

La joven atigrada sacudió la cola.

—No estoy segura. Nunca lo he visto allí, pero, cuando le pregunté a Alcotán sobre él, parecía encantado de que Solo estuviese en el Clan del Trueno.

A Ala de Tórtola se le empezó a erizar el pelo del cuello, y sus ojos reflejaron la misma preocupación que los de su hermana.

—Eso demuestra que es malo tenerlo aquí.

Espinela asintió.

—Sí, pero no podemos hacer nada mientras Estrella de Fuego le permita quedarse. Tendremos que limitarnos a no quitarle el ojo de encima. Sea como sea, voy a decirte una cosa —añadió—: aunque descubriéramos que Solo ha ahuyentado a todos los zorros de nuestro territorio, no me fiaría ni un pelo de él.



11

El sol estaba empezando a descender cuando Leonado guió a Látigo Gris, Zancudo y Floresta al interior del bosque.

—Quiero inspeccionar la frontera del Clan del Viento —maulló Leonado—. Y también estaremos alerta por si hay más rastros de la presencia de zorros.

La dorada luz del sol se colaba a través de las ramas, y los árboles susurraban delicadamente bajo la fresca brisa. El aroma a hierba y hojas frescas envolvía a la patrulla, pero lo único que Leonado podía ver eran las sombras de debajo de los árboles, con la mente llena de imágenes del día en que esas sombras podrían extenderse y engullirlo todo.

Llevó a su patrulla a la zona en que el arroyo fronterizo desembocaba en el lago, y luego siguieron hacia el interior, subiendo colina arriba, mientras iban renovando las marcas olorosas. Todo estaba tranquilo, y, aunque las marcas del Clan del Viento en la orilla opuesta eran recientes, no había ni rastro de patrullas del clan vecino. Habían recorrido ya la mitad de la frontera cuando, de repente, el olor del Clan del Viento se volvió más intenso, arrastrado por la brisa que soplaba del páramo. Leonado levantó la cola para indicarle a la patrulla que parara.

—¿Y ahora qué? —masculló Zancudo.

En ese momento, una patrulla del Clan del Viento apareció por detrás de una formación rocosa y fue hasta el borde del arroyo. La encabezaba Estrella de Bigotes, que iba acompañado de Corvino Plumoso y Cañamera.

Leonado inclinó la cabeza.

—Saludos, Estrella de Bigotes.

El líder del Clan del Viento no le devolvió el saludo. En vez de eso, se quedó mirando con hostilidad a los gatos del Clan del Trueno.

—Esperaba encontrarme con alguno de vuestro clan —maulló con voz ronca.

—Ah. —Leonado sintió que empezaba a enojarse al oír el tono desafiante de Estrella de Bigotes, pero se obligó a mantener el pelo liso—. ¿Qué podemos hacer por ti?

—Uno de mis guerreros oyó hablar a una patrulla vuestra —respondió el líder—. Parece que ese supuesto gato maldecido por el Clan Estelar, Solo, está con vosotros. ¿Es eso cierto?

Leonado asintió.

—Sí.

—¡Entonces tenéis que echarlo de inmediato!

Leonado oyó bufar a Zancudo por detrás de su lomo, y aun así se negó a mostrar su enfado.

—¿Por qué? —maulló—. ¿Solo os ha hecho algo?

—¡Ésa no es la cuestión! —bufó Estrella de Bigotes—. Todo el mundo sabe que ese gato siempre trae problemas. ¡Estrella de Fuego tiene que librarse de él cuanto antes!

A Leonado le empezó a temblar la punta de la cola.

—Estrella de Fuego no recibe órdenes del líder de otro clan —le advirtió.

—Entonces, quizá el Clan del Viento tenga que obligarlo. —Estrella de Bigotes frunció el hocico amagando un gruñido—. Todos sabemos que Solo

es un enemigo declarado de los cuatro clanes.

Leonado no pudo reprimirse más. Se dirigió hasta el mismo borde del arroyo sacudiendo la cola y erizando el pelo y bufó:

—¡Si buscas pelea, puedes tener una ahora mismo!

—¡Exacto! —Zancudo se plantó junto a él y desenvainó las garras.

Sin dudarlo un instante, Estrella de Bigotes y Corvino Plumoso se acercaron a la orilla del lado del Clan del Viento. El líder emitió un gruñido desde lo más profundo de su garganta, pero, antes de que nadie pudiese hacer otro movimiento, Látigo Gris apartó de un empujón a Leonado, que lo fulminó con la mirada. ¿Acaso Látigo Gris no estaba tan furioso como él por la forma en que Estrella de Bigotes estaba intentando mandonear al Clan del Trueno?

—Ya basta, Leonado —maulló Látigo Gris con voz firme y tranquila, y el joven recordó que había sido lugarteniente del clan—. No tenemos que pelear por esto. —Y, volviéndose hacia el líder del clan vecino, añadió—: Estrella de Bigotes, debes recordar que no está en tus manos decidir quién recibe la hospitalidad del Clan del Trueno. Estás ofendiendo a Estrella de Fuego si crees que él le ofrecería refugio a un gato que no se lo mereciera.

Leonado no intentó interrumpirlo, pero se dio cuenta de que a Látigo Gris le estaba costando pronunciar aquellas palabras.

Al guerrero gris le gustaba tan poco Solo como a él mismo. «A los dos nos encantaría que se marchara. Pero ésa no es la cuestión. Ningún otro clan puede decirnos qué podemos o no podemos hacer.»

A Estrella de Bigotes no parecieron importarle mucho las palabras de Látigo Gris.

—Echad a Solo —se limitó a gruñir—. O tendré que obligaros.

Látigo Gris sacudió la cabeza con ojos tristes.

—Estrella de Bigotes —empezó—. ¿Ya no te acuerdas de cuando eras amigo de Estrella de Fuego en el viejo bosque? ¿Cómo hemos podido alejarnos tanto de aquellos tiempos? No tenemos que ser enemigos.

El líder del Clan del Viento sacudió la cola.

—Con tu clan es imposible ser ninguna otra cosa.

Cuando Solo regresó al campamento al atardecer, Leonado se fijó en cómo lo recibían los gatos más jóvenes.

—Las patrullas de caza acaban de volver —le dijo Floresta al visitante—. Ven a escoger una pieza de carne.

—¿Nos contarás más historias? —añadió Grosellina colocándose a su lado mientras él se encaminaba al montón de la carne fresca.

—Sí. ¿Volviste a ver a ese perro alguna vez? —le preguntó un ansioso Jerbito.

Tordo y Rosada se unieron al grupo para escucharlo, y Gabarda salió a rastras de la guarida del curandero. Raposo y Nube Albina, que estaban compartiendo un mirlo, levantaron la vista al acercarse Solo, y Candéal, Betulón y Pinta salieron de la guarida de los guerreros y se sentaron a poca distancia.

Leonado reparó en que Ala de Tórtola se mantenía a unas pocas colas de distancia, junto a Espinela y Abejorro Negro. Ninguno de los tres parecía entusiasmado con el regreso de Solo, y no hicieron el menor gesto de ir a reunirse con los demás.

«Bien. No todos los jóvenes quieren ser amigos suyos...»

Mientras Solo se zampaba un rollizo campañol, Floresta le contó el encontronazo con el Clan del Viento en la frontera.

—Leonado y Látigo Gris le han soltado a Estrella de Bigotes que no puede decirle al Clan del Trueno lo que puede o no puede hacer —maulló—. Pero Estrella de Bigotes ha dicho que, si no te echamos de aquí, ¡nos obligará a hacerlo!

Solo engulló el último bocado de campañol y se pasó la lengua por los bigotes con satisfacción.

—Es imposible que le tengáis miedo al Clan del Viento —se burló—. ¡Esos escuálidos comedores de conejos no son rival para nuestros guerreros!

—¡Nosotros no somos tus guerreros! ¡Tú no eres miembro del Clan del Trueno! —le espetó Espinela.

Varios gatos soltaron gritos ahogados, y Candeal se volvió para mirarla, ceñuda.

—¡Espinela! Ésa no es forma de hablarle a un invitado.

—Bueno, pero, sea como sea, no es miembro del Clan del Trueno —masculló la atigrada.

Ala de Tórtola hundió el hocico en el costado de su hermana, comprensiva, y Abejorro Negro le puso la punta de la cola en el lomo. El joven guerrero intercambió una mirada con Ala de Tórtola por encima de la cabeza de Espinela, y ella asintió levemente.

«Ala de Tórtola y Abejorro Negro parecen estar más unidos cada vez... —pensó Leonado sin poder reprimir una punzada de tristeza—. Me pregunto qué pasará cuando él sepa lo de la profecía...», añadió para sí mismo.

Mientras tanto, los jóvenes que rodeaban a Solo se apresuraron a asegurarle que ellos no le tenían miedo al Clan del Viento.

—Les enseñaremos lo que es bueno si hace falta —aulló Raposo—. ¡No pueden darnos órdenes de esa manera!

—Sí, les arrancaremos el pellejo si lo intentan —gruñó Floresta.

Leonado los escuchó con una creciente sensación de inquietud. Lo último que un gato debería querer era una batalla con otro clan. Pero Estrella de Fuego no podía pasar por alto el desafío de Estrella de Bigotes. Ahora se vería obligado a brindarle hospitalidad a Solo únicamente para preservar el honor del Clan del Trueno. Si no lo hiciera, todos creerían que estaba obedeciendo órdenes del Clan del Viento.

«Ahora no podemos echarnos atrás —comprendió Leonado—. Estrella de Bigotes nos ha forzado a aliarnos con Solo, aunque aquí no sea bien recibido.»



12

Ala de Tórtola se encontró caminando a través de los árboles en penumbra y por un instante se sintió aterrorizada al pensar que había hallado, de alguna forma, el camino al Bosque Oscuro. Pero la luz de la luna se filtraba entre las ramas y cuando la joven levantó la cabeza, pudo ver las estrellas.

Todo estaba en silencio, excepto por los lamentos en la distancia de un gato angustiado. La joven guerrera comenzó a buscar entre los helechos y los zarzales, pero no logró averiguar de dónde procedían los aullidos, que cada vez eran más sonoros y apremiantes, aunque seguía sin ver al gato por ninguna parte.

Presa del pánico, Ala de Tórtola echó a correr. Tropezó con una rama muerta y, con un chillido de sorpresa, rodó por el suelo y se despertó en su propio lecho pataleando mientras se revolvía para ponerse en pie.

Espinela dormía a su lado, y Grosellina y Jerbito estaban ovillados juntos en el otro extremo de la guarida.

—¡Ufff! —masculló Ala de Tórtola—. ¡Menudo sueño!

Entonces se dio cuenta de que aún podía oír los lamentos angustiados. Eran más débiles que en su sueño, pero lo bastante altos para llegar hasta ella a través de los muros de espino del campamento.

—¡Es Acedera! —exclamó—. Y está en algún lugar del bosque.

La guerrera gris se puso en pie trabajosamente, salió de su guarida y atravesó el campamento a la carrera para avisar a Glayo.

—¡Despierta! —le dijo entre resuellos tras cruzar la cortina de zarzas de la guarida del curandero—. ¡Glayo, Acedera tiene problemas!

—¿Qué...? —Su compañero de clan levantó la cabeza, con sus ojos azules empañados por el sueño—. ¿Qué ocurre?

—Se trata de Acedera —maulló Ala de Tórtola—. Puedo oír sus lamentos. Debe de estar a punto de dar a luz y ¡está fuera del campamento!

Glayo se espabiló inmediatamente. Se puso de pie de un salto y se sacudió el pelo, cubierto de trocitos de musgo.

—¡El parto se le ha adelantado! —exclamó—. Llévame hasta dónde está.

Gabarda también se había despertado y estaba saliendo de su lecho a rastras.

—¿Puedo ayudar? —preguntó.

—No. Estará demasiado lejos para ti —le respondió Glayo—. Pero prepárate para darle algunas hierbas a Ala de Tórtola. Te la enviaré luego a recogerlas cuando sepa qué necesito.

Y salió de inmediato de la guarida, con Ala de Tórtola a la zaga. Nimbo Blanco estaba vigilando en la entrada del túnel de espinos.

—¿Qué está pasando? —quiso saber, levantándose.

—Acedera está en el bosque y sus cachorros van a nacer —le explicó Glayo sin detenerse apenas.

Ala de Tórtola lo siguió pensando que Nimbo Blanco parecía extrañamente desconcertado, aunque luego comprendió que nadie más podía oír los desgarradores gritos de Acedera. El guerrero blanco debía de estar preguntándose cómo era posible que ellos supieran lo que ocurría.

—¡Avisa a Fronde Dorado! —le pidió la joven por encima del hombro—. Dile que siga nuestro rastro oloroso.

Nimbo Blanco ondeó la cola a modo de respuesta, y Ala de Tórtola salió del campamento. Glayo la estaba esperando al otro extremo del túnel, clavando las garras en el suelo con impaciencia.

—Guíame hasta ella —le ordenó.

Los penosos lamentos de Acedera eran mucho más audibles desde allí y ahora inundaban los sentidos de Ala de Tórtola, que apenas podía creer que Glayo no los oyera.

—Está cerca del lago —maulló señalando con la cola antes de recordar que el curandero no podía verla—. Sígueme.

Avanzó a través del sotobosque bordeando los zarzales y las matas de ortigas. Al principio no dejaba de mirar atrás, no muy segura de si Glayo podría seguir su ritmo, pero cada vez que giraba la cabeza él iba pisándole los talones.

—¡Acedera, ya estamos llegando! —bramó el curandero cuando ya se acercaban al lago.

Ala de Tórtola supuso que ahora él también podía oírla.

Por fin salieron de entre la vegetación a un claro, no muy lejos de donde ella había estado paseando con Abejorro Negro. Acedera estaba tumbada de costado debajo de unos helechos arqueados y levantó la cabeza cuando Ala de Tórtola y Glayo llegaron corriendo.

—¡Oh, gracias al Clan Estelar! —exclamó con un hilo de voz—. Temía que nadie me oyera.

Glayo se inclinó a su lado para examinarla con cuidado.

—No te muevas —murmuró—. Estos pequeños no tardarán en nacer.

—¡Me duele muchísimo! —se quejó la reina—. No fue tan doloroso con mi primera camada...

Muy concentrado, el curandero deslizó una zarpa por la barriga de la gata y palpó sus caderas.

—Aquí está el problema. Es por la rigidez de la que ya te advertí.

—Pero he hecho mis ejercicios... ¡Ay! —Sus palabras terminaron en un respingo de dolor cuando la recorrió un fuerte espasmo.

—¿Debería tomar semillas de adormidera? —preguntó Ala de Tórtola.

—¡No! —exclamó Glayo—. Ya está muy cansada y necesita toda su energía para dar a luz... Ve a traerme un poco de raíz de perifollo —añadió tras pararse a pensar un poco—. Eso debería ayudarla.

Ala de Tórtola dio media vuelta y se dirigió hacia el bosque a la carrera. «No tengo ni idea de cómo es la raíz de perifollo —pensó—. Espero que Gabarda la conozca...» Apenas había recorrido unas cuantas colas de distancia cuando se encontró con Fronde Dorado y Fronda, que corrían en su dirección.

—¿Acedera está bien? —le preguntó el guerrero.

—Lo estará —respondió la joven deteniéndose brevemente—. Glayo está con ella.

Fronde Dorado asintió y salió corriendo con Fronda. Más tranquila al saber que la pareja de Acedera y la reina más experimentada del clan iban a ayudar, Ala de Tórtola continuó hacia la hondonada rocosa. Al llegar sin resuello a la barrera de espinos, Zarzoso apareció por el túnel, seguido de cerca por Manto Polvoroso y Espinardo. La joven se detuvo hasta que el túnel estuvo libre.

—¿Por ahí? —le preguntó Zarzoso señalando con las orejas la dirección por la que ella acababa de llegar.

La guerrera gris asintió.

—Vamos a proteger a Acedera —le explicó el lugarteniente—. Una gata aullando y el olor de la sangre podrían atraer a los zorros.

La patrulla se alejó deslizándose hábilmente entre los árboles mientras seguía el rastro oloroso.

Al cruzar el túnel, Ala de Tórtola se encontró con que Nimbo Blanco aún estaba de guardia. Tras hacerle un gesto, se fue directa a la guarida del curandero.

Gabarda estaba al fondo de la guarida con la cabeza metida en la cueva de las provisiones. Al oír entrar a Ala de Tórtola, miró por encima del hombro.

—¿Cómo está...? —empezó a decir.

—Glayo me envía a por raíz de perifollo —la interrumpió la guerrera—. ¿Tú sabes cómo es?

—Ahí la tienes —respondió Gabarda señalando con una zarpa, y Ala de Tórtola se dio cuenta de que había dispuesto en el suelo una impecable hilera de hierbas distintas—. Es la última de la fila. Será mejor que también te lleves hinojo —añadió señalando una hierba de hojas finas y puntiagudas—. Eso debería ayudar a Acedera con el dolor de los huesos de la cadera.

—Gracias.

Ala de Tórtola agarró la nudosa raíz marrón y el hinojo, dio media vuelta y salió disparada de nuevo.

Cuando llegó al claro del lago, Acedera seguía tumbada debajo de los helechos. Fronde Dorado estaba junto a ella lamiéndole las orejas. Zarzoso, Espinado y Manto Polvoroso se habían desplegado alrededor del claro mirando hacia el bosque, con la boca abierta y las orejas plantadas, en busca de cualquier señal de peligro.

Mientras Ala de Tórtola cruzaba el claro, Fronda llegó desde el lago con una bola de musgo chorreante entre los dientes. La reina la dejó al lado de Acedera para que pudiese beber.

—Gracias, Fronda... —masculló la gata parda antes de lamer el agua, y Ala de Tórtola vio lo agotada que estaba—. Qué bien.

Glayo estaba sentado junto a ella escuchando con atención y absolutamente inmóvil... Excepto por la punta de la cola, que iba de un lado a otro. Levantó la vista cuando Ala de Tórtola depositó a sus pies la raíz de perifollo y el hinojo.

—Ya empezaba a plantearme si te habías ido a las montañas a recogerlo... —comentó.

—Gabarda te envía hinojo... —explicó la joven tomando aire para recuperar el aliento.

El curandero asintió complacido.

—Bien pensado... —dijo en un susurro. Luego miró a Ala de Tórtola con sus vacíos ojos azules—. Ya puedes empezar a mascar la raíz de perifollo para Acedera. No creerás que va a hacerlo ella, ¿verdad?

«¿Y yo cómo iba a saberlo? —pensó la joven guerrera con resentimiento mordiendo la dura raíz—. ¡No soy curandera!»

Glayo se volvió entonces hacia Fronda.

—Trocea los tallos de hinojo —le ordenó—. Y luego estrújalos para que Acedera se beba el jugo.

Frona pareció sorprenderse un poco por el tono del curandero, pero hizo lo que él le pedía y, poco después, dejaba caer el jugo de hinojo entre las mandíbulas de la parturienta.

Cuando Ala de Tórtola terminó de mascar la raíz de perifollo, Fronda Dorado ayudó a Acedera a comerse la pulpa, pero ella tenía tanto dolor que apenas si podía tragar entre respingos de angustia.

—¡Oh, me duele muchísimo! —se lamentó—. ¡Hojarasca Acuática! ¡Hojarasca Acuática!

Ala de Tórtola sintió un escalofrío en la piel. ¿Era consciente Acedera de que estaba llamando a la antigua curandera? Entonces reparó en que Hojarasca Acuática había aparecido al lado del pequeño grupo. Parpadeaba

vacilante, con cara de no saber si le estaba permitido hacer algo más que mirar.

—Estoy aquí... —murmuró sentándose junto a su amiga, pero sin ocupar el espacio del joven curandero—. No tengas miedo, Acedera. Glayo sabe muy bien lo que hace.

—¿Es que algo va mal? —le susurró Fronde Dorado al curandero—. ¿Los cachorros no deberían haber nacido ya?

—Los cachorros se toman el tiempo que necesitan —respondió Glayo, aunque a Ala de Tórtola le pareció que sus ojos revelaban preocupación.

Era evidente que Acedera se debilitaba más y más con cada contracción.

—Estúpida bola de pelo —le ronroneó Fronde Dorado a su pareja—. ¿En qué estabas pensando al salir del campamento así sin más?

—Necesitaba aire... —maulló ella entrecortadamente—. No esperaba que los cachorros fueran a nacer ya y pensaba que se estaría más fresco junto al lago...

—No vuelvas a asustarme así nunca más —maulló el guerrero—. La próxima vez, quédate donde te digan que te quedes.

Acedera hizo una mueca cuando otra contracción recorrió su cuerpo.

—¡No habrá una próxima vez! —bufó con los dientes apretados.

Ala de Tórtola vio un palo entre la mata de helechos y se lo tendió a Acedera.

—Muerde esto —le dijo—. Debería ayudarte cuando tengas dolor.

—Gracias, Ala de Tórtola... —maulló la reina agarrando el palo.

La guerrera gris vio que Glayo le dedicaba un gesto de aprobación. «¡Por fin he hecho algo bien!»

Y, justo en ese momento, Acedera sufrió una sacudida tremenda. Mordió el palo con tanta fuerza que empezó a astillarse. De repente, un bultito húmedo se deslizó por debajo de su cola y cayó inerte sobre la hierba.

—¡Bien hecho! —exclamó Fronda—. Aquí está el primer cachorro, Acedera. Es una pequeña gatita.

—¡Es maravillosa! —ronroneó Fronde Dorado empujando a la cachorrita hacia su madre.

Acedera se volvió a mirarla y lamió débilmente su cuerpecillo, pero se detuvo al cabo de un instante cuando su vientre sufrió una nueva convulsión y nació el segundo cachorro..., otra gatita diminuta.

Ala de Tórtola no compartía el entusiasmo de Fronde Dorado y Fronda. Las dos cachorritas eran muy pequeñas y parecían débiles. Apenas se movían, y Acedera estaba demasiado agotada para darles los vigorosos lametazos que necesitaban.

Glayo estaba examinando a Acedera, palpando cuidadosamente su vientre.

—Ya has terminado —anunció—. Vamos a llevaros a ti y a tus hijas al campamento.

Fronde Dorado ayudó a Acedera a ponerse en pie y dejó que se apoyara en él. Zarzoso acudió a sostenerla por el otro lado.

—¿Qué pasa con mis pequeñas? —gimió la reina parda con los ojos dilatados de angustia.

—Estarán bien —le prometió Fronda—. Ala de Tórtola y yo nos encargaremos de llevarlas hasta la maternidad.

Cogió a una de las cachorritas por el pescuezo, y Ala de Tórtola hizo lo mismo con la otra. Al levantar a la gatita del suelo, la pequeña soltó un gritito débil y luego se quedó tan inerte como una presa. Pesaba menos que un gorrión.

Espinardo encabezó la marcha, todavía alerta por si había zorros al acecho, mientras Acedera trastabillaba entre Fronde Dorado y Zarzoso.

Hojarasca Acuática revoloteaba a su lado, y Glayo iba en la retaguardia con Manto Polvoroso.

El cielo había empezado a aclararse con la luz del alba cuando llegaron al campamento. El clan estaba empezando a despertarse. Centella estaba cerca de la entrada del túnel, charlando con Nimbo Blanco, y siguió a Acedera y los demás hasta la maternidad.

—Todo está preparado para ti —le dijo a la reina parda.

Cuando Fronde Dorado y Zarzoso ayudaron a Acedera a entrar en la maternidad, Dalia se levantó de una mullida cama de musgo y helechos.

—Ven —le dijo a la nueva madre entrechocando su nariz con la de ella—. Te he calentado el lecho. Acuéstate y descansa.

—Gracias, Dalia —le respondió Acedera con un murmullo exhausto.

En cuanto la gata estuvo instalada, Ala de Tórtola y Fronda depositaron a las dos cachorritas en la curva de su vientre. Fronda y Dalia comenzaron a lavarlas con vigorosos y rítmicos lametazos hasta que las dos gatitas empezaron a retorcerse y a soltar maullidos de hambre.

Las dos pequeñas se acurrucaron cerca de su madre y empezaron a mamar, y Ala de Tórtola suspiró de alivio. «Quizá estén bien, al fin y al cabo...»

—¡Estoy agotada! —le dijo a Glayo—. Tú también deberías descansar un poco.

El curandero negó con la cabeza.

—Tengo que quedarme aquí a vigilar a Acedera y a las gatitas.

—No, de eso nada. —Centella se acercó a él—. Yo me quedaré con ellas. Sé lo suficiente de esto y ya te avisaré si es necesario.

Glayo vaciló unos instantes, pero finalmente inclinó la cabeza.

—De acuerdo. Gracias, Centella.

Ala de Tórtola lo siguió fuera de la maternidad y luego se dirigió a su propia guarida. Espinela seguía durmiendo ovillada, igual que Jerbito y Grosellina. De repente, sintiendo que sus patas no podían sostenerla más, la guerrera gris se derrumbó en su lecho y cerró los ojos.

Al principio pensó que iba dando traspiés por un bosque enmarañado, en el que las enredaderas y los zarcillos se estiraban para hacerle la zancadilla. A su alrededor sólo podía oír los alaridos agónicos de gatos y cachorros, pero no lograba encontrarlos ni hacer nada por ayudarlos. De repente, salió de entre los árboles y se detuvo en una ladera pelada. Dos cachorritos minúsculos se retorcían sobre una roca plana delante de ella. Pero, cuando Ala de Tórtola echó a andar hacia ellos, una sombra descendió sobre la roca. Un águila que bajaba del cielo atrapó a los cachorros, uno con cada pata. Los pequeños se debatieron inútilmente mientras ascendían hacia las nubes.

—¡No! —gritó Ala de Tórtola.

Saltó por el aire alargando las zarpas hacia la sanguinaria ave. Pero el águila estaba ya fuera de su alcance, y la guerrera cayó estrepitosamente al suelo entre un revoltijo de plumas. Abrió los ojos de golpe y vio que estaba en su lecho con una inquieta Espinela inclinada sobre ella.

—¿Te encuentras bien? —maulló su hermana—. Estabas pataleando sin parar. Debes de haber tenido una pesadilla espantosa.

Al levantar la cabeza, Ala de Tórtola vio que el musgo y los helechos de su cama estaban hechos trizas y esparcidos por todo el suelo de la guarida. Ella todavía estaba temblando por el horror de su sueño, y el corazón le latía desbocado.

—Estoy bien —susurró—. Gracias, Espinela.

Necesitaba salir y despejarse un poco.

Salió de la guarida de los guerreros y atravesó el claro a paso ligero. Para entonces, el sol brillaba por encima de los árboles de lo alto de la hondonada, y Zarzoso estaba en el centro del campamento organizando las patrullas. Ala de Tórtola rodeó a los guerreros y se asomó a la maternidad. A la tenue luz de la guarida, vio que Acedera dormía plácidamente, con sus cachorritas alojadas en la cálida curva de su vientre. Ahora tenían el pelo seco y ahuecado y estaban mamando con avidez.

Centella seguía vigilando, mientras que Fronda y Dalia, soñolientas, compartían lenguas. Dalia levantó la vista al asomarse Ala de Tórtola.

—Están todas bien —ronroneó—. Y es gracias a ti, por haberte dado cuenta de que Acedera tenía problemas. ¡Debes de tener un oído de lo más fino!

—Eeeh..., sí, gracias.

La joven retrocedió. Prefería no tener que dar muchas explicaciones sobre cómo había conseguido oír a Acedera a tanta distancia.

—¡Eres una heroína! —exclamó Abejorro Negro a sus espaldas, dándole un buen susto—. ¡Has salvado la vida de Acedera y de sus hijas! —añadió cuando ella giró en redondo.

—Cualquiera habría hecho lo mismo... —replicó Ala de Tórtola, un tanto azorada.

—Yo no, desde luego. —A Abejorro Negro le centellearon los ojos, que la miraban risueños—. ¡Yo no me despertaría ni aunque me cayese por un precipicio! —El brillo divertido de sus ojos fue reemplazado por una mirada de franca admiración—. La verdad es que estoy muy orgulloso de ti... —dijo en un susurro—. Me alegro de que seas mi compañera de clan.

Sintiendo una oleada de calidez por la piel, Ala de Tórtola dio un paso adelante y tocó la nariz del guerrero con la suya.

—Yo también me alegro de que tú seas mi compañero de clan, Abejorro Negro.

—Estoy convencida de que Solo está tramando algo... —le susurró Ala de Tórtola a Espinela.

Las dos hermanas se encaminaban a la vivienda abandonada de los Dos Patas en la última fila de una patrulla de caza liderada por Mili. Zancudo y Betulón iban justo delante de ellas. Espinela redujo el paso hasta estar segura de que el resto de la patrulla ya no podía oírlas.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó.

Ala de Tórtola se detuvo un instante y se concentró.

—Lo estoy oyendo hablar en algún sitio del extremo más alejado de la hondonada —respondió.

—¿Estás segura?

—Segurísima.

—¡Eh! ¿Estáis en esta patrulla de caza o no? —maulló Mili a unas colas de distancia.

El resto de la patrulla había desaparecido en el sotobosque.

—¡Ya vamos! —contestó Espinela—. Vete a ver qué está haciendo Solo... —le susurró a Ala de Tórtola—. Te cubriré.

—Gracias.

Tras un breve asentimiento, Ala de Tórtola dio media vuelta y se internó sigilosamente en los helechos. Se dirigió al extremo opuesto del campamento, cerca del lugar del muro rocoso por el que un gato podría salir trepando. A medida que se iba aproximando a la voz de Solo, fue pegándose al suelo y pisando con tanta cautela como si estuviera acechando a un ratón.

El sonido se volvió más nítido al ir acercándose, y entonces Ala de Tórtola se dio cuenta de que allí había varios gatos hablando con Solo. Del otro lado de un zarzal llegaba un intenso olor al Clan del Trueno. Con sumo cuidado, la joven guerrera levantó la cabeza para poder mirar a través de las largas briznas de hierba.

Solo seguía estando fuera de su vista, oculto por las zarzas, pero a Ala de Tórtola se le desorbitaron los ojos al reconocer a Floresta, Pinta, Ratonero y Rosada. ¿Acaso Espinela y ella eran los únicos miembros del clan que no querían estar pendientes de todo lo que decía Solo?

—Tienes razón, Solo —maulló Rosada en ese instante—. No podemos quedarnos sentados sin más, esperando a que el Clan del Viento nos ataque.

Ala de Tórtola reprimió un alarido de sorpresa y hundió las garras en la tierra. «¿Por qué están hablando de un ataque del Clan del Viento?»

—Cierto —aprobó Solo con un profundo ronroneo—. Acabarán creyendo que los gatos del Clan del Trueno tienen miedo...

—¡Los gatos del Clan del Trueno no le tienen miedo a nada! —exclamó Ratonero levantándose de un salto y erizando el pelo del cuello—. ¡Nosotros tenemos que atacar primero!

—Ésa es una idea excelente, Ratonero.

«Pero... ¡no ha sido idea de Ratonero para nada! —Ala de Tórtola amasó el suelo con las zarpas para contener la rabia que sentía—. ¡Ha sido idea tuya, Solo! Estás poniendo palabras en su boca.»

—¡Demostraremos que no tenemos miedo de pelear! —coincidió Pinta sacudiendo la cola—. ¡Les arrancaremos el pellejo a esos gatos traicioneros!

—¿No creéis que primero deberíamos hablar de esto con Estrella de Fuego? —sugirió Rosada.

—¿Creéis que él estaría de acuerdo? —preguntó Solo.

—No, por supuesto que no —replicó Ratonero—. Él es el líder del clan. No puede mostrar su hostilidad hacia otro clan sin una buena razón.

—¡Pues nosotros tenemos buenas razones! —maulló Floresta—. Sabemos que el Clan del Viento está planeando un ataque. Quizá Estrella de Fuego no pueda enviar a su clan a la batalla, ¡pero eso no significa que vaya a enfadarse con nosotros cuando nos libremos de esos cazadores de conejos de una vez por todas!

—¡Sí! —exclamó Ratonero con ojos relucientes—. ¡Hagámoslo!

Todos los instintos de Ala de Tórtola la impulsaban a irrumpir en el claro para decirles a sus compañeros de clan lo descerebrados que estaban siendo. Pero sabía que no eran ellos quienes estaban tomando aquella desastrosa decisión. «¡Todo es culpa de Solo!»

Tan silenciosamente como pudo, dio marcha atrás hasta estar bien lejos del zarzal. Luego giró en redondo y salió disparada proyectando sus sentidos para localizar a Espinela. Encontró a su hermana junto al viejo sendero atronador, con un campanol entre los dientes. No había ni rastro de Mili ni del resto de la patrulla.

—¡Ven rápido! —le susurró a Espinela en cuanto estuvo a su lado—. ¡Solo está planeando un ataque al Clan del Viento!



13

Espinela se quedó mirando a su hermana, atónita. Luego soltó el campañol y le echó tierra por encima a toda prisa.

—¡Solo no puede hacer eso! —exclamó.

—Sí que puede —replicó Ala de Tórtola, muy seria—. Y lo seguirán bastantes de nuestros gatos. Ven conmigo... ¡rápido!

Las dos guerreras corrieron juntas hasta lo alto de la hondonada rocosa. Pero mientras se dirigían hacia allí se encontraron con Pinta, seguida de cerca por Ratonero, Rosada y Floresta.

—¿Qué estáis haciendo? —les preguntó Ala de Tórtola sin aliento.

—¿A ti qué te parece? —le espetó Pinta secamente—. Somos una patrulla de caza, cabeza de chorlito.

—Sí, gracias por espantar a todas las presas —añadió Ratonero—. ¡Vais atravesando los arbustos como una banda de tejones!

Espinela intercambió una mirada de frustración con su hermana.

—¿Habéis visto a Solo? —preguntó.

—No —respondió Floresta—. ¿Queréis algo de él?

Ala de Tórtola le hizo un gesto con las orejas a Espinela; un leve gesto para que ocultara que habían estado espiándolos. En los ojos de su hermana

vio el brillo de la misma rabia que sentía ella. «Se supone que son nuestros compañeros de clan... ¡y nos están mintiendo!»

—No. Es sólo que hace bastante que no lo vemos. Nos preguntábamos si aún estaba por aquí.

Ratonero se encogió de hombros.

—Yo no he oído que se haya marchado.

Las dos jóvenes guerreras tuvieron que retroceder para que sus compañeros de clan siguieran su camino. Espinela se sintió tentada de decirles que, si pretendían fingir que eran una patrulla de caza, al menos deberían cazar algo antes de regresar al campamento. En cuanto el grupo estuvo fuera de la vista, Ala de Tórtola le indicó con la cola que guardara silencio y luego plantó las orejas. Espinela pensó que estaría proyectando sus sentidos.

Al cabo de unos segundos, Ala de Tórtola sacudió la cabeza.

—No capto ni el menor rastro de Solo —maulló—. Es de lo más extraño. Estaba ahí con los demás hace un momento.

—¿Deberíamos ir a investigar? —le preguntó Espinela.

—No, por ahora no podemos hacer nada más —respondió su hermana—. Es mejor que sigamos cazando.

Espinela asintió, aunque notaba un hormigueo de inquietud por todo el cuerpo.

—¿Y si se van a atacar al Clan del Viento ahora mismo?

—No creo que se atrevan —la tranquilizó Ala de Tórtola—. Cuatro gatos no son suficientes para emprender un ataque a nuestros vecinos. Tendrán que convencer a unos cuantos miembros más del Clan del Trueno de que se unan a ellos.

Espinela soltó un bufido.

—No puedo creer que haya gatos del Clan del Trueno dispuestos a hacer algo así. Ala de Tórtola, ¿estás segura de lo que has oído? Ya sabes, tu oído no ha sido el mismo desde que...

—Mi oído está perfecto ahora —le soltó ella—. Y sé exactamente qué es lo que he oído. A no ser que... —Se quedó callada.

—¿A no ser qué?

—Tampoco es que Solo haya dicho mucho... —confesó—. Me ha parecido que les estaba metiendo ideas en la cabeza a nuestros compañeros de clan, pero quizá... quizá no fueran más que las típicas fanfarronadas de guerreros.

—Quizá. —Espinela se agachó para pasar por debajo de una rama de avellano—. Pero de eso tampoco podemos estar seguras.

—Por aquí no huele a Solo —continuó Ala de Tórtola—, así que no ha tomado este camino. Ojalá supiera dónde está ahora. —Sacudió la cabeza—. Será mejor que volvamos con nuestra patrulla.

—¿Vamos a contárselo a Estrella de Fuego? —preguntó Espinela sintiendo un hormigueo de inquietud.

La guerrera gris se detuvo a reflexionar un instante y al cabo negó con la cabeza.

—No quiero meter en problemas a nuestros compañeros de clan, y menos aún si no estoy convencida de lo que está pasando... Además, todo es culpa de Solo... —Y, poniéndose en marcha, añadió más enérgicamente—: Eso sí, puedo asegurarte que, a partir de ahora, no pienso quitarle el ojo de encima.

Espinela la siguió, todavía con el estómago encogido. Aunque su hermana dudara de lo que había oído, ella estaba convencida de que su intuición no le había fallado.

«Está pasando algo, y Solo está detrás de todo.»

Espinela se despertó con un sobresalto. Ala de Tórtola estaba ovillada muy cerca de ella, y en el extremo más alejado de la guarida Jerbito roncaba suavemente y Grosellina movía la cola como si estuviese sumida en un sueño incómodo.

«Ojalá la guarida de los guerreros no estuviese tan abarrotada —pensó la joven atigrada—. Nosotras somos guerreras; ¿no deberíamos estar metidas aquí con los aprendices!»

Pero no tenía tiempo para preocuparse por eso. De algún modo, mientras dormía se le había ocurrido una idea y sabía que debía comprobar una cosa inmediatamente. Le dio un empujoncito a su hermana.

—Despierta —le susurró al oído—. Y no hagas ruido. Es mejor que no despertemos a los aprendices.

Ala de Tórtola se incorporó, instantáneamente alerta.

—¿Ocurre algo en el Bosque Oscuro?

Espinela negó con la cabeza, aliviada de que sus sueños no la hubiesen llevado allí esa noche.

—No. Se trata de Solo —musitó—. Creo que sé por dónde ha desaparecido hoy.

El visitante no había regresado al campamento antes del anochecer, y nadie parecía saber dónde estaba.

Espinela había oído comentar a Manto Polvoroso:

—Que se largue con viento fresco. Nunca me he fiado de él.

—Ese gato da problemas adondequiera que vaya —había coincidido Nimbo Blanco sacudiendo la cola.

Espinela se inclinó más sobre su hermana y le susurró:

—Ven conmigo. Tenemos que salir enseguida, o quizá sea demasiado tarde.

Hombro con hombro, las dos gatas salieron sigilosamente de su guarida. Había nubes flotando por delante de la luna, cuya luz era tenue e irregular. Aquí y allí titilaban fríamente algunos guerreros del Clan Estelar. Látigo Gris estaba de guardia, así que las dos hermanas esperaron a que mirase hacia otro lado para cruzar el campamento a la carrera y meterse en el túnel del aliviadero. Al cabo de unos segundos, estaban subiendo por la escarpada senda que llevaba a lo alto de la hondonada.

—Guíame hasta el sitio donde oíste a Solo —maulló Espinela.

Y siguió a su hermana hasta un zarzal cerca del borde del muro rocoso. Con la boca abierta para detectar el olor de Solo, Espinela comenzó a buscar hurgando entre los zarcillos, agachándose lo bastante para poder ver por debajo de ellos.

—Yo no creo que Solo se escondiera ahí debajo... —protestó Ala de Tórtola—. Le gusta estar cómodo.

—No estoy buscando un escondrijo confortable —replicó Espinela.

Ella sabía exactamente qué era lo que estaba buscando. «Tiene que estar por aquí, en alguna parte...»

Por fin descubrió lo que buscaba. Sintió un cosquilleo en las zarpas, con una mezcla de miedo y emoción mientras retiraba un puñado de zarcillos para dejar a la vista un oscuro agujero que se hundía profundamente en el suelo.

—¿Solo se ha metido ahí debajo? —preguntó Ala de Tórtola con incredulidad.

—Es un túnel —le explicó su hermana—. La ladera está llena de túneles. ¿Recuerdas cuando Nube Albina se cayó en uno el día de nuestra evaluación? Bueno... —Luego continuó más vacilante—: Pues Floresta y yo..., esto..., también bajamos a ese túnel. Estuvimos caminando bajo tierra una eternidad.

—¡Eso no me lo habías contado! —exclamó Ala de Tórtola, indignada.

Espinela se encogió de hombros. No tenía ganas de empezar una discusión.

—Si Solo conoce estos túneles —dijo en cambio—, entonces podría haber bajado por uno y estar en cualquier parte.

Ala de Tórtola se acercó más para olfatear a fondo.

—Aquí puedo oler el rastro de Solo... Es débil, pero no cabe duda de que es el suyo. —Y, tras una pausa, añadió—: ¿Qué hacemos ahora?

—Seguirlo —declaró su hermana.

Su propia sugerencia la asustaba un poco, pero no veía otra opción. No podían acusar de conspirar con el Clan del Viento a un gato al que la mitad del Clan del Trueno consideraba un héroe... A menos que tuvieran pruebas evidentes.

Ala de Tórtola abrió los ojos de par en par, pero no protestó. Se limitó a asentir brevemente.

—De acuerdo, abre tú la marcha.

Espinela se metió en el túnel. Era tan estrecho que rozaba las paredes de ambos lados, y al entrar las dos bloquearon el paso de la escasa luz del exterior. A la joven guerrera empezó a martillearle el corazón al internarse en la oscuridad, pero se obligó a continuar.

—Esto no debería ser tan malo como la última vez que estuve bajo tierra... —susurró al cabo de unos instantes, tratando de tranquilizar tanto a su hermana como a ella misma—. Con tus sentidos especiales, podrás averiguar adónde vamos tan fácilmente como si pudiéramos ver.

—No estoy muy segura de eso... —A Ala de Tórtola le temblaba la voz—. Aquí abajo es todo tan raro..., tan desconcertante... Dame un momento para que me acostumbre.

Un tanto aliviada, Espinela percibió que el miedo de su hermana se iba disipando a medida que avanzaban. Ya había perdido la noción del tiempo antes de notar que el pasaje se iba ensanchando. Ahora ya no rozaban las paredes a su paso, y la pronunciada pendiente se niveló. Y tampoco pisaban tierra compactada, sino dura piedra, de modo que los leves sonidos de sus movimientos resonaban siniestramente a su alrededor.

—Paremos un momento —maulló Ala de Tórtola—. Creo que ahora ya puedo proyectar mis sentidos.

Espinela se detuvo. Lo único que ella podía oír era su propia respiración y un goteo ocasional, pero sabía que todo aquel mundo subterráneo se abriría para su hermana.

—¡Voces! —susurró Ala de Tórtola al cabo de un largo y tenso silencio—. Puedo oír voces...

—¿Dónde?

—Déjame ir delante.

Ahora ya había suficiente espacio en el túnel para que Ala de Tórtola rebasara a su hermana y se pusiera en cabeza internándose más y más en las profundidades. Espinela no podía ver ni oír nada; lo único que podía hacer era seguir el olor de Ala de Tórtola y el sonido de sus pasos. El túnel se retorció ante ellas, yendo unas veces repentinamente hacia abajo y otras hacia arriba. En ocasiones daba la sensación de que estaban dando la vuelta para seguir su propio rastro, pero Ala de Tórtola caminaba sin vacilación tomando túneles laterales que quedaban ocultos para Espinela, esquivando charcos y zonas de rocas desmoronadas.

Espinela era tremendamente consciente del peso de la tierra y la piedra por encima de sus cabezas, y de los gatos que dormían arriba, sin saber que dos guerreras del clan estaban por debajo de ellos a gran profundidad. Con un estremecimiento, apartó esos pensamientos de su mente.

«Concéntrate. Concéntrate en lo que tenemos que hacer...»

—Lo estás haciendo estupendamente —le dijo a Ala de Tórtola para animarla—. Pronto averiguaremos lo que está pasando.

Por fin le pareció oír un murmullo de voces a cierta distancia. Al principio Espinela pensó que se lo estaba imaginando, pero, al seguir los pasos de su hermana, los sonidos se volvieron más nítidos. Notó que se le erizaba el pelo al distinguir algunas palabras.

—¡El Clan del Viento! —susurró—. ¡Y Solo!

—Chitón. —La voz de Ala de Tórtola era apenas audible—. Si tú puedes oírlos, ellos también pueden oírte a ti.

Continuó más cautelosamente, hasta que las voces sonaron más claras todavía.

—... Yo os guiaré a través de los túneles... —estaba maullando Solo—. Puedo llevaros hasta un claro justo encima del campamento del Clan del Trueno. Esos descerebrados no sabrán qué está pasando.

—¡Traidor! —bufó Espinela dando un paso adelante.

Ala de Tórtola le cortó el paso y le dio un coletazo en la boca.

—¡Cierra el pico y escucha!

—¿Cómo sabemos que podemos fiarnos de ti? —preguntó alguien, y Espinela reconoció la voz de Cárabo—. ¿Cómo sabemos que no le has dicho al Clan del Trueno que nos ataque a nosotros?

«Vaya, los gatos del Clan del Viento no son completamente estúpidos», pensó la joven atigrada.

—Por supuesto que lo he hecho —replicó Solo con desdén—. ¿Cómo si no iba a conseguir que confiaran en mí? Pero es al Clan del Viento a quien voy a conducir al interior del territorio del Clan del Trueno.

Entonces habló otro gato del clan vecino, demasiado bajito para que Espinela pudiera oírlo bien, así que se inclinó hacia delante y... notó cómo

resbalaba un guijarro justo debajo de su zarpa.

El golpecito pareció retumbar como el estallido de un trueno.

Espinela se quedó paralizada, pero el daño ya estaba hecho.

—¿Qué ha sido eso? —gruñó Cárabo—. ¿Quién está ahí? ¿Nos está espiando alguien?

—¡Vámonos de aquí! —le susurró Espinela a su hermana.

Pero Ala de Tórtola no se movió.

—He seguido las voces para llegar hasta aquí, pero no estoy segura de dónde está la salida —confesó.

Espinela oyó que los gatos del Clan del Viento se movían, y Solo iba con ellos.

—¡Vienen a buscarnos! Tenemos que irnos, Ala de Tórtola.

Pero la idea de deambular a ciegas por los oscuros túneles la aterraba. «¿Encontraremos la forma de salir?»

Antes de que ninguna de las dos pudiera moverse, oyeron pasos que se acercaban por el túnel que tenían detrás. A Espinela le llegó un intenso olor a felino; le pareció reconocerlo, pero estaba demasiado asustada como para pensar con claridad. Desenvainó las garras, con el corazón desbocado por la perspectiva de estar atrapadas entre dos enemigos.

—Venid conmigo —dijo la gata que acababa de llegar—. ¡Deprisa!

—¡Ni lo sueñes! —bufó Espinela tensando los músculos para saltar—. Podrías estar con ellos...

—No lo estoy —maulló la extraña gata.

—Demuéstralo —la desafió Ala de Tórtola.

—No debería tener que hacerlo —replicó la recién llegada con irritación—. Por el Clan Estelar, ¡seguidme de una vez!

A Espinela se le salieron los ojos de las órbitas de la impresión e intercambió una mirada con su hermana, cuyos ojos centellearon en la

oscuridad.

—¿El Clan Estelar? Entonces tú...

—¿Queréis salir de aquí o no? —la interrumpió la gata.

—Sí, queremos salir de aquí —exclamó Espinela en un susurro—. Pero ¿cómo sabemos que no nos llevarás más hacia dentro?

La desconocida soltó un bufido, irritada.

—Porque soy una gata del Clan del Trueno, como vosotras. —Su cuerpo era una sombra más oscura en la oscuridad del túnel—. Me llamo Carrasca.

A Espinela se le desencajó la mandíbula.

—¿Carrasca? Pero tú... ¡estás muerta!

—Obviamente no lo estoy —respondió ella cortante—. Y no tenemos tiempo para quedarnos aquí hablando de historia antigua. Debemos marcharnos ya mismo.

Los pasos de los gatos del Clan del Viento se estaban aproximando, y aceleraron al percibir que su presa estaba cerca. Espinela podía imaginárselos apresurándose por el túnel, con la boca abierta para absorber su olor del Clan del Trueno.

—De acuerdo —maulló Ala de Tórtola—. Enséñanos el camino.

Carrasca giró en redondo y se coló por un angosto túnel lateral. Las dos hermanas la siguieron justo cuando el primer gato del Clan del Viento pasaba de largo a la carrera. Espinela oyó cómo los veloces pasos frenaban de golpe, seguidos por un murmullo de voces desconcertadas.

—¿Adónde han ido?

—Estaban aquí, sé que estaban aquí...

—¡Cagarrutas de zorro! ¡Nos han dado esquinazo!

Carrasca no les hizo el menor caso; se limitó a adentrarse más y más en los túneles. Espinela iba justo detrás de ella, aterrada por la idea de perderla. Sabía que Ala de Tórtola y ella nunca encontrarían la salida por su

cuenta. Al cabo de un rato, Carrasca se detuvo. En la negrura del pasaje, Espinela estuvo a punto de chocar con ella.

—Puedes fiarte de mí, ¿sabes? —le dijo la guerrera negra—. Una vez te guié hasta el exterior, ¿recuerdas?

—¡Oh! —Espinela tragó saliva al comprender por qué el olor de Carrasca le resultaba familiar—. ¿Fuiste tú?

Carrasca siguió adelante sin decir nada más. Al cabo de poco, Espinela se dio cuenta de que una débil luz se iba filtrando por el túnel silueteando la cabeza y las orejas de su guía. Poco después, salieron a una pequeña zanja de rocas desprendidas y helechos en la ladera. Espinela aspiró el fresco aire de la noche, cargado con los aromas del Clan del Trueno. Se giró hacia su rescatadora, una gata negra, esbelta y de largas patas, con unos penetrantes ojos verdes.

—¡Gracias!

—Jamás lo habríamos logrado sin ti —añadió Ala de Tórtola sacudiéndose el pelo.

Carrasca les dedicó un breve gesto de asentimiento.

—Escuchad. He oído a Solo conspirando con los gatos del Clan del Viento durante la última media luna y...

—¿Qué? —la interrumpió Espinela—. Eso es incluso antes de que viniera al campamento del Clan del Trueno.

—Van a atacar a través de los túneles —continuó Carrasca ignorando lo que la joven había dicho.

—Entonces tenemos que avisar a los demás cuanto antes —maulló Ala de Tórtola con los ojos dilatados de angustia—. ¡Vamos, Espinela!

—Esperad. —Carrasca levantó la cola antes de que Ala de Tórtola girara en redondo para dirigirse al campamento—. No van a hacerlo todavía. Primero, Solo quiere conseguir más apoyos entre vuestros compañeros de

clan. Los gatos del Clan del Viento saben que se está ganando la amistad del Clan del Trueno para poder traicionarlo. —En su garganta vibró un gruñido ronco—. ¡No deberíais haber permitido que se quedase!

—No fue cosa nuestra —declaró Espinela—. Además, Solo salvó de un zorro a los aprendices.

—Solo no los salvó —bufó Carrasca con desdén—. Fui yo quien lo hizo.

Espinela se quedó muda de la impresión. Antes de que pudiera recuperarse, vio que Ala de Tórtola plantaba las orejas y, al cabo de un segundo, oyó voces procedentes del campamento.

—¡Ala de Tórtola! ¡Espinela!

—¡Cagarrutas de ratón! —masculló la joven—. Nos están buscando.

Los ojos verdes de Carrasca llamearon de miedo.

—No le contéis a nadie que me habéis visto —suplicó.

—¿Por qué no? —le preguntó Ala de Tórtola—. ¿Por qué no puedes volver a casa? ¡Éste es tu lugar!

—Vosotras no podéis entenderlo —susurró Carrasca empezando a retroceder hacia la boca del túnel—. ¡Tengo que irme!

Pero, antes de que pudiera sumergirse en la oscuridad, un rayo de luna se abrió paso entre las nubes bañando a las tres gatas en un charco de luz plateada. En ese mismo instante, Leonado apareció sobre una roca al borde de la zanja y se las quedó mirando.

—¡No! —Su voz resonó por el aire nocturno—. Carrasca, no dejaré que huyas de nuevo.



14

A Glayo lo despertó un movimiento fuera de su guarida y al salir descubrió que varios de sus compañeros de clan estaban dando vueltas por el claro.

Corrió hacia Látigo Gris, que estaba junto a Estrella de Fuego cerca del túnel de espinos.

—¿Qué está pasando?

—Grosellina se ha despertado y ha visto que Ala de Tórtola y Espinela no estaban en sus lechos —le respondió el guerrero gris—. Se lo ha contado a Estrella de Fuego, y estamos inspeccionando el campamento.

—No hay ni rastro de ninguna de las dos —informó Tormenta de Arena preocupada, uniéndose a ellos.

—Entonces tendremos que organizar patrullas de búsqueda —decidió el líder del Clan del Trueno—. No me fío del Clan del Viento desde que Estrella de Bigotes nos amenazó. Podrían haber capturado a Ala de Tórtola y Espinela.

—Si el Clan del Viento les ha puesto una zarpa encima a nuestras guerreras, les arrancaremos el pellejo —gruñó Látigo Gris.

Como Glayo no podía ayudar con las patrullas, regresó a su guarida y se acostó de nuevo, pero fue incapaz de conciliar el sueño. No estaba tan

preocupado por las dos hermanas como el resto del clan sabiendo lo que sabía sobre ellas.

«Aun así, es extraño que hayan desaparecido en mitad de la noche sin darme ni una idea de lo que están haciendo», pensó.

De repente, se le ocurrió otra cosa y se estremeció de arriba abajo.

«Ellas no pondrían a prueba las amenazas del Clan del Viento por su cuenta y riesgo, ¿verdad? En el pasado ya se metieron en un buen lío por visitar el campamento vecino...»

Oyó a Gabarda revolviéndose en su lecho y captó un respingo de dolor contenido.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó secamente.

—Sí, estoy bien —contestó ella—. Sólo estoy un poco agarrotada...

El curandero se levantó trabajosamente y se acercó a la gata. «Ya que estoy despierto, podría hacer algo útil», decidió sentándose junto a Gabarda para empezar a masajearle los músculos atrofiados.

—Gracias, Glayo. —La joven soltó un largo suspiro—. Esto me sienta genial... —Y, al cabo de un instante, añadió—: ¿Tú crees que Ala de Tórtola y Espinela estarán bien?

—Estoy seguro de que sí —respondió él acallando sus propios recelos—. Probablemente sólo hayan salido a cazar de noche.

Gabarda no tardó mucho en quedarse dormida, calmada por las palabras de Glayo y por el rítmico masaje de sus zarpas, pero el curandero estaba completamente despierto. Se puso en pie, arqueó el lomo para desperezarse y salió de nuevo al claro.

Estrella de Fuego estaba sentado en el centro del campamento mientras Dalia se paseaba junto a la barrera de espinos. Glayo percibió la angustia de la reina, tan intensa como si hubieran desaparecido sus propios hijos. Luego

localizó a Musaraña fuera de la guarida de los veteranos y cruzó el claro para reunirse con ella.

—Deberías estar acostada —maulló—. Estoy convencido de que no hay razón para preocuparse por Espinela y Ala de Tórtola.

—Estoy bien donde estoy —le gruñó la anciana—. Puedo sentarme a mirar las estrellas si me apetece.

—Por supuesto —contestó el curandero en un tono más amable.

«Me pregunto si estará buscando a Rabo Largo en el cielo nocturno.»

Entonces se acercó a la maternidad, donde oyó murmurar a Acedera:

—Así me gusta, pequeñas. Comed bien. Hacedos grandes y fuertes.

La gata parda todavía sonaba cansada, pero no con el agotamiento paralizante en el que quedó sumida justo después de dar a luz. Satisfecho, Glayo pensó que se estaba recuperando bien y que sus crías estaban cada vez más fuertes. La reina y Fronde Dorado ya les habían puesto nombre: Pequeña Azucena y Semillita.

«Estarán todas bien...»

Al curandero le reconfortó la idea de que el clan tuviese más cachorros. Significaban esperanza y vida nueva, la fe en que el clan seguiría adelante a pesar de todo lo que estaba planeando el Bosque Oscuro... De pronto, plantó las orejas al oír un susurro en el túnel de espinos. Reconoció el olor de Candeal y Betulón, y la derrota que emanaban lo inundó como una ola de barro.

—No hay ni rastro de Ala de Tórtola y Espinela junto al lago —informó Candeal cuando se plantó ante Estrella de Fuego, con la voz tensa de inquietud por sus hijas.

Raposo y Nube Albina llegaron al cabo de poco.

—No hay ni rastro de ellas entre el campamento y la frontera del Clan del Viento —anunció Raposo.

—Nos ha parecido captar un leve olor al principio —añadió Nube Albina—. Pero luego se ha esfumado y no hemos logrado volver a encontrarlo.

Glayo estaba empezando a ponerse nervioso y se acercó a Estrella de Fuego. Otros gatos estaban saliendo de sus guaridas: Nimbo Blanco y Centella hablaban en voz baja; Manto Polvoroso daba vueltas por el claro sacando y metiendo las garras; Fronda se asomó desde la maternidad para escuchar las novedades y después volvió a desaparecer en el interior; Hojarasca Acuática y Esquiruela salieron silenciosamente de la guarida de los guerreros y se sentaron muy juntas. Carbonera se unió a ellas al cabo de unos instantes.

Más movimientos en la barrera de espinos alertaron a Glayo. Esta vez eran Zarzoso y Tormenta de Arena, y antes de que dijeran nada el curandero percibió su sensación de fracaso.

—No están entre el campamento y la frontera del Clan de la Sombra —le dijo el lugarteniente a Estrella de Fuego.

—Ya sólo queda Leonado, que ha ido a la vivienda abandonada de los Dos Patas... —maulló el líder con la voz cargada de preocupación—. Si no las encuentra...

Enmudeció cuando aparecieron más gatos por el túnel. Leonado iba en cabeza.

—Las he encontrado —anunció el guerrero.

Glayo se puso tenso al oír la voz de su hermano. Leonado no parecía ni contento ni aliviado; en vez de eso, sonaba un tanto crispado.

«Algo pasa», se dijo el curandero.

—¿Ala de Tórtola y Espinela están bien? —preguntó Glayo.

—Estamos bien —respondió Ala de Tórtola llegando detrás de Leonado. Espinela la seguía, y Candeal cruzó el claro a la carrera para recibirlas.

—¿Dónde os habíais metido? —quiso saber la gata blanca intercalando ronroneos de alegría entre sus palabras furiosas mientras se restregaba contra sus hijas—. ¡Estábamos locos de preocupación!

Glayo notó la incomodidad de las dos jóvenes.

—¿A qué viene todo esto? —masculló Espinela—. Sólo hemos ido a dar un paseo...

Estrella de Fuego se acercó a ellas.

—Estáis sanas y a salvo, y eso es lo que importa —maulló antes de continuar con voz más seria—: Mañana tendremos una charla sobre comunicar a vuestros compañeros de clan dónde estáis en todo momento, especialmente en una situación así, cuando estamos bajo la amenaza de nuestros vecinos.

—De acuerdo —respondió Ala de Tórtola con un hilo de voz.

—Lo sentimos mucho —maulló Espinela.

Cuando las dos se encaminaron a su guarida, Leonado habló de nuevo.

—Esperad —pidió, todavía con voz crispada—. Eso no es lo único que he encontrado.

Glayo oyó otro susurro en la entrada, seguido de un reguero de respingos. Se esforzó por detectar un olor. La recién llegada era una gata que olía más a tierra, a piedras y helechos que los demás guerreros, pero, por debajo de todo aquello, había una tenue capa del rastro del Clan del Trueno.

«¿Es posible que...?»

—¡Carrasca! —exclamó Carbonera con un grito ahogado, y corrió hacia ella rebasando a Glayo—. ¡¡Estás viva!!

El curandero sintió como si el suelo se moviera bajo sus patas. Apenas fue capaz de mantenerse en pie.

«¡Carrasca ha vuelto!»

Aunque sospechaba que su hermana no había muerto desde que Leonado y él habían explorado los túneles sin encontrar ningún rastro de su cadáver, fue toda una conmoción tenerla en el campamento. Se quedó donde estaba mientras los demás se apiñaban alrededor de la gata negra llenando el aire con el zumbido de sus comentarios y preguntas.

—¡Es Carrasca de verdad!

—¿Dónde has estado todo este tiempo?

—¿Cómo has sobrevivido?

Pasaron unos instantes antes de que Carrasca lograra meter baza. Cuando por fin habló, su voz sonó amortiguada y ronca, como si no estuviese acostumbrada a hablar.

—He vivido bajo tierra —maulló— y cazaba en el bosque del otro lado de las colinas, fuera del territorio de los clanes.

—¡Pero el túnel se hundió! —exclamó Rosella.

—Pero no encima de mí. Encontré una salida.

Glayo pensó que su hermana sonaba cansada e incómoda, como si lo último que quisiera fuese estar en el centro de la hondonada respondiendo a las preguntas de sus antiguos compañeros de clan.

—¿Y bien? —le susurró Leonado al oído—. Parece que teníamos razón, al fin y al cabo.

—¿Fue Carrasca quien ahuyentó al zorro? —le preguntó el curandero.

—Eso parece —le respondió su hermano—. Y esta noche ha encontrado a Ala de Tórtola y a Espinela en los túneles y las ha guiado hasta la salida.

«Así que esas dos no habían salido simplemente a dar un paseo —se dijo Glayo—. ¿Por qué será que no me sorprende?»

Habría tiempo más tarde para interrogar a las dos hermanas sobre eso.

—Carrasca podría haberse ido mucho más lejos si no quería quedarse en el clan... —comentó el curandero—. Sin duda imaginaba que acabaríamos

descubriendo dónde estaba.

Leonado soltó un suspiro.

—Quizá era eso lo que quería... Quizá estaba cansada de vivir sola.

—Aun así, era muy arriesgado. —Glayo agitó los bigotes—. ¿Y si la verdad sobre la muerte de Cenizo hubiera salido a la luz?

—Debía de valerle la pena correr ese riesgo —replicó Leonado, comprensivo.

Glayo se dio cuenta de que él no estaba tan dispuesto como su hermano a recibir a Carrasca con los brazos abiertos. El clan parecía estar tratándola como a una heroína que volviera de un largo viaje, pero él no podía compartir ese sentimiento. Durante todo ese tiempo, había sospechado que estaba viva. Incluso lo había deseado con todas sus fuerzas. Quería que Carrasca regresara porque la echaba muchísimo de menos, pero, ahora que estaba allí de verdad, lo único en lo que podía pensar era en lo complicado que iba a ser el futuro.

—Ella les contó a todos los clanes lo de Hojarasca Acuática y Corvino Plumoso en una Asamblea —le recordó a Leonado—. Por ella, todos los gatos saben que tenemos sangre de dos clanes y que Esquiruela mintió al decir que era nuestra madre.

—Eso no fue culpa de Carrasca —señaló Leonado.

—Pero, después de revelarlo, no se quedó aquí a apechugar con todo, ¿verdad? —bufó Glayo—. ¿Y cómo reaccionarán los demás clanes al verla? Causó muchos problemas; eso no hay forma de esquivarlo. Los gatos tienen muy buena memoria...

Hizo una larga pausa y añadió:

—¿Qué crees que ocurrirá ahora, Leonado? ¿Carrasca se quedará aquí?

—No lo sé. Supongo que deberemos dejar que sea ella quien lo decida.

Justo en ese momento, Hojarasca Acuática se abrió paso entre los gatos apiñados en el centro del claro para llegar junto a Carrasca.

—Oh, mi preciosa hija..., ¡has vuelto a casa! —maulló con voz temblorosa—. Lamento mucho, muchísimo, lo que sucedió. Nada de todo aquello fue culpa tuya, nada...

Glayo percibió, por la tensión que flotaba entre los gatos, que Carrasca se estaba apartando de Hojarasca Acuática. No le sorprendió que su hermana no deseara formar parte de la jubilosa reunión que la mayoría del clan parecía estar esperando.

Notó que otro gato pasaba por su lado en dirección a la guarida de los guerreros.

«Zarzoso. No me extraña que quiera ahorrarse este feliz encuentro...»

Esquiruela también le había mentido a él al dejarlo creer que era el padre de los tres jóvenes. ¿Alguna parte de Zarzoso deseaba recibir a Carrasca en casa como a su hija?

Esquiruela se abrió paso entre los gatos congregados y se plantó ante Carrasca.

—Me alegro de que estés viva —le dijo con voz firme—. Y de que tengas tan buen aspecto.

—Gracias, yo... —La joven gata no parecía saber qué responder.

—Ya basta por ahora —intervino Estrella de Fuego—. Es hora de que volvamos todos a nuestras guaridas. Carrasca, Jerbito y Grosellina te prepararán un lecho.

—Gracias —respondió ella, todavía desconcertada—. El campamento... parece diferente.

—¡Se cayó un árbol desde lo alto! —exclamó un emocionado Jerbito—. Ven con nosotros y te lo contaremos todo...

Mientras los gatos se dispersaban y sus pasos y comentarios iban apagándose, Estrella de Fuego se acercó a Glayo y Leonado.

—Vosotros dos id a descansar ahora —les ordenó—. Mañana podréis pasar tanto tiempo como queráis con vuestra hermana.

«No estoy seguro de que pueda enfrentarme a eso —pensó Glayo—. No sé qué decirle a Carrasca.»

Antes de que el líder pudiera retirarse a su guarida, Espinela y Ala de Tórtola se acercaron a ellos. Su desasosiego era tan evidente como si lo estuviesen proclamando desde la Cornisa Alta.

—Estrella de Fuego, tenemos que informarte de algo que no puede esperar... —empezó Ala de Tórtola—. Cuando hemos encontrado a Carrasca..., o cuando ella nos ha encontrado a nosotras, mejor dicho..., ¡estábamos escuchando cómo Solo conspiraba con unos gatos del Clan del Viento para atacar al Clan del Trueno!

—Sabía que no podíamos fiarnos de Solo —bufó Glayo—. ¿Dónde está ahora?

—Aquí no —respondió Estrella de Fuego muy serio.

El curandero soltó un resoplido.

—¡Menuda sorpresa!

—Estrella de Fuego, ¿deberíamos atacar al Clan del Viento? —le preguntó Espinela.

—No me parece una buena idea —contestó el líder, y Glayo percibió que su nerviosismo iba en aumento—. Estrella de Bigotes ya está buscando la menor señal de hostilidad para lanzarse a la batalla, y prefiero que sea él quien inicie las hostilidades. Pero estaremos preparados —añadió—. Organizaré patrullas extra, y todos los gatos deberán estar listos para un posible enfrentamiento.

Leonado hundió las garras en el suelo arenoso del claro.

—No será tan sencillo —maulló—. El Clan del Viento pretende atacarnos a través de los túneles, como ya hizo en una ocasión. Los gatos del Clan del Trueno no tienen experiencia luchando bajo tierra, y eso significa que nos veremos obligados a esperar hasta que los atacantes estén justo en el corazón de nuestro territorio.

—Tendremos ventaja en el bosque —le recordó Estrella de Fuego—. Sea cual sea el riesgo, tendremos que traer la batalla hasta nosotros.

Durante el resto de la noche, Glayo durmió mal, sin parar de dar vueltas en el lecho. La oscuridad se quebraba con imágenes de lugares que no reconocía: una pendiente rocosa; un charco junto a las raíces retorcidas de un roble; un ancho río destellando a la luz de las estrellas...

El sonido de un gato traspasando la cortina de zarzas acabó de despertarlo por completo y Glayo reconoció enseguida el olor de Carrasca, arrastrado por la húmeda brisa del amanecer.

Gabarda se incorporó de inmediato para saludarla:

—Hola —maulló con amabilidad—. No sé si te acordarás de mí. Yo soy Gabarda, la ayudante de Glayo. Iré a despertarlo.

El curandero la oyó salir a rastras de su lecho, seguido de un maullido de sorpresa de Carrasca:

—Oh, no puedes...

—¿Andar? —terminó Gabarda por ella—. La verdad es que no. Pero eso no significa que no pueda ser útil.

—N-no, claro... Supongo que no.

Glayo se levantó y se encaminó al centro de la guarida. Pero, cuando estuvo frente a su hermana, se le secó la boca. No tenía ni idea de qué decirle.

—He vuelto —maulló Carrasca tras un largo silencio.

—Sí. —Glayo tuvo que obligarse a pronunciar esa sola palabra.

—¿Podemos salir a dar un paseo? —le propuso la guerrera—. Con Leonado también, si puede ser. Hay... Tengo que contaros muchas cosas.

Las nubes cubrían el cielo cuando los tres hermanos se internaron en el bosque. El aire olía a lluvia, y una fría brisa les mordisqueaba la cara. Pero el viento no era lo único que le molestaba a Glayo. Ninguno de los tres dijo nada hasta que salieron de entre los árboles a la herbosa ladera que bajaba al lago y se sentaron al abrigo de un saúco. Carrasca respiró hondo y tomó la palabra:

—Gracias —maulló—. Supongo que no le contasteis a Estrella de Fuego lo que... En fin, lo que hice antes de desaparecer.

—No tenía sentido —respondió Leonado—. Era mucho más fácil que todos pensaran que un gato descarriado había matado a Cenizo.

Glayo no estaba de acuerdo con eso, pero no dijo nada. Se sentó con el rostro mirando hacia la orilla del lago, donde las olas lamían los guijarros.

—¿A nadie le pareció... raro? —preguntó Carrasca—. Me refiero a la coincidencia entre lo de Cenizo y mi desaparición.

—No creo que nadie se parara a pensar en eso —rezongó Glayo—. Estaban pasando muchas otras cosas, no sé si te acuerdas.

—Sí, claro... —respondió Carrasca con docilidad—. ¿Y ahora qué? ¿Le contaréis la verdad a Estrella de Fuego?

—¿Por qué íbamos a hacer algo así? —le soltó Leonado. Glayo supuso que se le estaría erizando el pelo del cuello.

—Porque me fui de rositas.

—Bueno, eso no es del todo exacto, ¿no crees? —repuso el guerrero—. Te exiliaste a ti misma del clan; eso ya es suficiente castigo.

Algo en las palabras de su hermano hizo que el dolor de Glayo se desbordara, como la lluvia derramándose por los bordes de una hoja.

—¡No! —bufó de pronto—. ¡Nos dejaste creer que estabas muerta! ¿Cómo pudiste hacer algo así?

Durante unos segundos, Carrasca se quedó en silencio.

—No tenía elección —murmuró al cabo—. Estabais mejor sin mí.

—Esa decisión no te correspondía sólo a ti —replicó el curandero—. Y te equivocaste. Eres nuestra hermana. Nada de lo que puedas hacer cambiará eso jamás.

Carrasca suspiró.

—Pero yo no formo parte de la profecía, ¿verdad? No soy «uno de los tres». ¿Significa eso que lo he estropeado todo? ¿Significa que la profecía no se cumplirá?

Glayo notó que Leonado lo miraba fijamente y lanzó un largo suspiro antes de hablar.

—Hay una tercera gata. La conociste anoche. Se trata de Ala de Tórtola, la hija de Candéal.

Carrasca soltó un resoplido.

—Bueno..., quizá no fuese una coincidencia que anoche me encontrase con ella en los túneles. ¿Qué... qué puede hacer?

—Sus sentidos son muy agudos —le explicó Leonado—. Realmente agudos. Sabe lo que está pasando en los demás territorios..., incluso más allá. Hace unas pocas estaciones, cuando el lago se secó, ella supo que unos animales llamados castores habían construido una presa arroyo arriba.

Carrasca soltó un ruidito que sonaba como si estuviese impresionada, pero Glayo también detectó sentimientos de pesar y un poco de envidia... Tal vez no se trataba de unos celos tan amargos como para convertir a Ala

de Tórtola en su enemiga, pero sí le provocaban una profunda tristeza por verse excluida de algo que sus hermanos compartían.

«Ojalá Carrasca hubiera sido parte de la profecía —pensó el curandero—. Se habría tomado muy en serio su papel en ella... Y quizá eso le habría impedido hacer lo que hizo.»

En ese momento, sin embargo, Glayo recordó las palabras de la última profecía, «Los tres deben convertirse en cuatro...», y se preguntó si Carrasca podría ser el número cuatro, aunque no estuviera incluida en la profecía original. Pero, al percibir la inquietud que rondaba a su hermana, decidió no decir nada todavía.

«Primero hablaré de eso con Leonado.»

—¿Vas a quedarte? —le preguntó su hermano a Carrasca.

—Creo que sí —respondió ella—. Al menos durante un tiempo. Después de todo, tenéis un problema con Solo. Si puedo ayudaros..., entonces lo haré.

—¿No es genial que Carrasca haya vuelto? —ronroneó Gabarda en cuanto el curandero traspasó la cortina de zarzas de su guarida—. ¿Por qué ha estado fuera tanto tiempo?

—Quizá deberías preguntárselo a ella —gruñó Glayo—. Mientras tanto, puedes revisar estas hojas de borraja y llevarle unas cuantas a Acedera para ayudarla a producir leche.

—De acuerdo. —Gabarda no sonó ofendida, sólo un poco desconcertada por que él se negara a contestar.

—Y después de eso haz tus ejercicios —continuó el curandero—. Estaré fuera hasta mañana. Me voy a la Laguna Lunar.

Hasta que no pronunció esas palabras, Glayo no fue consciente de que había tomado esa decisión. Pero cuando salió del campamento, tras una breve charla con Zarzoso para decirle adónde iba, sintió que se quitaba un peso de encima. Le sentaría bien poder estar a solas con sus pensamientos. Sus temores respecto al Bosque Oscuro habían quedado en un segundo plano. Ahora, Solo era la mayor amenaza.

«Y Carrasca ha regresado. Eso podría cambiarlo todo...»

El aire era más frío cuando se deslizó entre los arbustos que bordeaban la Laguna Lunar para descender por el sendero en espiral. Aunque no podía ver, sabía que estaba anocheciendo. Sus zarpas encajaron fácilmente en las huellas dejadas por los gatos antiguos, y sintió una gran tristeza en el corazón.

«Media Luna...»

Apartó sus pensamientos de la gata a la que había amado, la gata que llevaba muerta estaciones y estaciones y estaciones...

Se tumbó al borde del agua y tocó con la nariz la superficie líquida.

Al cabo de poco, el borboteo de la cascada se apagó y Glayo se quedó dormido. Abrió los ojos a la luz del sol y, al ponerse en pie, se encontró en un claro del territorio del Clan Estelar. La hierba era alta y abundante, y los árboles que lo rodeaban se inclinaban con el peso de sus húmedas hojas verdes. El curandero soltó un suspiro de alivio al descubrir que Fauces Amarillas no lo estaba esperando.

Pero tampoco había ni rastro del gato al que quería ver, así que, escogiendo una dirección al azar, se puso en marcha. Iba con las orejas plantadas y se internó entre los árboles mirando a uno y otro lado. Atravesó claros y arroyuelos. El aire era fresco y limpio y estaba cargado con el aroma de las presas. Una brisa cálida le alborotó el pelo, pero su misión era demasiado urgente como para detenerse a cazar o a tomar el sol.

De vez en cuando pasaba junto a otros gatos; algunos eran viejos y estaban tan difuminados que los árboles se veían a través de sus siluetas borrosas, mientras que otros eran jóvenes y se veían nítidos contra los verdes helechos. No repararon en Glayo, o, si lo hicieron, no parecieron reconocerlo.

Poco después, Glayo vio por fin al gato que estaba buscando. Se hallaba a poca distancia entre los árboles: un guerrero gris y musculoso, que agitaba la cola mientras olfateaba el aire en busca de presas.

«Cenizo.»

Glayo se fue acercando sigilosamente usando las sombras de los árboles para camuflarse, pero se sobresaltó sorprendido cuando Estrella Azul bajó de un brinco de una rama y se plantó delante de él.

—No creo que eso sea una buena idea —maulló la antigua líder del Clan del Trueno.

—Sólo quiero hablar con él —replicó Glayo a la defensiva.

—¿Por qué?

—Carrasca ha vuelto —respondió el curandero mirando por encima de la gata para ver si el guerrero gris seguía allí—. Yo... quiero saber si Cenizo cree que eso está bien. —Y, ante el silencio de Estrella Azul, añadió—: Es decir, Cenizo está aquí, ¿no? Así que el Clan Estelar considera que era un buen gato, y eso significa que no debería haber muerto del modo en que murió.

Estrella Azul seguía plantada ante él bloqueándole el paso y mirándolo con sus penetrantes ojos azules.

—Pero tú has guardado el secreto de Carrasca, ¿no es cierto? —le preguntó de pronto—. Podrías haberle contado la verdad a Estrella de Fuego, o a cualquiera.

—¡No, no podía hacer eso! ¡Carrasca es mi hermana! —protestó Glayo.

Estrella Azul le puso la cola en el lomo alejándolo del guerrero gris.

—No descubrirás nada nuevo hablando con Cenizo —maulló—. Él sabe quién lo mató y por qué lo hizo. Quizá hiciera muchas cosas para provocar esa muerte, quizá no. No es el Clan Estelar quien debe juzgarlo. —Y, cuando Glayo abrió la boca para protestar, ella añadió más seriamente—: Si Cenizo encontró su camino hasta aquí, entonces será que se merece estar aquí. Eso es lo que todos tenemos que creer.

Glayo suspiró y negó con la cabeza.

—No lo entiendo...

—Hay algunas cosas que están más allá de nuestro entendimiento, Glayo. —La gata parecía ahora más comprensiva con el joven curandero—. ¿Cómo podemos decir que Carrasca se merecía estar en el Clan Estelar y Cenizo no, o al contrario? Aquí las cosas son diferentes. Algunos gatos incluso olvidan partes de sus vidas que no quieren recordar.

—Pero... No sé si Carrasca se merece volver al Clan del Trueno.

—Eso tampoco es decisión tuya. —Estrella Azul agitó la punta de la cola—. Carrasca tiene que responder ante su propia conciencia. Cenizo pagó un precio muy alto por lo que hizo mal..., y Carrasca también. Quizá ya se haya hecho justicia.



15

Leonado abrió los ojos en su lecho de la guarida de los guerreros. La luz gris del alba se filtraba a través de las ramas y la brisa se colaba entre los huecos agitando el musgo de su lecho con frías garras. El joven guerrero bostezó y trató de despejarse parpadeando, pero se incorporó de golpe cuando Nimbo Blanco chocó contra él.

—¡Eh, cuidado! —maulló con aspereza.

—Mira dónde pones la cola —le espetó el guerrero blanco saliendo de la guarida.

Leonado se puso en pie. «Esto está demasiado abarrotado —pensó—. No hacemos más que tropezar los unos con los otros...»

Rodeando cuidadosamente a Esquiruela, que estaba empezando a despertarse, Leonado salió al claro. Zarzoso estaba en mitad del campamento, rodeado de guerreros, y empezaba a organizar las patrullas de la mañana. Estrella de Fuego se hallaba cerca de él observándolo todo.

—Tormenta de Arena, tú dirigirás una patrulla a lo largo de la frontera del Clan del Viento, ¿de acuerdo? —maulló el lugarteniente mientras Leonado se acercaba—. Llévate a Espinardo y a Espinela. Nimbo Blanco, Centella y tú podéis revisar también la frontera del Clan del Viento, pero

empezando desde el otro extremo. Llevaos a Floresta con vosotros y aseguraos de que las marcas olorosas sean frescas e intensas.

—Y aseguraos también de que no hay ningún rastro oloroso del Clan del Viento en nuestro lado del arroyo —añadió Estrella de Fuego—. Informad si encontráis cualquier cosa sospechosa.

—Patrullas de caza —continuó Zarzoso mirando a sus compañeros de clan—, manteneos lejos de la frontera del Clan del Viento. No queremos darles ni una sola razón para que se quejen de nosotros.

—¿Qué? —A Zancudo se le erizó el pelo del cuello—. ¿Estás diciendo que no podemos cazar en nuestro propio territorio por culpa de esos piojosos comedores de conejos?

—Sí —se sumó Espinardo agitando la punta de la cola—, ¿por qué tenemos que movernos a hurtadillas, como si fuéramos ratones, cuando no hemos hecho nada malo?

Zarzoso pasó por alto la pregunta y siguió formando las patrullas de caza. Leonado dio por hecho que Estrella de Fuego habría avisado a su lugarteniente del complot de Solo con el Clan del Viento, aunque había decidido no decirle nada al resto del clan.

Ala de Tórtola se acercó a él con expresión desconcertada.

—¿En qué está pensando Estrella de Fuego? —le susurró la joven guerrera—. ¿No debería contarle a todo el clan que hay una amenaza?

Leonado se encogió de hombros.

—No lo sé —admitió—. Supongo que no tiene sentido provocar el pánico cuando no sabemos qué va a pasar ni cuándo.

—Por lo que veo, Solo no ha vuelto al campamento —señaló Ala de Tórtola moviendo los bigotes.

Leonado soltó un resoplido notando cómo se le erizaba el pelo del cuello.

—¿Y eso te sorprende? Debe de saber que anoche lo vieron, así que se mantiene a distancia.

Al recordar que había ayudado a Solo a escapar del campamento del Clan del Trueno muchas lunas atrás, Leonado sintió el peso de la culpabilidad en el estómago. «A pesar de que decidí ayudarlo, Solo nos ha traicionado... ¡Y yo no puedo contarle a nadie lo que hice!»

Mientras algunos gatos iban agrupándose en las patrullas ya formadas, Mili comenzó a mirar a su alrededor con cara de desconcierto.

—No veo a Solo por ningún lado —le dijo la gata a Manto Polvoroso—. ¿Dónde crees que puede estar?

—Ni lo sé ni me importa —replicó el atigrado marrón con un gruñido—. Por mí, que se pudra.

—Por mí también —coincidió Espinardo—. Aun así, me gustaría saber dónde se ha metido ese sarnoso.

—Solo no ha hecho nada malo —protestó Bayo.

Se formó un coro de discusiones, y Zarzoso tuvo que levantar la voz para hacerse oír.

—¡Ya basta! —bramó—. ¿Podríais concederme un poco de silencio?

Leonado percibió la tensión en la voz del lugarteniente, que sacudía la cola sin poder evitarlo. «No me extraña que se sienta frustrado», pensó con una punzada de compasión.

—Mili —continuó Zarzoso, algo más calmado cuando el alboroto se apagó—. Tú encabezarás una patrulla de caza con Tordo, Ratonero y Carrasca.

Se oyeron murmullos conmocionados cuando el lugarteniente anunció los nombres. Varios maullidos de protesta recorrieron el clan como un viento frío, y Leonado pudo distinguir la voz de Tordo susurrándole algo a Raposo.

—¿Tienes algún problema, Tordo? —le preguntó Zarzoso con voz glacial.

El joven guerrero pareció vacilar durante unos segundos, pero luego levantó la cabeza, desafiante.

—No quiero salir a patrullar con Carrasca —declaró—. ¡No la conozco! Se supone que, en una patrulla, confiamos nuestras vidas a nuestros compañeros, pero no tenemos ni idea de qué ha estado haciendo Carrasca desde que desapareció.

Leonado se lo quedó mirando, abatido. «¿De verdad ha dicho lo que ha dicho?» Cuando brotaron más murmullos a su alrededor, comprendió que Tordo no era el único que recelaba de la guerrera de pelo negro.

—Carrasca podría haber estado en cualquier parte —susurró Nube Albina.

—Sí. ¿Cómo sabemos que no estaba con alguno de los otros clanes? —respondió Pinta.

—No te ofendas, Carrasca. —Ratonero dio un paso adelante para ponerse frente a la gata negra—. Sé que éramos amigos, pero no has dicho prácticamente nada sobre dónde has estado. Y ahora regresas justo cuando Solo reaparece... ¿Hay alguna conexión entre las dos cosas?

Carrasca parecía sorprendida, pero fue Zarzoso el que contestó:

—Esto es del todo innecesario —maulló el lugarteniente antes de que alguien dijera algo más—. El pasado pasado está. Estáis montando un escándalo por nada.

—¿En serio, Zarzoso? ¿Por nada? —Betulón se acercó a él entornando los ojos—. ¿Por qué no nos cuenta Carrasca dónde ha estado? Y, para empezar, ¿por qué se marchó?

Leonado tomó aire para protestar indignado, pero no lo hizo. Quizá había que responder a esas preguntas antes de que Carrasca pudiera quedarse en

el clan.

—Sí, ¿por qué te marchaste, Carrasca? —Espinardo sonó mucho más beligerante que el resto.

Centella posó la cola en el lomo del guerrero.

—No te sulfures, Espinardo —maulló con calma. Luego se volvió hacia Carrasca y, más amablemente, añadió—: Si nos lo cuentas, lo entenderemos, sea lo que sea. ¿Alguien te hizo daño de algún modo? Necesitamos saberlo.

Carrasca seguía sin decir nada, y Espinardo se sacudió de encima la cola de Centella y dio otro paso hacia la joven guerrera.

—Te marchaste poco después de que mataran a Cenizo... —Lo dijo despacio, como si estuviera pensándose cada palabra—. ¿Acaso tuviste algo que ver con eso, Carrasca?

Leonado pensó que se le iba a parar el corazón. En el claro se hizo un silencio denso, como si todos los gatos se hubieran convertido en figuras de hielo.

Rosella fue la primera en hablar:

—¡No, por supuesto que no! —exclamó—. Si Carrasca hubiera visto quién mató a Cenizo, nos lo habría contado en su momento.

Espinardo parpadeó.

—Yo no le estoy preguntando si vio cómo lo mataba otro gato.

Esta vez, Leonado pensó que el silencio iba a prolongarse hasta la eternidad. Bayo se volvió hacia Espinardo, y sus palabras, apenas susurradas, sonaron por todo el claro como el chillido de una presa atrapada:

—¿Crees que Carrasca fue quien mató a Cenizo?

A Rosella se le salieron los ojos de las órbitas.

—¡Eso es imposible!

—¡Jamás me creeré algo así! —afirmó Carbonera.

—Ni yo —se sumó Hojarasca Acuática—. Oh, Carrasca...

La antigua curandera del clan se quedó callada. Betulón tenía los ojos clavados en la joven gata negra.

—Yo no quiero creerlo —dijo con la voz quebrada—, pero tiene sentido.

Se elevaron más voces alrededor de Carrasca, que estaba en mitad del claro encorvada sobre sí misma y empequeñecida. Leonado miró desesperadamente a sus compañeros de clan preguntándose qué podía decir. Sentía como si tuviera un bocado de carne fresca atascado en la garganta, asfixiándolo. Le lanzó una mirada de ayuda a Estrella de Fuego, pero el líder permaneció en silencio observando a Carrasca con los ojos levemente entornados. No había nada que delatara qué estaba pensando.

—Carrasca, tienes que hablar por ti misma —le dijo Látigo Gris.

—Sí, oigamos qué pasó —exigió Espinardo desenvainando las garras y mirando a la joven amenazadoramente.

Leonado se adelantó para colocarse entre el atigrado y su hermana.

—¡Basta ya! —gruñó—. Esto es ridículo. Es imposible que Carrasca sepa nada sobre la muerte de Cenizo...

Carrasca avanzó entonces hacia su hermano y se plantó ante él. Sus cuerpos estaban tan cerca el uno del otro que casi se rozaban. Sus ojos verdes rebosaban tristeza y estaba demacrada por la dureza de su vida como solitaria, pero Leonado pudo notar la firmeza de su determinación en todos los pelos de su cuerpo.

—No, Leonado —susurró la joven guerrera—. Sé que sólo intentas ayudarme, pero debes dejarme hablar. Creo que ya es hora de que la verdad salga a la luz.

Leonado oyó un lamento al fondo de la multitud. Sin girarse para mirar, supo que procedía de Esquiruela. El resto del clan guardaba silencio

apretujándose en torno a Carrasca en un círculo casi perfecto, formando una barrera de ojos.

Carrasca alzó la cabeza.

—Espinardo tiene razón. Yo estaba con Cenizo cuando murió. Y su muerte fue culpa mía.

La confesión fue recibida con un respingo de horror de todos los presentes. Como reaccionando a una orden, todos los gatos retrocedieron un paso ensanchando el círculo. Raposo hizo retroceder a Grosellina rápidamente. Acedera, que había sacado a Pequeña Azucena y Semillita al claro por primera vez, las atrajo hacia ella con un movimiento de la cola.

Carrasca parecía aterrada y miraba de un lado a otro como si esperara que alguno de los gatos que la rodeaban saltara sobre ella para rebanarle el pescuezo. De repente, Leonado deseó que su hermana no hubiera regresado jamás. Que se hubiera ido lejos, a las montañas, si eso la hubiera mantenido a salvo. «Ala de Tórtola y Espinela habrían encontrado la forma de salir de los túneles —pensó, con el estómago encogido de miedo y de rabia—. ¡Carrasca no tenía por qué ayudarlas!»

—Yo estaba allí... —siguió diciendo la gata negra con voz vacilante—. Vi a Cenizo junto al arroyo. Había amenazado con matarme a mí y a mis hermanos. La mayor parte de vosotros sabéis que Cenizo quería emparejarse con Esquiruela. Nos odiaba a los tres porque creía que éramos los hijos de Esquiruela y Zarzoso. Incluso cuando descubrió que eso no era así, siguió odiándonos. De modo que...

Leonado miró a su hermana horrorizado, deseando detener las palabras que sabía que ella iba a pronunciar. «¡No puede confesar que mató a Cenizo! ¡No debe!»

Pero, antes de que Carrasca pudiera continuar, Zarzoso se abrió paso hasta ella.

—Yo también estaba allí aquel día, junto al arroyo —anunció el lugarteniente. Miró a la joven cuando ella abrió la boca para protestar, y añadió—: Tú no me viste, Carrasca, pero yo os vi a Cenizo y a ti. —Hizo una pausa paseando la mirada por el clan reunido a su alrededor—. Cuando Cenizo vio a Carrasca sola en el arroyo, saltó sobre ella. Estaba decidido a hierla sólo porque era uno de los tres gatos a los que Esquiruela amaba por encima de todo, para castigarla por no amarlo a él. Carrasca peleó con valentía, pero, antes de que yo pudiera ayudarla, Cenizo resbaló al borde del arroyo y cayó al agua. Carrasca no pudo hacer nada para salvarlo. Ella sólo se estaba defendiendo.

El claro se llenó de voces y exclamaciones en cuanto el lugarteniente llegó al final de su relato.

—¿Por qué no lo contaste en su momento? —quiso saber Espinardo.

—Sí, nos pasamos lunas sospechando los unos de los otros —gruñó Bayo—. Estrella de Fuego, deberías castigarlos a ambos por no contar la verdad en su día.

—¡No! —protestó Hojarasca Acuática con los ojos rebosantes de dolor.

Leonado dio un paso adelante fulminando con la mirada a Bayo.

—Quizá te interese saber que fue Carrasca quien salvó a tus hijos, no Solo —le gruñó al guerrero tostado—. Piensa en eso antes de empezar a pedir castigos.

Bayo lo miró con incredulidad.

—¿Fue... Carrasca?

—¡Entonces tenemos que dejar que vuelva al clan! —exclamó Rosella—. ¡Arriesgó su vida por mis hijos!

—Además, Cenizo sólo tuvo lo que se merecía —declaró Manto Polvoroso—. Intentó matar a cuatro gatos, tres de ellos aprendices por aquel

entonces..., ¡sus propios compañeros de clan! Si queréis saber mi opinión, Carrasca nos hizo un favor.

Estrella de Fuego se colocó en el centro de la multitud y alzó la cola para exigir silencio. Tenía el pelo erizado y agitaba la punta de la cola.

—Lo que sucedió fue un trágico accidente —empezó en cuanto enmudecieron las voces—. Coincidió en que Carrasca debería habérmelo contado en su momento. —Su mirada verde se posó severamente en la gata negra—. Debería haber confiado en que nosotros la creeríamos y la trataríamos con justicia. Pero ya ha sufrido suficiente castigo al vivir lejos de su clan durante tantas lunas. —Miró a los gatos que lo rodeaban—. No recibirá más castigo, y tampoco lo recibirá Zarzoso por no haber hablado entonces. Su silencio ha sido una pesada carga para ambos, y ya se han librado de ella. —Y, tras un largo suspiro, añadió—: Lo hecho hecho está. Dejemos que nuestros antepasados juzguen a Cenizo.

Leonado soltó un resoplido de alivio, pero advirtió que no todos los gatos estaban satisfechos con eso, y aún le parecía que Carrasca seguía deseando que se abriese la tierra bajo sus patas y se la tragara.

Estrella de Fuego le hizo una seña a la gata para que se acercara.

—Deberías haber contado la verdad en su día —le dijo en voz baja; Leonado tuvo que aguzar el oído para captar sus palabras—. Ahora va a ser duro para ti, ¿lo entiendes?

Carrasca asintió con expresión desolada.

—No debería haber intentado volver...

—No digas eso nunca más —la interrumpió el líder—. Has vuelto, y yo no habría consentido lo contrario. Ahora que la verdad ha salido a la luz, todo volverá a la normalidad. —Hizo una pausa, pero Carrasca no tenía nada que añadir—. Hoy no te incluiré en ninguna patrulla —continuó más

briosamente—. Pásate por la guarida de los veteranos, a ver qué puedes hacer por ellos.

—Ya lo sabrán, ¿verdad? —preguntó la gata mirando al clan que se dispersaba rápidamente.

El líder asintió.

—Las noticias viajan muy deprisa por aquí, ya lo sabes. Pero tú eres lo bastante fuerte para lidiar con esto. Ahora, olvídate del tema, Carrasca. Tu clan todavía te necesita.

Ella inclinó la cabeza.

—Gracias, Estrella de Fuego —susurró.

Mientras veía marchar a su hermana hacia la guarida de los veteranos, Leonado se dio cuenta de que Carbonera se ponía a su lado.

—¡Pobre Carrasca! —murmuró la guerrera con los ojos dilatados por la conmoción y la emoción—. ¿Quién lo habría imaginado?

«Ella no sabe que yo lo sabía», se dijo Leonado.

—Lo lamento muchísimo por ella —continuó Carbonera—. Debe de haberse sentido fatal todo el tiempo que ha pasado sola ahí fuera. Yo nunca noté lo que sentía Cenizo por Esquiruela.

—Eso venía de lejos. Nosotros ni siquiera habíamos nacido —respondió él sin más.

No le apetecía nada hablar de todo aquello, y, para su alivio, Carbonera pareció comprenderlo.

—Zaroso quiere que dirijas una patrulla de caza —le dijo la gata—. Nos acompañarán Raposo y Rosada con sus aprendices.

—Vale.

Le iría bien liberar algo de tensión clavando las garras en alguna que otra presa. Al girarse hacia el túnel de espinos, vio que el resto de la patrulla ya estaba esperando. Grosellina y Jerbito daban saltos delante de sus mentores.

—¿Cómo ocurrió? —estaba preguntando Jerbito con los ojos muy abiertos por la emoción—. ¿Qué hicisteis al descubrir que Cenizo estaba muerto?

—¡Carrasca es una asesina! —exclamó Grosellina sin aliento.

Rosada se irguió ante ella mostrándole los colmillos con un gruñido.

—Si alguna vez te vuelvo a oír diciendo eso, ¡no verás nada más que las ancas y las garrapatas de Musaraña durante una luna entera! Estrella de Fuego ha dicho que hay que dejar atrás el pasado. No quiero que cotilleéis, no quiero que vayáis dando saltitos de emoción y desde luego no quiero oír más acusaciones como ésta. ¿Os ha quedado claro?

Los dos aprendices asintieron con docilidad.

—Lo siento, Rosada —masculló Grosellina.

Leonado agradeció la lealtad de Rosada, aunque percibía lo conmovida que estaba la guerrera por la confesión de Carrasca.

—Las aguas se calmarán pronto, ya lo verás —le susurró Carbonera al oído.

Leonado asintió, aunque no estaba muy seguro de que la guerrera tuviese razón. «¿Mis compañeros de clan se acostumbrarán alguna vez a que Carrasca haya regresado al campamento?»



16

Mientras los gatos se iban dividiendo en patrullas, Ala de Tórtola se quedó inmóvil en el claro. La cabeza le daba vueltas.

«No me extraña que Carrasca no fuera parte de la profecía —pensó—. ¡Mató a un gato de su propio clan!»

Espinela se acercó a ella con el pelo erizado por los nervios. En sus ojos azules se reflejaba la misma confusión que sentía Ala de Tórtola.

—¡No puedo creerlo! —murmuró.

Ala de Tórtola se la quedó mirando, dubitativa.

—¿Alguna vez has visto a Cenizo en el Bosque Oscuro?

Notó que se le encogía el estómago mientras esperaba la respuesta; Espinela solía ponerse a la defensiva si le preguntaba por sus visitas al Lugar Sin Estrellas.

Pero su hermana sólo se mostró pensativa.

—No puedo saber si lo he visto porque no lo conozco —admitió—, pero creo que no. Y nadie me ha dicho que estuviera allí.

—Se portó espantosamente mal con Esquiruela antes de morir, pero quizá acabó en el Clan Estelar por haber tenido una muerte tan horrible.

Mientras pronunciaba esas últimas palabras, reparó en que Zarzoso estaba plantado junto a ellas, con un brillo irritado en sus ojos ámbar.

—Ya basta de cotilleos —les ordenó el lugarteniente—. Espinela, creía que ibas a unirte a la patrulla fronteriza de Tormenta de Arena. Ala de Tórtola, tú tienes una sesión de entrenamiento conmigo, pero Estrella de Fuego quiere verte primero. Lo encontrarás en su guarida.

Su hermana se marchó a toda prisa, y Ala de Tórtola se encaminó de inmediato a la Cornisa Alta. Mientras trepaba por las rocas desprendidas, se preguntó para qué querría verla Estrella de Fuego. No era difícil imaginarse la respuesta: «¡El Clan del Viento!»

La joven guerrera llegó a la Cornisa Alta y se acercó a la entrada de la guarida.

—¿Estrella de Fuego? —maulló asomando la cabeza.

El líder del clan estaba sentado en las sombras del fondo de su guarida, sobre su lecho de musgo y frondas. Sus ojos verdes destellaron en la penumbra, y le hizo una seña con la cola a la joven.

—Puedes entrar.

Cuando la gata estuvo sentada a su lado, el líder continuó:

—Te he pedido que vengas porque necesitamos tus poderes especiales. Supongo que ya imaginas por qué.

Ala de Tórtola inclinó la cabeza.

—Quieres que te diga qué está pasando en el Clan del Viento.

Estrella de Fuego asintió.

—Así es. Si es posible, claro.

La gata sintió una oleada de orgullo mientras proyectaba sus sentidos y se ponía cómoda para escuchar, doblando las patas delanteras bajo su pecho.

«Esto no es espiar —se dijo—. Estoy usando mis poderes para proteger de verdad a mi clan.»

Dejó que sus sentidos traspasaran la frontera y recorrieran el páramo hasta el campamento del Clan del Viento. Estrella de Bigotes estaba en

mitad de la hondonada, con algunos de sus guerreros más experimentados alrededor.

—Puedo ver su campamento. Estrella de Bigotes está con Corvino Plumoso y Cañamera —informó la joven—. Perlada acaba de unirse a ellos. Y también hay un par de gatos que no conozco.

—¿Estrella de Bigotes está hablando? ¿Puedes oír algo?

Ala de Tórtola asintió concentrándose más mientras las palabras del líder del Clan del Viento iban perfilándose, como si se acercaran desde una larga distancia.

—... Problemas con el Clan del Trueno —estaba diciendo Estrella de Bigotes—. Las patrullas fronterizas deben estar especialmente alerta. Si captáis su olor en nuestro lado del arroyo, quiero saberlo de inmediato.

—Lo sabrás, no te preocupes —gruñó Corvino Plumoso hundiendo las garras en la tierra.

Ala de Tórtola le repitió a Estrella de Fuego lo que había oído. El líder agitó una oreja, sorprendido.

—Eso es, casi palabra por palabra, lo mismo que le he dicho yo al Clan del Trueno —murmuró—. ¿Estrella de Bigotes ha mencionado a Solo?

Ala de Tórtola siguió escuchando, pero el líder del Clan del Viento estaba dándole instrucciones a Perlada sobre las patrullas de caza.

—Ni una sola palabra respecto a Solo —le dijo a Estrella de Fuego.

—Entonces, él ni siquiera sabe lo que está planeando ese solitario... O está teniendo mucho cuidado con lo que dice. En cualquier caso, no suena como si estuviera planeando un ataque inminente. ¿Puedes ver a Solo? —preguntó.

Ala de Tórtola proyectó de nuevo sus sentidos, inspeccionando meticulosamente el campamento del clan vecino y ampliando después su campo hasta incluir la totalidad del territorio del Clan del Viento hasta el

cercado de los caballos. Al regresar hacia la frontera del Clan del Trueno, se encontró con una entrada a los túneles e intentó meterse por allí, pero, a apenas unas colas de distancia, el peso de las rocas y la tierra le impidió continuar.

Al volver a la realidad en la guarida de Estrella de Fuego, la joven guerrera sintió como si volviese a la superficie después de permanecer mucho rato sumergida en aguas oscuras.

—Ni rastro de Solo —respondió—. No parece estar en el territorio del Clan del Viento, a menos que se esconda en uno de los túneles. Aunque mis sentidos no parecen funcionar demasiado bien bajo tierra.

Estrella de Fuego asintió pensativo, pero no dijo nada.

—Supongo que sería demasiado pedir que Solo se hubiera marchado sin más, ¿verdad? —maulló la joven al cabo de un instante.

—Verdad. Ese gato sigue aquí —afirmó el líder—. Tiene alguna cuenta pendiente con los clanes..., aunque no sé por qué.

Al terminar con Estrella de Fuego, Ala de Tórtola bajó a toda prisa al claro, donde se encontró con que Abejorro Negro la estaba esperando.

—Zarzoso se ha adelantado con los demás —le contó el joven guerrero—. Me ha pedido que te espere para enseñarte dónde vamos a entrenar.

—Vale, gracias.

La joven gata se sintió a gusto cruzando el claro junto a Abejorro Negro.

—¿Qué quería Estrella de Fuego? —le preguntó él—. ¿Tienes algún problema?

—No. Sólo eran... cosas.

Por mucho que apreciara a Abejorro Negro, no podía contarle lo que le había pedido el líder del clan. «¡Tardaría una luna entera en explicárselo!»

—Estrella de Fuego no me ha invitado nunca a su guarida —continuó él sonando un poquito envidioso.

Ala de Tórtola se encogió de hombros.

—No es nada del otro mundo.

Mientras se internaba en el túnel de espinos, se dio cuenta de que, cuando estaba con Abejorro Negro, quería encerrar sus poderes en un rincón de su mente. Sólo quería ser una gata normal y corriente.

«¡Es un cambio agradable comparado con cuando me veía con Corazón de Tigre! En aquellos encuentros, siempre tenía que estar proyectando mis sentidos para asegurarme de que nadie nos descubriera.»

Zarzoso se había llevado al resto del grupo a un pequeño claro, cerca del territorio del Clan de la Sombra y no muy lejos del árbol muerto. Acebos y saúcos bordeaban una pequeña hondonada, cubierta de hierba larga y helechos.

Cuando Ala de Tórtola y Abejorro Negro llegaron allí, Zarzoso estaba sentado a un lado observando cómo se acechaban Tordo y Floresta. Sin previo aviso, Floresta se lanzó hacia delante, enganchó habilidosamente las patas de Tordo y le propinó un golpe en las ancas antes de ponerse fuera del alcance de su rabia con un elegante salto.

—Bien hecho —maulló Zarzoso—. Has ejecutado el movimiento a la perfección, Floresta.

Tordo se puso en pie sacudiéndose trozos de helecho del pelo.

—¡Vaya que sí!

Zarzoso levantó la vista cuando Ala de Tórtola y Abejorro Negro empezaron a bajar por la leve pendiente para unirse a ellos.

—Bien, ya habéis llegado. Ahora voy a enseñaros un movimiento nuevo.

—¡Genial! —exclamó Floresta corriendo hacia Abejorro Negro—. Venga —le dijo—, vamos a practicarlo juntos.

Abejorro Negro pareció un poco incómodo.

—Esto..., perdona, pero yo voy a formar pareja con Ala de Tórtola.

Floresta irguió las orejas, sorprendida.

—Disculpa, pero ¿cuál de las dos es hermana tuya? —masculló—.

Podrías mostrar un poco de lealtad, ¿sabes?

Ala de Tórtola se quedó un poco impactada por la hostilidad de la joven guerrera. «¿Por qué le da tanta importancia?»

—A mí no me importa si practicas con Floresta —le dijo la guerrera gris a Abejorro Negro.

—No, mi hermana no dice más que tonterías —replicó él—. No voy a ser desleal por entrenar contigo.

—¿Os importa? —Zarzoso se les acercó apartando los helechos con sus poderosos omoplatos—. Dejad de parlotear como una bandada de estorninos y pongámonos manos a la obra.

Floresta giró en redondo con la cola muy recta y se fue junto a Tordo a grandes zancadas.

—Os mostraré primero el movimiento, y después tenéis que probarlo vosotros —continuó el lugarteniente del Clan del Trueno—. Ala de Tórtola, tú eres una gata del Clan del Viento. Ven a atacarme.

De inmediato, la joven soltó un aullido y se abalanzó contra Zarzoso. Él se plantó sobre las patas traseras estirando las delanteras con las garras envainadas. Cuando Ala de Tórtola intentó agacharse para arañarle la barriga expuesta, el guerrero saltó hacia atrás girando por el aire y se alejó de ella. La gata perdió el equilibrio y, mientras trataba de recuperarlo, el lugarteniente saltó sobre ella y la agarró por el pescuezo.

—Así —ronroneó retrocediendo para dejar que se incorporara.

Ala de Tórtola rodó por el suelo y, al levantarse de un brinco, distinguió en los ojos de Zarzoso un leve destello de orgullo.

—¡Es genial! —exclamó sin aliento—. Vamos a probarlo.

Antes de empezar, el lugarteniente les hizo practicar el salto hacia atrás, hasta que todos pudieron aterrizar limpiamente sobre las cuatro patas. Cuando Zarzoso estuvo satisfecho, los dejó trabajar por parejas. A Ala de Tórtola le sorprendió lo fuerte y ágil que era Abejorro Negro.

«Hace mucho tiempo desde la última vez que entrené con él. Es tan corpulento que me imaginaba que no sería muy rápido...»

Mientras Abejorro Negro saltaba hacia atrás limpiamente, esquivando el ataque de la joven, a ella le resbalaron las patas y se derrumbó de costado. En cuanto intentó ponerse en pie, Abejorro Negro saltó sobre ella y alargó una zarpa para tocarla con cuidado.

—Gano yo, creo —maulló con ojos risueños—. El lugar de las patas es la tierra, no el aire.

«¡Bufff!», pensó Ala de Tórtola, un tanto mosqueada.

Cuando Abejorro Negro la atacó, ella saltó hacia atrás en la dirección contraria, pillándolo desprevenido. El guerrero perdió pie y aterrizó con dureza entre los helechos, pataleando en el aire.

—¿Qué era eso de que el lugar de las patas era el suelo? —se burló Ala de Tórtola dándole un manotazo.

—¿Por qué no nos observamos los unos a los otros? —sugirió Floresta cuando los cuatro ya habían practicado el movimiento varias veces—. Así podríamos aprender trucos útiles.

Zarzoso asintió.

—Muy bien. Empezad Tordo y tú.

Mientras practicaba la otra pareja, Ala de Tórtola reparó en lo bien que se le daba ya el nuevo movimiento a Floresta, tanto en ataque como en realización. Había descubierto cómo mantener el equilibrio y embistió a Tordo antes de que él pudiera recuperarse del salto atrás.

—¡Floresta, eso ha estado genial! —alabó a su compañera de clan—. Tendrás que ser un poco más rápido, Tordo.

El guerrero asintió.

—Estoy trabajando en ello.

Cuando llegó su turno de practicar con Abejorro Negro, Ala de Tórtola tuvo la sensación de que los dos lo habían hecho bastante bien, pero le sorprendió el desdén con que la trataba Floresta.

—Abejorro Negro lo ha hecho casi perfecto —maulló la gata parda y blanca—, pero tú, Ala de Tórtola, necesitas trabajar mucho más. Tus patas estaban por todas partes, e incluso parecías haber olvidado que tienes cola; sirve para mantener el equilibrio, ¿sabes?

Ala de Tórtola masculló algo, evasiva, notando cómo la invadía la vergüenza y le ardía hasta el último pelo del cuerpo.

—Floresta no habría dicho nada de eso si no me hubieses escogido como pareja en el ejercicio —le susurró a Abejorro Negro. E intentando olvidarse de lo dolida que se sentía, añadió—: Lo lamento si he puesto las cosas difíciles entre vosotros.

Abejorro Negro le puso la cola sobre el lomo para consolarla.

—No te preocupes. Tú no eres la causa del problema —maulló fulminando con la mirada a su hermana, que estaba al otro lado del claro.

—Creo que ya es suficiente para una sesión —anunció Zarzoso—. Volved al campamento y comeos vuestra parte de carne fresca. Habéis trabajado muy duro.

—Creo que ahora deberías irte con Floresta —le susurró Ala de Tórtola a Abejorro Negro cuando el grupo se puso en marcha—. Los hermanos son más importantes que los amigos.

Abejorro Negro hizo una pausa, mirándola fijamente.

—Yo tenía la esperanza de que lo nuestro fuera algo más que amistad...
—maulló al cabo.

Ala de Tórtola le sostuvo la mirada sin saber qué decir. Para su alivio, el joven guerrero no insistió; se limitó a inclinar la cabeza y a seguir adelante. Al alcanzar a Floresta, le tocó una oreja con la nariz.

Ala de Tórtola los siguió. Al cabo de unos instantes, Tordo se unió a ella.

—¿Qué está pasando entre Abejorro Negro y tú? —le preguntó con un ronroneo risueño.

Ala de Tórtola sintió que se le erizaba el pelo del cuello y se obligó a alisárselo de nuevo.

—Abejorro Negro es un gato estupendo —respondió con calma.

Mientras hablaba, una imagen de Corazón de Tigre brotó en su mente: el brillo de sus ojos verdes mientras asomaba su cabeza atigrada entre una mata de helechos. Apartó esa imagen con decisión. «Aquello era distinto. Ya no puedo pensar más en él —decidió—. Corazón de Tigre no puede ser parte de mi vida..., pero Abejorro Negro sí que podría serlo.»



17

Glayo entró en el campamento a través del túnel de espinos justo cuando el sol acababa de rebasar su punto más álgido. El frío viento del alba había ido perdiendo fuerza mientras él regresaba de la Laguna Lunar, y ahora una cálida luz bañaba el claro. La hondonada rocosa estaba desierta, y el curandero imaginó que todos los guerreros y los aprendices debían estar patrullando por el bosque. Se estaba encaminando hacia su guarida cuando Musaraña lo llamó.

—¡Glayo! Ven aquí un momento.

El joven curandero se acercó a la veterana, que estaba tumbada a solas delante de su guarida.

—¿Dónde está Puma? —preguntó Glayo.

—Carrasca se lo ha llevado a dar un paseo por el bosque —respondió la anciana—. Yo no quería ir. Me duelen demasiado las patas.

—Eso podemos arreglarlo —le aseguró él—. Te traeré unas hojas de bellorita.

—No te he llamado por eso —gruñó Musaraña—, sino por Carrasca.

Glayo se quedó petrificado mientras la veterana le describía lo que había sucedido esa mañana en el campamento.

—... Después, Zarzoso les ha dicho a todos que él había visto lo que ocurrió. Que Cenizo atacó a Carrasca y luego cayó al arroyo accidentalmente. Yo estaba sentada aquí mismo y lo he oído todo.

Musaraña hizo una pausa, y Glayo notó en la piel su mirada abrasadora. La cabeza le daba vueltas. «¿Qué significa todo esto? ¿Qué va a pasar, ahora que todos creen saber la verdad? ¿Qué sucederá si la verdad auténtica sale a la luz?»

—Tú siempre has sabido lo que ocurrió, ¿no? —le preguntó la sagaz anciana.

El curandero se limitó a asentir.

—Pero no dijiste nada.

—¿De qué habría servido? Carrasca se había ido, y la situación era más complicada de lo que parecía por las amenazas de Cenizo. Él también me amenazó a mí, ¿sabes?

Musaraña arrugó el hocico.

—Así que a ti te vino de perlas que acabara muriendo.

—Le vino bien a todo el clan —retrucó Glayo negándose a que le afectara la franqueza de la veterana—. Cenizo estaba decidido a causarnos problemas a todos.

—No puedo decir que su actitud no perjudicara a nadie —gruñó la anciana—, porque no fue así. Perjudicó a Carrasca y a Zarzoso, te perjudicó a ti y perjudicó al propio Cenizo. Pero ahora el clan tiene que seguir adelante, como de costumbre; ¿es eso lo que quieres decir?

Glayo se lamió una pata y se la pasó por una oreja dándose tiempo para buscar una respuesta.

—Lo que quiero decir es que, ahora mismo, hay cosas más importantes de las que preocuparse que la muerte de un gato ocurrida muchas lunas atrás.

Musaraña soltó un resoplido y luego guardó silencio. Glayo ya estaba a punto de irse cuando la veterana habló de nuevo:

—La oscuridad se cierne sobre nosotros, ¿verdad?

El curandero sintió que se le empezaba a erizar hasta el último pelo del cuerpo.

—¿Por qué lo dices? ¿Qué es lo que sabes? —le preguntó con voz ronca.

«¿Podría ser Musaraña el cuarto elemento de la profecía? ¿Una veterana como ella?»

—No sé nada que pueda ayudarnos... —admitió la gata con un hilo de voz—. Pero mis sueños son turbulentos desde hace mucho tiempo.

La anciana suspiró con cansancio. Parecía desolada.

—Nunca creí que viviría para ver el final de los clanes —añadió.

Glayo se inclinó hacia ella.

—Esto no será el final de los clanes, Musaraña. Mientras quede un ápice de aliento en mi cuerpo, los clanes estarán a salvo.

Se quedó sentado junto a ella hasta que la veterana se durmió, mascullando y agitándose entre sueños. «Es muy vieja —pensó el curandero—. ¿Realmente sabe lo que está diciendo?» Luego se puso en pie para volver a su guarida, con el pelo erizado por la verdad de las palabras que le había dicho la anciana guerrera respecto al silencio sobre Carrasca y Cenizo.

«Pero los clanes deben seguir adelante —se dijo a sí mismo—. No podemos perder el tiempo mirando atrás, y menos con cosas que no se pueden cambiar.»

Antes de llegar a su guarida, oyó que entraban dos gatos por el túnel de espinos. Puma iba relatando una de sus aventuras.

—... Y había un zorro, fíjate. Y se puso a pasear por el jardín de mi Camina Erguido como si estuviera en su casa. Bueno, yo no iba a permitir

semejante cosa, así que ¿qué crees que hice?

—No tengo ni idea, Puma —respondió Carrasca con tono distraído—. ¡Eh! ¡Cuidado con esa zarza!

—Puedo verla, gracias —masculló el veterano—. No soy un jovencuelo, pero tengo ojos... En fin, como te decía —continuó—, me escondí debajo de un acebo, justo al lado de la valla del jardín de mi Camina Erguido, y...

Se interrumpió al ver que Glayo se acercaba.

—Carrasca —maulló el curandero—, necesito hablar contigo.

—Estaba yo hablando con ella —replicó Puma muy digno antes de que la gata pudiera responder—. ¿Es que ya no les enseñan modales a los jóvenes? —Y, dicho esto, arrugó el hocico con irritación y siguió su camino—. Cuando termines estaré en mi guarida, Carrasca. Si te pasas por allí, te contaré el resto de la historia.

En cuanto se quedaron solos, Glayo se llevó a su hermana al pie de la pared rocosa.

—Ven, sentémonos aquí. —Se acomodó en un lugar resguardado, debajo de un saúco.

—Ya lo sabes, ¿verdad? —maulló Carrasca sentándose a su lado—. Me refiero a lo que ha pasado esta mañana.

—Me lo ha contado Musaraña... —Glayo vaciló un momento antes de continuar—. Carrasca, ¿tú entiendes lo que Zarzoso ha hecho por ti?

Sabía cuánto debía de haberle costado al lugarteniente del clan declarar lo que había declarado. A él mismo le resultaba difícil valorar lo que eso significaba. ¿Hasta qué punto los había amado Zarzoso —y Esquiruela también, tenía que admitirlo—, a él, a Carrasca y a Leonado, como para mentir de ese modo delante de todo el clan?

«Y quizá nos aman todavía...»

Se sentía tan incómodo como si tuviera un nido de hormigas en su pelaje.

—Ahora ya lo saben todos —murmuró Carrasca con voz afligida—. Saben que maté a un compañero de clan.

Glayo le puso una zarpa en el lomo.

—Fue un accidente, recuérdalo.

Notó la mirada de Carrasca abrasándolo como el fuego.

—Pero no lo fue —susurró ella.

Glayo oyó las palabras de Musaraña resonando en sus oídos como si fueran el zumbido de un insecto diciéndole cuántos habían salido perjudicados por las consecuencias de un solo instante. Sacudió la cabeza como si, con ese gesto, pudiera librarse de la voz de la anciana.

—Ya basta, Carrasca —maulló—. Tenemos que vivir con lo que sucedió. Yo me alegro de que hayas vuelto. Te he echado de menos.

—Yo también te he echado de menos a ti —murmuró su hermana tocándole suavemente la oreja con la nariz—. Sólo espero haber hecho lo correcto al regresar. Quizá habría sido mejor si todos me hubierais olvidado.

—Nosotros no te habríamos olvidado nunca —replicó Glayo inclinándose más hacia ella y aspirando su olor—. Nunca jamás...

En el silencio que siguió, el curandero oyó el susurro de la brisa en los árboles de lo alto y, más allá, el sonido de varios gatos acercándose al campamento. Conforme se aproximaban, oyó las voces entusiasmadas de los aprendices.

—¡He cazado dos ratones!

—¡Y yo una ardilla enorme!

La patrulla de caza entró por el túnel de espinos. Grosellina y Jerbito iban en cabeza, seguidos de Leonado y Carbonera, con Rosada y Raposo en último lugar.

—Eh, tranquilizaos —les dijo Carbonera a los aprendices—. Los demás van a pensar que nos están invadiendo los tejones —añadió medio en broma

—. Aunque la verdad es que hoy habéis cazado muy bien. Jerbito, ¿por qué no les llevas tus ratones a Musaraña y Puma? Son tan grandes y carnosos que seguro que les abren el apetito.

Jerbito salió corriendo mientras Grosellina arrastraba su ardilla hasta el montón de la carne fresca.

«Carbonera es una mentora nata —pensó Glayo—, aunque estos dos no sean sus aprendices. Y no podría ser una guerrera más leal al Clan del Trueno... El Clan Estelar tomó la decisión correcta al permitirle vivir una segunda vida.»

De repente, sintió que lo atravesaba un dolor tan penetrante que le pareció estar rodeado de espinas, como si se hubiera caído en un zarzal. Se puso tenso al darse cuenta de que ese dolor procedía de Leonado.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó a su hermano.

—Tú no lo entenderías —le soltó el guerrero—. Lo único que ocupa tu pensamiento es tu estúpida profecía.

Glayo se tragó una réplica cortante al advertir que el dolor de Leonado provenía de su anhelo por Carbonera.

—Ponme a prueba —le propuso.

Leonado guardó silencio unos segundos.

—Sé que Carbonera quiere estar conmigo —maulló finalmente de mala gana—. Pero ella cree que no puede porque yo tengo un destino. ¡Cree que yo soy demasiado importante!

Había pronunciado la última palabra como si la escupiera y se marchó a grandes zancadas antes de que su hermano pudiera responder.

Glayo sintió una oleada de rabia y, por un instante, deseó aullar su dolor al cielo. «Media Luna...» Ningún miembro del Clan del Trueno conocía su amor por la gata antigua, desaparecida hacía mucho, perdida para él a través del paso de incontables estaciones. El joven curandero habría dado

cualquier cosa por volver a tenerla a su lado y recordarla lo ayudó a comprender el dolor y la frustración de su hermano.

—¿Carbonera cree que Leonado es el único gato importante? —susurró para sí mismo—. Quizá sea hora de que alguien le demuestre lo equivocada que está.

Esa misma noche, Glayo se ovilló en su lecho y respiró hondo antes de dejarse vencer por el sueño. Sabía exactamente adónde quería ir.

«Tenemos que arreglar esto de una vez por todas. No por Leonado, ni siquiera por el clan, sino por Carbonera. Tengo que mostrarle que es una gran gata.»

Abrió los ojos en un bosque bañado por el sol, donde las frondosas ramas susurraban sobre su cabeza y la vegetación rebosaba con el murmullo de presas. Glayo avanzó entre los helechos, disfrutando de la fresca hierba bajo sus zarpas y de la calidez de los rayos del sol que se colaban a través de los árboles. Todos sus sentidos estaban alerta mientras buscaba a una gata en particular.

No tardó en oír unos pasos precipitados, un salto y un bufido de decepción:

—¡Cagarrutas de ratón! ¡La he perdido!

Dirigiéndose hacia la voz, el curandero rodeó un tronco partido y salió a un claro moteado por el sol. Carbonera estaba al pie de un árbol mirando hacia arriba con expresión disgustada. En una rama, una ardilla parloteaba enfadada.

—Mala suerte —maulló Glayo.

La guerrera se sobresaltó.

—¡Caray, Glayo..., no esperaba verte aquí! —Una expresión temerosa destelló en sus ojos—. Aún estoy durmiendo, ¿verdad? No estoy en el Clan Estelar...

—No te preocupes —la tranquilizó él—. Esto no es el Clan Estelar. Todo está bien, y, sí, estás soñando. Hay algo que debo contarte.

La gata lo miró con recelo.

—¿De qué se trata?

Por un momento, Glayo permaneció en silencio, no muy seguro de por dónde empezar. «¡Adelante! —se dijo—. Tú te has metido en esto, así que será mejor que lo termines.»

—Creo que será más fácil si te lo enseño —maulló—. Ven conmigo.

Los dos se pusieron a andar, hombro con hombro. Glayo se representó el antiguo campamento del Clan del Trueno, con los gatos de entonces viviendo sus atareadas vidas. Poco a poco, a medida que iban pasando entre los árboles, el antiguo bosque fue tomando forma a su alrededor. Apareció un arroyo ante ellos borboteando debajo de helechos arqueados, y un arrendajo salió volando de la rama de un roble. Carbonera soltó un respingo al darse cuenta de que, de algún modo, había abandonado el territorio de su sueño y se hallaba en terreno desconocido.

Una patrulla apareció entre la vegetación, a unos pocos zorros de distancia. Glayo reconoció las versiones más jóvenes de Estrella de Fuego, látigo Gris y Tormenta de Arena. Los tres se detuvieron al pie de un árbol, donde una joven gata gris estaba recolectando celidonia.

—¿Otra vez cortando flores? —bromeó Tormenta de Arena.

La pequeña gata sacudió la cola.

—Flores y hojas —replicó sin inmutarse, aunque en sus ojos azules había un brillo risueño—. ¿Tienes algún problema con eso, Tormenta de Arena? Porque, si lo tienes, será mejor que te hagas amiga de Fauces Amarillas.

La guerrera melada dio un paso atrás negando con la cabeza.

—¡Cualquier cosa menos eso! —chilló con fingida alarma.

—Sí, no quiere que le arañen las orejas —maulló Látigo Gris.

—¿Por qué no seguimos cazando? —propuso Estrella de Fuego—. Quizá atrapemos algo rico y carnoso para Fauces Amarillas, algo que la ponga de buen humor por una vez. Lo estás haciendo genial —le dijo a la gata gris antes de marcharse con la patrulla.

—¡Que sea una ardilla! —exclamó ella mientras se alejaban—. ¡En estos momentos, es el bocado preferido de Fauces Amarillas!

Glayo reparó en que a Carbonera se le estaba erizando el pelo mientras contemplaba la escena, atónita.

—Esa... esa ga-gata... soy yo —tartamudeó—. Es decir, no soy yo..., pero es idéntica a mí...

—No, no eres tú —respondió el curandero—. Al menos no en aquellos tiempos.

Carbonera lo miró desconcertada, pero no dijo nada.

Cuando ya tenía bastante celidonia, Carbonilla recogió el ramillete con la boca y echó a andar, cojeando visiblemente. Glayo y Carbonera la siguieron. La aprendiz de curandera serpenteó con seguridad por el sotobosque hasta llegar a lo alto de un barranco que llevaba al campamento.

—¿Ella sabe que la estamos siguiendo? —susurró Carbonera.

Glayo negó con la cabeza.

—No puede vernos. En realidad, no estamos aquí.

Carbonilla bajó por el barranco y desapareció por el túnel de aulaga. Glayo y Carbonera la siguieron y enseguida entraron en el antiguo campamento del Clan del Trueno. El curandero paseó la vista por el claro: las guaridas, el montón de la carne fresca, la Peña Alta, donde estaba la guarida del líder...

«No —se recordó Glayo a sí mismo—. Estrella de Fuego todavía no era el líder del clan. Por aquel entonces la líder era Estrella Azul.»

—Esto es muy extraño... —murmuró Carbonera.

Siguieron a Carbonilla, que, cargada con la celidonia, traspasó los helechos que ocultaban la entrada de la guarida de la curandera. Fauces Amarillas estaba sentada en su pequeño claro, con el mismo aspecto desaliñado y escuálido que tenía siempre que Glayo la veía en el Clan Estelar.

—Qué ramillete tan estupendo... —le dijo la curandera a su aprendiz acercándose pesadamente a olfatear la celidonia—. Aunque algunas de las hojas están un poco mustias.

—Pues podemos usar éstas primero y arreglado —señaló la joven.

Fauces Amarillas soltó un resoplido.

—Muy bien. Déjalas en su sitio y luego ven aquí.

Mientras Carbonilla guardaba la celidonia en una grieta de la roca que había al fondo de la guarida, la curandera fue hasta una mata de helechos. Glayo distinguió allí tumbado a un gato blanco muy grande que no había visto. Tenía el pelo alborotado y cara de dolor.

—Tormenta Blanca se ha peleado con un zarzal —informó Fauces Amarillas a Carbonilla cuando la gata volvió—. Tiene una espina en la zarpa. ¿Qué crees que deberíamos hacer por él?

—Aconsejarle que se mantenga alejado de los zarzales —maulló la aprendiz provocando un bufido de risa del guerrero blanco—. Pero, por el momento, tenemos que sacarle la espina, pedirle que se lama bien la zarpa y luego frotársela con caléndula para asegurarnos de que no se le infecte.

—Muy bien. —Fauces Amarillas asintió, satisfecha.

—¡Tengo una mentora muy buena! —respondió la joven cariñosamente.

La vieja gata le dio un empujoncito afectuoso, pero lo único que dijo fue:

—Entonces, será mejor que te pongas manos a la obra.

Mientras Carbonilla se inclinaba sobre la zarpa del guerrero y le sacaba rápidamente la espina con los dientes, Carbonera se volvió hacia Glayo.

—Quienquiera que sea, es una gran curandera —comentó.

—Sí, lo era —coincidió Glayo.

—¿Tú llegaste a conocerla? —le preguntó la guerrera con curiosidad, volviendo a mirar a la gata gris.

—No en aquel entonces. Esto sucedió antes de que el Clan del Trueno viniera al lago.

Carbonera se volvió de nuevo hacia él con los ojos tan grandes como lunas.

—Entonces ¿esto es el Clan del Trueno en el pasado? Por eso Estrella de Fuego y los demás parecen mucho más jóvenes, ¿no? Pero ¿cómo...? ¿Por qué...?

—No tienes que preocuparte por eso —la tranquilizó Glayo—. Tú sigue mirando. Esa aprendiz de curandera se llama Carbonilla. —Notó la conmoción que recorría a Carbonera al oír un nombre tan parecido al suyo, pero la gata no lo interrumpió—. Ella deseaba ser guerrera, igual que tú. ¿Has reparado en su cojera? Sufrió un accidente y la pata no se le recuperó del todo. Supo que jamás podría seguir el ritmo de las patrullas, así que se convirtió en curandera. Fue la mentora de Hojarasca Acuática, ya sabes.

—Caramba... Sí, he oído hablar de ella... —Carbonera soltó un respingo—. ¿No murió salvando a mi madre?

—Su muerte significó mucho más que eso —respondió Glayo, aunque no dio más explicaciones. «Carbonera no tardará en averiguarlo por sí sola», se dijo.

Mientras estaban hablando, una bruma blanca salió de entre los helechos y los envolvió hasta ocultar la guarida de Fauces Amarillas.

—¿Qué está pasando? —se lamentó Carbonera.

—No pasa nada. Sólo tenemos que esperar.

Al cabo de unos segundos, la bruma se disipó. Los dos gatos descubrieron que se hallaban en una ladera, donde la áspera hierba de un páramo se extendía por enormes picos de roca gris. Una larga hilera de gatos la estaba cruzando, con el pelo azotado por el viento. Gatos de los cuatro clanes —patilargos del Clan del Viento, corpulentos del Clan del Trueno, lustrosos del Clan del Río y esbeltos del Clan de la Sombra— caminaban juntos, charlando entre ellos.

—¡Es el Gran Viaje! —exclamó Carbonera—. Van hacia las montañas. Glayo, ¿por qué me estás enseñando todo esto?

—Lo descubrirás muy pronto —le prometió él—. Mira, ahí está Carbonilla de nuevo. Ahora es la única curandera del Clan del Trueno.

Al acercarse más, Glayo vio que Musaraña —una Musaraña más joven y fuerte, pues aún no se había retirado a la guarida de los veteranos— estaba hablando con Carbonilla.

—Me duelen las patas —se quejó—. Es por caminar por estas piedras afiladas. No es un terreno adecuado para los gatos.

—Estoy segura de que no tardaremos en descansar —respondió la curandera, comprensiva—. Cuando paremos, te frotaré las almohadillas con hojas de romaza. Ya verás como eso te ayuda mucho.

Musaraña asintió con un gruñido y se alejó cojeando. Al cabo de unos instantes, una cachorrita moteada se acercó a Carbonilla.

—¡Tengo abrojos en el pelo! —anunció.

«Ésa debe de ser Poma de pequeña», pensó Glayo reconociendo la versión diminuta de la guerrera del Clan de la Sombra.

—¡Oh, pero si es Pomina! —chilló Carbonilla con fingido asombro—. Por un momento he pensado que me estaba persiguiendo un abrojo

gigantesco. No te preocupes. Cuando paremos, te ayudaré a quitártelos. Hasta entonces, ¡vigila dónde pones las patas!

—¡Gracias!

Y Pomina salió disparada a reunirse con sus hermanos.

«No está vigilando mucho que digamos», pensó Glayo, nada sorprendido de la actitud de la cachorrita.

Con la cabeza ladeada y un brillo risueño en sus ojos azules, Carbonilla se quedó mirando a la pequeña mientras se alejaba y luego siguió subiendo la escarpada pendiente. Cuando los gatos se acercaban ya a la pared rocosa, empezaron a caer copos de nieve y la fuerza del viento se intensificó. Poco después, estaban luchando contra una ventisca. Glayo perdió de vista a los demás y apenas distinguía a Carbonera, que trataba de avanzar contra el viento esforzadamente.

—¡Aquí! —exclamó la voz de Estrella de Fuego—. ¡Que todos los gatos se resguarden al pie del despeñadero!

Glayo y Carbonera se apretujaron al abrigo de las rocas grises, junto a sus compañeros de clan. Todos tenían el pelo cubierto de nieve, y cualquier sonido que emitieran los demás se perdía bajo el silbido del viento.

De repente, todo quedó en silencio. La nieve dejó de caer y pareció fundirse con la tierra. Abruptamente, el aire se volvió más cálido. Al mirar alrededor, Glayo se dio cuenta de que Carbonera y él estaban de nuevo en la hondonada rocosa, agazapados contra la barrera de espinos.

—¡Oh! —exclamó la guerrera con tono decepcionado—. ¿Ya hemos vuelto a casa?

—No del todo —la avisó Glayo.

Apenas había pronunciado esas palabras cuando la oscuridad cayó sobre el claro. Se oyó un rugido vibrante aproximándose a través de los árboles,

seguido del sonido de las ramas quebrándose bajo el peso de patas poderosas.

—¿Qué es eso? —preguntó Carbonera con voz estrangulada.

Antes de que Glayo pudiera responder, la barrera de espinos cedió y un grupo de tejones irrumpió en el campamento. Los guerreros salieron de su guarida para hacerles frente. Glayo vio a Esquiruela abalanzándose sobre uno de los primeros tejones, seguida de Zarzoso y Nimbo Blanco. Estrella de Fuego soltó un alarido desafiante al unirse a la batalla con Manto Polvoroso, Tormenta de Arena y Espinardo. Zancudo y Cenizo atacaron juntos a una de las criaturas, cada uno por un lado, para confundirla.

Carbonera gritó aterrorizada.

—¡Glayo! ¿Qué está pasando?

—No te preocupes —la tranquilizó él empujándola a un lado—. No pueden hacernos daño.

«Al menos, eso espero...»

Un aullido horrorizado brotó de la maternidad elevándose por encima del fragor de los contendientes.

—Lo siento muchísimo —le susurró Glayo a Carbonera—. Hay una cosa más que debes ver. Acompáñame.

La guió a través del claro hasta la maternidad, deslizándose entre los luchadores que aparecían de la oscuridad sin previo aviso. Esquiruela yacía resollando delante de la entrada, herida, pero todavía protegiendo la maternidad de los ataques de los tejones. Glayo y Carbonera pasaron junto a ella sin molestarla.

La maternidad estaba abarrotada. En el rincón más alejado, Acedera se hallaba sobre un lecho de musgo, con el vientre hinchado, dando a luz trabajosamente. Carbonilla estaba a su lado acariciándole la barriga con delicadeza. Y justo en ese momento apareció un tejón junto a ellas, con la

boca abierta en un gruñido amenazador. Cuando alzó una zarpa para golpear a Acedera, Carbonilla se interpuso entre ambos de un salto. Las garras del tejón le rajaron el costado, y la curandera se derrumbó, sangrando profusamente.

—¡Oh, no...! ¡No! —susurró Carbonera.

Glayo apenas reparó en que Hojarasca Acuática y Corvino Plumoso, del Clan del Viento, entraban en la guarida y atacaban al tejón hasta sacarlo al claro. Toda su atención estaba concentrada en Carbonilla. La curandera sangraba mucho por la herida, pero todavía luchaba por respirar, y cuando Hojarasca Acuática regresó aún consiguió pronunciar unas pocas palabras a duras penas antes de cerrar los ojos y quedarse inmóvil.

A sus espaldas, en el lecho, una cachorrita minúscula soltó su primer maullido.

A Carbonera se le desorbitaron los ojos de espanto.

—No puede estar muerta —dijo con un hilo de voz—. Glayo, dime que se pondrá bien...

—Mira a la cachorrita —fue lo único que respondió él.

Acedera estaba lamiendo enérgicamente a la recién nacida con su áspera lengua. La pequeña tenía todo el pelo plantado. Su delicada nariz, la forma de su cabeza, su colita..., todo recordaba a la gata que estaba junto a Glayo.

—Ésa... soy yo —murmuró Carbonera, admirada—. Así es como nací.

—Sí —maulló Glayo.

La guerrera se volvió hacia él, conmovida.

—Entonces, Carbonilla dio su vida para salvar la mía.

—No exactamente —respondió el curandero, cada vez más tenso.

Ella parpadeó confundida.

—Pero... ¡has dicho que murió!

—Sólo durante un segundo. Luego le concedieron toda una nueva vida.

Carbonera se lo quedó mirando, y él vio el instante en que sus ojos centellearon al entenderlo todo.

—Y esa vida era... la mía... —dijo la guerrera con una voz casi inaudible, poco más que un suspiro.

Glayo asintió. En los ojos de la gata se reflejó una espiral de emociones: horror, conmoción, orgullo, y luego recuerdos y más recuerdos, más espesos que las hojas caídas.

—Soy aprendiz... y Estrella de Fuego es mi mentor... ¡Es un maestro extraordinario!

Carbonera se puso a hablar tan atropelladamente que Glayo apenas distinguía sus palabras. Luego la gata se sacudió cuando los recuerdos de Carbonilla, enterrados largo tiempo en su mente, la desbordaron como un río crecido.

—Cazar es muy divertido... y luchar... ¡Quiero ser la mejor guerrera del clan!

Entonces soltó un alarido de miedo y dolor.

—¡El monstruo...! No... Oh, me duele la pata... Nunca seré guerrera. Pero me aprenderé todas las hierbas... Caléndula para la infección, hojas de borraja para la fiebre, enebro para el dolor de barriga, nébeda para la tos blanca y la tos verde... ¿Cuáles son las hierbas de viaje? Acedera, bellorita, camomila..., ¡oh, y agrimonia! Tengo que aprenderlo bien... —Su voz adquirió un tono de profunda tristeza—. Fauces Amarillas se ha ido..., y ahora yo soy la única curandera... Hace mucho frío aquí, junto a la Piedra Lunar. Estrella de Fuego está muy quieto..., quizá esté muerto. ¿El Clan Estelar le dará de verdad sus nueve vidas?

Carbonera empezó a resollar, como si estuviera ascendiendo por una cuesta muy empinada. Al cabo, soltó un grito de alegría, maravillada.

—¡El lago...! Es precioso... ¡Oh, Clan Estelar, gracias por traernos hasta aquí! —Luego regresó la tristeza, entretejida con una nota de miedo—. ¿De verdad es ése mi destino? Y Hojarasca Acuática quiere abandonarnos... ¿Qué será de mi clan?

Al final, Carbonera enmudeció, respirando entrecortadamente. Se quedó mirando a Glayo entre las ruinas de la maternidad.

—¿Quién soy? —gimió—. ¿Qué se supone que soy?

Glayo dio unos pasos hacia ella y clavó la mirada en sus desolados ojos azules.

—Tú eres Carbonera —declaró—. Ése es tu destino. El Clan Estelar decidió dejarte vivir de nuevo para que pudieras seguir el camino que deseabas desde el principio: ser una gran guerrera, emparejarte y tener tus propios hijos, pelear y cazar para tu clan. Después de haber cuidado de él tanto tiempo desde la guarida de la curandera, te lo merecías.

Respiró hondo antes de continuar:

—Carbonera, honra al Clan Estelar por su decisión y siéntete orgullosa de todo lo que has logrado en tus dos vidas. Todo esto es tu destino.

—¿Estás... estás seguro? —susurró ella.

Glayo asintió.

—El Clan Estelar decidió que esta vez fueras guerrera.

—¿Quién más lo sabe? —preguntó.

—Sólo Hojarasca Acuática. Nadie más tiene por qué saberlo. Tú no eres un eco de Carbonilla; ahora eres tú misma. Tus compañeros de clan te conocen y te quieren como Carbonera, y ésa es la única verdad que necesitan saber.

La guerrera suspiró y miró a su alrededor. La maternidad se veía ahora silenciosa, como si estuviera alejándose. Carbonera se acercó despacio a la fallecida Carbonilla y le lamió las orejas.

—Jamás olvidaré quién fui —murmuró—. Gracias por vivir mi primera vida.

Glayo se acercó a ella y la tocó con la punta de la cola.

—Vamos —maulló—. Es hora de volver a casa.



18

Espinela abrió los ojos en el Bosque Oscuro y oyó el sonido de pasos veloces. Se echó hacia atrás para evitar un choque y se encontró frente a los ojos ámbar de Ventolero.

—Fuera de mi camino, gata sarnosa —le espetó el guerrero antes de seguir adelante.

En cuanto recuperó el equilibrio, la joven guerrera del Clan del Trueno reparó en que estaba rodeada de gatos que pasaban deprisa por su lado, atravesando la vegetación bajo la repulsiva y tenue luz del lugar. Entre los mugrientos árboles, y hasta donde le alcanzaba la vista, reconoció a varios miembros de los cuatro clanes: guerreros experimentados y jóvenes aprendices que corrían en la misma dirección.

Se oyó la voz ronca de Estrella Rota convocándolos:

—¡Que todos los gatos lo bastante mayores para matar a sus propios enemigos se reúnan aquí!

Espinela tragó saliva. Ésa era una llamada mucho más siniestra que las que solían usar los líderes de clan. En ese instante, Lobuno llegó corriendo junto a ella.

—¡Vamos! —le dijo el joven guerrero sin resuello—. ¡Algo pasa!

Y corrió hacia los árboles, con Espinela pisándole los talones para unirse a la multitud de gatos. Todos estaban concentrados en llegar al mismo lugar y todos corrían en silencio con expresión sombría.

«¡Por el gran Clan Estelar! —pensó Espinela—. ¡Hay muchísimos gatos!»

Por fin llegó al claro con el montón de árboles caídos, donde había peleado con Hormiguero. Los incontables gatos se arremolinaron alrededor de los troncos. Estrella Rota estaba sobre el tronco más alto, con Hoja de Arce, Estrella de Tigre y dos o tres gatos más que Espinela no conocía y que eran sombras todavía más difusas que Hoja de Arce. La joven se estremeció al ver el ávido brillo de sus ojos.

Alcotán se paseaba al pie del montón, en el lugar que ocuparía un lugarteniente de clan. Espinela vio a Cebrado, que se acercaba arrastrando la barriga por el suelo y mirando a los líderes con adoración.

Alcotán fue hacia él a grandes zancadas y le pegó el hocico a la cara.

—¡Atrás! ¡Vuelve con los demás! —le bufó.

Cebrado se alejó de nuevo arrastrando la cola.

Espinela miró a los gatos que se desplegaban a su alrededor. Reconoció a Manto Ruano y a Corazón de Tigre, del Clan de la Sombra, y bajó la vista antes de que este último advirtiera que lo estaba mirando. Ventolero se había unido a Cara Soleada, su compañera del Clan del Viento, y Lobuno se estaba abriendo paso entre los demás para reunirse con Nívea y Bichero, del Clan del Río.

A Espinela se le encogió el estómago al ver juntos a Betulón y Floresta; ellos no la habían visto. Le entraron náuseas al darse cuenta de que su propio padre seguía visitando el Bosque Oscuro.

«¿Cómo aguanta estar aquí? ¿Y Floresta? —se preguntó—. ¡Ellos no son malvados! ¡Y ya deben de saber lo que está pasando!»

Estrella Rota dio un paso adelante, y el murmullo de voces del claro cesó de golpe.

—Habéis entrenado bien —les dijo el atigrado oscuro a los gatos reunidos—. ¡Y ahora ya casi ha llegado el momento!

Espinela sintió un hormigueo. «¡Por fin va a contarnos exactamente lo que pretende hacer con los clanes del lago! En cuanto estos gatos descubran la verdad, ¡estoy segura de que se rebelarán! O al menos no volverán al Bosque Oscuro...»

Estaba convencida de que la mayoría de los gatos vivos no odiaban a su clan. Nunca querrían hacerles daño a sus compañeros.

«Si Estrella Rota les revela sus verdaderas intenciones, el poder del Bosque Oscuro quedará destruido...»

—Pronto tendréis la oportunidad de demostrar vuestra destreza, fuerza y lealtad —continuó Estrella Rota paseando su afilada mirada por los gatos del claro—. Aquí, vuestros compañeros de clan os honrarán, y también lo harán vuestros compañeros del lago. Demostraréis por vosotros mismos que sois los mejores guerreros que han existido jamás.

Espinela vio que todos los presentes asentían con expresión de orgullo y anhelo. Ella deseaba aullar: «¡No! ¿Es que no lo veis? ¡Él os hará atacar a vuestra propia familia!»

Pero sabía que sería un gran error gritar algo así en ese momento. «Estrella Rota no me dejaría sobrevivir ni dos segundos... Y todas estas visitas, toda la información que he recopilado, no servirían de nada...»

Se fijó en Ventolero, cuyos ojos centelleaban. Supuso que él sabía exactamente lo que estaba sucediendo, porque hundía las garras en el suelo embarrado como si se estuviera imaginando al Clan del Trueno bajo sus zarpas. A Espinela le tembló la cola de frustración al comprender que ninguno de los gatos que la rodeaban iba a cuestionar a Estrella Rota. El

atigrado del Clan Oscuro no les había dado ninguna instrucción real, tan sólo imprecisas promesas de gloria. Incluso los gatos del Bosque Oscuro parecían esperar nuevas órdenes que no conocían.

—Ni siquiera nos ha contado cuándo sucederá todo eso —masculló para sí misma.

Advirtió, demasiado tarde, que algunos de los gatos de alrededor la habían oído protestar y la estaban mirando con cara de espanto.

—No deberías dudar de las decisiones de Estrella Rota —maulló una gata blanca—. ¿Acaso no confías en él?

Espinela bajó la cabeza ardiendo de rabia por haber cometido un error tan tonto.

—Sí, claro.

—¡Volved a vuestro entrenamiento! —continuó Estrella Rota desde el montón de troncos—. Y estad preparados para la señal definitiva. Llegará pronto.

Bajó al suelo de un salto con los demás líderes, y las hileras de gatos comenzaron a desfilar hacia las sombras. Espinela se retorció entre la multitud, alzando el cuello para buscar a Alcotán. Cuando por fin consiguió localizarlo, se dio cuenta de que él también la había visto y de que la estaba llamando con un movimiento de la cola. Abriéndose paso entre los gatos que se marchaban, la joven llegó a su lado.

—Quiero hablar con Estrella Rota —anunció.

—Está ocupado —respondió Alcotán apuntando con las orejas hacia donde estaban Estrella Rota y los otros charlando tranquilamente al pie del montón de troncos.

—Pero esto es importante —insistió Espinela.

Alcotán agitó los bigotes.

—¿Tienes alguna información que deberíamos conocer?

—No —respondió ella pensando deprisa—. S-sólo quiero saber qué debo hacer para que me traten como a una guerrera. No quiero luchar en la retaguardia, donde se esconden los cobardes. Quiero estar en la primera fila cuando se produzca el ataque, haciendo lo máximo que pueda para ayudar a mis compañeros del Bosque Oscuro.

Alcotán parpadeó; parecía impresionado.

—Sabía que eras especial —maulló—. Me alegro de haberte escogido. Sígueme.

Los dos se encaminaron hacia el grupo de líderes.

—Discúlpame, Estrella Rota —murmuró Alcotán—. Mi aprendiz desea hablar contigo.

Hoja de Arce soltó un bufido furioso por la interrupción, fulminando a Espinela con sus ojos ámbar. Pero, para sorpresa de la joven guerrera, Estrella de Tigre le indicó que se acercara con un gesto de su enorme cabeza

—Puedes decir lo que tengas que decir delante de todos nosotros —maulló.

Mientras tomaba aire para hablar, Espinela notó la penetrante mirada de Estrella Rota abrasándole la piel. Intentó no amilanarse. «Él puso en duda mi lealtad cuando Rosero se perdió por el Bosque Oscuro —recordó—. ¡Oh, Clan Estelar, ayúdame a que me crea esta vez!»

También fue consciente de que, a su alrededor, algunos gatos se estaban quedando rezagados. La miraban pasmados, sorprendidos por el hecho de que una simple aprendiz se atreviera a dirigirse a los gatos más poderosos del Bosque Oscuro.

«Esto es lo más importante que haré jamás por el Clan del Trueno», pensó Espinela.

—Conviérteme en guerrera —le dijo a Estrella Rota—. Haré lo que sea para ganarme tu confianza. Quiero ayudaros a derrotar a los clanes tanto como cualquier gato de aquí, tal vez incluso más. Utilizadme como mejor os venga.

El más viejo de los líderes, poco más que una tenue sombra contra el viscoso tronco que tenía detrás, se alzó amenazadoramente ante ella.

—Grandes palabras para alguien tan pequeño —gruñó.

Espinela se obligó a no retroceder ante su apestoso aliento y su torva mirada mientras el gato del Bosque Oscuro la examinaba de arriba abajo.

Estrella Rota lo apartó de un empujón.

—Déjala en paz, Gusanero. —Luego miró alrededor y llamó a otro gato con la cola—. Ven aquí, Hormiguero. —Cuando tuvo delante al guerrero marrón, Estrella Rota se volvió hacia Espinela—. Una vez peleaste contra Hormiguero y perdió él. ¿Puedes vencerlo de nuevo?

La joven tragó saliva a duras penas. Sabía exactamente lo que quería decir Estrella Rota.

«Esta vez sólo podrá sobrevivir uno de los dos —pensó mirando a Hormiguero, que ya estaba erizando el pelo del cuello, preparándose para el combate—. Ya está muerto... Ya está muerto... —se recordó a sí misma desesperadamente—. Si lo mato aquí, no es como matarlo de verdad...»

Además, probablemente Hormiguero estaría mejor marchándose para siempre de aquel espantoso lugar. Así no tendría que enfrentarse a la batalla final.

«Era un buen gato cuando lo conocí. ¿Cómo se sentiría si tuviera que atacar a sus antiguos compañeros de clan?»

Por el bien del Clan del Trueno, por el bien de todos los clanes del lago, Espinela sabía que tenía que ganar aquella pelea. Respiró hondo. «¡Clan Estelar, ayúdame!»

Haciendo acopio de todas sus fuerzas, de todos los movimientos de combate que había aprendido en su vida y de sus últimas reservas de valor, Espinela saltó hacia Hormiguero. Él se alzó sobre las patas traseras para recibirla y, cuando ella chocó contra su barriga, el gato la aferró por los hombros y le clavó profundamente las garras en la piel. El olor caliente de su propia sangre atravesó la garganta de Espinela, pero la joven guerrera se dejó caer hacia atrás, arañó al guerrero en la barriga con las zarpas traseras y sintió una satisfacción salvaje al arrancarle mechones de pelo marrón.

Hormiguero se apartó con un alarido, pero, cuando Espinela intentó incorporarse, la embistió y la derribó de nuevo propinándole un zarpazo en el costado.

«¡Es mucho más fuerte y rápido que antes! —pensó la joven mientras luchaba contra el pánico—. Probablemente no ha hecho otra cosa que entrenar desde que murió. ¿Y si no puedo vencerlo?»

En medio de los veloces manotazos del guerrero, Espinela le atrapó la cola y la mordió con fuerza. Él soltó un aullido y empezó a patear el aire mientras intentaba liberarse, perdiendo ímpetu poco a poco. La joven guerrera lo soltó de un salto y se agazapó a un zorro de distancia para recuperar el aliento. Hormiguero estaba tirado en el suelo delante de ella, agitando las patas mientras trataba de levantarse. Parecía derrotado. Reuniendo todas sus fuerzas, la joven guerrera del Clan del Trueno saltó para el golpe final, pero, justo en ese instante, el gato se revolvió, esquivó el golpe y aterrizó en su lomo aplastándola con todo su peso. Pegó su cara a la de Espinela, con colmillos y ojos destellantes.

—No puedo creer que hayas picado con un truco tan viejo, apestosa bola de pelo —bufó.

Por un momento, Espinela se quedó inmóvil, incapaz de reunir más fuerzas. Sus heridas ardían de dolor, y la sangre se le metía en los ojos...

Pero cuando reparó en que los líderes la observaban con curiosidad y sin ninguna preocupación, como si en realidad les diera igual quién ganara, la joven guerrera recordó todo lo que dependía de su victoria y se hizo a sí misma una promesa absurda: «Si gano esta pelea, entonces los clanes ganarán la batalla final...»

Vio fugazmente a su hermana, Ala de Tórtola, a Estrella de Fuego y a todos sus compañeros de clan, y de esas imágenes surgió una oleada de fuerza que llegó hasta sus garras... Un segundo después, Espinela se impulsó hacia arriba, quitándose a Hormiguero de encima, y, antes de que el guerrero recuperara el equilibrio, la gata aterrizó sobre él aplastándolo contra el suelo.

Y entonces alzó una zarpa, lista para rajarle la barriga de la garganta a la cola.

El miedo brotó en los ojos de Hormiguero, pero Espinela apartó la vista. Era demasiado tarde para echarse atrás... y demasiado tarde para salvar a Hormiguero de la batalla final de ninguna otra forma. La guerrera del Clan del Trueno lanzó el zarpazo y notó cómo brotaba la sangre caliente entre sus almohadillas. Hormiguero sufrió un espasmo y luego se quedó muy quieto. Su contorno tembló, como si estuviera bajo el agua. Después, Espinela se dio cuenta de que podía ver la hierba mustia de debajo de su cuerpo y un charco de color rojo oscuro extendiéndose más y más...

Poco a poco, Hormiguero se fue volviendo más pálido cada vez, y su piel, transparente, hasta que fue apenas una sombra en el suelo del claro. Espinela parpadeó, y, de repente, el guerrero que unos segundos antes había estado bajo sus patas había desaparecido. Sólo quedaba su sangre tiñendo la fría tierra húmeda, pero incluso eso se estaba desvaneciendo.

«¿He hecho lo correcto?», se preguntó la joven, aturdida de espanto.

Estrella Rota se acercó a ella.

—Eres una guerrera del Bosque Oscuro, de eso no cabe la menor duda — le dijo al oído con su áspera voz.

Espinela tuvo que tensar hasta el último de sus músculos para no apartarse de él. «¡Eso es lo peor que podría decirme nadie!»

—Y, ahora, ¿me contaréis por fin cuándo será la batalla final y me dejaréis luchar a vuestro lado? —maulló procurando sonar impaciente.

Estrella Rota parpadeó.

—Es posible.

—Pero ¡acabo de demostraros mi lealtad! —protestó la joven.

El guerrero oscuro dio media vuelta para irse y, mientras se alejaba, miró por encima del hombro y gruñó:

—Supongo que ya eras leal, ¿no?

Espinela se lo quedó mirando.

—Buena pelea —le dijo Alcotán, que acababa de aparecer a su lado. Sonaba impresionado, y a la joven le pareció ver un destello de miedo en sus ojos azul hielo—. Te has ganado tu lugar entre los guerreros —continuó—. Si quieres saber algo, pregúntamelo a mí. Puedo ver cuánto significa todo esto para ti. —Y, señalando con la cola el lindero del claro, añadió—: Ahora, ve a entrenar con algunos de los aprendices.

Alcotán se marchó también, y Espinela comenzó a restregarse las patas en la hierba para librarse de la sangre de Hormiguero. La mancha del suelo ya se había esfumado, pero la gata se preguntó si alguna vez llegaría a quitarse del pelo el hedor de la muerte del guerrero.

Al cabo de un instante reparó en que se acercaba otro gato, y al levantar la vista descubrió que se trataba de Ventolero. El guerrero del Clan del Viento la estaba mirando horrorizado.

—¿Qué le ha pasado a Hormiguero? —susurró—. ¿Lo... lo has matado otra vez?

Espinela deseaba decirle que se había visto obligada a hacerlo, que sólo lo había hecho por el bien de los clanes —«¡Y lo he salvado de algo peor!»—, pero sabía que los líderes del Bosque Oscuro la seguían observando. Podía notar en la piel sus penetrantes miradas.

—Era necesario —respondió encogiéndose de hombros—. Al final, mi lealtad era más grande que la suya.

Ventolero dio un paso más y se plantó ante ella.

—Puede que aquí estemos en el mismo clan, pero yo nunca seré tu compañero en los clanes —gruñó—. Tarde o temprano, recibirás tu castigo por esto. Espera y verás.

Espinela sintió en el estómago el peso de una fría piedra de temor. Sabía que Ventolero hablaba muy en serio, pero era demasiado tarde para traer a Hormiguero de vuelta.

Y era demasiado tarde para que ella se escondiera de lo que había hecho. Había quebrantado el código guerrero al matar a otro gato... y ahora tenía que convencerse de que era lo correcto.

«Todos los sacrificios que hago son por el bien de mi clan... y por el bien de los demás clanes del lago. Aunque eso signifique sacrificarme a mí misma.»



19

Leonado traspasó el túnel de espinos y se encaminó hacia el bosque, con las orejas plantadas por si había intrusos. Lo seguían Pinta y Raposo, y Carbonera cerraba la marcha. Mientras guiaba a la patrulla hacia la orilla del lago en la que desembocaba el arroyo fronterizo con el Clan del Viento, Leonado oyó el murmullo de una conversación a sus espaldas.

—¿Quién habría pensado que fue Carrasca la que mató a Cenizo? —susurró Pinta—. ¿No te parece horrible? ¿Cómo pudo mantenerlo en secreto?

—Bueno, te recuerdo que se marchó muy poco después de que eso ocurriera... —señaló Raposo—. ¿Crees que fue valiente o una cobarde al huir de esa forma?

Pinta tardó unos segundos en responder.

—Debe de haber sido valiente, porque ha vuelto...

Enmudeció cuando Leonado se giró de golpe, mirándolos ceñudo. Pinta intercambió una breve mirada con Raposo antes de darse un par de lametones en el pecho, azorada.

«Ahora ya recordáis que Carrasca es mi hermana, ¿no?», pensó Leonado, pero no dijo nada.

Cuando llegaron a la frontera del Clan del Viento y fueron arroyo arriba, Pinta y Raposo ya estaban completamente concentrados y alertas. Movían las orejas, miraban de un lado a otro de la vegetación y mantenían la boca abierta para captar el más mínimo rastro del Clan del Viento en el territorio del Clan del Trueno. Leonado los miró con aprobación, pero no pudo evitar reparar en lo distraída que parecía Carbonera, que trotaba tras ellos como si no estuviera viendo ni oliendo nada. Cuando el guerrero avisó a los demás de que había una zarza rastrera en mitad del camino, Raposo pasó el mensaje, y aun así Carbonera se enredó con el zarcillo.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Leonado.

—¡Estoy perfectamente! —le soltó la guerrera liberándose de un tirón y dejando atrás mechones de pelo.

Al guerrero le sorprendió su tono cortante, nada habitual en ella. Durante unos segundos, deseó que le hubieran asignado una patrulla distinta, incluso que le hubiesen ordenado ir a por musgo para el lecho de los veteranos. Pero su preocupación por Carbonera superó rápidamente la breve incomodidad que le había provocado. Si la joven guerrera se estaba comportando así, estaba claro que algo iba mal.

Siguieron subiendo arroyo arriba, y poco después Leonado advirtió que Carbonera se había alejado de la frontera casi sin darse cuenta. Estaba metida hasta la barriga entre unas matas de hierba alta, con los ojos dilatados y la mirada ensimismada. El joven guerrero dejó que los demás se adelantaran y se acercó a ella.

—¡Patrulla del Clan del Viento a la vista! —siseó.

La gata reaccionó de inmediato, mirando alrededor con el pelo del cuello erizado.

—¿Dónde?!

—En ninguna parte —maulló él—. Sólo estaba poniéndote a prueba para ver si seguías despierta.

A Carbonera se le erizó el pelo todavía más.

—Tú no eres mi mentor —gruñó—. No tienes que ponerme a prueba.

Leonado abrió la boca para decirle que eso no era del todo cierto, pero guardó silencio al ver la furia en sus ojos azules y siguió andando.

Al menos Carbonera parecía haberse concentrado por fin.

Para cuando alcanzaron la parte del territorio en la que emergían los túneles, no habían captado ni rastro del Clan del Viento ni de Solo. Sin decirles nada a los demás, Leonado se escabulló brevemente para inspeccionar las entradas de los túneles. «No hace falta contarle a todo el mundo dónde están. Algunos podrían ser lo bastante descerebrados como para organizar un ataque al Clan del Viento desde aquí...»

Mientras olfateaba los agujeros, pensó en Cola Brecina y se preguntó si la guerrera sabría lo del complot de Solo. ¿Usaría ella su conocimiento de los túneles para ayudar en el ataque de su clan? ¿Le quedaba una pizca siquiera de lealtad hacia Leonado o se complacería en hacerle daño al Clan del Trueno porque la amistad que ellos dos compartían se había transformado en polvo?

Al regresar junto a su patrulla, Leonado miró a Carbonera con un suspiro. «¿Por qué las relaciones tienen que ser tan complicadas?»

El sol estaba llegando a su cenit cuando la patrulla regresó al campamento sin nada de lo que informar. Cuando ya tenían la hondonada a la vista, oyeron alaridos y lamentos procedentes del claro.

—¡Algo pasa! —gritó Leonado.

Con su patrulla pisándole los talones, el guerrero corrió hacia la entrada. «¿Acaso el Clan del Viento nos está atacando? ¿Justo ahora, cuando todas las patrullas están fuera y el campamento está casi vacío?»

Cuando atravesaron el túnel de espinos, sin embargo, no vieron a ningún miembro del Clan del Viento, sino a unos cuantos gatos del Clan del Trueno apiñados en un círculo desigual en el centro del claro. Leonado se abrió paso entre Dalia y Fronda para ver qué ocurría. En medio del círculo estaban Ratonero y Grosellina, tirados en el suelo, retorciéndose de dolor, sacudiendo las patas y con la cola enroscada de sufrimiento. Los dos tenían espuma en la boca y los ojos vidriosos.

—¿Qué ha sucedido? —quiso saber el guerrero.

—No lo sé —respondió Rosella con los ojos dilatados de miedo—. Han vuelto hace un rato y se han derrumbado sin más.

—¡Mi hijo! —susurró Dalia mirando angustiada a Ratonero.

Fronda la consoló posando la cola en su lomo.

—Nos... dolía la barriga —explicó Ratonero con voz estrangulada—. Creo que... el ratón que Grosellina y yo compartimos anoche estaba... un poco pasado.

—¡Me duele! —se quejó la pequeña alargando una pata indefensa hacia su madre, como suplicándole que la ayudara.

—¿Dónde está Glayo? —gruñó Leonado.

—En el bosque —maulló Jerbito mirando horrorizado a su hermana—. Se ha ido con Centella a inspeccionar las hierbas que cultiva.

—Ve a buscarlo —le ordenó Leonado—. Y mira primero en la antigua vivienda de los Dos Patas.

Jerbito asintió y salió disparado; parecía aliviado de poder hacer algo. Leonado vaciló, no muy seguro de qué más podía hacerse.

Estuvo a punto de perder el equilibrio cuando Hojarasca Acuática apareció de pronto y lo apartó de un empujón.

—¿Qué habéis comido? —quiso saber la gata inclinándose sobre Grosellina.

—Ratonero dice que anoche compartieron un ratón un poco pasado —le explicó Leonado.

Hojarasca Acuática le lanzó una mirada.

—Un ratón no debería provocar una reacción como ésta... —Estaba tensa, pero parecía controlar la situación. Sus habilidades de curandera habían resurgido para atender la emergencia.

—No queríamos... molestar a Glayo. Hemos comido un poco de perejil para curarnos el dolor de barriga... —logró decir Ratonero a duras penas, apretando los dientes.

—¿Perejil? —Hojarasca Acuática se inclinó a olfatear la espuma que tenía Grosellina en la boca—. Esto no huele a perejil..., sino a cicuta.

—¿Es algo malo? —le preguntó Leonado, a pesar de que ya sabía la respuesta.

—No hay nada más venenoso en todo el bosque, excepto las bayas mortales —respondió la gata—. Necesito hierbas para provocarles el vómito.

A pesar de sus palabras, no se dirigió hacia la guarida del curandero. En vez de eso, le sujetó las patas a Grosellina tratando de impedir que pataleara desenfrenadamente.

—¿Qué estás haciendo? —bufó Rosella.

—Tienen que mantenerse inmóviles —respondió Hojarasca Acuática—. Si se revuelven de esta manera, podrían ahogarse con su propia lengua.

Entendiendo el peligro al instante, Leonado corrió hacia Ratonero e intentó inmovilizarlo. El guerrero sacudía las patas de dolor y acabó

arañando a Leonado. A Hojarasca Acuática también le estaba costando controlar a Grosellina, y, aunque sus movimientos eran firmes y seguros, su expresión era de temor.

—¡Raposo, ayúdanos con esto! —exclamó Leonado.

Al llamar a su compañero de clan, el guerrero reparó en que Carbonera acababa de entrar también en el campamento. Estaba mirando horrorizada a los gatos enfermos, como si no soportara verlos, pero no pudiera despegar los ojos de ellos.

De repente, pasó junto a Leonado a toda velocidad.

—Yo traeré las hierbas —maulló dirigiéndose a la guarida de Glayo.

Hojarasca Acuática levantó la vista.

—Necesitamos...

—Ya lo sé —la interrumpió Carbonera mirando atrás mientras desaparecía por la cortina de zarzas.

Raposo ayudó a Hojarasca Acuática con Grosellina mientras Pinta se unía a Leonado para sujetar a su hermano. El guerrero la derribó de una patada con una de sus sacudidas, pero ella se levantó y lo agarró de nuevo.

Carbonera regresó al cabo de unos segundos con un fardo de milenrama, que dejó junto a Hojarasca Acuática. Luego se volvió hacia Leonado.

—Sujétale la cabeza a Ratonero —le ordenó secamente—. No, así no..., que le tapes la boca con la pata. Necesito que lo sujetes de modo que yo pueda meterle la milenrama en la boca.

Leonado se la quedó mirando.

—¿Dónde has aprendido todo eso?

—¡No podemos perder el tiempo con tonterías! —le soltó ella colocándole bien la pata de un manotazo—. Haz sólo lo que te digo.

Mascó un bocado de hierbas y luego metió la pulpa entre los dientes de Ratonero. Después se puso a amasarle la barriga con firmeza, como haría

un cachorrito para conseguir leche de su madre. A su lado, Hojarasca Acuática estaba haciendo exactamente lo mismo con Grosellina.

Carbonera levantó la vista para comprobar qué estaba haciendo la antigua curandera.

—Ejerce más presión un poco más arriba —le ordenó.

Para sorpresa de Leonado, Hojarasca Acuática asintió. La gata tenía los ojos un poco más dilatados de lo habitual, pero no se paró a preguntarle a Carbonera por qué de repente le decía lo que debía hacer.

«¿Qué está pasando, en el nombre del Clan Estelar? —se preguntó Leonado—. ¿Carbonera ha estado entrenando en secreto para ser curandera? ¿Por qué haría algo así?»

Al cabo de unos segundos, los dos enfermos empezaron a vomitar unas babas malolientes.

—Eso está muy bien... —le dijo Carbonera a Ratonero, acariciándolo mientras él vomitaba penosamente—. Enseguida te sentirás mejor.

A una cola de distancia, Hojarasca Acuática estaba reconfortando a Grosellina. La joven aprendiz parecía agotada y completamente abatida.

—¿Seguro que se pondrá bien? —quiso saber Rosella angustiada, inclinándose sobre su hija.

—Se pondrá bien —le confirmó Hojarasca Acuática.

—¡Gracias al Clan Estelar! —exclamó Dalia.

Mientras todos los gatos se relajaban al ver que la crisis había pasado, Leonado miró con atención a Carbonera. Su expresión parecía haber cambiado, aunque le resultaba difícil explicar de qué modo exactamente. El color, la forma y el tamaño de la guerrera seguían siendo los mismos, pero los ojos no eran los ojos de la gata que él conocía y amaba.

Dejando a Grosellina con su madre, Hojarasca Acuática se acercó para ver cómo estaba Ratonero.

—¿Has estado entrenando a Carbonera? —le murmuró Leonado a la gata.

—No, no, en absoluto —le respondió ella en un susurro, aunque algo impenetrable empañaba sus ojos.

—Entonces ¿cómo es que sabe todas esas cosas? —quiso saber el guerrero levantando la voz—. ¡No lo entiendo!

—A mí no me importa —intervino Pinta— mientras esto le salve la vida a Ratonero.

Carbonera miró a Hojarasca Acuática con un mundo de tristeza en los ojos.

—Entonces ¿ya lo sabes? —le preguntó Hojarasca Acuática.

La guerrera gris asintió.

—Sí, ya lo sé.

Leonado oyó pasos a sus espaldas. Glayo estaba cruzando el claro seguido de Centella. Los dos llevaban fardos de hierbas en la boca.

—¿Qué está pasando? —maulló el curandero, con la voz amortiguada por las hojas que sujetaba.

Tan brevemente como pudo, Leonado le contó que Ratonero y Grosellina se habían envenenado con cicuta.

—Entonces, Hojarasca Acuática...

—Esto es lo que trae la idea de Estrella de Fuego de enseñar algo de hierbas al clan —lo interrumpió el curandero examinando a toda prisa a los intoxicados—. Si estos dos no hubieran creído que podían curarse solos, esto no habría sucedido. Se pondrán bien —añadió rezongando—. Raposo, Pinta, ayudadlos a ir hasta mi guarida.

—Carbonera ha sabido qué hacer exactamente —maulló Hojarasca Acuática mientras los enfermos se marchaban temblorosos, apoyándose en Raposo y Pinta.

Glayo giró en redondo, con los ojos desorbitados por la conmoción.

—¿Qué?

Carbonera se encaró a él sin amilanarse.

—¿Cómo iba a quedarme a un lado sin hacer nada sabiendo lo que sé ahora?

—¿Qué es lo que has hecho? —le siseó Hojarasca Acuática a Glayo—. Creía que habíamos acordado dejarla vivir en paz.

—Carbonera se merecía saber la verdad —gruñó el curandero—. Era... necesario. Tenía que saber que el Clan Estelar había escogido un nuevo destino para ella.

Leonado sintió que el suelo se balanceaba bajo sus patas. «¿El destino de Carbonera? ¿De qué están hablando?»

Carbonera dio un paso hacia Glayo y Hojarasca Acuática y entornó los ojos:

—Todavía sigo aquí, ¿sabéis?

—Lamento que lo hayas descubierto —le dijo Hojarasca Acuática fulminando con la mirada al curandero—. Creía que habíamos acordado no contártelo...

En los ojos azules de la guerrera se encendió una llama de furia.

—¿Y dejarme vivir en la ignorancia de quién soy realmente? ¡No teníais ningún derecho a hacer algo así!

—Pero... esto lo cambia todo, Carbonera —maulló Hojarasca Acuática, con la cola gacha—. Y antes estaba todo bien...

—¡Antes todo era una mentira! —la joven gata elevó la voz en un lamento—. Si de verdad quería darme una segunda oportunidad, el Clan Estelar debería haberme privado de esos recuerdos. Pero ahora no puedo olvidar, no puedo detener los recuerdos que me llenan la mente.

—Carbonera, yo... —empezó Hojarasca Acuática.

—¡Conozco todos los senderos del viejo bosque! —le soltó la gata, erizando el pelo—. Conozco las Rocas de las Serpientes y las Rocas Soleadas. Recuerdo las Asambleas en los Cuatro Árboles. Recuerdo ayudar a venir al mundo a unos cachorros cuando era la aprendiz de Fauces Amarillas, pero ser incapaz de salvar a su madre... ¿Tienes idea de cómo me afecta eso? Recuerdo que me vi obligada a engañar a mi clan cuando intentaba salvar a unos gatos enfermos del Clan de la Sombra. Recuerdo... —Se le quebró la voz—. Lo recuerdo todo.

Hojarasca Acuática le puso la cola en el lomo y, por unos segundos, la guerrera gris no se movió.

—Jamás pretendí que te sintieras así —murmuró Glayo—. Sólo quería que supieras lo que el Clan Estelar había hecho por ti.

—Pero yo no puedo evitar sentirme así... —replicó Carbonera—. No puedo olvidarme de mi antigua vida, cuando era Carbonilla.

Mientras escuchaba, Leonado se había sentido como un cachorrito debatiéndose en un arroyo desbordado, sin nada sólido a lo que aferrarse.

Pero, al oír esas últimas palabras, fue como si sus patas hubieran tropezado contra el fondo dejándolo completamente aturdido.

«¿Carbonera fue... Carbonilla? ¿Cómo es posible eso?»

—Ahora ya no sé quién soy... —continuó la guerrera con la voz temblorosa de pesar—. Durante todo este tiempo... ¿no he sido más que el eco de una gata muerta?

—No —respondió Hojarasca Acuática con dulzura, aunque su voz estaba llena de convicción—. Tú eres mucho más que eso, Carbonera.

La joven gata se separó de golpe y se revolvió para enfrentarse a ella, agazapándose como si estuviera a punto de saltar sobre una presa.

—¡No te creo! —bufó.

Y, sin darle a Hojarasca Acuática la oportunidad de decir nada más, salió disparada, cruzó el claro y desapareció por la barrera de espinos.

—Yo me encargaré de ella —maulló Leonado.

Glayo asintió.

—Te acompañaré.

—No. —Leonado lo fulminó con la mirada sintiendo cómo crecía la rabia en su interior. «¡Tú lo has sabido desde siempre y no me lo habías dicho!»—. Iré yo solo.

—Vale, vale, no te sulfures... —masculló Glayo—. Ya me contarás lo que pasa.

—¡Y sé amable con ella! —le aconsejó Hojarasca Acuática mientras Leonado se alejaba.

Una vez en el bosque, el joven guerrero siguió el rastro oloroso de Carbonera. La gata parecía haber salido a ciegas de la hondonada, atravesando la vegetación y dejando mechones de pelo gris en los zarcillos que cruzaban el camino. Leonado la encontró poco después debajo de un avellano lleno de hojas, destrozando una ramita con las garras.

—Necesitarás habilidades de curandera para arreglar eso —bromeó Leonado mientras pasaba por debajo de las ramas del avellano para sentarse junto a ella.

—¿En serio? —En sus ojos azules había una desdicha desesperada—. Pues qué suerte tengo, ¿no?

Leonado comprendió que su comentario no había sido muy afortunado.

—Lo siento. Yo también odio todo esto, por nosotros dos...

En los ojos de la gata, la rabia pareció diluirse poco a poco.

—Ya no sé quién soy, Leonado... —maulló finalmente.

—Tú eres Carbonera —le aseguró él tocándole la oreja con la nariz—. Siempre lo has sido.

—No, no siempre... —respondió ella parpadeando con tristeza—. Una vez fui Carbonilla. Y ya he recorrido este camino en otro tiempo, paso por paso.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Leonado, confundido—. Ahora eres guerrera, no curandera.

—No sé qué soy —insistió ella dándole un último zarpazo a los restos de la ramita—. Pero lo que quiero decir es que... estuve enamorada de un gato al que no podía tener. —Se le empañaron los ojos—. Pobre Carbonilla —susurró—. Le arrebataron tantas cosas...

Leonado se estremeció. «No puedo más. Todo esto es demasiado para mí...»

—Hablares más tarde —dijo en un susurro, y salió de debajo del avellano para encaminarse al lago.

Al llegar a la orilla, se sentó, mirando más allá de las agitadas aguas grises. «¡Qué suerte tienen los demás! —pensó malhumorado imaginándose la vida de los clanes que se desarrollaba alrededor del lago—. ¡Ellos no están enredados en una estúpida profecía ni con el hecho de que una gata vuelva a la vida!»

—No sé qué hacer —susurró.

No estaba seguro de cuánto tiempo llevaba sentado junto al agua cuando oyó unos pasos que se aproximaban. Con la esperanza de que Carbonera hubiera ido en su busca, se giró y vio que Esquiruela estaba bajando por la orilla hacia él.

—Hola —lo saludó la gata sentándose a su lado—. ¿Quieres que hablemos?

Esquiruela era el último miembro del Clan del Trueno al que Leonado habría escogido para desahogarse, pero sus turbulentas emociones no le permitieron quedarse callado.

—¡Es muy injusto! —estalló—. No sólo para mí, sino también para Carbonera. Ella quería ser guerrera, pero ahora está convencida de que tiene que ser curandera porque otra gata lo fue antes.

Esquiruela asintió.

—Todas las gatas merecen encontrar la felicidad como pareja y como madre. Yo no cambiaría nada de mi vida...

Leonado se puso tenso y hundió las garras en el suelo. Sabía lo que deseaba decir, pero las palabras se le atascaban en la garganta como un trozo de carne dura, y resultaba muy difícil sacarlas.

—Fuiste una buena madre... —admitió al cabo, pensando con nostalgia en los días en que era un joven aprendiz, cuando sus hermanos y él creían que Esquiruela y Zarzoso eran sus verdaderos padres. La tensión de sus músculos se relajó al librarse del viejo rencor—. Deberías tener hijos con Zarzoso.

—Eso no va a pasar... —suspiró la gata, y más briosamente añadió—: ¡Y quizá sea mejor que no llegara a pasar! Pero yo os amaba a tus hermanos y a ti tanto como si os hubiera dado a luz yo misma, y me parte el corazón verte tan triste.

Leonado se volvió hacia ella, encontrándose con sus brillantes ojos verdes.

—Yo creo que Carbonera está más triste que ninguno de nosotros —maulló.



20

—¡Que todos los gatos lo bastante mayores para cazar sus propias presas vengan aquí, bajo la Cornisa Alta, para una reunión del clan!

Al oír la voz de Estrella de Fuego, Ala de Tórtola pegó un salto junto al montón de la carne fresca y miró hacia la Cornisa Alta. El líder del clan estaba sentado allí arriba, con Zarzoso a su lado.

Aunque se hallaban en plena estación de la hoja verde, el cielo estaba cubierto de nubes. Una brisa fresca y constante susurraba entre los árboles de lo alto de la hondonada y alborotaba el pelo rojizo de Estrella de Fuego. Para Ala de Tórtola, el murmullo de las hojas era como una reverberación de los murmullos de los gatos del Clan del Trueno. Apenas necesitaba usar sus sentidos especiales para enterarse de los chismorreos.

—¿Has oído que antes Carbonera era Carbonilla?

—¡Sí! ¡Y Glayo y Hojarasca Acuática lo han sabido siempre!

—No puedo creer que Acedera no se haya dado cuenta. Ella era muy buena amiga de Carbonilla, ¿no?

—Las dos gatas se parecen un poco, pero... ¡qué raro que Carbonera sepa todas esas cosas de curandera!

Ala de Tórtola cerró sus sentidos para bloquear los susurros de sus compañeros de clan.

—Esta reunión debe de ser por el Clan del Viento —le dijo a su hermana notando que se le aceleraba el pulso por la expectación.

Espinela engulló su último bocado de mirlo y luego se dirigió hacia la Cornisa Alta. Se movía con torpeza, y Ala de Tórtola supuso que la habían herido en el Bosque Oscuro, aunque, como de costumbre, ella se negaba a hablar de eso. Raposo, Jerbito, Rosada y Pinta fueron a sentarse junto a ellas mientras Manto Polvoroso, Látigo Gris y Mili se acomodaban a un par de colas de distancia. Ratonero y Grosellina salieron con patas temblorosas de la guarida del curandero para unirse a los demás y se dejaron caer al lado de Rosella y Bayo. Glayo y Gabarda se quedaron junto a la cortina de zarzas.

—Todo esto es un poco raro, ¿no crees? —masculló Ala de Tórtola mientras aparecían más gatos desde la guarida de los guerreros—. Carrasca ha vuelto, Carbonera es una gata a la que todo el mundo creía muerta...

—Y encima curandera —añadió Espinela—. Con todos los recuerdos y todas las habilidades de Carbonilla.

Pinta se inclinó hacia ellas.

—¿Significa eso que ahora tenemos dos curanderos? —susurró.

—Supongo que sí —maulló Ratonero.

Espinela sacudió la cabeza.

—Sí, todo esto es muy raro... ¡Carbonera fue mi mentora!

—Y ahora mismo lo que necesitamos son guerreros, y no otra curandera, ¿no creéis? —preguntó Raposo.

—¡Ya basta! —gruñó una voz huraña tras ellos.

Ala de Tórtola estaba tan absorta charlando con sus compañeros de clan que no había reparado en que Fronde Dorado se había unido al grupo. El guerrero le dio un coletazo a Raposo en las orejas.

—Estrella de Fuego está esperando para poder hablar.

Mientras las conversaciones se apagaban, Ala de Tórtola vio a Carrasca sola en un extremo; parecía inquieta y cohibida.

«También ha habido muchos chismorreos sobre ella —pensó la joven—. Y si han disminuido es sólo porque ahora hay otra cosa de la que hablar...»

Al principio, Ala de Tórtola había intentado evitar a Carrasca tras su regreso. No se sentía muy cómoda estando cerca de alguien que había matado a un compañero de clan, aunque hubiera sido de forma accidental. Pero en ese instante sintió una punzada de compasión por la gata negra.

«Quizá Estrella de Fuego tenga razón y Carrasca ya ha recibido suficiente castigo por no contar lo sucedido en su momento. Después de todo, nadie está culpando a Zarzoso, ¡y él vio lo que ocurrió!»

Estaba a punto de ir a sentarse junto a Carrasca, para darle su apoyo, cuando vio que una gata salía de la guarida de los guerreros; era Carbonera. La gata gris fue directa hasta Carrasca y, sin decir nada, inclinó la cabeza hasta que sus orejas se tocaron.

—Por lo que veo, los dos bichos raros han hecho buenas migas —comentó Raposo.

—¡Basta! —bufó Mili—. ¡No hables de ese modo de tus compañeras de clan!

Raposo agachó la cabeza, avergonzado.

—Carbonera era la mejor amiga de Carrasca antes de que ella... se fuese —continuó Mili—. Y ahora tienen algo en común, un gran secreto desvelado. Deberíamos tratarlas con amabilidad, nada más.

—Bueno, Mili, tú debes de saber cómo es sentirse el bicho raro... Como fuiste minina casera y todo eso...

Ala de Tórtola miró alrededor para localizar el origen de ese susurro, pero no logró identificarlo. «Cuántos rumores y secretos», pensó estremeciéndose mientras se preguntaba qué más cosas podrían salir a la

luz. Entonces se fijó de nuevo en Espinela, que estaba doblando una de sus patas delanteras como para comprobar su fuerza. «No cabe duda de que es una herida del Bosque Oscuro —se dijo—. Ese secreto hay que mantenerlo oculto pase lo que pase...»

Estrella de Fuego se puso en pie.

—Tengo noticias muy serias —empezó—, y he decidido compartirlas con el clan después de debatirlo con Zarzoso y los guerreros más experimentados. Sé que todos sentís curiosidad por las patrullas extra y por la prohibición de cazar a lo largo de la frontera del Clan del Viento. Parece que Solo nos ha traicionado; está planeando un ataque con gatos del clan vecino.

—¿Qué? —chilló Musaraña tratando penosamente de ponerse en pie. La veterana estaba sentada en la entrada de su guarida, al lado de Puma—. ¿No os había dicho yo que ese gato sólo traía problemas?

Varios gatos más se habían puesto en pie soltando alaridos de conmoción y desafío. Ala de Tórtola se volvió hacia los gatos que había oído conspirando con Solo y se fijó en que Pinta y Rosada intercambiaban miradas horrorizadas, mientras que Floresta se había quedado boquiabierta de espanto.

Ratonero, por su parte, se levantó de pronto.

—¡Es un sarnoso traidor! —aulló.

Ala de Tórtola lo miró entornando los ojos. «Puede que estés tan furioso como parece, Ratonero —pensó—, y puede que no. Pero será mejor que no des un paso en falso, porque te estaré vigilando.»

—¡Menudos descerebrados! —masculló Espinela con una mirada glacial—. Tienen suerte de que no le contáramos a Estrella de Fuego lo que oímos.

—Gracias al Clan Estelar, Solo se ha ido y no podrá volver a enredarlos en su juego —le respondió su hermana con un susurro.

Estrella de Fuego esperó a que cesara el alboroto.

—No puedo decir que me sorprendiera descubrir lo que estaba tramando Solo —continuó—. Explica por qué no ha aparecido por aquí en los últimos días.

—Será mejor que se mantenga lejos si sabe lo que es bueno para él —gruñó Espinardo.

—¡Tenemos que atacar al Clan del Viento ahora mismo! —gritó Nimbo Blanco erizando el pelo del cuello, y varios gatos más se unieron a él.

Ala de Tórtola casi esperaba que su clan saliera en estampida por la barrera de espinos y corriera a la frontera del Clan del Viento sin más discusión, y, aunque sabía que eso sería muy mala idea, sintió un cosquilleo en las zarpas, deseosa de ponerse en marcha.

Pero Estrella de Fuego exigió silencio levantando la cola. Poco a poco, los gritos se apaciguaron y los gatos volvieron a sentarse. Aun así, muchos de ellos seguían con el pelo del cuello erizado, y en sus ojos había un brillo hostil mientras arañaban la tierra.

—Todavía no estamos en guerra con el Clan del Viento —maulló el líder—. No tenemos forma de saber si Estrella de Bigotes está al corriente o si Solo está conspirando con unos pocos gatos de los que se ha hecho amigo. Y no vamos a hablar con Estrella de Bigotes de todo esto, porque no queremos darle la idea de atacar.

—Y entonces ¿qué vamos a hacer? —preguntó Manto Polvoroso, desafiante—. No podemos quedarnos sentados y esperar a ver qué ocurre.

—Por supuesto que no —respondió Estrella de Fuego—. Planearemos una batalla contra el Clan del Viento al completo, aunque es posible que nunca llegue a producirse. Esperaremos a que ellos vengan a por nosotros, porque somos más fuertes en nuestro propio territorio. Todos sabemos que al Clan del Viento no le gusta pelear entre árboles.

—¡Eso es cierto! —exclamó Betulón—. Nosotros podemos trepar a los árboles y saltarles a la cabeza, como hicimos contra el Clan de la Sombra.

—Y podemos preparar emboscadas desde la vegetación —añadió Tormenta de Arena—. Los gatos del Clan del Viento están acostumbrados a poder ver mucho trecho en todas las direcciones.

—Buenas propuestas —aprobó Estrella de Fuego inclinando la cabeza.

—¡No puedo creerlo! —le susurró Rosella a Bayo, a un par de colas de Ala de Tórtola—. ¡Ese pulgoso de Solo mintió incluso con lo de que había salvado a nuestros hijos!

Bayo asintió flexionando las garras.

—¡Cómo se atreve a traicionarnos..., la próxima vez que lo vea le arrancaré el pellejo!

—Yo sabía que no debíamos fiarnos de él otra vez —se sumó Látigo Gris, que también los estaba oyendo, con una expresión de satisfacción amarga—. Es un traicionero de la cola hasta las orejas.

Mientras hablaban, Zarzoso se había levantado para ir hasta el borde de la Cornisa Alta.

—Necesitamos patrullas fronterizas extra —anunció—. Tormenta de Arena, tú dirigirás una con Nimbo Blanco y Pinta, ¿de acuerdo? Látigo Gris, tú dirige la otra; Zancudo y Abejorro Negro irán contigo. No queremos buscar problemas, ¡así que nada de lavarse las patas en el arroyo!

—¡Como si fuéramos a hacerlo! —exclamó Ala de Tórtola con indignación mientras Espinela se daba unos lametazos en el pecho, un tanto azorada.

—Manto Polvoroso y Fronde Dorado —continuó Zarzoso—, quiero que encontréis la manera de bloquear la entrada de los túneles más cercanos al campamento. Tenemos que impedir que el Clan del Viento nos ataque en el corazón de nuestro territorio...

Carrasca se levantó de un salto.

—¡No las bloqueéis todas! —pidió.

Hubo respingos conmocionados, como si a algunos les costara creer que la guerrera exiliada se atreviera a interrumpir al lugarteniente del clan. Zarzoso pareció desconcertado, y se volvió hacia la gata negra erizando el pelo del cuello.

—¿Por qué no? —quiso saber.

—Es mejor que mantengamos a los gatos del Clan del Viento contenidos en un área pequeña cuando ataquen —explicó ella bajando la voz e inclinando la cabeza respetuosamente ante el lugarteniente—. Hay túneles en el borde de nuestro territorio que habría que taponar primero para evitar que los gatos del Clan del Viento nos rodeen.

Zarzoso parpadeó pensativo, recuperándose de la sorpresa y alisando el pelo del cuello.

—Entonces ¿qué túneles deberíamos bloquear?

—Si bajáis aquí, os lo mostraré —respondió la gata.

Mientras Zarzoso y Estrella de Fuego descendían por las rocas desprendidas, Carrasca usó la cola para despejar de hojas un trozo del suelo. Luego empezó a dibujar un plano con las uñas. Ala de Tórtola alzó el cuello con frustración, porque estaba demasiado lejos para verlo.

—Éstos son los túneles más lejanos —maulló Carrasca arañando la tierra—. Habría que taparlos en primer lugar.

Manto Polvoroso y Fronde Dorado se abrieron paso entre sus compañeros para poder verlo bien.

—Eso tiene sentido —admitió Manto Polvoroso.

—¿Y cuál es la mejor forma de obstruir las entradas? —preguntó Fronde Dorado.

—Utilizad piedras para bloquear la luz —contestó Carrasca.

A Ala de Tórtola le sorprendió su seguridad. «¡Lo tiene todo pensado!»

—Los palos dejarían pasar la luz, así que los gatos intentarían salir por ahí. Si usáis piedras, pensarán que es un pasaje sin salida —continuó Carrasca.

Acordándose de su experiencia en los túneles, Ala de Tórtola se estremeció al pensar en la idea de encontrarse con la oscuridad tras cada recodo. Al final tuvo que recordarse a sí misma que, en esos momentos, el Clan del Viento era su enemigo. «Nadie les ha pedido que ataquen. ¡No debería sentir ni una cola de ratón de compasión por ellos!»

—Carrasca —maulló Zarzoso—, ¿tú nos entrenarías en habilidades de combate apropiadas para los túneles, por si tenemos que luchar bajo tierra?

—Por supuesto que sí. Yo...

—¿Qué? —la interrumpió Zancudo adelantándose—. Entonces ¿Carrasca vuelve a ser guerrera sin más?

Zarzoso lo miró sin pestañear.

—¿Por qué no?

—Bueno... —Zancudo arañó el suelo—. Ha estado mucho tiempo fuera. ¿Y si se ha olvidado de todo?

Carrasca levantó la vista de su plano, erizando el pelo del cuello. Sus ojos verdes echaban chispas.

—¿Acaso crees que no he tenido que cazar mi propia comida mientras estaba fuera? —bufó—. ¿O defenderme, sin ayuda, de gatos descarriados o de zorros? Te aseguro, Zancudo, que mis habilidades están tan aguzadas como siempre.

—Igual que tu lengua —maulló Bayo entre dientes.

No hubo más interrupciones mientras Zarzoso organizaba las patrullas de caza y seleccionaba qué guerreros harían las prácticas de combate con Carrasca y cuáles ayudarían a Manto Polvoroso a bloquear los túneles más

lejanos. Hizo una pausa al llegar a Ala de Tórtola y Espinela, mirándolas de arriba abajo mientras sacudía la cola.

—Como las dos ya habéis estado bajo tierra —maulló el lugarteniente al cabo—, será mejor que aprendáis a cuidar de vosotras mismas como es debido. Podéis uniros al grupo de entrenamiento de Carrasca. Fronde Dorado —continuó girándose hacia el guerrero—, ve tú también con ellas; ya te ocuparás mañana de los túneles que queden por bloquear.

Las dos hermanas cruzaron el claro hasta donde esperaba Carrasca, a cuyo alrededor se reunieron también Fronde Dorado, Centella, Espinardo y Tordo.

—De acuerdo, vámonos —maulló la gata negra—. Escuchad atentamente todo lo que os diga, porque podría salvaros la vida.



21

Carrasca encabezó la marcha para salir del campamento y llevó a su patrulla por el empinado sendero que conducía a lo alto de la hondonada rocosa.

Abriéndose paso a través del sotobosque, se detuvo junto a un afloramiento rocoso.

—Esto está cerca del sitio donde encontré esas plantas de caléndula metidas en agua en lo alto de un árbol... —comentó Espinela, que caminaba junto a Ala de Tórtola. De pronto, la joven guerrera soltó un respingo y miró a Carrasca—. Espera... ¿fuiste tú quien las puso allí?

La gata negra asintió.

—¿Y la milenrama? —le preguntó Centella.

Ala de Tórtola notó que Carrasca no se sentía muy cómoda al ver que toda la atención se desviaba hacia ella.

—Recordad que fui aprendiz de curandera —masculló—. Sabía que podía ayudar, así que lo hice.

—Entonces ¿nos estuviste observando todo el tiempo? —murmuró Centella.

La guerrera se puso tensa.

—Tampoco... tampoco es que os estuviera espiando...

—No, claro que no. No te estaba acusando de espionaje, Carrasca. —Su amiga le puso la cola sobre el lomo—. Es que reconforta saber que no te olvidaste de nosotros.

—Jamás haría algo así.

Carrasca se dio una sacudida para alisarse el pelo y se metió entre las piedras. Al seguirla, Ala de Tórtola vio el agujero por el que su hermana y ella se habían aventurado al perseguir a Solo por los túneles.

—¿Quieres decir que vamos a meternos por ahí? —preguntó Espinardo agitando los bigotes con nerviosismo—. Eso no es natural. ¡No somos topos o zorros! ¡Los gatos no deberían estar atrapados dentro de un agujero!

Tordo lo apartó de un empujón.

—¡No estaremos atrapados, cerebro de ratón! ¡Vamos!

Antes de que Tordo se internara en la oscuridad, Fronde Dorado lo detuvo cruzando la cola ante la entrada.

—Espera un momento. No puedes correr hacia un posible peligro. —Olfateó con cautela las piedras que rodeaban el agujero—. Estas piedras podrían caer y bloquear la salida.

—Tienes razón, Fronde Dorado —coincidió Carrasca—, pero, si esas piedras cayeran, tampoco sería un desastre. Hay muchos más sitios por los que salir, y no olvides que yo conozco estos túneles a la perfección. —Retrocedió haciendo un gesto con la cola—. Todos debéis familiarizaros con este olor. No vamos a ir a ninguna parte hasta que todos estéis listos.

Mientras los demás se apiñaban alrededor del agujero, Tordo miró a Espinela y a Ala de Tórtola.

—Vosotras dos estáis muy calladas —señaló.

«Él no sabe que nosotras ya hemos estado ahí abajo —pensó Ala de Tórtola—. Y será mejor que no se entere. Si Estrella de Fuego supiera que

entramos en los túneles por nuestra cuenta, volveríamos a estar haciendo tareas de aprendizas antes de lo que se tarda en decir “ratón”.»

—Porque estamos muy concentradas —contestó en voz alta—. Queremos aprender a movernos por los túneles como es debido.

Espinela asintió.

—Exacto.

—Muy bien —continuó Carrasca cuando todos habían examinado la entrada—. Ahora bajaremos de uno en uno. Seguidme, y que ni se os ocurra siquiera intentar explorar por vuestra cuenta —añadió mirando con severidad a Tordo.

—Vale, vale —masculló él.

Carrasca encabezó la bajada a los túneles, seguida de Fronde Dorado y Centella. Ala de Tórtola se quedó rezagada para entrar la última, así podría usar sus sentidos para proteger la retaguardia en caso de que hubiera guerreros del Clan del Viento acechando en los túneles. Espinardo también estaba remoloneando, y la joven se dio cuenta de que no le hacía ninguna gracia internarse en la oscuridad.

—No pasará nada —le dijo mientras él vacilaba en la entrada.

El guerrero le lanzó una mirada torva y desapareció en el túnel. Probablemente no le gustaba mucho que lo tranquilizara una compañera de clan mucho más joven, sobre todo porque no sabía que ella ya tenía experiencia bajo tierra.

La luz de la entrada del túnel se desvaneció enseguida a sus espaldas. Ala de Tórtola avanzó en la oscuridad ajustando sus sentidos a un entorno tan poco familiar como aquél y recordando lo nerviosa que se había puesto la primera vez que recorrió aquel camino con Espinela. En esta ocasión, sin embargo, la tierra húmeda bajo sus patas y la sensación de rozar las paredes

no la alteraba tanto. Sin duda alguna porque Carrasca lideraba la marcha con seguridad.

De vez en cuando, oían su voz resonando por el pasaje.

—Vigilad dónde pisáis aquí; el suelo es bastante irregular.

Un poco más adelante, añadió:

—Esta parte es muy estrecha, pero no os agobiéis, no dura mucho.

Cuando el suelo empezó a inclinarse más pronunciadamente hacia abajo, Ala de Tórtola reparó en que Espinardo, delante de ella, empezaba a respirar con dificultad. El guerrero sacudía tanto la cola que le dio en la cara un par de veces.

«Se está asustando. Sé exactamente cómo se siente...»

De repente chocó contra el guerrero y se dio cuenta de que Espinardo estaba intentando retroceder.

—Tengo que salir de aquí —masculló.

—¡No... no puedes!

El túnel era tan estrecho que Ala de Tórtola estaba bloqueando la retirada de Espinardo.

Él comenzó a arañarla respirando agitadamente.

—¡Déjame salir! —exclamó con voz ahogada.

—¡Carrasca! —llamó la joven—. Espinardo necesita ayuda.

—¡Vale, ya voy!

En la oscuridad, Ala de Tórtola no podía ver nada, pero oyó protestas y bufidos de los otros gatos cuando Carrasca se abrió paso entre ellos para llegar junto a Espinardo.

—No te dejes llevar por el pánico —le dijo al guerrero con calma—. La oscuridad no puede hacerte daño. Ahora mismo no puedes ver, pero tienes otros sentidos, ¿recuerdas?

Sus palabras parecieron apaciguar a Espinardo, que poco a poco dejó de revolverse. Aunque Ala de Tórtola estaba lo bastante cerca de él como para notar cómo temblaba.

—Yo caminaré a tu lado —continuó Carrasca—. He vivido aquí abajo durante lunas y nunca me ha ocurrido nada malo.

El guerrero respiró hondo.

—De acuerdo —susurró—. Lo siento.

—¡Fronde Dorado! —llamó Carrasca—. ¿Puedes encabezar la marcha, por favor? Sólo tienes que continuar recto sin preocuparte de los pasajes laterales.

—De acuerdo —respondió la voz del guerrero.

El breve ataque de pánico de Espinardo había alterado a Ala de Tórtola, que empezó a sentirse incómoda, y a ser profundamente consciente del contraste entre la brillante y cálida luz del día y aquella fría oscuridad. Consiguió colarse entre los demás hasta quedarse entre Fronde Dorado y Espinela, y la cercanía de los dos guerreros la tranquilizó un poco. Fronde Dorado, en especial, era una presencia sólida y relajante que, al parecer, sentía demasiada curiosidad por los túneles como para tener miedo.

—¿Qué sostiene el techo? —preguntó el guerrero sonando impresionado—. ¿Y cómo se formaron estos túneles?

—Fue el agua —le contestó Carrasca desde el final—. Hay un río subterráneo y, cuando se desborda, los túneles se llenan de agua.

—¿No irán a llenarse ahora? —maulló un atemorizado Espinardo.

—No, claro que no —le explicó Carrasca—. Tiene que llover intensamente durante muchos días para que eso suceda. Si deslizáis una zarpa por la piedra, notaréis unas líneas parecidas a las ondas que produce el viento sobre la superficie del lago. Son de cuando los túneles fueron excavados por el agua.

Al alargar una pata para palpar los leves surcos, Ala de Tórtola se sintió extrañamente reconfortada. «La verdad es que Carrasca se siente como en su propia casa aquí abajo —pensó—. ¡Conoce cada detalle de estos túneles!»

—Yo creía que habíamos bajado para aprender a pelear —señaló Tordo mientras avanzaban.

—Y así es —contestó Carrasca—. Pero en estos túneles estrechos no podrías pelear ni contra un escarabajo. Cuando llegue la batalla, tendremos que enfrentarnos a nuestros enemigos en espacios más grandes. Los túneles son útiles para huir o para perseguir, pero no para combatir. Si lo intentas, es más probable que les des a las paredes que a tu contrincante.

—Perdón por preguntar —masculló Tordo.

Cuando el túnel se volvió un poquito más ancho, Carrasca se puso de nuevo en cabeza y giró por un pasaje lateral y serpenteante. Un poco más adelante, Ala de Tórtola se dio cuenta de que podía ver, muy tenuemente, la forma de los gatos que la precedían. Oyó el sonido de una corriente de agua y sintió un hormigueo en la piel al imaginar que eran engullidos por una inundación.

Al cabo de unos instantes, salieron a una cueva subterránea. Una grieta en el techo, muy por encima de sus cabezas, les daba la suficiente luz para verse unos a otros. Un río discurría por el centro de la caverna, y Carrasca lo señaló con la cola.

—¿Lo veis? Ahora estamos en la estación de la hoja verde, así que el nivel del agua está muy bajo. No hay nada de que preocuparse.

Pareció vacilar mientras los demás se apiñaban a su alrededor.

—Me pregunto qué es mejor... —murmuró, casi para sí misma—. ¿Ataque o defensa?

—¿Ni siquiera sabes eso? —le soltó Espinardo—. ¿Y para qué nos has hecho bajar hasta aquí?

Tordo lo miró con dureza, aunque no dijo nada.

—Aquí yo no necesitaba pelear —replicó Carrasca—. No tenía enemigos porque no veía a nadie.

«Debió de ser una vida muy solitaria», pensó Ala de Tórtola lanzándole una mirada compasiva.

—Pero tú sabes cómo moverte en la oscuridad y en espacios cerrados —maulló Fronde Dorado—. Eso nos será muy útil. ¿Qué deberíamos hacer si una patrulla del Clan del Viento nos tendiera una emboscada aquí?

Carrasca asintió.

—Muy bien, empezaremos por ahí. Tenéis que recordar que el espacio es reducido, así que deberéis cambiar vuestros movimientos de combate. Los gestos deben ser cortos y contenidos; de lo contrario, os arriesgáis a golpearos las patas contra las paredes.

Tordo se irguió sobre las patas traseras manteniendo las delanteras pegadas al cuerpo mientras sacaba las garras ante un enemigo imaginario.

—¿Algo así?

—Genial —aprobó Carrasca—. Pero no te plantes sobre las patas traseras a menos que sepas que hay suficiente espacio por encima de tu cabeza. Romperte la crisma contra el techo del túnel sería muy mala idea.

Ala de Tórtola reprimió un ronroneo de risa.

—¿Es mejor luchar bajo la luz o en la oscuridad? —preguntó.

Carrasca lo pensó un momento.

—Depende —respondió al cabo—. Si crees que puedes vencer a tu rival, llévalo lejos de la luz para poder aprovecharte de la oscuridad. Pero, si no es así, mantenlo cerca de la luz para poder apuntar tus golpes con precisión.

Ala de Tórtola miró a su alrededor y contuvo un estremecimiento al imaginarse la cueva llena de gatos luchando entre alaridos. De repente, el consejo de Carrasca hizo que la batalla pareciera más cercana.

—De acuerdo —añadió la guerrera con brío—. Vamos a practicar. Tordo, tú que parece tener muchas ganas, serás un guerrero del Clan del Trueno. Ala de Tórtola, tú serás una guerrera del Clan del Viento que lo ataca.

—¡Genial! —Tordo se agazapó sacudiendo la cola—. ¡Ven a por mí, escoria del Clan del Viento!

—¡Escoria lo serás tú! —retrucó la joven.

Y, dicho esto, saltó hacia Tordo con decisión, pero olvidó el consejo de Carrasca de hacer movimientos cortos y contenidos y, cuando Tordo se agachó hacia un lado para esquivarla, ella llegó demasiado lejos y estuvo a punto de estrellarse contra el muro de la cueva. Patinó por el suelo, y Tordo aprovechó la ocasión para darle un par de golpes en las ancas.

—¡Bien hecho! —aprobó Carrasca.

Ala de Tórtola apretó los dientes. Dio media vuelta y se irguió justo en el momento en que Tordo se disponía a atacarla para usar el salto hacia atrás que había aprendido en la sesión de entrenamiento con Abejorro Negro. Su compañero vio venir el movimiento, pero lo hizo demasiado tarde y perdió el equilibrio. La joven se le subió al lomo y empezó a golpearlo con las patas delanteras.

Sin embargo, a pesar de la ventaja que había conseguido, cuando Tordo rodó sobre sí mismo, retorciéndose para quitársela de encima, Ala de Tórtola le dio un manotazo a la pared y soltó un alarido de dolor. Aprovechando la breve distracción de su rival, el guerrero la tiró al suelo y le agarró el cuello con las zarpas. Ahora era él quien estaba en una posición ventajosa, y, aunque Ala de Tórtola lo intentaba con todas sus fuerzas, no lograba zafarse. Por suerte para ella, la refriega los había llevado

directamente contra la pared de la cueva y, empujando a Tordo con ímpetu, la joven consiguió acorralarlo en un rincón.

Aunque él no le había soltado el cuello, no tuvo forma de escapar cuando ella le empezó a arañar la barriga con las patas traseras.

—Ya basta. —Carrasca se acercó a separarlos—. Muy bien los dos. Ala de Tórtola, eso de aprovechar la pared para atraparlo ha sido una buena idea. ¿Sabes qué podrías haber hecho tú? —le preguntó a Tordo.

—No mucho, ¡tendré magulladuras durante una luna! —masculló el guerrero.

—Te lo enseñaré. Fronde Dorado, ven aquí y empújame contra el rincón.

Cuando el guerrero fue a por Carrasca, ella saltó contra la pared y se impulsó para pasar por encima de la cabeza de su contrincante; luego aterrizó limpiamente y giró en redondo, lista para el ataque.

—¡Magnífico! —exclamó Ala de Tórtola.

Entre los demás gatos brotó un murmullo de aprobación.

—Se necesita espacio, por supuesto —maulló Carrasca inclinando la cabeza—. Y debéis tener cuidado para no arañaros las almohadillas. Las paredes no siempre son lisas. ¿Por qué no os ponéis por parejas para practicarlo? —sugirió.

Unos segundos después, la cueva estaba llena de gatos saltando. Ala de Tórtola se emparejó con Espinela. Necesitaron unos pocos intentos hasta poder hacerlo de modo eficaz.

—¡Es mucho más difícil de lo que parece! —resolló Espinela—. Pero podría resultar muy práctico ya-sabes-dónde —añadió bajando la voz.

—Piensa en esto como en acecho y ataque a una presa —respondió su hermana—. He descubierto que me ayuda.

—¡Muy bien todos! —exclamó Carrasca—. Ahora quiero probar algo distinto. Centella, tú has desarrollado nuevos movimientos de combate para

sacarle partido a tu ceguera lateral. ¿Puedes contarnos algo que nos pueda resultar útil aquí?

Centella inclinó la cabeza, claramente complacida por la invitación a contribuir.

—Yo estoy acostumbrada a una oscuridad parcial —empezó—, así que la de aquí abajo no me molesta demasiado. Debéis aseguraros de emplear los bigotes y la punta de la cola. Eso os ayudará a calcular lo lejos que estáis de las paredes del túnel.

Carrasca asintió.

—Vamos a hacer una práctica para enseñaros cómo funciona. Espinela, ven a pelear con Centella.

La joven intentó arrinconar a la guerrera tuerta contra el muro rocoso, pero Centella parecía saber dónde estaba exactamente sin siquiera tener que mirar atrás; se deslizó a un lado y pasó una zarpa por el costado de Espinela.

—¡Genial! —la alabó la joven con voz estrangulada, tratando de recuperar el aliento—. Si hubieras tenido las garras desenvainadas, me habrías hecho picadillo.

Centella repitió la secuencia, pero esta vez ralentizó los movimientos para que todos vieran cómo usaba los bigotes y la cola.

—Tened en cuenta que, aquí abajo, no siempre podréis ver a vuestro enemigo. Tenéis que emplear el oído y el olfato mucho más que cuando peleáis al aire libre.

—Buena puntualización —maulló Carrasca—. Ahora haremos un ejercicio para practicar eso. Voy a llevaros a los túneles uno por uno y a dejaros allí. Tendréis que encontrar el camino de vuelta usando sólo el oído y el olfato.

—¿Y si no lo encontramos? —preguntó Espinardo agitando la punta de la cola.

—Entonces iré a buscaros, cabeza de chorlito —replicó la guerrera—. Venga, tú serás el primero. Mientras tanto, los demás podéis practicar los movimientos de Centella.

Y, dicho esto, desapareció por un túnel cercano, seguida de mala gana por Espinardo. A Ala de Tórtola le sorprendió que el atigrado regresara muy poco después de que lo hiciera Carrasca, dándose unos lametazos al entrar de nuevo en la cueva, muy pagado de sí mismo.

—Bien —lo felicitó Carrasca—. Ahora vendrás tú conmigo, Ala de Tórtola.

Condujo a la joven por una serie de túneles que serpenteaban y se ramificaban, y Ala de Tórtola se dijo a sí misma que jamás encontraría la forma de salir sin algo que la guiara.

—De acuerdo, aquí ya está bien —maulló Carrasca al llegar a un túnel sin salida—. Espera lo que se tarda en comerse un ratón y luego intenta encontrar el camino de regreso.

La guerrera gris aguardó mucho más de lo que le había indicado Carrasca. Gracias a sus sentidos especiales, podía captar el sonido de los gatos de la cueva y saber exactamente adónde ir. Pero no quería desvelar la existencia de sus poderes, así que intentó calcular cuánto debería tardar antes de volver a reunirse con los demás. Por la discreta aprobación con que la recibió Carrasca al aparecer en la cueva, comprendió que había calculado bien.

Tordo fue el último en hacer la práctica. Cada vez más cansados, los demás habían dejado de entrenar y esperaban en la gruta mientras el tiempo pasaba lentamente, pero el guerrero no regresaba.

—Carrasca, ¿tú crees que...? —empezó Centella.

La interrumpió un alarido de pavor que pareció surgir directamente del interior de las paredes:

—¡Me he perdido! ¡No puedo salir!

—¡Tranquilo! —exclamó Carrasca—. Nosotros te oímos, no puedes estar muy lejos.

—¡Pero no encuentro el túnel correcto!

—Sólo tienes que mantener la calma —maulló la guerrera—. Deja que tus sentidos actúen por su cuenta antes de volver a intentarlo. Ahora, saborea el aire buscando un rastro oloroso. ¿Es más fuerte en alguna dirección?

Tordo respondió tras una pausa:

—Yo... Creo que sí.

—Muy bien, pues prueba por ahí.

Tras unos segundos de silencio, Tordo apareció en la boca del túnel.

—¡Gracias al Clan Estelar! —exclamó.

—Si os perdéis aquí abajo —maulló Carrasca dirigiéndose a todo el grupo—, es vital que no os dejéis llevar por el pánico. Siempre hay algo que os puede indicar el camino. Prestad atención a la dirección del aire. Y, si el aire parece húmedo y denso, eso significa que el túnel será cada vez más profundo.

—Y hay que ir hacia la luz, ¿verdad? —preguntó Espinela.

Carrasca vaciló.

—En general, sí... Pero no olvidéis que algunas grietas atraviesan rocas enormes. No todas sirven como salida. Como esa de ahí, por ejemplo —añadió señalando con la cola el hueco que había en el techo de la cueva.

—¿Y ahora qué? —quiso saber Tordo.

—Ahora regresaremos al bosque —contestó Carrasca—. Ha sido una buena sesión de entrenamiento, pero ya estamos todos cansados.

—Hemos aprendido mucho —maulló Ala de Tórtola—. Gracias, Carrasca.

Los demás coincidieron entre murmullos mientras seguían a la guerrera negra a través de los túneles. Cuando salieron, el sol se estaba poniendo y las sombras eran densas bajo los árboles. El grupo volvió al campamento atravesando el bosque iluminado sólo por la luz crepuscular.

—El entrenamiento de Carrasca también será muy útil en las batallas nocturnas —señaló Fronde Dorado.

—Sí, podríamos practicar de noche —se sumó Tordo entusiasmado—. A mí también se me ha ocurrido una idea. En los túneles, podríamos pensar en algún truco para que nuestros enemigos se pierdan.

Espinela asintió.

—Sí, podríamos idear un sistema de signos para que nosotros sepamos dónde estamos, pero los gatos del Clan del Viento, no.

—O buscar maneras de atraerlos a una emboscada —maulló Ala de Tórtola con un cosquilleo de emoción en las zarpas—. ¡Los gatos del Clan del Viento no sabrán por dónde los atacan!

Cuando ya tenían a la vista la entrada del campamento, Tordo se detuvo y miró a través de los árboles en sombras hacia la frontera del Clan del Viento.

—¡Dejemos que vengan! —aulló erizando el pelo del cuello y sacudiendo la cola—. ¡Estamos preparados!



22

—¡Hola, Espinela, Ala de Tórtola! —las saludó Raposo cuando las dos guerreras entraron en el claro al final de la patrulla de entrenamiento de Carrasca.

En el cielo se estaban difuminando las últimas pinceladas rojizas, y la mitad de la hondonada rocosa estaba sumida en profundas sombras. La mayor parte de las patrullas también habían regresado ya, y casi todo el clan estaba acomodándose para comer. Espinela levantó la vista: Raposo estaba al otro lado del campamento, junto al montón de la carne fresca, con Abejorro Negro a su lado.

—¡Venid a compartir nuestra ardilla! —las invitó el atigrado.

Espinela corrió hacia ellos seguida de Ala de Tórtola, y reparó en el ronroneo con que Abejorro Negro recibía a su hermana y en cómo le hacía sitio para que se sentara a comer a su lado.

—¿Cómo ha ido el entrenamiento? —preguntó Raposo.

Espinela se dejó caer en el suelo porque le dolían todos los músculos del cuerpo. Le dio un bocado a la presa.

—Hemos aprendido un montón de cosas —respondió con la boca llena.

—Sí, para luchar bajo tierra hay que contener los movimientos —maulló Ala de Tórtola—. A no ser que quieras estrellarte en las paredes, claro.

—Y Carrasca nos ha enseñado a impulsarnos por los muros de la cueva para saltar por encima de nuestros enemigos —añadió Espinela engullendo un trozo de ardilla—. Eso es para que no te acorralen.

—¡Caramba, suena difícil! —exclamó Raposo.

—Lo es —admitió Ala de Tórtola—, pero también tiene su lógica. Ya lo verás cuando te toque a ti.

—Esta ardilla está estupenda —maulló Espinela dando otro mordisco—. ¿Quién la ha cazado?

—La verdad es que he sido yo... —confesó Abejorro Negro, un tanto azorado y dándose un lametazo en el pecho—. He tenido suerte de atraparla.

—No, ha sido una captura magnífica —replicó Raposo—. Sobre todo, teniendo en cuenta que estabas tú solo. Se suponía que Carbonera iba a venir en nuestra patrulla de caza —explicó—, pero ha dicho que quería quedarse en el campamento para ayudar a Glayo.

Ala de Tórtola agitó los bigotes, sorprendida.

—¿Y qué ha dicho Zarzoso al respecto?

Abejorro Negro se encogió de hombros.

—No mucho. ¿Qué podía decir? Él jamás le llevaría la contraria a un curandero, ¿no?

—Pero... ¿Carbonera es curandera? —preguntó Raposo.

Espinela sintió una punzada de compasión por la gata gris; ella sabía perfectamente cómo era estar entre dos mundos. Pero, cuando Carbonera salió al cabo de un instante de la guarida de Glayo y se sentó para comer algo junto a Carrasca, parecía bastante contenta.

«Quizá haya encontrado su destino después de todo», pensó la joven atigrada.

Glayo apareció poco después y se fue directo al montón de la carne fresca, donde escogió un ratón.

Carbonera levantó la cabeza del campanol que estaba compartiendo con Carrasca.

—Glayo, ¿crees que debería dormir en tu guarida a partir de ahora? —le preguntó al curandero.

En ese momento, Espinela se dio cuenta de que Carbonera no estaba contenta en absoluto. Intentaba ponerle buena cara a la situación, pero, por debajo, parecía confundida y desdichada.

—Nosotros queríamos hablar contigo precisamente de eso, Glayo —maulló Fronde Dorado acercándose al curandero con Acedera—. De todo, en realidad.

—Sí —se sumó Acedera—. ¿Qué significa eso de que nuestra hija fue Carbonilla? ¿Por qué le ha hecho eso el Clan Estelar?

Glayo sacudió la cabeza.

—No lo sé. Lo decidieron nuestros antepasados.

Acedera restregó el hocico contra el lomo de la guerrera gris para reconfortarla.

—Te quiero por ser quien eres —murmuró—. Y eres Carbonera.

Los ojos azules de la joven guerrera estaban llenos de dolor.

—Pero... yo ya no sé si soy Carbonera. Glayo, ¿debería dormir en tu guarida o no?

El curandero vaciló.

—No tienes por qué, pero...

—¿Y qué pasa con Gabarda? —lo interrumpió Mili, que se había levantado de un brinco para acercarse agitando la punta de la cola—. No quiero que la traslades sólo para dejarle sitio a Carbonera. ¿Y si deja de respirar durante la noche?

—Creo que eso no es muy probable —respondió Glayo, y alzó la cola para acallar a Mili, que estaba tomando aire para seguir protestando—. Pero yo tampoco quiero que Gabarda se traslade —añadió—. Es muy útil donde está.

Gabarda, que estaba compartiendo un gorrión con Látigo Gris, parpadeó levemente.

—Por mí no hay problema —maulló la joven—. Puedo acomodarme en cualquier sitio.

—Pero en la guarida de Glayo no hay espacio para los tres, ¿no? —intervino Centella uniéndose a la discusión—. Estaríais de lo más apretujados.

—¿Y si necesitas sitio para algún enfermo? —preguntó Hojarasca Acuática.

Espinela sintió que la cabeza le empezaba a dar vueltas cuando más gatos se sumaron al debate para dar su opinión y ya no pudo seguir la conversación. Justo en ese momento, captó un destello rojizo por el rabillo del ojo: Estrella de Fuego estaba bajando de la Cornisa Alta.

—Fronde Dorado, Manto Polvoroso —llamó el líder del clan mientras se acercaba al montón de la carne fresca y les hacía una señal con la cola a los dos guerreros—. ¿Creéis que podríamos ampliar la guarida del curandero, además de la guarida de los guerreros?

Los dos gatos miraron hacia el árbol caído.

—Es posible —murmuró Manto Polvoroso ladeando la cabeza—. ¿Tú qué opinas, Fronde Dorado? Si pudiéramos mover esa rama de ahí y rellenar el hueco con zarzas...

Espinela dejó de prestar atención a los planes de los guerreros cuando Carrasca se acercó a ella.

—¿Os importa seguir compartiendo vuestra guarida conmigo? —les preguntó a las dos hermanas.

—Por supuesto que no —respondió de inmediato la guerrera atigrada. Ahora que ya se había recuperado del impacto por la reaparición de Carrasca, opinaba que era uno de los gatos más enigmáticos que había conocido en su vida y quería conocerla mejor—. Puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

—¿Cómo fue vivir en los túneles durante tanto tiempo? —le preguntó Ala de Tórtola, intrigada, mucho más confiada con la guerrera negra desde la sesión de entrenamiento subterráneo.

Carrasca se encogió de hombros.

—Oscuro. Frío...

—¿De verdad no veías nunca a otros gatos? —insistió Ala de Tórtola.

—¿Y qué hacías durante todo el día? —quiso saber Abejorro Negro, que seguía sentado junto a ella mientras se comían los restos de la ardilla.

—No, no veía a otros gatos —respondió Carrasca—. Y respecto a lo que hacía... perseguía presas, exploraba el bosque de más allá de los territorios...

Espinela se dio cuenta de que la guerrera no tenía ganas de hablar de su exilio. «Debe de haberse sentido muy sola... y muy culpable por lo de Cenizo, sin nadie con quien hablar...»

De pronto, Carrasca soltó un ronroneo risueño.

—¿Leonado os ha contado alguna vez la historia de cuando fuimos a cazar ratones durante el viaje a las montañas? No éramos más que aprendices.

—No... ¡Cuéntanoslo! —le rogó Espinela.

—Estábamos pasando cerca de una granja —empezó Carrasca poniéndose cómoda, con las patas debajo del pecho—. El olor a ratón era muy fuerte, ¡y nosotros teníamos mucha hambre! Así que nos escabullimos

mientras los demás estaban descansando. Ventolero también se vino con nosotros.

—¡Ventolero! —exclamó Espinela notando que se le erizaba el pelo del cuello.

—Sí, él también fue a las montañas con nosotros en ese viaje. Aunque era un auténtico incordio, tuvimos que dejar que nos acompañara.

—¿Qué ocurrió? —quiso saber Ala de Tórtola, impaciente.

—Nos quedamos atrapados en un granero al llegar unos perros. ¡Yo estaba muy asustada! Ventolero incluso estuvo a punto de perder la cola, imaginaos lo cerca que tuvimos a aquellos chuchos.

Espinela se inclinó hacia delante.

—¿Y cómo escapasteis?

—Puma nos rescató.

—¿¡Puma!? —A Ala de Tórtola se le salieron los ojos de las órbitas—. ¿Puma estaba allí?

—Sí, nosotros lo conocimos en aquel viaje.

—El Clan del Trueno tiene buenas razones para estarle agradecido —ronroneó Esquiruela acercándose a escuchar—. Y ésa no fue la primera vez que nos ayudaba. Hizo más de lo que os merecíais, cabezas de chorlito.

—Es verdad —coincidió Carrasca—. Sin él, esos perros nos habrían hecho picadillo.

—Casi os hacemos picadillo nosotros al enterarnos de lo que habíais hecho. ¡Fuisteis de cabeza al peligro como si nada!

—¡Y no cazamos ni un solo ratón! —exclamó Carrasca.

—Quizá deberías contarles a estos jovencitos algunas de las travesuras que hiciste con tus hermanos cuando erais cachorros —sugirió Tormenta de Arena, que había estado lavándose mientras la gata negra relataba su

historia—. ¡Jamás pensé que vosotros tres lograríais sobrevivir y llegar a aprendices!

Carrasca la miró de reojo y luego se dio un par de lametazos en el pecho.

—Bueno, eso pasó hace mucho tiempo... —murmuró mientras los recuerdos destellaban ante sus ojos como pececillos en un arroyo.

Pero la gata no les contó nada más, para decepción de Espinela. Alrededor del montón de la carne fresca continuaba la discusión sobre Carbonera. Estrella de Fuego se puso en pie.

—Entonces, ya está todo claro —maulló—. De momento, Carbonera dormirá en la guarida de los guerreros, pero queda eximida de sus tareas como guerrera. ¿Es eso lo que deseas, Carbonera?

La gata asintió.

—Sí, eso es lo que deseo, Estrella de Fuego.

A Espinela le dio la impresión de que el líder del clan parecía sorprendido y decepcionado ante la firmeza de Carbonera, pero no puso objeciones.

«El Clan del Trueno está perdiendo a una guerrera muy valiosa —pensó la atigrada con tristeza—. Sé que es útil contar con otra curandera, pero... —Negó con la cabeza—. Esto es demasiado raro.»

El anuncio de Estrella de Fuego fue recibido con murmullos de aprobación, aunque Espinela reparó en que Leonado estaba mirando a Carbonera con expresión desolada.

«¿Por qué le afecta tanto que vaya a dejar de ser guerrera? —se preguntó la joven—. Oh..., a lo mejor quería ser su pareja... Caramba, eso es verdadera mala suerte.»

Las consecuencias de la decisión de Carbonera estaban afectando a todo el clan, como una piedra lanzada al lago. ¿Era consciente el Clan Estelar de todo lo que pasaría al decidir darle una segunda vida a la gata?

Espinela avanzaba a través del sotobosque en dirección a la frontera del Clan de la Sombra. El cielo estaba despejado, y la luz del sol se colaba oblicuamente entre las ramas, pero un viento brioso agitaba las hojas y alborotaba el pelo de los gatos.

La joven estaba contenta porque la habían escogido para la patrulla de Carrasca. Iba detrás de la guerrera negra, y Fronde Dorado y Bayo cerraban la retaguardia. Durante los días transcurridos desde su regreso, Carrasca se había ido ganando cada vez más el respeto de Espinela, tanto por su valentía como por su afilada lengua.

«Sabe lo dura que puede ser la vida y, aun así, sigue adelante.»

—Carrasca está haciendo todo lo que puede para volver a encajar en el clan —le dijo Fronde Dorado a Bayo en voz baja, y Espinela plantó las orejas.

—Sí —coincidió su amigo—. Incluso se ocupa de las peores tareas para ayudar a los aprendices.

Espinela pensó en lo insólito que era que Bayo alabara a otro gato, pero entonces se acordó de que había sido Carrasca quien salvó del zorro a los hijos del guerrero tostado.

Fronde Dorado soltó un ronroneo risueño.

—Es verdad. Para que saliera de patrulla, Zarzoso ha tenido que sacarla a rastras de la guarida de los veteranos, ¡donde estaba quitándoles las garrapatas!

Carrasca miró por encima del hombro.

—No hagáis tanto ruido —les ordenó—. Estamos acercándonos a la frontera.

Saboreando el aire, Espinela captó el rastro de las marcas olorosas del Clan de la Sombra, mezclado con el olor de los Dos Patas. Al salir de entre los árboles al lindero del claro, la joven vio que estaba lleno de sus endebles

guaridas verdes, con algunos Dos Patas sentados o tumbados en la hierba, o saltando arriba y abajo mientras se lanzaban unos a otros objetos de colores llamativos.

—En el nombre del Clan Estelar, ¿qué están haciendo? —preguntó en un susurro.

Carrasca se encogió de hombros.

—Quizá sea un ejercicio de entrenamiento.

Un poco más lejos, arroyo abajo, se oía gritar alegremente a unos cachorros de Dos Patas que chapoteaban cerca de la orilla del lago. «No sé si estarán pescando o tan sólo refrescándose las zarpas. ¡Con ese escándalo, ahuyentarán a todos los peces!»

Silenciosos y veloces, los cuatro gatos atravesaron el claro evitando a los Dos Patas. Espinela se preguntó si Carrasca estaría tentada de dejar las marcas olorosas en el lado del claro del Clan del Trueno dejándole la zona de hierba al Clan de la Sombra.

—No puedo creer que el Clan de la Sombra peleara tan duro para conservar este terreno inservible —dijo Fronde Dorado entre dientes.

«¡Yo no puedo creer que nosotros peleáramos tan duro para ganarlo! —pensó Espinela. Luego la atravesó una punzada de culpabilidad al recordar que había sido culpa suya que el Clan del Trueno emprendiera esa batalla—. Pero, ahora que esto es nuestro, debemos ocuparnos de refrescar las malditas marcas olorosas a diario.»

Con todo el pelo erizado, la joven guerrera serpenteó entre las guaridas verdes. Detestaba estar tan expuesta en aquel espacio despejado, ¡y tan cerca de los Dos Patas! Tampoco pudo relajarse al llegar al otro extremo, porque ahora estaba rodeada por el olor del Clan de la Sombra.

—Muy bien —maulló Carrasca cuando alcanzaron la frontera—. Vamos a dividirnos. Fronde Dorado, Bayo y tú id arroyo arriba a renovar las

marcas olorosas. Espinela, tú y yo iremos arroyo abajo.

Fronde Dorado asintió y se marchó con Bayo.

—¡Cuando terminéis, regresad directamente al campamento! —añadió la gata negra por encima del hombro, y dicho esto empezó a dejar la primera marca olorosa.

Cuando terminó, los dos machos ya estaban fuera de la vista, y las dos gatas se dirigieron hacia el lago. Espinela se detuvo a dejar otra marca, y entonces detectó más olor del Clan de la Sombra, intenso y reciente.

—¡Una patrulla! —exclamó en un susurro.

Mientras lo decía, los helechos del otro lado de la frontera se abrieron, y tres gatos aparecieron ante ellas. Canela iba en cabeza, seguida por Manto Ruano y Carbón.

La joven guerrera mostró los dientes con un gruñido al ver a las gatas del Clan del Trueno, y a Espinela se le comenzó a erizar el pelo del cuello ante la abierta hostilidad de la gata marrón.

—Poned una sola pata en... —empezó Canela, pero enmudeció al ver a Carrasca—. ¡Tú! —exclamó—. ¡Pensaba que habías abandonado los clanes!

Carrasca se encogió de hombros.

—He vuelto.

Durante unos pocos segundos, la hostilidad de Canela se desvaneció, reemplazada por una expresión de interés. Espinela esperaba que no quisiera quedarse a charlar. «Yo no tengo nada que decirle a esa pulgosa. No me fío de ella ni un pelo. Antes de que nos demos cuenta, también estará acusando a Carrasca de haber matado a Rosero.»

—No estamos haciendo nada malo —maulló la joven—. Sólo estábamos renovando las marcas olorosas.

Canela soltó un resoplido de incredulidad.

—Será mejor que compruebe dónde las estáis poniendo —bufó adelantándose con el cuello estirado para olisquear la marca que acababa de dejar Espinela—. Informaré a Estrella Negra de inmediato si están a sólo una hoja de distancia de su sitio.

—Como quieras —replicó Carrasca—. Si encuentras algo que esté mal, yo misma se lo comunicaré personalmente a Estrella Negra.

Canela se limitó a responder con un gruñido receloso. Espinela tenía la sensación de que la gata estaba haciendo lo posible para buscar pelea, y no parecía importarle mucho cómo provocarla. «¿Acaso cree que puede lograr que dos clanes se enfrenten en una batalla sólo porque ella lo quiere? —De repente, recordó la advertencia de Corazón de Tigre a Ala de Tórtola en la Asamblea, pero lo cierto es que le costaba tomarse en serio las amenazas de Canela—. Probablemente, Corazón de Tigre sólo buscaba una excusa para hablar con mi hermana.»

—Canela, deja de buscar jaleo —maulló Manto Ruano adelantándose—. Las marcas olorosas del Clan del Trueno están bien.

A Espinela la tranquilizó el tono del guerrero del Clan de la Sombra, pero luego se le revolvió el estómago al ver que él le hacía un leve gesto con la cabeza.

«¡Está de mi lado sólo porque somos compañeros en el Bosque Oscuro! —comprendió estremeciéndose—. ¡No! Yo soy leal a mi propio clan. ¡Y él debería ser leal al suyo!»

—Vamos, Carrasca —le dijo a su compañera—. Sigamos con lo nuestro.

La guerrera negra asintió y echó a andar a lo largo de la frontera dejando atrás a la patrulla del Clan de la Sombra. Canela soltó un aullido de satisfacción a sus espaldas, como si hubiera logrado algún tipo de victoria.

—¡Por el gran Clan Estelar! —exclamó Carrasca cuando los otros ya no podían oírla—. ¿Quién ha defecado en la comida de Canela? ¿O es que

tiene atascada en alguna parte una bola de pelo?

—Es un auténtico incordio —coincidió Espinela.

—¿Y qué pasa con Manto Ruano? —añadió la gata negra mirando de reojo a su compañera de patrulla—. Parecía conocerte mejor de lo que yo habría esperado en un guerrero del Clan de la Sombra.

«¡Carrasca tiene ojos de halcón!», pensó la joven, asombrada.

—No es nada —masculló—. Hemos charlado un par de veces en las Asambleas.

Carrasca se detuvo mirándola fijamente.

—Intimar demasiado con un miembro de otro clan es el peor acto de deslealtad —maulló—. Ningún gato...

—Pero... ¡yo no estoy intimando con él! —la interrumpió Espinela, horrorizada por las sospechas de Carrasca.

—Ningún gato vale tanto la pena como para quebrantar el código guerrero —insistió ignorando su protesta—. Eso sólo lleva a la infelicidad.

Y, sin esperar la respuesta de Espinela, siguió recorriendo la frontera irradiando desaprobación por todos los pelos de su cuerpo.

—No sé qué le rondará por la cabeza —le contó Espinela a su hermana más tarde, al reunirse junto al montón de la carne fresca—. Tú no crees que Carrasca sospecha que estoy en el Bosque Oscuro con Manto Ruano, ¿verdad?

Ala de Tórtola puso los ojos en blanco.

—¡Oh, por favor! Es muy duro que mi única hermana parezca un ratón descerebrado. El Bosque Oscuro es lo último que le preocuparía a Carrasca. ¡Sólo tienes que pensar en quiénes son sus verdaderos padres! Ella tiene sangre de dos clanes distintos, ¿recuerdas?

—Oh, claro... —Espinela se sintió avergonzada—. No había pensado en eso. Bueno, pues Carrasca no debería temer que me junte con Manto Ruano ni con ningún otro gato de otro clan.

«¡Y parece que ahora Ala de Tórtola se ha fijado en Abejorro Negro! —añadió para sus adentros con satisfacción—. ¡Es mucho mejor que ese sarnoso de Corazón de Tigre!»



23

Leonado salió de entre las ramas de la guarida de los guerreros y cruzó el claro para unirse a los gatos que se apiñaban en torno a Estrella de Fuego. La luna llena flotaba en lo alto de un cielo despejado, rodeada de los titilantes guerreros del Clan Estelar. El joven guerrero sintió un hormigueo en las zarpas; estaba ansioso por ver qué ocurría en la Asamblea.

—No voy a mencionar las amenazas de Estrella de Bigotes —maulló Estrella de Fuego—. No tiene sentido atraer la atención de los demás clanes hacia lo que podría ser una disputa menor. —Agitó los bigotes ante los murmullos dubitativos que brotaron entre los reunidos—. Además —continuó—, no hemos visto a Solo en nuestro territorio en la última media luna. Estrella de Bigotes no tiene ninguna excusa para atacarnos ahora.

Leonado estuvo de acuerdo, aunque una parte de él deseaba que pudieran pedirle cuentas a Estrella de Bigotes por su estallido de hostilidad hacia el Clan del Trueno. «¡No es asunto suyo que dejáramos a Solo quedarse en nuestro campamento!»

Glayo y Carbonera salieron de la guarida del curandero y se acercaron al grupo de guerreros.

—Quiero que te quedes en el campamento —le dijo Glayo a la gata—. Pequeña Azucena tiene fiebre, y yo estaría más tranquilo si pudieras echarle

un ojo.

Carbonera pareció brevemente decepcionada, pero inclinó la cabeza y se encaminó a la maternidad.

«Seguro que la cachorrita de Acedera no necesita a una curandera revoloteando a su alrededor», pensó Leonado mientras se acercaba a su hermano.

—Tú lo que no quieres es tener que dar explicaciones incómodas sobre por qué, de repente, Carbonera ha pasado a ser curandera —le susurró a Glayo al oído.

Su hermano sacudió el rabo con irritación.

—¡Ella no es la primera que cambia de puesto dentro de un clan! —gruñó.

—No, pero sí que es la primera en haber sido antes otra gata —repuso Leonado—. Bueno, más o menos...

El curandero abrió la boca para replicar, pero, en ese mismo instante, Estrella de Fuego levantó la cola para dar la orden de partir. El líder se dirigió al túnel de espinos, seguido de todos los demás.

Mientras bajaban hacia el lago, Leonado se encontró caminando junto a Látigo Gris y Mili.

—¿Qué os ha parecido la sesión de entrenamiento de esta mañana? —les preguntó. Los tres guerreros habían ido, con Betulón y Pinta, a practicar la lucha subterránea con Carrasca—. Tengo que admitir que no me gusta pelear en la oscuridad —añadió—. Prefiero ver a mi enemigo y saber dónde puedo atacar sin arriesgarme a golpearme las patas contra la dura piedra.

Mili se encogió de hombros.

—La verdad es que yo no me he sentido muy cómoda en los túneles —admitió—. ¡No podía parar de pensar en la cantidad de roca que tenía sobre la cabeza!

—Pero has estado magnífica —maulló Látigo Gris poniéndole la cola en el lomo—. Creo que todos nos hemos sentido igual. Luchar bajo tierra no es algo natural, pero Solo tampoco lo es. ¿Qué clase de gato intentaría una y otra vez hacerse amigo de un clan sólo para traicionarlo después? —El guerrero se agachó para esquivar una rama de espino—. Primero lo intentó con Estrella Negra y el Clan de la Sombra y ahora está volviendo al Clan del Viento en contra del Clan del Trueno. Si tiene alguna razón, me gustaría saber cuál es.

Candeal los alcanzó a tiempo de oír las últimas palabras del guerrero gris.

—Solo sabía que el sol iba a desaparecer —recordó reprimiendo un estremecimiento—. Eso sugiere que tiene más poder que ninguno de nosotros.

Leonado soltó un resoplido.

«¡Ningún gato tiene el poder de desafiarme en una batalla! —Sintió un hormigueo en las zarpas; se moría de ganas de enfrentarse a Solo en un combate cuerpo a cuerpo—. Me cameló para que lo ayudara a escapar del Clan del Trueno hace muchas lunas... —Aquel recuerdo le brotó de lo más hondo, como si fueran llamas abrasadoras—. Sólo por eso ya lo castigaría. No digamos ya por provocar más problemas entre los clanes justo ahora, cuando deberíamos estar pensando en el Bosque Oscuro.»

De repente, una idea asaltó a Leonado paralizándolo al instante. «¿Es posible que lo hayan enviado los gatos del Bosque Oscuro para crear problemas? ¿Será esto el principio del fin?»

Obligándose a seguir adelante, vio a Glayo a un par de colas de distancia deslizándose hábilmente entre la vegetación.

—Se me acaba de ocurrir una idea espantosa —le susurró Leonado a su hermano—. ¿Tú crees que Solo está ayudando al Bosque Oscuro?

Glayo se detuvo un segundo y luego se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero no me extrañaría...

En el claro que rodeaba al Gran Roble, el aire rebosaba tensión, como si estuviese a punto de estallar una tormenta de la estación de la hoja verde. Leonado reparó en que los curanderos parecían especialmente hostiles; estaban sentados en un grupo algo disperso debajo de un pino y no se miraban los unos a los otros. «Cada clan va por su lado —pensó agitando los bigotes con recelo—. Es realmente malo cuando incluso los curanderos son enemigos.»

Sólo Ala de Mariposa hablaba con sus colegas, aunque éstos apenas le respondían. La gata flexionó las garras, exasperada, y al final se dio por vencida y se sentó al lado de Blima, su aprendiz.

Los demás gatos se acomodaron junto a sus compañeros de clan sin que se produjera la mezcla y el intercambio de noticias que solía formar parte de las Asambleas. Leonado buscó con atención cualquier indicio que delatara a los gatos que se conocían del Bosque Oscuro. En cuanto estuvo ojo avizor, captó varias señales: Manto Ruano intercambió una mirada con Ventolero; Nívea, del Clan del Río, saludó a Espinela; Corazón de Tigre movió la cola al cruzar miradas con Lobuno...

«Todos se conocen —pensó Leonado con un escalofrío—. Mejor de lo que ningún guerrero debería conocer a los de otro clan... —Luego se dio una sacudida—. Tampoco tienes que exagerar —se dijo a sí mismo—. Ahora mismo, te parece que todos los gatos están siendo entrenados por enemigos invisibles...»

Se olvidó del Bosque Oscuro al descubrir a Corvino Plumoso entre los gatos del Clan del Viento. El gato gris oscuro acababa de ver a Carrasca y

estaba mirándola como si los ojos se le fueran a salir de las órbitas. Junto a él, Nube Negra siguió su mirada y mostró los colmillos con un bufido.

Leonado se dio cuenta de que Carrasca había visto que la pareja la miraba, pero les dio la espalda y se quedó con sus compañeros del Clan del Trueno. Cuando los gatos que habían asistido a la Asamblea repararon en que la guerrera negra estaba allí, el claro se llenó de murmullos. Uno o dos de los más jóvenes se levantaron de un salto para verla mejor.

—Me siento un poco rara —masculló Carrasca acercándose a Leonado para sentarse con él.

Su hermano le tocó la oreja con la nariz.

—Seguro que ya sabías que no sería fácil.

—Esto es lo que me mantuvo alejada tanto tiempo —admitió la gata—. No soporto los murmullos, los cotilleos...

La compasión de Leonado se transformó en una punzada de irritación. «Glayo y yo hemos tenido que soportar murmullos y cotilleos durante mucho tiempo, Carrasca.» Pero luego comprendió que ella se sentía genuinamente incómoda y dejó a un lado su resquemor. Enroscó la cola por el lomo de su hermana y miró hacia delante, ignorando los cuchicheos.

El ambiente parecía cada vez más hostil. Leonado se sintió aliviado cuando Estrella Vaharina se puso en pie en su rama del Gran Roble para anunciar el comienzo de la Asamblea.

—Hemos tenido unos cuantos problemas con los Dos Patas —informó la líder del Clan del Río—. Como ocurre siempre en la estación de la hoja verde, acuden a pescar en el lago y en los arroyos que hay alrededor de nuestro campamento. Pero hemos logrado mantenernos fuera de su camino, y tampoco atrapan tantos peces como para amenazar nuestras reservas de carne fresca.

—¡Ja! —exclamó Juncal, el lugarteniente del Clan del Río—. ¡Los Dos Patas no podrían atrapar a un pez ni aunque saliera del agua y se lo suplicara!

Estrella Vaharina le lanzó una mirada risueña y volvió a sentarse.

Llegó entonces el turno de Estrella de Fuego, que avanzó por su rama evitando cuidadosamente un manojo de hojas.

—Yo tengo buenas noticias de parte del Clan del Trueno —empezó, mirando al claro—. Nuestra guerrera Carrasca ha regresado después de muchas lunas, aunque todos estábamos convencidos de que había muerto.

Se oyeron murmullos y respingos entre los otros clanes.

—¿Dónde ha estado todo este tiempo? —preguntó alguien en voz alta.

Carrasca se puso tensa al lado de su hermano.

Estrella de Fuego pasó por alto la pregunta.

—La hemos recibido de buen grado —continuó mirando a la guerrera con cariño—. Nos alegramos de tenerla de nuevo en el Clan del Trueno, y espero poder patrullar a su lado durante muchas lunas.

A Leonado le alivió que Estrella de Fuego se ciñera a su intención de no decir nada sobre Solo y el Clan del Viento, pero le inquietaba que los gatos de los otros clanes mencionaran a Cenizo y el momento en que Carrasca desapareció, justo después de haber desvelado en una Asamblea la espantosa verdad sobre Hojarasca Acuática y Corvino Plumoso.

Por suerte, ninguno de los presentes hizo las preguntas cruciales; se limitaron a comentar entre murmullos el anuncio de Estrella de Fuego.

—¡Me sorprende que Carrasca se haya atrevido a venir después de lo que nos contó!

—Seguro que Corvino Plumoso no está muy contento de verla.

Nube Negra se levantó sacudiendo la cola y atravesó a Carrasca con una mirada glacial.

—¿Acaso esa gata cree que es bienvenida aquí? —gruñó.

Estrella de Fuego se negó a reaccionar a los comentarios. Inclínó la cabeza ante Carrasca y regresó a su lugar en la rama. Estrella de Bigotes ocupó su sitio de inmediato.

—Es una noticia sorprendente, Estrella de Fuego —maulló con amanerada suavidad—. Pero estoy seguro de que cualquier líder de clan daría la bienvenida a un guerrero entrenado y leal.

«¿Está insinuando que Carrasca no es leal?», se preguntó Leonado empezando a erizar el pelo.

—Mis patrullas están tan vigilantes como siempre —continuó Estrella de Bigotes—. Haremos lo que haga falta para defender nuestro territorio de descarriados y proscritos.

A Leonado se le revolvió el estómago.

«¡Ahora nos está insultando a todos! ¡Está insinuando que los gatos del Clan del Trueno somos un puñado de descarriados y proscritos!» Al mirar hacia arriba, vio que Estrella de Fuego, medio oculto por las hojas del Gran Roble, estaba haciendo un esfuerzo por no erizar el pelo y mantener la boca cerrada.

Con una mirada triunfal a Estrella de Fuego, Estrella de Bigotes se sentó de nuevo. Entonces se levantó Estrella Negra, que parecía confundido por la hostilidad entre el Clan del Viento y el Clan del Trueno, aunque, tras vacilar un poco, se encogió de hombros y comenzó a hablar.

—Como el Clan del Río, nosotros hemos tenido problemas con los Dos Patas junto al lago. Con la llegada de la hoja verde, salen como las lombrices tras la lluvia. Aunque no se han internado lo bastante en el bosque como para molestarnos cerca del campamento.

Cuando ya estaba a punto de sentarse para dar por terminada su intervención, se alzó una voz entre los gatos del claro.

—Estrella Negra, ¿puedo hablar?

Leonado se giró hacia donde estaban los gatos del Clan de la Sombra y vio que Canela se había levantado; su pelaje claro resplandecía bajo la luz de la luna. Estrella Negra parpadeó sorprendido, pero finalmente asintió, y la guerrera se subió de un salto a un tocón de árbol. Tenía erizado el pelo del cuello y el de la cola, que parecía casi el doble de grande.

—¡Entre nosotros hay alguien con sangre en las zarpas! —aulló Canela.

En el claro se hizo el silencio. Leonado se puso tenso y enrolló la cola más firmemente alrededor de su hermana. «¡Por el gran Clan Estelar! ¿Cómo puede haber descubierto lo de Carrasca?»

Pero entonces Canela alzó una pata para señalar hacia el pino donde se hallaban los curanderos.

—¡Glayo mató a Rosero!

Los gatos del claro comenzaron a soltar alaridos y gritos de espanto. Al principio, Leonado no logró entender lo que decían, pero Zarzoso se levantó de inmediato al pie del Gran Roble y habló de forma que se le oyera por encima del clamor:

—¡Todos conocemos la muerte de Rosero, y también la lamentamos! Pero ¿cómo va a estar Glayo involucrado en eso?

—¿Y por qué sacas el tema ahora? —añadió Látigo Gris.

Canela se volvió hacia los gatos del Clan del Trueno con los ojos rebosantes de odio.

—¡Glayo estaba en el lago cuando Rosero se ahogó! Lo vio debatirse debajo del agua. ¿Por qué tenemos que creernos la historia de que estaba intentando salvarlo?

—¿Y por qué no vamos a creerlo? —retrucó Zarzoso, desafiante.

—¿Desde cuándo ha mostrado Glayo compasión por los gatos de otros clanes? —gruñó la guerrera del Clan de la Sombra—. ¡Yo creo que él ahogo

a Rosero deliberadamente delante de todos nosotros!

Estrella de Fuego se levantó de un salto para abrirse paso entre las hojas del roble.

—¡Eso es ridículo! —exclamó—. Va contra el código guerrero y contra el código de los curanderos. ¡Glayo no habría matado jamás a Rosero!

Leonado también se había puesto en pie con el pelo erizado. Lo único que deseaba en esos momentos era lanzarle un buen zarpazo a la gata que había acusado a su hermano, pero Carrasca le dio un toquecito con la cola.

—Siéntate —dijo en murmullo—. No le des a Canela la satisfacción de provocar una pelea.

Leonado flexionó las garras, pero luego comprendió el significado de las palabras de Carrasca y se obligó a sentarse. «Estamos en una Asamblea —se recordó a sí mismo—. El Clan de la Sombra estaría encantado con que el Clan del Trueno rompiera la tregua de la luna llena.»

—Me encontré con Canela en una patrulla fronteriza —le contó Carrasca en voz baja—. Entonces también hizo todo lo que pudo para provocarnos.

—¿Qué es lo que tiene en contra del Clan del Trueno? —le preguntó Leonado, desconcertado.

Carrasca se lo quedó mirando durante unos segundos.

—Su hermano se ahogó, y Glayo estaba allí. Eso es suficiente para ella.

El claro se había convertido de nuevo en un caos; ningún gato lograba hacerse oír. Ala de Tórtola y Espinela avanzaron entre sus compañeros de clan hasta llegar junto a Leonado.

—Yo sabía que Canela estaba planeando algo —susurró Espinela—. Pero no imaginaba algo así.

Leonado se preguntó si la joven habría oído algo en el Bosque Oscuro, quizá de la boca de la propia Canela. Pero no dijo nada por si alguien los oía.

—¡Esto es ridículo! —exclamó Ala de Tórtola—. Yo... yo vi cómo se ahogaba Rosero; sé que Glayo estaba intentando salvarlo.

«Pero eso no podemos contárselo a Canela, y mucho menos lograr que se lo crea», pensó Leonado. Miró hacia el pino bajo el que estaban los curanderos y vio que su hermano se había levantado. Parecía tranquilo y calmado, aunque Leonado se imaginó que debía de ser un hervidero de emociones. Glayo esperó, sin intentar hablar siquiera, hasta que el ruido del claro se fue apagando.

—Canela, yo estaba con tu hermano cuando se ahogó —empezó con tono cortante, y Leonado percibió su indignación por tener que defenderse en público de una acusación tan absurda—. Pero estaba tratando de salvarlo. Que fracasara es una tragedia para todos nosotros. —Le tembló la voz con las últimas palabras y tuvo que hacer una pausa antes de poder continuar—. Yo no tenía ninguna razón para desear su muerte. Además, el agua lo habría matado igualmente, no necesitaba mi colaboración.

Alrededor de Canela brotaron murmullos entre los gatos del Clan de la Sombra.

—¿Estás seguro de que no ayudaste a que el agua lo matara? —exclamó Lomo Rajado.

—Últimamente, los curanderos han estado muy distantes —añadió Serbal, el lugarteniente del Clan de la Sombra, más reflexivo—. ¿Acaso su código está cambiando? ¿Siguen siendo aliados por encima de las fronteras de clan? —Miró directamente a Glayo—. ¿Quizá Rosero sabía demasiadas cosas sobre ti?

Leonado se puso tenso. «¿Es que hay otros gatos que saben lo de la profecía? ¡Eso ni se me había pasado por la cabeza!»

—¡Ya basta! —ordenó Estrella de Fuego desde su rama del Gran Roble—. ¡Esa acusación no tiene ningún sentido! Glayo podría haberse ahogado

en el lago igual que Rosero. Arriesgó su propia vida por intentar ayudarlo. Supongo que ningún gato sensato se toma en serio esta acusación, ¿verdad?

Se volvió hacia los demás líderes de clan. Los tres parecían incómodos.

—A mí me cuesta creer que un gato sea capaz de hacer algo así —maulló Estrella Vaharina.

Estrella de Bigotes asintió.

—Estoy seguro de que Glayo podría haber encontrado una forma más sencilla de eliminar a un enemigo.

Estrella Negra no dijo nada en absoluto.

«¿Ésa es la mejor defensa que se les ha ocurrido?», pensó Leonado.

Estaba furioso, pero cuando se volvió para mirar a Canela de nuevo vio que la gata había empezado a empequeñecerse, incómoda, como si la fuerza de su acusación se estuviera diluyendo igual que el agua después de la lluvia.

Mientras Estrella de Fuego seguía aguardando, con la esperanza de que Estrella Negra dijera algo, Corazón de Tigre se levantó en el claro.

—Yo creo lo que dice mi hermana —declaró—. Glayo mató a nuestro hermano, y debe ser castigado.

Al lado de Leonado, Ala de Tórtola soltó un respingo, horrorizada.

—Yo no castigaré a nadie por un crimen que no se puede demostrar —replicó Estrella de Fuego con frialdad.

—No es cuestión de que no se pueda demostrar —bufó Ala de Tórtola—. ¡Es que Glayo no lo hizo!

—Pero es difícil pasar por alto una acusación como ésa... —maulló Estrella de Bigotes en respuesta a Estrella de Fuego. Para ser justos, sonó reticente, como si su respeto hacia Glayo como curandero pesara más que su hostilidad hacia el Clan del Trueno—. Estrella de Fuego, quizá deberías

suspender a Glayo de sus obligaciones como curandero hasta que se demuestre su inocencia.

Estrella Vaharina inclinó la cabeza, coincidiendo con él.

—Eso sería muy sensato. Con la ayuda del Clan Estelar, quizá no cueste mucho demostrar que sólo intentaba ayudarlo.

Leonado se dio cuenta de que los demás curanderos se habían puesto a hablar entre ellos juntando las cabezas mientras intercambiaban opiniones.

Al final, Cirro, el curandero del Clan de la Sombra, se levantó.

—Nosotros también estamos de acuerdo con eso —anunció con tono apenado mirando a Glayo—. Sin determinar la verdad, esta acusación podría envenenar a los clanes como una herida infectada durante estaciones.

—¿Y cómo proponéis averiguar qué sucedió realmente? —quiso saber Zarzoso, desafiante—. Es imposible, a menos que Rosero regrese para contárnoslo. ¿Alguno de vosotros lo ha visto en sueños?

Los curanderos hablaron entre sí, y, finalmente, Cirro negó con la cabeza.

—Yo sí que he visto a Rosero... —confesó Espinela susurrándole a su hermana al oído. Leonado captó sus palabras a duras penas—. Pero está en el Clan Estelar, no en el Bosque Oscuro.

—¿Le preguntaste si lo había matado Glayo? —le susurró Ala de Tórtola.

—¡No! —A Espinela se le desorbitaron los ojos de pasmo—. ¿Por qué iba a preguntarle algo así?

Todos los demás curanderos se volvieron hacia Glayo. Leonado se dio cuenta de que su hermano estaba intentando aguantar el tipo. Aunque Glayo no podía verlos, podía percibir la intensidad de su atención, centrada en él.

—Renunciar a tus obligaciones es lo único honorable que puedes hacer —maulló Cirro.

Lo dijo con impotencia. Ala de Tórtola supuso que se hallaba dividido entre su abatimiento por la acusación y el horror que le producía que

pudiera ser cierta.

Glayo levantó la cabeza de golpe.

—Pero ahora ya caminamos solos, ¿no es así? —replicó con voz clara y firme—. Yo sé que todos habéis recibido la visita de vuestros antepasados y que os han dicho que cada clan debe mirar por su propio futuro. ¡No tenéis ningún derecho a decirme qué hacer! ¡Seguiré siendo el curandero del Clan del Trueno!

En el claro sonaron gritos ahogados cuando Glayo desafió a sus colegas. Canela parecía furiosa. Abrió la boca para protestar, pero de pronto un rayo restalló en el cielo iluminando la noche. Su pálida luz silueteó los pinos y los arbustos que rodeaban el claro y ribeteó de plata las hojas del magnífico roble.

Leonado se puso en pie cuando un trueno estremecedor siguió al rayo, tan estruendoso que sonó como si el suelo se estuviese abriendo bajo sus patas. Se alzó un viento frío que sacudió las hojas y los pelajes de todos los gatos allí congregados. Un instante después, las nubes cubrieron la luna por completo.

En la oscuridad, uno de los gatos aulló:

—¡El Clan Estelar está furioso!

De pronto empezó a llover, y una cortina de agua helada barrió el claro de la isla. Leonado se quedó empapado en unos segundos. Los gatos soltaron alaridos de sorpresa y espanto, y todos comenzaron a correr buscando cobijo.

Desde el Gran Roble, se oyó bramar a Estrella de Fuego:

—¡Todos a casa, deprisa!

La Asamblea se disolvió en un caos mientras los gatos huían a través de los arbustos, en dirección al árbol puente. Leonado cruzó el claro a la carrera yendo hacia donde había visto a su hermano por última vez.

—¡Glayo! —gritó—. ¡Aquí!

Para su alivio, otro relámpago restalló en el cielo, y Leonado pudo ver a Glayo avanzando hacia él entre un grupo de aterrorizados gatos del Clan del Viento. Parecía más delgado que nunca, con el pelo pegado al cuerpo.

—Salgamos de aquí —masculló Leonado abriéndose paso entre la multitud junto a su hermano.

Al ir hacia los arbustos, Canela pasó junto a ellos y se detuvo un instante para bufarle a Glayo:

—¡Esto no ha terminado!

Al intentar salir del claro como fuera, Leonado se dio cuenta de que los gatos se habían dividido en líneas de batalla nada más caer el rayo. Los clanes se gruñían unos a otros, con las uñas desenvainadas y mostrándose los afilados colmillos. Los líderes les pedían que se controlaran aullando, pero, entre el miedo y la rabia, los guerreros no les obedecían.

Leonado se detuvo un momento a mirar hacia la luna oculta por las nubes. «¡Gran Clan Estelar! ¡Los clanes están volviéndose unos contra otros justo ahora, cuando necesitamos permanecer unidos contra el peor enemigo al que nos hayamos enfrentado jamás!»



24

Un trueno retumbó en lo alto mientras Glayo corría por la orilla del lago. Al curandero le daba vueltas la cabeza, de modo que tropezaba sin parar, más ciego de lo habitual. En algún momento en medio del caos, había perdido a Leonado, y la intensa lluvia apagaba sus sentidos. Ni siquiera estaba seguro de dónde se hallaba.

A través de su confusión, reparó en que una gata corría a su lado, adaptando sus pasos a los de él.

La voz de Esquiruela sonó muy cerca de su oído:

—Ven, apóyate en mí. Deja que te guíe.

El primer instinto de Glayo fue lanzarle un gruñido para que lo dejara en paz, pero el contacto de la gata en el costado era demasiado reconfortante y lo sostenía en medio de sus tumultuosos pensamientos.

«¿Cómo puede pensar Canela que yo maté a Rosero? ¡Si yo mismo estuve a punto de ahogarme...! Habría muerto de no ser por Pedrusco, que me obligó a dejar que Rosero se hundiera en las profundidades...» Se estremeció de la cabeza a la cola y estuvo a un tris de tropezar con una piedra.

—Cuidado —le advirtió Esquiruela—. Ven un poco más hacia acá... —Y, al cabo de un instante, le susurró al oído—: No te preocupes, Glayo; nadie

cree a Canela. Ha enloquecido por el dolor, nada más.

Glayo no estaba tan convencido de eso.

«Entonces ¿por qué querían todos que yo renunciara a ser curandero? Ahora mismo, los clanes están demasiado dispuestos a creer lo peor de los demás.»

Cuando llegaron a la hondonada rocosa, Glayo se encaminó a su guarida. Aunque la lluvia torrencial había amainado, estaba calado hasta los huesos, se sentía terriblemente abatido y cada paso le costaba un esfuerzo enorme. Pero, antes de llegar a la cortina de zarzas, oyó que Estrella de Fuego corría hacia él entre los charcos que se habían formado en el suelo del claro.

—Descansa un poco —le ordenó el líder—. Hablaremos de esto por la mañana. Pero no dudes de la lealtad de ninguno de tus compañeros de clan. Te defenderemos ocurra lo que ocurra.

La voz de Estrella de Fuego reflejaba un profundo agotamiento, y Glayo se preguntó si estaba harto de que acusaran de asesinato a los gatos de su clan. El joven curandero asintió en dirección al líder y entró en su guarida.

—Hola —lo saludó Gabarda incorporándose en su lecho—. ¿Cómo ha ido la Asamblea? ¿Alguien ha mencionado a Solo? ¿Qué piensan los demás clanes del regreso de Carrasca?

—La Asamblea ha sido un desastre, no y no les ha gustado mucho que Carrasca haya regresado —respondió el curandero yendo hasta su lecho para dejarse caer en él.

—Vale.

Gabarda sonó más desconcertada que ofendida. Glayo la oyó arrastrarse por el suelo y se puso tenso al notar que empezaba a pasarle la lengua por el pelo empapado.

—Es evidente que ocurre algo... —maulló la gata—. Deja que yo te cuide a ti por una vez.

Glayo estaba demasiado exhausto para protestar y se quedó dormido enseguida. Al abrir los ojos, se encontraba en un claro soleado, donde el aire era cálido y olía a presas deliciosas. Una desaliñada gata gris estaba sentada sobre un tronco caído, esperándolo.

—¡Oh, no! —se lamentó el curandero—. ¡Otra vez tú!

—Muestra un poco de respeto, jovencito —le espetó Fauces Amarillas bajando de un salto del tronco para reunirse con Glayo—. Ahora está sucediendo todo —continuó—, pero no te preocupes. Ninguno de los miembros del Clan Estelar cree que tú mataras a Rosero.

«¡Oh, genial! —pensó Glayo—. ¡Cuánto me alegro! Qué lástima que eso no me ayude mucho, ¿verdad?»

Se preguntó si alguno de los guerreros del Clan Estelar lo habría visto con Pedrusco en el lago cuando murió Rosero, pero, antes de que pudiera preguntar, Fauces Amarillas se volvió hacia él sacudiendo la cola.

—¿En qué estabas pensando al permitir que Carbonera abandonara su vida de guerrera para convertirse en la segunda curandera? —le espetó—. ¡Eso no es lo que quería el Clan Estelar!

—¡Eh, no tan rápido! —Glayo pegó un salto fuera del alcance de las garras de la anciana—. Fuiste tú quien me dijo que me colara en los sueños de Carbonera para enseñarle que antes había sido Carbonilla. Dijiste que el Clan del Trueno necesitaba un segundo curandero. Ahora no empieces a culparme a mí por haber hecho lo que me pediste.

—Sí..., bueno...

A Glayo se le salieron los ojos de las órbitas al ver que Fauces Amarillas se sentía avergonzada.

—Yo... En fin..., quizá me equivoqué... —admitió la gata sin mirarlo a los ojos—. Estaba pensando demasiado en las necesidades del Clan del Trueno... ¡Pero el destino de Carbonera es ser guerrera!

«Algunos miembros del Clan Estelar la habrán reñido por esto —comprendió Glayo conteniendo un ronroneo de risa—. Caramba, ¡ojalá hubiera sido un pájaro en una rama para presenciar esa conversación!»

—Pues ahora Carbonera está confundida —maulló—. No sabe quién es.

—Entonces debes demostrarle que es guerrera y nada más —respondió la gata.

—Podría ser útil contar con un segundo curandero cuando llegue la batalla final... —dijo Glayo, pensativo—. Pero supongo que Carbonera podrá usar sus conocimientos sobre hierbas y medicina aunque sea guerrera. Igual que Hojarasca Acuática.

Fauces Amarillas soltó un bufido, ya sin rastro de sentirse avergonzada.

—¿Qué te tengo dicho sobre Hojarasca Acuática? Ya no se le permite utilizar sus habilidades de curandera nunca más, y a Carbonera tampoco, si escoge ser guerrera.

Eso era totalmente absurdo, y Glayo ya no pudo contener su irritación por más tiempo.

—Si no te importa que te lo diga, eso no es más que un montón de cagarrutas de tejón. Hojarasca Acuática ayudó a Grosellina y a Ratonero cuando comieron cicuta por error, y gracias a eso no les ocurrió nada. De acuerdo, nadie espera que el Clan Estelar le envíe más mensajes en sueños para su clan, pero ¿por qué debería olvidar lo que sabe? ¡No hay ningún secreto en emplear caléndula para combatir una infección o bayas de enebro para el dolor de estómago! La mayor parte de los gatos del clan lo saben.

El enredado pelaje de Fauces Amarillas había empezado a erizarse.

—¿Quién eres tú para decirle al Clan Estelar qué puede y no puede hacer un curandero? —bufó indignada.

—¡Yo soy un gato que se preocupa por su clan! —retrucó Glayo con un gruñido—. No voy a decirles ni a Carbonera ni a Hojarasca Acuática que

ignoren lo que saben cuando eso podría salvar vidas.

De repente, Fauces Amarillas bajó la cabeza y pareció cansada y desanimada.

—Es posible que el Clan Estelar subestimara la fuerza del espíritu de Carbonilla para sobrevivir —admitió— y para conservar su lealtad hacia sus obligaciones como curandera. Carbonera tendrá que tomar su propia decisión y decantarse por ser una cosa o la otra. Tiene derecho a elegir su destino.

—¿Ah, sí? ¿Y yo no? —masculló Glayo.

—¿Lo dices por la profecía? —le contestó Fauces Amarillas, ya sin el menor rastro de debilidad—. Eso es diferente. No tiene nada que ver con el Clan Estelar. Se decidió hace muchísimo tiempo, y lo decidieron gatos que llevan olvidados muchas más lunas de las que podrías imaginarte. Hemos esperado mucho este momento, Glayo. Y ahora ya casi ha llegado.

Glayo seguía sintiéndose exhausto cuando se despertó y deprimido por los recuerdos de la Asamblea: la acusación, el caos, la tormenta... Soltó un largo suspiro haciendo acopio de toda su energía para levantarse.

—Toma. —Gabarda le dejó un ratón delante de la nariz—. ¡Come! —le ordenó al ver que se limitaba a olfatearlo.

El curandero pensó en protestar alegando que no tenía hambre, pero sabía que Gabarda le daría la tabarra hasta que se terminara la última pizca de la presa.

—Gracias —masculló tomando un bocado.

Se le hizo la boca agua al notar el sabor de la carne, y entonces se dio cuenta del hambre que tenía.

—Me he enterado de lo que sucedió en la Asamblea —maulló la gata—. Lo siento muchísimo, en serio. Seguro que nadie se cree lo que dijo Canela, ¿verdad?

—No lo sé —respondió Glayo sin dejar de comer—. En todos los clanes están ocurriendo cosas extrañas, así que ¿por qué un curandero no podría matar a otro?

—Porque eso no sucedería jamás —afirmó Gabarda—. Y aún menos tratándose de ti.

A Glayo le conmovió su lealtad.

—Tienes que pasarte por la maternidad —le dijo lamiéndose el hocico para rebañar los últimos restos de ratón—. Quiero que les eches un vistazo a las hijas de Acedera.

—De acuerdo —contestó Gabarda, contenta de tener una tarea—. Pero... ¿qué pasa con Carbonera? —añadió, un tanto desconcertada.

—Hoy tengo que hablar con ella. Tú ve a la maternidad, y ya veremos qué pasa.

En cuanto Glayo salió de su guarida, descubrió que Carbonera se dirigía hacia él. Iba arrastrando las patas con pasos cansados. Tras ella, las primeras patrullas estaban saliendo del campamento. Carrasca iba a llevarse a otro grupo a entrenar bajo tierra.

—¡Hemos tenido que esperar mucho para ir a los túneles! —maulló Jerbito, rebosante de emoción—. No me importa que los demás digan que son oscuros y aterradores. ¡Yo no tengo miedo!

—Yo tampoco —se sumó Grosellina, que iba dando saltos—. ¡Voy a ser la mejor combatiente subterránea del Clan del Trueno!

—¡De eso nada! ¡Lo voy a ser yo! —replicó su hermano, y los dos rodaron por el suelo, enzarzados.

—Ya basta —les gruñó Raposo—. O Carrasca no os llevará a los túneles.

Jerbito y Grosellina se levantaron inmediatamente de un salto. Glayo se los imaginó con la cabeza y la cola bien tiesas mientras seguían a Carrasca y a sus mentores fuera del campamento.

—No me digas que debería salir con las patrullas —suspiró Carbonera mientras Glayo se le acercaba.

«¿Cuántos gatos le habrán estado diciendo que no debería ser curandera?», se preguntó Glayo dándose cuenta de que la gata se había puesto a la defensiva antes de que él abriera siquiera la boca.

—Yo no voy a decirte qué hacer. Ven a dar un paseo conmigo.

Se encaminaron juntos hacia el lago mientras las ramas susurraban suavemente sobre sus cabezas. Las hojas olían a cansadas, estaban polvorientas y cargadas de savia. Se notaba que el final de la estación de la hoja verde se acercaba. Parte del agotamiento de Glayo se desvaneció al sentarse junto al lago para disfrutar de la fresca brisa que soplaba desde el agua.

—Creo que lo mejor es que intentes planteártelo de este modo, Carbonera —empezó—. Deberías sentirte muy afortunada. El Clan Estelar te ha dado la oportunidad de elegir tu propio destino: ser guerrera, madre..., todas las cosas que te negaron cuando eras Carbonilla.

—Pero ¿es una elección real? —preguntó la gata, abatida—. ¿Qué pasa con mi obligación hacia mi clan?

—Hay muchas maneras de cumplir con tu obligación, ¿no crees? —murmuró Glayo.

Carbonera se volvió hacia él, y el curandero pudo notar la fuerza de su mirada.

—Es cierto, Glayo, ¡tengo suerte de estar aquí todavía! —exclamó—. Sé la deuda que tengo con mis antepasados, pero estoy tan confundida... No sé qué se supone que debo hacer.

—¿Qué es lo que quieres tú? —le preguntó él en voz baja.

Notó que Carbonera se sobresaltaba un poco, como si nadie le hubiera preguntado eso antes.

—Yo... quería a Leonado —susurró la gata—. Pero no puedo tenerlo.

—¿Oh? ¿En serio? —«¡Por el gran Clan Estelar, cabeza de chorlito, pero si él va detrás de ti desde hace lunas!», añadió Glayo para sus adentros—. ¿Por qué no?

—Por su destino.

El curandero se retorció, un poco azorado; no se sentía cómodo hablando con otro gato de sus problemas sentimentales. Pero se acordó de Media Luna y volvió a experimentar el penetrante dolor que sintió al darse cuenta de que no podría quedarse con ella en su tribu, desaparecida largo tiempo atrás.

—Tú también tienes un destino —le dijo dulcemente a Carbonera—. Pero eso no es todo lo que eres. Todavía puedes darle forma a tu propia vida.

Ella guardó silencio unos segundos. Glayo percibió que una diminuta semilla de esperanza comenzaba a asomar en el interior de la gata.

—Tienes la oportunidad de ser feliz, Carbonera —insistió el joven curandero—, y de hacer feliz a Leonado también. No lo echas todo a perder por pasarte demasiado tiempo tratando de averiguar qué es lo correcto.

—Gracias, Glayo —respondió Carbonera con un largo suspiro.

Se quedaron juntos en la ribera mirando al lago. Glayo oía el leve chapoteo de las olas en los guijarros de la orilla. Durante aquellos instantes de silencio, los dos parecieron verse envueltos en un capullo de paz.

«No puede durar mucho —pensó el curandero—. No en estos tiempos turbulentos. Pero me alegro de poder disfrutarlo ahora, eso desde luego.»



25

Una luz gris se colaba en la guarida de los aprendices cuando Ala de Tórtola abrió los ojos. Se notaba el pelo alborotado y le parecía que unas garras frías tiraban de su lecho, como si estuviera acostada en medio de una corriente de aire. En los días transcurridos desde la Asamblea, el tiempo se había vuelto más frío. La estación de la caída de la hoja no estaba muy lejos.

La joven guerrera se retorció, hundiéndose más en el musgo, en un intento de escapar de la gélida corriente. Luego se dio cuenta de que la había despertado otra cosa. Sus sentidos estaban siempre orientados hacia el Clan del Viento, y se concentró al oír una voz familiar.

—Seguidme —maulló Solo—. Esos gandules y sarnosos del Clan del Trueno estarán roncando en sus guaridas.

El proscrito estaba rodeado por el murmullo de numerosos gatos, que bufaban y gruñían mientras se preparaban para el combate.

Ala de Tórtola salió de su guarida a trompicones, atravesó el claro a la carrera y subió por las rocas desprendidas.

—¡Estrella de Fuego! —exclamó sin aliento irrumpiendo en la guarida del líder—. ¡El Clan del Viento va hacia los túneles! ¡El ataque es inminente!

Estrella de Fuego estaba ovillado en su lecho, al fondo de la gruta. Levantó la cabeza al oír a Ala de Tórtola, instantáneamente alerta, y se deslizó hacia la Cornisa Alta a la carrera.

—¡Despertad! —aulló—. ¡Todo el mundo al claro! ¡El Clan del Viento nos ataca!

En cuanto dio la voz de alarma, bajó al claro en un par de saltos. Ala de Tórtola se detuvo un instante en la Cornisa Alta antes de seguirlo. La luna se había puesto, pero en el cielo aún se veían débilmente unos pocos guerreros del Clan Estelar. Los árboles de lo alto de la hondonada se recortaban contra un cielo pálido. La joven guerrera respiró hondo, aspirando el frío aire del alba, y luego siguió a su líder.

Los guerreros habían empezado a salir de sus guaridas, lentos y torpes por el sueño. Dalia sacó la cabeza por la entrada de la maternidad y luego volvió al interior. Glayo se asomó por la cortina de zarzas de la guarida del curandero, con las orejas erguidas para enterarse de lo que estaba ocurriendo.

Al regresar a toda prisa a la guarida de los aprendices, Ala de Tórtola tropezó con Espinela, que salía trastabillando. Tenía el pelo apelmazado y una expresión dolorida.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Ala de Tórtola—. ¿Ha ocurrido algo en el Bosque Oscuro?

—Nada de lo que preocuparse —respondió su hermana sacudiendo la cabeza para despejarse—. Allí soy guerrera ahora. Tengo que entrenar a los aprendices. —Parecía angustiada y no dejaba de mirar de un lado a otro, como si pensara que alguien iba tras ella—. Estaré bien —afirmó—. Todavía puedo pelear...

Carrasca salió de la guarida apenas un segundo después. Parecía llena de energía y lista para la acción, y corrió al centro del claro para reunirse con

Zarzoso y Estrella de Fuego.

—Recibiremos a los gatos del Clan del Viento en los túneles —anunció el líder mientras el clan se congregaba a su alrededor—. No les dejaremos poner ni una sola pata en el territorio del Clan del Trueno. Hasta donde yo sé... —Miró de soslayo a Ala de Tórtola—. Hasta donde yo sé, el Clan del Viento no ha entrenado para combatir bajo tierra —maulló, y la joven asintió disimuladamente—. ¡El Clan del Trueno tendrá ventaja!

Las palabras de Estrella de Fuego fueron acogidas con un aullido de entusiasmo. Todos los gatos estaban ya bien despiertos, preparados para defender a su clan. Ala de Tórtola vio a Centella y a Raposo repasando los nuevos movimientos de combate mientras los dos aprendices saltaban de arriba abajo, emocionados.

La joven guerrera seguía escuchando el avance de los gatos del Clan del Viento, que estaban cruzando el páramo y se iban acercando a la frontera del Clan del Trueno. De repente, el sonido de sus voces y sus pasos se desvaneció y sus imágenes se esfumaron. A Ala de Tórtola se le encogió el estómago; sabía exactamente qué significaba eso.

—¡Tenemos que darnos prisa! —le dijo a Estrella de Fuego.

Varios gatos la miraron sorprendidos sin entender la razón de su impaciencia. «No me extraña —pensó la joven—. Ellos no saben que puedo percibir al Clan del Viento incluso en su territorio.»

Carrasca se acercó a ella.

—Leonado me ha contado que puedes oír cosas —le susurró—. Cosas que están muy lejos.

Ala de Tórtola asintió.

—¿Por la profecía de los Tres? —le preguntó Carrasca con voz tensa.

—Sí —respondió la gata gris, un tanto incómoda.

Podía imaginarse lo difícil que debía de ser para la guerrera no formar parte de la profecía junto con sus hermanos.

«Tampoco debe de resultarle muy fácil hablar de esto conmigo.»

Carrasca guardó silencio unos instantes y finalmente agitó las orejas con decisión.

—Bueno, pues vamos a aprovechar esa ventaja. ¿Qué están haciendo ahora mismo los gatos del Clan del Viento?

—Acaban de entrar en los túneles —respondió Ala de Tórtola en voz baja—. Pero es tremendamente difícil oírlos bajo tierra.

—¿Han entrado todos por el mismo túnel?

La joven proyectó sus sentidos hasta el límite y descubrió que aún podía captar leves rastros del avance enemigo.

—Sí, me parece que van todos juntos... —masculló concentrándose al máximo—. Ahora están entrando en la cueva por la que discurre el río subterráneo... y ahora han tomado otro túnel...

—Creo que puedo imaginarme dónde están —siseó Carrasca—. Y probablemente sé adónde se dirigen... —Se giró hacia Estrella de Fuego, Zarzoso y Leonado, que se habían acercado a escuchar—. Nos dividiremos en tres grupos —continuó—. Una patrulla entrará por el túnel que está más arriba del campamento; la segunda irá por el túnel que hay cerca de la antigua vivienda de los Dos Patas, y la tercera, por el que está junto al lago. Nuestro objetivo es obligar al Clan del Viento a retroceder de nuevo a la cueva del río, donde tendremos más espacio para luchar.

Zarzoso asintió, aprobando el plan. Luego se subió a una roca y empezó a repartir a los guerreros en tres grupos.

—Yo dirigiré uno —anunció señalando con la cola—. Carrasca encabezará otro, y tú, Fronde Dorado, te encargarás del tercero. Carrasca me ha dicho que eres el mejor luchador subterráneo.

Con expresión complacida y un poco avergonzada, Fronde Dorado se puso al frente de su patrulla.

—¡Pero nosotros no estamos en ninguna patrulla! —protestó Grosellina.

—Nosotros queremos pelear contra el Clan del Viento —se sumó Jerbito.

—Te equivocas, Grosellina... —replicó Estrella de Fuego—: vosotros dos estáis en mi patrulla. Nos quedaremos en el campamento para defender la posición por si el Clan del Viento consigue abrirse paso hasta aquí. No olvidéis que tenemos que proteger a nuestros cachorros y a nuestros veteranos.

Los dos aprendices intercambiaron una mirada. Ala de Tórtola vio que no estaban muy seguros de si sentirse decepcionados por no pelear bajo tierra u orgullosos por haber sido elegidos para la patrulla del líder del clan.

—Aquí también podemos luchar si toca hacerlo —maulló Dalia acercándose con Fronde—. Protegeremos a Acedera y las cachorritas.

—Yo también —se sumó Puma avanzando pesadamente desde la guarida de los veteranos—. Que sea viejo no significa que no pueda luchar. Me he enfrentado a más gatos que ratones habéis comido vosotros, jovenzuelos. Hubo una ocasión...

—Gracias, gracias a todos —maulló Estrella de Fuego interrumpiendo a Puma antes de que se embarcara en una de sus interminables historias.

Mientras las tres patrullas se encaminaban al túnel de espinos, Carbonera salió de la guarida del curandero.

—Yo también pelearé —anunció situándose junto a Carrasca.

«Oh, ¿en serio?», pensó Ala de Tórtola plantando las orejas con interés.

Unos cuantos gatos mascullaron algo en respuesta al anuncio de la gata, pero no había tiempo para preguntas. Carrasca echó a correr poniéndose en cabeza para cruzar el túnel de espinos y salir al bosque.

Ala de Tórtola y Espinela estaban en la patrulla de Carrasca, junto con Carbonera, Tormenta de Arena, Ratonero y Bayo. La guerrera negra los guió velozmente hasta lo alto de la hondonada y la entrada del túnel.

—Ponte detrás de mí —le susurró Carrasca a Ala de Tórtola—. Necesito que me digas qué está haciendo el Clan del Viento. Tormenta de Arena —añadió levantando la voz—, ponte en la retaguardia. Si hay algún problema a nuestras espaldas, infórmame.

—De acuerdo —respondió la gata melada. Sus ojos verdes centellearon bajo la creciente luz del alba.

Ala de Tórtola respiró hondo y entró en el túnel detrás de Carrasca. En cuanto estuvo dentro, el sonido de los gatos del Clan del Viento impactó en sus oídos.

—¡Están corriendo muy deprisa! —exclamó con voz ahogada.

—¿Por dónde? —le preguntó Carrasca. Su voz sonaba tensa en la oscuridad.

—Aquí no, todavía no... —susurró la joven mientras corrían por el túnel encabezando la patrulla—. Se han tropezado con una de las entradas que bloquearon Manto Polvoroso y Fronde Dorado... y ahora están dando media vuelta... ¡Vienen hacia aquí!

Además de a los gatos del Clan del Viento, la joven podía oír a las demás patrullas del Clan del Trueno, que estaban descendiendo por su correspondiente túnel. Toda la colina bullía de criaturas apresuradas, como si estuvieran en un hormiguero. Los sonidos eran cada vez más intensos, hasta tal punto que Ala de Tórtola apenas lograba distinguir una patrulla de la otra o calcular dónde estaban exactamente.

Al doblar un recodo, el olor del Clan del Viento aumentó de repente. Ala de Tórtola apenas tuvo tiempo de exclamar «¡Están aquí!» antes de que chocaran de frente con los guerreros del clan vecino.

El Clan del Viento no se esperaba algo así. Al tropezarse con los gatos del Clan del Trueno, soltaron alaridos de sorpresa. Por unos instantes se sintieron indefensos, empujándose unos a otros en la oscuridad sin saber si avanzar o retroceder.

Carrasca y Ala de Tórtola atacaron sin pensárselo dos veces, arañando a sus rivales invisibles con las garras extendidas. Al principio fue fácil empujarlos hacia el interior del túnel, pero poco después los intrusos se recuperaron y empezaron a empujar a su vez. Ala de Tórtola chilló cuando unas zarpas impactaron en uno de sus hombros. Obligándose a seguir adelante, notó un pecho contra su hocico y estiró el cuello para morderle la garganta al rival. Su oponente se alzó sobre las patas traseras, pero se oyó un golpe y un chillido, y Ala de Tórtola comprendió que su enemigo se había golpeado la cabeza contra el techo del túnel.

—¡Deberías haber entrenado! —bufó la joven.

—¡Atrás! —le ordenó Carrasca—. Deja que pasen los refuerzos.

Recordando el plan de combate que había ideado Carrasca, Ala de Tórtola se pegó a la pared del túnel para dejar pasar a Carbonera y a Bayo. Dispuso de unos momentos de respiro y se quedó al final de la patrulla recuperando el aliento mientras sus compañeros la emprendían con los guerreros del Clan del Viento. Ratonero, Espinela y Tormenta de Arena se deslizaron hacia delante para ocupar sus puestos hasta que los atacantes se vieron obligados a retroceder hacia la cueva del río subterráneo.

Por fin empezó a filtrarse algo de luz en el túnel, y Ala de Tórtola logró distinguir a los gatos de la patrulla del Clan del Viento. La encabezaba Ventolero, con Padero, Turón y Lebrón. Cola Brecina y Retama iban en la retaguardia.

Los gatos del Clan del Viento llegaron a la cueva retrocediendo a trompicones, y los guerreros del Clan del Trueno salieron del túnel tras

ellos. Al mirar fugazmente a su alrededor, Ala de Tórtola vio que habían sido los primeros en llegar y cuando proyectó sus sentidos captó sonidos de pelea en los otros túneles.

Los miembros del Clan del Viento se apretujaron unos contra otros, resollando y mirando torvamente a sus rivales. Tenían el pelo enmarañado, y varios de ellos mostraban las marcas de las garras del Clan del Trueno. Ala de Tórtola supuso que habían contado con salir al territorio del Clan del Trueno y lanzar un ataque sobre un campamento confiado.

«¡Pues se han llevado una desagradable sorpresa!», pensó con satisfacción.

Carrasca se puso al frente de su patrulla para encararse con los gatos del Clan del Viento.

—Acabad con esto ahora —les dijo—. No podéis ganar.

—¡Malditos sarnosos! —gruñó Ventolero—. ¡Habéis torturado a Solo!

—¡No hemos hecho nada de eso! —bufó Ala de Tórtola—. Nosotros invitamos a Solo a quedarse en el campamento del Clan del Trueno. Fue vuestro líder quien quería que lo echásemos.

—¡Y Glayo asesinó a Rosero! —añadió Cola Brecina colocándose junto a Ventolero. Sus ojos ardían de odio—. ¡Y habéis estado traspasando nuestra frontera para robarnos presas!

—¡Así es! —se sumó Padero—. Siempre os creéis que sois mejores que nosotros, sólo porque una vez necesitamos vuestra ayuda antes de que los clanes vinieran al lago.

—¿Qué sabes tú de eso? —le espetó Tormenta de Arena, desafiante—. ¡Si ni siquiera habías nacido en aquel entonces!

A Ala de Tórtola le impactó la fuerte hostilidad que les estaban mostrando incluso los más jóvenes. «¡Es muy injusto! —se indignó—. Ni siquiera podemos defendernos, ¡porque no nos escucharán!»

Sin previo aviso, Ventolero soltó un alarido espeluznante y se abalanzó sobre ella. Pillada por sorpresa, Ala de Tórtola cayó al suelo y se dio un fuerte golpe. Pero, antes de que el guerrero pudiera inmovilizarla, la joven guerrera rodó hacia un lado y se levantó de un salto, a tiempo de propinarle un fuerte zarpazo en el bíceps.

—¡Tendrás que ser más rápido! —maulló burlándose de él.

Con un gruñido insolente, Ventolero se lanzó hacia ella tratando de arrinconarla contra la pared. Recordando su entrenamiento, la joven retrocedió, haciéndole creer que estaba ganando terreno, pero luego se impulsó contra la piedra y saltó por encima de su cabeza. La cara de pasmo que puso el gato del Clan del Viento le provocó una oleada de satisfacción.

Los demás estaban combatiendo a su alrededor, y cuando Ala de Tórtola aterrizó, Carbonera y Cola Brecina chocaron con ella. Las dos gatas rodaban por el suelo enzarzadas, entre bufidos y zarpazos. Ala de Tórtola perdió el equilibrio, y Ventolero aprovechó la ocasión para saltar sobre ella.

—Te crees muy lista, ¿verdad? —gruñó el guerrero mientras sus colmillos relucían cerca del cuello de la gata—. Pues no lo eres tanto como para vencerme.

Ala de Tórtola lo aporreó con las patas traseras, pero no podía quitárselo de encima. Notó cómo le clavaba las garras en los bíceps y que su piel empezaba a sangrar.

«¡No puedo morir así! —pensó desesperada—. ¡No en las garras de Ventolero!»

De repente, el peso del guerrero desapareció. Al incorporarse, Ala de Tórtola vio que Espinela había agarrado al gato por el pescuezo y lo estaba sacudiendo de un lado a otro. Al cabo de un momento lo soltó y, aprovechando su aturdimiento, lo derribó enganchándole las patas traseras y le propinó un par de zarpazos en la parte más blanda de la barriga.

Ventolero rodó por el suelo para alejarse, se puso en pie a duras penas y salió corriendo.

—¡Gracias! —exclamó Ala de Tórtola sin aliento—. ¡Peleas muy bien, Espinela!

—De nada —le respondió su hermana antes de girar en redondo para reincorporarse a la batalla.

Ala de Tórtola se dio cuenta de que los sonidos de combate que había oído en el túnel estaban ahora a su alrededor. No necesitó usar sus sentidos especiales porque las demás patrullas estaban llegando a la cueva y la llenaban de feroces aullidos y gritos de dolor. Allá donde mirara, la joven veía una masa de gatos que luchaban entre chillidos.

—No hay ni rastro de Estrella de Bigotes —le dijo Espinela sin aliento, reapareciendo a su lado mientras buscaba ceñuda al próximo enemigo.

Ala de Tórtola asintió.

—Tampoco veo a Perlada. Esto no es un ataque del Clan del Viento al completo. No son más que los gatos a los que Solo ha conseguido engañar.

«Y nosotros los superamos en número, ¡gracias al Clan Estelar!», añadió para sí misma.

Se lanzó de nuevo al combate, atacando a cualquier gato que se atreviera a plantarle cara. Pero a medida que iba perdiendo fuelle se olvidaba de contener los movimientos, y ya empezaban a dolerle las patas de tanto chocar contra las paredes de la cueva.

«¿Cuánto más puede durar esto?», se preguntó.

Al ver una maraña de gatos enzarzados, saltó sobre el lomo de un atigrado marrón... Y se quedó de piedra al descubrir que se trataba de Manto Polvoroso, que la fulminó con la mirada.

—¡Por el amor del Clan Estelar, bájate de ahí! —le espetó el guerrero sacudiéndosela de encima—. ¿Es que no tenemos ya suficientes problemas

con el Clan del Viento?

—Lo siento —masculló Ala de Tórtola volviendo al combate.

La voz de Carrasca resonó por encima del fragor de la batalla:

—¡Empujadlos hacia los túneles!

Ala de Tórtola hizo todo lo que pudo embistiendo a Cáрабо para que fuera hacia el túnel más cercano. El guerrero del Clan del Viento la empujó a su vez, pero estaba desfallecido y le temblaban las patas y, al cabo de unos segundos, dio media vuelta y se alejó cojeando. Al mirar a su alrededor, la joven guerrera se dio cuenta de que todos los gatos del clan vecino estaban huyendo, corriendo hacia los túneles. Los guerreros del Clan del Trueno aullaron triunfales mientras los perseguían.

Pero entonces se alzó un nuevo bramido por encima de sus cabezas:

—¡Clan del Viento! ¡Quedaos a pelear! ¡No tenéis un enemigo más grande que el Clan del Trueno!

Ala de Tórtola giró en redondo y vio a Solo, plantado en la entrada del túnel más ancho. Los derrotados guerreros del Clan del Viento pasaban trastabillando por su lado, y aunque el proscrito intentaba detenerlos ninguno de ellos le hacía caso. Los ojos de Solo, rebosantes de rabia, centelleaban bajo la media luz de la cueva.

—¡Traidor! —aulló Carrasca furiosa, que pasó corriendo junto a Ala de Tórtola y se lanzó sobre él—. ¡No haces más que mentir!

Solo dio media vuelta y huyó por el túnel. Sin pensárselo ni un segundo, Carrasca se lanzó a perseguirlo.

—¡Carrasca, no! —gritó Ala de Tórtola. La gata negra era mucho más menuda que Solo—. ¡Espera! —añadió—. ¡Espérame!

Obligando a sus agotadas patas a moverse, cruzó la cueva a la carrera para entrar en el túnel. Alcanzó a los dos gatos casi de inmediato. Carrasca

había acorralado a Solo en un pasaje lateral; uno sin salida, iluminado apenas por la luz de la cueva.

Solo bufaba entre las sombras. Carrasca y él se movían con seguridad, lanzándose manotazos el uno al otro mientras se preparaban para engancharse. Ala de Tórtola se dio cuenta de que el gato estaba completamente ileso, con el pelo apenas alborotado. La guerrera del Clan del Trueno, en cambio, tenía arañazos por todo el lomo y le faltaban mechones de pelo en las patas traseras.

«No creo que Solo haya peleado ni lo más mínimo —pensó la joven—. ¡Ha estado escondido dejando que el Clan del Viento hiciera el trabajo sucio por él!»

—Deja en paz a los clanes —gruñó Carrasca—. Ya nos has hecho bastante daño.

—¡Jamás! —replicó Solo—. No hasta que haya destruido todo lo que los clanes representan.

El proscrito mostró los dientes en un gruñido.

—Hace muchas estaciones, conocí a otro de vuestros clanes, lejos, en un barranco. Ellos también se burlaron de mí; ¡me dijeron que no era lo bastante bueno para ser uno de sus valiosos guerreros! Así que yo juré demostraros a todos que el código guerrero no significa nada. Al final, os mataréis los unos a los otros por razones que no valen ni una cola de ratón.

—No, te equivocas —bufó Carrasca en voz baja, agazapándose para saltar—. Siempre vale la pena pelear por la forma de vida de los clanes... y morir por ella si es necesario.

Con un chillido de rabia, saltó sobre Solo, atacándolo con las cuatro zarpas. El solitario se defendió tratando de someterla con la superioridad de su peso.

«Solo no sabe luchar. —Comprendió Ala de Tórtola, impactada—. No tiene habilidades de combate...»

Estaba preparada para acudir en ayuda de Carrasca con dientes y garras, pero enseguida se dio cuenta de que no haría falta. La gata negra peleaba con golpes veloces y limpios replicando el entrenamiento en los túneles, mientras que Solo no tardó en manotear a las sombras mientras Carrasca se zafaba ágilmente de sus ataques.

Al final, la guerrera se deslizó hacia delante rozando casi el suelo con la barriga y consiguió derribar a Solo. Cuando el gato cayó de costado, ella lo inmovilizó con una sola zarpa en la panza y la otra en el cuello. Solo le lanzó una mirada llena de miedo y de odio.

—Te mataría con muchísimo gusto —le dijo Carrasca—. Pero el código guerrero nos enseña a mostrar compasión por un enemigo derrotado. Te dejaré marchar para siempre si me prometes no volver a provocar problemas en los clanes.

Solo guardó silencio mientras la gata retrocedía para permitirle ponerse en pie. Él se irguió ante ella, con ojos destellantes en la oscuridad.

—No puedo hacer esa promesa —bufó.

Carrasca no se amilanó.

—Entonces, si regresas y amenazas a mis compañeros de clan, no me quedará otra que matarte.

—Estaré preparado —replicó Solo con voz suave y amenazante.

Y, dicho esto, pasó junto a Carrasca y se perdió en la oscuridad.

—¿Por qué lo has dejado marchar? —quiso saber Ala de Tórtola, temblando de arriba abajo—. ¡Estaba a tu merced!

—Debemos permitir que el código guerrero dirija nuestros corazones —respondió la gata con la voz temblorosa de agotamiento—. La muerte de un guerrero no implica una victoria.

Ala de Tórtola se acercó para hundir el hocico en el pelaje de Carrasca. Proyectando sus sentidos especiales, oyó que el Clan del Viento se retiraba a su campamento y que los miembros del Clan del Trueno se estaban yendo por los túneles, sangrando y vapuleados, pero triunfantes.

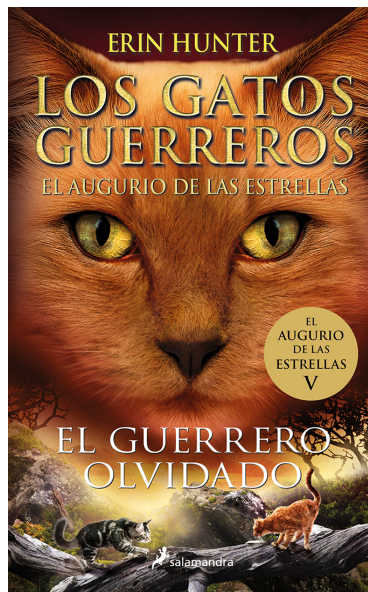
Más tarde habría tiempo para pensar en la extraña amenaza de Solo y en el misterioso clan que había sido injusto con él en el pasado. Por el momento, habían ganado la batalla. Pero se avecinaba una batalla mucho más grande, una que perderían a menos que los cuatro clanes del lago unieran fuerzas y lucharan juntos. Cada vez que los clanes entraban en guerra entre ellos, se encontraban a merced del Bosque Oscuro. Tenían que encontrar una forma de solucionar sus desavenencias, de unirse contra su mayor enemigo. ¿Era eso lo que significaba la profecía, que Glayo, Leonado y Ala de Tórtola serían capaces de unir a todos los gatos de los territorios del lago?

Ala de Tórtola se sentía exhausta desde las orejas hasta la punta de la cola. Aunque tuviera mucho mejor oído y unos sentidos más agudos que los de los demás, eso no parecía darle más fuerza. Necesitaba descansar, comer y hablar con Glayo y Leonado sobre el reto que les había planteado Solo y sobre los clanes hostiles a los que machacaría el Bosque Oscuro si intentaban pelear solos.

«Clan Estelar, ilumina mi camino, por favor.»

—Venga —le dijo a Carrasca—. Es hora de que nos marchemos a casa. Nuestros compañeros de clan nos están esperando.

La trepidante serie de LOS GATOS GUERREROS lleva más de cuarenta y tres millones de ejemplares vendidos en todo el mundo y ha estado más de catorce años en la lista de grandes éxitos de *The New York Times*.



Las fuerzas oscuras, que han logrado abrir una brecha entre los cuatro clanes, continúan aumentando su poder. Ahora, Glayo, Leonado y Zarpa de Tórtola saben que deben descubrir el verdadero significado de la profecía que los une para evitar que el código guerrero se destruya para siempre.

Mientras Leonado intenta proteger al Clan del Trueno de otra batalla mortal, Glayo viaja a las montañas para ayudar a la Tribu de las Aguas Rápidas. Pero no lo tendrá fácil: una advertencia misteriosa sugiere que,

esta vez, el poder de las estrellas quizá no sea suficiente para salvar a los clanes.

Erin Hunter es el nombre de un grupo de escritoras apasionadas por los gatos y por la vida de los animales en su entorno natural. Además del respeto que sienten por la naturaleza, disfrutan buscando explicaciones del comportamiento animal en la mitología, la astrología y los menhires.



Título original: *The Forgotten Warrior*

Primera edición: octubre de 2025

© 2011, Working Partners Limited

Serie creada por Working Partners Limited

© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2025, Begoña Hernández Sala, por la traducción

© 2015, Dave Stevenson, por el mapa

Ilustración de la cubierta: © Johannes Wiebel

Adaptación de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-19275-39-4

Compuesto en: Comptex&Ass., S.L.

Facebook: PenguinEbooks

Facebook: SalamandraEd

X: @SalamandraEd

Instagram: @SalamandraEd

YouTube: penguinlibros

Spotify: penguinlibros

TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En penguinlibros.club encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   [penguinlibros](https://penguinlibros.club)

Índice

Los gatos guerreros. El augurio de las estrellas

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Sobre este libro

Sobre Erin Hunter

Créditos